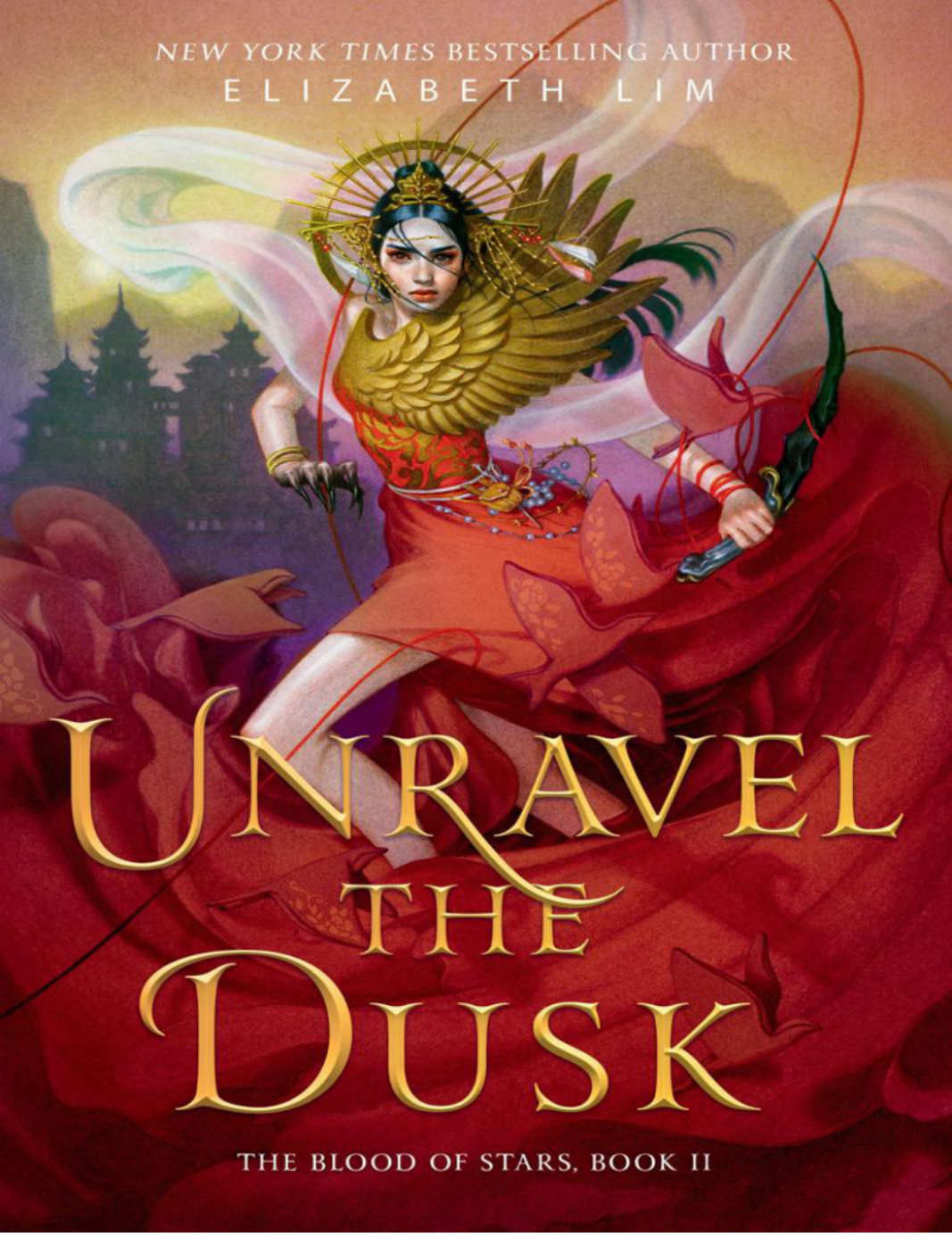

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
ELIZABETH LIM
UNRAVEL THE DUSK
THE BLOOD OF STARS, BOOK II

Desentrañar el anochecer

La sangre de las estrellas
Libro 2

Elizabeth Lim

Aclaración

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro, por lo que no posee ningún costo.

Es una traducción hecha por una fan para otros fans de esta bellísima bilogía.

Si el libro llega a tu país, te animo a comprarlo si consigue atraparte.

No olvidar apoyar a la autora siguiéndola en redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros o incluso haciendo reseñas o blogs de los mismos.

Contenido

Prologo
Primera parte: La risa del sol
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once

Segunda parte: Las lágrimas de la luna
- Capítulo doce
- Capítulo trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince
- Capítulo dieciséis
- Capítulo diecisiete
- Capítulo dieciocho
- Capítulo diecinueve
- Capítulo veinte
- Capítulo veintiuno
- Capítulo veintidós
- Capítulo veintitrés
- Capítulo veinticuatro
- Capítulo veinticinco
- Capítulo veintiséis

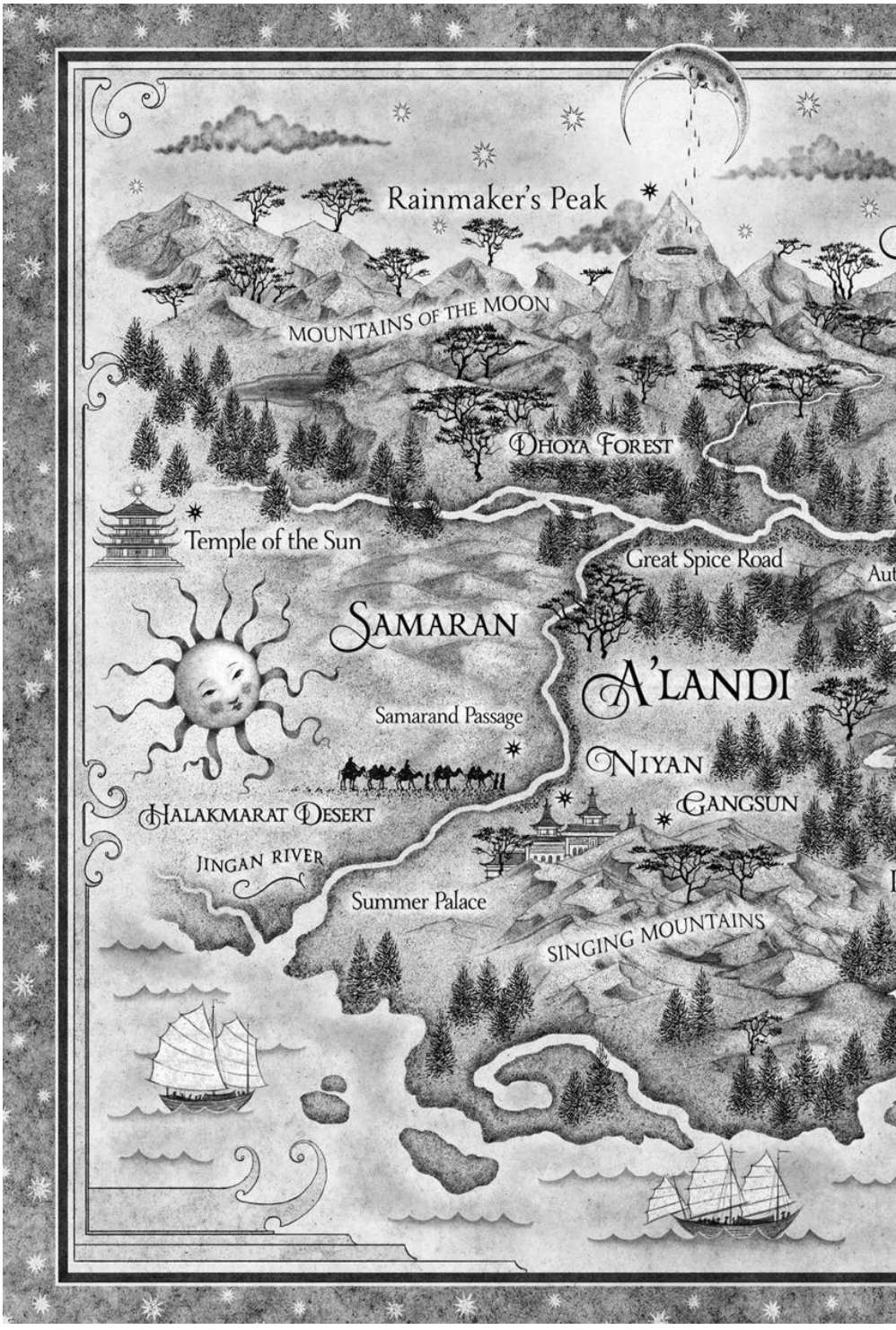
- Capítulo veintisiete

Tercera parte: La sangre de las estrellas

- Capítulo veintiocho
- Capítulo veintinueve
- Capítulo treinta
- Capítulo treinta y uno
- Capítulo treinta y dos
- Capítulo treinta y tres
- Capítulo treinta y cuatro
- Capítulo treinta y cinco

Sobre la autora.

Para mi madre por infundirme coraje.
Para mi padre por alimentar mi imaginación.
Y a Victoria por siempre reír conmigo en el camino.


Rainmaker's Peak
MOUNTAINS OF THE MOON
DHOYA FOREST
Temple of the Sun
Great Spice Road
SAMARAN
A'LANDI
Samarand Passage
NIYAN
GANGSUN
HALAKMARAT DESERT
JINGAN RIVER
Summer Palace
SINGING MOUNTAINS

Prologo

Una vez tuve una madre.

Ella me enseñó a hilar la lana y el hilo más finos, hechos con gusanos de seda criados en nuestro patio de moreras. Con paciencia, empapaba miles de capullos y juntas enrollábamos los hilos de gasa en carretes de madera. Cuando vio con qué agilidad mis pequeños dedos manejaban la rueca, hilando seda como hilos de luz de luna, instó a mi padre a que me contratara como su costurera.

—Aprende bien de Baba —Me dijo cuando él estuvo de acuerdo— Es el mejor sastre de Gangsun, y si estudias mucho, algún día tú también lo serás.

—Sí, mamá —Había dicho obedientemente.

Quizá si me hubiera dicho entonces que las niñas no podían convertirse en sastres, mi historia habría resultado diferente. Pero… Ay.

Mientras mamá criaba a mis hermanos, el valiente Finlei, el considerado Sendo y el salvaje Keton, Baba me enseñó a cortar, coser y bordar. Entrenó mis ojos para ver más allá de las líneas y formas simples, para manipular las sombras y equilibrar la belleza con la estructura. Me hizo manejar todo tipo de telas, desde algodones ásperos hasta sedas finas, para ganar dominio sobre las telas y sentir cómo caían sobre la piel. Me hizo rehacer todas mis puntadas si me saltaba una, y de mis errores aprendí que una sola costura podía ser la diferencia entre una prenda que me quedaba bien y otra que no. Cómo un desgarrón descuidado puede ser reparado, pero no deshecho.

Sin el entrenamiento de Baba, nunca podría haberme convertido en el sastre del emperador. Pero fue la fe de mamá en mí lo que me dio el corazón para intentarlo.

Por las noches, después de que cerraba la tienda, me frotaba bálsamo en los dedos doloridos.

—Baba te está haciendo trabajar duro —Decía ella.

—No me importa, mamá. Me gusta coser.

Levantó mi barbilla para que nuestros ojos estuvieran nivelados. Lo que vio la hizo suspirar:

—Realmente eres la hija de tu padre. Está bien, pero recuerda: Si bien

la sastrería es un oficio, también es un arte. Siéntate junto a la ventana, siente la luz y observa las nubes y los pájaros —Hizo una pausa, mirando por encima de mi hombro los patrones que había estado cortando todo el día— Y no te olvides de divertirte, Maia. Deberías hacer algo para ti también.

—Pero yo no quiero nada.

Mamá inclinó la cabeza pensativamente. Mientras cambiaba las varillas de incienso quemadas junto a nuestro altar familiar, tomó una de las tres estatuas de Amana que recubren el santuario. Estaban claramente esculpidos, sus rostros y vestidos lavados por el sol.

—¿Por qué no haces tres vestidos para nuestra diosa madre?

Mis ojos se abrieron— Mamá, no puedo. Tendrían que ser...

—Los vestidos más hermosos del mundo —Terminó por mí. Me alborotó el pelo y besó mi frente— Te ayudaré. Los soñaremos juntas.

Abracé a mamá, enterré mi cara en su pecho y la abracé tan fuerte que una risa tintineó en su garganta, como los suaves toques de un dulcémele.

Lo que daría por volver a escuchar esa risa. Ver a mamá una vez más, tocar su rostro y pasar mis dedos por su espesa trenza de cabello negro mientras se soltaba en olas ondulando contra su espalda. Recuerdo que nunca pude tejer una seda tan suave como su cabello, sin importar cuánto lo intentara, y recuerdo que solía pensar que las pecas en sus mejillas y brazos eran estrellas. Keton y yo nos sentábamos en su regazo, yo tratando de contarlos, Keton tratando de barrerlos.

¡Las historias que nos contaba! Fue mamá quien soñó con dejar Gangsun y vivir junto al mar. Nos contó las historias con las que había crecido: Marineros intrépidos, dragones de agua y peces dorados que concedían deseos, historias que Sendo bebió con su alma. Creía en hadas y fantasmas, en demonios y dioses.

Ella me enseñó a coser amuletos para los viajeros de paso, a cortar ropa de papel para quemar a nuestros antepasados, a escribir amuletos para alejar a los malos espíritus. Pero, sobre todo, creía en el destino.

—Keton dice que no es mi destino convertirme en sastre como Baba —Le sollocé una tarde, llorando por el dolor de las palabras de mi hermano— Dice que las chicas solo pueden convertirse en costureras y que si trabajo demasiado no tendré amigos y ningún chico me

querrá...

—No escuches a tu hermano —Dijo mamá— Él no entiende el don que tienes, Maia. No todavía —Secó mis lágrimas con el borde de su manga— Lo que importa es ¿Quieres ser sastre?

—Sí —Dije en voz baja— Más que nada. Pero no quiero estar sola.

—No lo estarás —Prometió ella— No es tu destino. Los sastres están más cerca del destino que la mayoría ¿Sabes por qué?

Pensé mucho— Baba dice que los hilos que cose en su trabajo le dan vida.

—Es más que eso —Respondió mamá— La sastrería es un oficio que hasta los dioses respetan. Hay algo mágico en ello, incluso el hilo más simple tiene un gran poder.

—¿Poder?

—¿Te he hablado del hilo del destino? —Negué con la cabeza.

—Todo el mundo tiene un hilo atado a alguien, una persona que está destinada a estar a tu lado y hacerte feliz. El mío está ligado a Baba.

Miré mis muñecas y tobillos— No veo nada.

—No puedes verlo —Mamá rió suavemente— Solo los dioses pueden. El hilo puede ser largo, extendiéndose sobre montañas y ríos, y pueden pasar años antes de que encuentres su final. Pero lo sabrás cuando te encuentres con el indicado.

—¿Qué pasa si alguien lo corta? —Me preocupé.

—Nada puede romperlo, porque el destino es la promesa más fuerte. Estarán unidos el uno al otro sin importar lo que pase.

—¿De la forma en que estoy atada a ti, Baba y Finlei? ¿Y Sendo? —Estaba enojada con Keton, así que no me importaba si mi hermano menor y yo estábamos atados.

—Es similar, pero diferente —Mamá me tocó la nariz y me la frotó cariñosamente— Un día lo verás.

Esa noche tomé un carrete de hilo rojo y corté un hilo para atarlo alrededor de mi tobillo.
Yo no quería que mis hermanos lo vieran y se burlaran de mí, así que metí el extremo suelto debajo del dobladillo de mi pantalón. Pero mientras caminaba con mi secreto haciéndome cosquillas en el tobillo,

me pregunté si sentiría algo cuando conociera a la persona con la que estaba destinada a estar ¿La cuerda daría un pequeño tirón? ¿Se estiraría y se uniría a su otra mitad?

Usé esa cuerda alrededor de mi tobillo durante meses. Poco a poco se deshizo, pero mi fe en el destino no.

Hasta que el destino me quitó a mamá. Vino por ella lentamente, durante muchos meses, como vino para el ciprés fuera de nuestra tienda.

Todos los días, las hojas caían de sus brazos delgados, solo unas pocas al principio, pero más y más a medida que se acercaba el otoño. Entonces, un día, me desperté y encontré todas las ramas desnudas. Y nuestro ciprés ya no existía, al menos hasta la primavera.

Mamá ya no tenía primavera.

Su otoño empezó con toses sueltas aquí y allá, siempre tapadas con una sonrisa. Se olvidó de añadir repollo a las albóndigas de cerdo que tanto le gustaban a Finlei, y se olvidó de los nombres de los héroes de las historias que nos contaba a Sendo y a mí antes de irnos a dormir.

Incluso dejó que Keton ganara a las cartas y le dio demasiado dinero para que lo gastara en sus mandados en el mercado. No había pensado mucho en estos resbalones. Mamá nos lo habría dicho si no se sintiera bien.

Entonces, una mañana de invierno, justo cuando había terminado de adornar nuestras estatuas de Amana con nuestros tres vestidos, del sol, la luna y las estrellas, mamá se desmayó en la cocina.

La sacudí. Todavía era pequeña, y su cabeza pesaba cuando la levanté para reposarla sobre mi regazo.

—¡Baba! —Grité— ¡Baba! ¡Ella no se despierta!

Esa mañana, todo cambió. En lugar de orar a mis antepasados para desearles lo mejor en su vida después de la muerte, oré para que salvaran a mamá. Recé a Amana, a las tres estatuas que había pintado y vestido, para que la dejaran vivir. Para que Mamá nos viera crecer a mis hermanos y a mí, y que no dejara solo a Baba, que tanto la amaba.

Cada vez que cerraba los ojos e imaginaba el futuro, veía a mi familia entera. Veía a mamá junto a Baba, riéndose y burlándose de todos nosotros con los olores fragantes de su comida. Veía a mis hermanos rodeándome: Finlei recordándome que me sentara derecha, Sendo deslizándome una mandarina extra y Keton tirando de mis trenzas.

Que equivocada estaba.

Mamá murió una semana antes de mi octavo cumpleaños. Pasé mi cumpleaños cosiendo ropa blanca de luto para mi familia, que usaríamos durante los siguientes cien días. Ese año, el invierno se sintió especialmente frío.

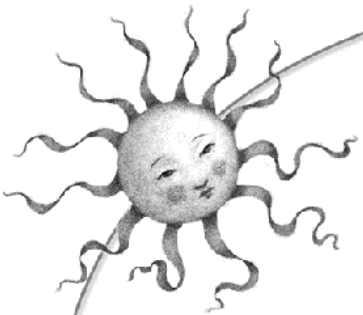
Corté el hilo rojo de mi tobillo. Al ver lo destrozado que estaba Baba sin Mamá, no quería estar atada a nadie y sufrir el mismo dolor.

Con el paso de los años, mi fe en los dioses se desvaneció y dejé de creer en la magia. Cerré mis sueños y me dediqué a mantener unida a nuestra familia, a ser fuerte por Baba, por mis hermanos, por mí misma.
Cada vez que un poco de felicidad se atrevía a colarse por las grietas de mi corazón y trataba de llenarlo de nuevo, el destino intervenía para recordarme que no podía escapar de mi destino. El destino tomó mi corazón y lo aplastó poco a poco: cuando murió Finlei, luego Sendo, y cuando regresó Keton con las piernas rotas y fantasmas en los ojos.

La Maia de ayer había recogido esas piezas y las había cosido minuciosamente. Pero ya no era esa Maia.

A partir de hoy, las cosas serían diferentes. A partir de hoy, cuando el destino me atrapara, lo enfrentaría de frente y lo haría mío.

A partir de hoy, no tendría corazón.



PRIMERA PARTE

La risa del Sol

Capítulo 1

Miles de farolillos rojos iluminaban el Palacio de Otoño, suspendidos de hilos tan finos que las luces parecían cometas flotando de techo en techo. Podría haberlos observado toda la noche, bailando en el viento y pintando el crepúsculo con un brillo bruñido, pero mi mente estaba en otra parte. Porque bajo el mar de luces oscilantes, la Plaza de la Espléndida Armonía había sido puesta en escena para la gran boda imperial.

Ver todo este rojo, en celebración del matrimonio del emperador Khanujin con Lady Sarnai, debería haberme alegrado. Había trabajado tan duro y sacrificado tanto por la paz que su unión finalmente traería a A'landi.

Pero yo no era la misma Maia de antes.

Las puertas bermellón del Palacio de Otoño resonaron y me abrí paso entre la multitud de sirvientes para echar un vistazo a la procesión nupcial. El padre de Lady Sarnai, el shansen, la lideraría. Quería ver al hombre que había desangrado a mi país desde dentro, cuya guerra se había llevado a dos de mis hermanos, y cuyo solo nombre hacía estremecer a los hombres adultos.

El shansen, con su armadura chapada en oro brillando como escamas de dragón debajo de sus ricas túnicas esmeralda, cabalgaba sobre un majestuoso semental blanco. Gray se tocó las puntas de la barba y las cejas. No parecía tan temible como me lo había imaginado, hasta que le vi los ojos; brillaban como perlas negras, feroces como las de su hija, pero más crueles.

Detrás de él cabalgaba su guerrero favorito, Lord Xina, seguido por los tres hijos del shansen, todos con los ojos oscuros e inquietantes de su padre, y una legión de soldados que llevaban parches en las mangas bordados con el emblema del shansen: un tigre.

—El shansen subirá los escalones hasta el Salón de la Armonía —Anunció en voz alta el Ministro Principal Yun— Donde su hija, Sarnai Opai'a Makang, será presentada como la novia de nuestro emperador.

—Mañana —Continuó el Ministro Principal Yun— La Procesión de los Regalos se presentará en la corte del emperador. Al tercer día, Lady Sarnai ascenderá formalmente a su lugar como emperatriz junto al emperador Khanujin, Hijo del Cielo. Entonces, se llevará a cabo un banquete final para celebrar su matrimonio a los ojos de los dioses.

La música nupcial crecía y se fusionaba con el repiqueteo del shansen y sus hombres subiendo las escaleras. Los petardos retumbaron, tan fuertes como un trueno, y cada golpe de los tambores de la boda retumbó tan profundo que la tierra bajo mis suelas vibraba. Ocho hombres cruzaron el salón a grandes zancadas con un carruaje dorado envuelto en seda bordada y armado con azulejos vidriados pintados con dragones de color turquesa y oro.

Cuando el shansen ocupó su lugar ante la sala, el emperador Khanujin salió de su palanquín. La música cesó y todos nos inclinamos hasta el suelo.

—Gobernante de cien tierras —Coreamos— Khagan de Reyes, Hijo del Cielo, Favorecido de Amana, nuestro Glorioso Soberano de A'landi. Que vivas diez mil años.

—Bienvenido, Señor Makangis —Lo saludó el Emperador Khanujin— Es un honor recibirlos en el Palacio de Otoño.

Los fuegos artificiales estallaron detrás del palacio, disparándose más allá de las estrellas. "¡Ah!" todos jadearon, maravillándose de la vista. Brevemente, yo también me maravillé. Nunca antes había visto fuegos artificiales. Sendo trató de describírmelos una vez, aunque tampoco los había visto nunca.

"Son como flores de loto que florecen en el cielo, hechas de fuego y luz" Había dicho.

"¿Cómo se levantan tan alto?"

"Alguien los dispara" Se encogió de hombros cuando le fruncí el ceño, escéptica "No me pongas esa cara, Maia, no lo sé todo. Tal vez sea magia".

"Dices eso sobre todo lo que no sabes cómo explicar".

"¿Qué hay de malo en eso?"

Me había reído "No creo en la magia".

Pero ahora que los fuegos artificiales estallaron en el cielo, espeluznantes salpicaduras de amarillo y rojo contra la noche negra, supe que la magia no se parecía en nada a esto. La magia era la sangre de las estrellas que caían del cielo, el canto de mis tijeras encantadas, deseosas de hacer un milagro con el hilo y la esperanza. No polvo coloreado arrojado al cielo.

Mientras los que me rodeaban vitoreaban, ocho jóvenes más llevaron

otro palanquín dorado hacia el emperador. Linternas colgaban de cada lado, iluminando un fénix elaboradamente pintado.

Un fénix a juego con el dragón del emperador. Para dar nueva vida al país, ayudándolo a resurgir de las cenizas de la guerra.

Los asistentes bajaron el palanquín, pero Lady Sarnai no salió. Estaba llorando tan fuerte que incluso desde el fondo de la plaza, podía oírla. En algunos pueblos, era tradición que una novia llorara antes de su boda, una señal de respeto a sus padres para mostrar que estaba angustiada por dejarlos.

Pero qué diferente a la hija del shansen.

Un soldado abrió las cortinas del carruaje y Lady Sarnai avanzó tambaleándose para unirse al emperador y su padre. Un velo bordado de seda rubí cubría su rostro, y la cola de su vestido se arrastraba detrás de ella, carmesí bajo la frágil luz de la luna. Ni siquiera resplandecía, como cualquiera de los vestidos que le había hecho: tejido con la risa del sol, bordado con las lágrimas de la luna y pintado con la sangre de las estrellas.

Era extraño que Khanujin no hubiera insistido en que usara uno de los vestidos de Amana para presumir ante el shansen. Fruncí el ceño mientras ella seguía llorando, un sonido estridente que atravesó el tenso silencio. Se inclinó ante su padre y luego ante el emperador, dejándose caer de rodillas.

Lenta y ceremoniosamente, el emperador Khanujin comenzó a levantar su velo. El tamborileo comenzó de nuevo, cada vez más fuerte, más rápido, hasta que fue tan ensordecedor que mis oídos zumbaron y el mundo comenzó a girar.

Entonces, cuando los tambores alcanzaron su clímax atronador, alguien dejó escapar un grito.
Mis ojos se abrieron de golpe. El shansen empujó a Khanujin a un lado y agarró a su hija por el cuello. Ahora él la sostuvo, gritando y pateando, por encima de los ochenta y ocho escalones del Salón de la Armonía, y le arrancó el velo.

La novia no era Lady Sarnai.

Capítulo 2

Las piernas de la falsa princesa se agitaban salvajemente bajo sus faldas, la larga cola de raso de su túnica de boda ondeaba debajo de ella.

—¿Dónde está mi hija? —Rugió el shansen.

Todos a mi alrededor ya estaban haciendo apuestas sobre el destino de la pobre chica ¿El shansen le cortaría el cuello o el emperador se le adelantaría? No, la dejarían vivir hasta que hablara. Entonces la matarían.

—Yo-yo-yo-yo n-no lo sé —Balbuceó, y su llanto se intensificó antes de repetir— No lo sé… —Dejó escapar un grito cuando el shansen la dejó caer sobre los escalones de piedra.

—¡Encuentra a mi hija! —Le ladró al emperador— Encuentra a Sarnai, o no habrá boda, solo guerra —La advertencia hizo callar a todos en la plaza.

¿Dónde estaba Lady Sarnai? ¿Acaso no le importaba que miles murieran si este matrimonio no se llevaba a cabo?

“La guerra nunca terminará”, me había dicho Keton. Mi hermano menor rara vez hablaba de su tiempo luchando por Khanujin, no podía olvidar sus palabras: “No, a menos que el emperador y el shansen llegaran a una tregua. Al amanecer del Año Nuevo, se reunieron para hacer las paces. El shansen acordó retirar a sus hombres del sur y reafirmar su lealtad al emperador. A cambio, el emperador Khanujin tomaría a la hija del shansen como su emperatriz y uniría sus líneas de sangre”.

"Pero la hija del shansen se negó. Ella había luchado junto al ejército de su padre. Yo mismo la había visto, feroz como cualquier guerrero. Debió haber matado al menos a cincuenta hombres ese día” Keton se había detenido "Se dijo que amenazó con suicidarse antes que casarse con el emperador”.

Cuando Keton compartió esta historia, dudé de su veracidad ¿Qué chica no querría casarse con un hombre tan magnífico como el emperador Khanujin?

Pero, ahora que había conocido a Lady Sarnai, y al emperador, lo sabía con mayor certeza. Dioses, esperaba que no hubiera hecho nada precipitado.

Me puse de puntillas para ver mejor lo que estaba pasando, pero un dolor punzante apuñaló la parte posterior de mis ojos y comenzaron a arder. Urgentemente, los froté. Las lágrimas vinieron, tratando de lavar el calor. Pero mis pupilas solo ardían más ferozmente, y vi un brillo rojo sangre reflejado en el rastro de lágrimas manchado en mi palma.

No, no, no, ahora no. Me tapé la cara, escondiendo la marca de la maldición de Bandur, el terrible precio que había pagado para hacer los vestidos de Lady Sarnai y asegurar la paz para A'landi.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza en mi pecho, mi estómago revoloteando salvajemente. Una ráfaga de calor me recorrió el cuerpo y me desplomé en el suelo.

Entonces, de repente, el ardor en mis ojos desapareció.
Mi visión se aclaró. Ya no vi a la gente a mi alrededor clamando en conmoción. Los oí parlotear y moverse, pero estaban muy, muy lejos. Mis ojos y oídos estaban en otro lugar, fuera de mi cuerpo.

Yo estaba allí, en los escalones del Salón de la Armonía. El aire apestaba a azufre y salitre de los fuegos artificiales; el cielo estaba marcado con rayas de humo blanco.

Vi a la chica, sus labios pintados de rosa y sus mejillas surcadas de lágrimas, y la reconocí: era una de las doncellas de Lady Sarnai. Los guardias imperiales la subieron por los escalones cuando se acercó el emperador.

Luchó por contener su ira, sus dedos temblaban a los costados, a centímetros de su daga, cuya empuñadura dorada estaba ingeniosamente oculta bajo capas de túnicas de seda y una gruesa faja con amuletos de jade colgando.

Se arrodilló a su lado, tomó sus manos entre las suyas y desató las cuerdas que ataban sus muñecas. Una vez, se agachó a mi lado de la misma manera, cuando yo estaba prisionera. Qué maravilloso lo había pensado entonces, sin saber que estaba bajo un poderoso hechizo que el Lord Hechicero del emperador había lanzado sobre él.

Sin la magia de Edan, el sudor resplandecía por la nuca de Khanujin, y su espalda se tensaba bajo el pesado peso de su túnica imperial. Me pregunté si el shansen se daría cuenta.

El emperador inclinó la barbilla de la doncella hacia él, sus dedos presionaron con tanta fuerza contra su mandíbula que iban a dejarle moretones. Una furia fría barrió sus ojos negros.

—Habla —Ordenó.

—Su Alteza... No lo dijo. Ella... Ella nos pidió que tomáramos un té con ella para celebrar su compromiso con usted, y no pudimos negarnos —La doncella hundió la cara en el dobladillo de la túnica de Khanujin.

—Entonces, ella te envenenó.

El miedo acentuó sus respiraciones agudas y entrecortadas— Cuando me desperté, estaba vestida con su ropa y me dijo que, si no me hacía pasar por ella, me mataría.

Khanujin la soltó. Levantó un brazo, probablemente para ordenar que se la llevaran y la ejecutaran en algún lugar en silencio, cuando...

—¡El Señor Xina se ha ido! —Gritó uno de los hombres del shansen.

Como un latigazo, mi vista se rompió. Lo que sea que me había robado de mi cuerpo me arrojó de nuevo, hasta que estuve entre los sirvientes del emperador como antes, con los oídos zumbando por el alboroto que acababa de causar la desaparición del Señor Xina.

—¡Encuéntralos! —Gritó Khanujin— Diez mil jens para quien encuentre a la hija del shansen y me la traiga... Y muerte por nueve grados para cualquiera que sea atrapado ayudando a su escape.

Muerte por nueve grados. Eso significaba no solo la ejecución del culpable, sino también de sus padres, hijos, abuelos, tías, tíos, toda la línea de sangre.

Aturdida, observé cómo la multitud se dispersaba, eunucos, artesanos, soldados y sirvientes, todos en busca de Lady Sarnai. Yo también necesitaba moverme, antes de que alguien me notara. O en caso de que alguien hubiera visto mis ojos brillando de color rojo.

Pero no podía moverme, no mientras los tambores continuaran resonando tan violentamente que las mismas nubes parecían temblar. Me estremecí, cada golpe resonaba profundamente en mis huesos y me recordaba en lo que me estaba convirtiendo.

"¿Sabías que solían tocar la batería para ahuyentar a los demonios?" Todavía podía escuchar a Bandur burlándose de mí "Pronto los tambores solo te recordarán el corazón que alguna vez tuviste. Cada latido que pierdes, cada escalofrío que te toca, es una señal de que la oscuridad te cubre. Un día, te alejará de todo lo que conoces y aprecias: tus recuerdos, tu rostro, tu nombre. Ni siquiera tu hechicero

te amará cuando te despiertes como un demonio".

—No —Susurré, presionando mi mano sobre mi corazón, sintiendo su ritmo inestable. Aún presente.

Yo no era un demonio. No aún.

Una vez que el emperador se casara con Lady Sarnai y la paz para A'landi estuviera asegurada, una vez que Baba, Keton y todos los a'landianos estuvieran a salvo, pasaría cada momento de mi vida tratando de romper mi maldición. Hasta entonces… Alguien agarró mi codo, sacándome de mis pensamientos y fuera de la plaza.

—¡Ammi!

—Muévase, Maestro Tamarin —Dijo bruscamente. Ella arrojó una trenza sobre su hombro— Te enviarán a la mazmorra parado así, especialmente ahora que todos saben que tu pierna no está realmente rota.

Luego se volvió bruscamente y desapareció entre una multitud de sirvientas. Estaba aturdida. Mis manos cayeron a mis costados, mis pies se olvidaron de donde querían ir ¿Por qué Ammi me había hablado tan bruscamente, como si la hubiera ofendido?

Maestro Tamarin. Se me hizo un nudo en la garganta. Por la forma en que dijo mi nombre, de repente entendí por qué estaba enojada conmigo.

Me conocía como el sastre Keton Tamarin, no como Maia. La mañana que regresé al palacio, el emperador les había revelado a todos mi verdadera identidad. Qué traicionada debió haberse sentido al enterarse de mi mentira por él y no por mí, después de toda su amabilidad conmigo durante la competencia para convertirme en el sastre imperial.

—¡Ammi! —La llamé, corriendo tras ella— Por favor, déjame explicarte.

—¿Explicarme? —Sus ojos redondos se entrecerraron hacia mí, tratando de ser fríos pero sin lograrlo del todo— No tengo tiempo para ti. Hay diez mil jens en juego. Puede que ya no sea mucho para ti, pero es una fortuna para el resto de nosotros.

—Puedo ayudarte.

—No necesito tu...

—Puedo encontrarla.

Las palabras de mi amiga murieron en sus labios y respiró hondo.

—¿Qué es lo que sabes?

Para ser honesta, no sabía nada. La vieja Maia, siendo una terrible mentirosa, lo habría confesado de inmediato. Pero de esta manera pequeña y aparentemente insignificante, ya había cambiado.

—Te mostrare.

Partí antes de que Ammi pudiera negarse, y cuando escuché sus pasos reacios siguiéndome fuera de la plaza, me dirigí a la residencia de Lady Sarnai. Debería haberme alegrado de que hubiera venido, y debería haber intentado disculparme con ella de nuevo, pero no quería que hiciera más preguntas sobre el paradero de Lady Sarnai. Además, algo más me pesaba. Una pesadez de plomo en mi pecho que me tomó un momento reconocer.

Envidié a Lady Sarnai. Le envidiaba la oportunidad de estar junto al hombre que amaba. La oportunidad que no pude tener con Edan. "*Ven conmigo*" todavía podía oírlo suplicar.

Como hubiera querido, más que nada, hacerlo. El calor de su mano en mi mejilla, la presión de sus labios en los míos, habían sido suficientes para derretirme.

Pero incluso si pudiera revivir ese momento, todavía habría dicho esa dolorosa mentira para que se fuera. Era mejor soportar cualquier sufrimiento que me sucediera solo a mí: Edan, al fin, era libre de las ataduras que lo habían mantenido cautivo durante tanto tiempo.

—¿A dónde vamos? —Preguntó Ammi, sonando irritada— Todos los demás están mirando fuera de las puertas.

—Por aquí —Dije, adentrándome en el jardín. Mi voz salió estrangulada, pero esperaba que Ammi no se diera cuenta— Conozco un atajo a sus aposentos.

—¿Por qué ella estaría allí todavía? —No respondí, en cambio eché a correr.

Empujé las puertas de Lady Sarnai para abrirlas. Incienso quemado, una espesa neblina invadió la habitación. Agarré una linterna, agitándola en busca de signos de lucha.

Una sombra revoloteó desde el interior del dormitorio. Ammi se

estremeció.

—Tal vez deberíamos irn…

Me puse un dedo en los labios y le hice señas con la otra mano.

Silenciosamente, seguimos el movimiento hacia las cámaras de descanso de Lady Sarnai. Las cortinas de seda de la cama se balanceaban, pero el aire estaba quieto; no había viento esta noche. Dejando la linterna, abrí las cortinas.

Las doncellas de Lady Sarnai yacían en su cama, amordazadas, con las muñecas y los tobillos atados con las sábanas. Inconscientes, pero comenzando a moverse.

Me aparté de la cama. Había un montón de ropa esparcida por el suelo, una manga amarilla rota asomaba por debajo de una mesa. Me agaché y recogí el trozo, examinándolo.

Lady Sarnai despreciaba el amarillo, y ni ella ni sus doncellas se habrían puesto un material tan burdo.
Era del uniforme de un guardia imperial. El desgarro parecía reciente, los bordes de la manga arrugados como si alguien hubiera agarrado la tela con fuerza.

Escaneé el resto del dormitorio. Una espada, demasiado gruesa y difícil de manejar para ser la de Lady Sarnai, estaba apoyada contra uno de los grandes baúles junto al biombo cambiador.

En un destello ardiente que no pude controlar, vi a Lady Sarnai y Lord Xina justo afuera del palacio.

Estaban vestidos como guardias imperiales, mezclándose con los grupos de búsqueda enviados para buscarlos. Mis ojos parpadearon de vuelta a la normalidad.

—Ella no está en el palacio —Murmuré— Está disfrazada de guardia.

—¿Como sabes eso?

En lugar de responder, agarré la espada del baúl— No mires —Le ordené a Ammi.

Ella palideció, pero obedientemente salió de la habitación.
Sosteniendo la espada en alto, rompí la cerradura y levanté la tapa.
Por el hedor que salió, supe lo que encontraría dentro.

Un guardia imperial, sus ojos nublados por la muerte.

Sangre seca, casi negra, coagulada sobre sus labios. Su nariz había sido rota, su garganta, limpiamente cortada, por alguien con una mano firme que sabía dónde entregar la muerte más rápida y silenciosa. Su uniforme, robado.

Fuera del dormitorio, Ammi gritó. Supuse que había encontrado a los otros guardias muertos.

—Bien hecho —Dijo el emperador Khanujin cuando informamos lo que habíamos encontrado.

Inclinándose a mi lado, Ammi sonrió. Durante todo el camino hasta los aposentos reales del emperador, sus emociones oscilaron entre el horror de encontrar los cadáveres y el entusiasmo por estar en presencia del emperador.

Ahora el horror estaba olvidado, pero no podía culparla. Incluso un atisbo de la cámara de recepción del emperador era más de lo que una doncella de su rango podría esperar ver.

Deseé compartir su entusiasmo, pero solo sentí el agudo aguijón del arrepentimiento.

—Ella estará vestida como un guardia —Dije en voz baja— El señor Xina, también. Se fueron con los equipos de búsqueda para no llamar la atención. No pueden haber llegado demasiado lejos.

Desde detrás de una alta pantalla de madera que oscurecía nuestra vista de él, el emperador habló de nuevo.

—¿Ustedes dos descubrieron esto? ¿Nadie más?

—Sí, su Majestad.

—Si lo que dices es verdad, serás recompensada. Puedes retirarte —Empecé a levantarme, pero el tocado del emperador tintineó— Maestro Tamarin —El temor se apoderó de mí incluso antes de que pronunciara sus siguientes palabras— Un momento.

Ammi me lanzó una mirada curiosa y yo esbocé una sonrisa para asegurarle todo estaría bien, pero, en verdad, tenía un mal presentimiento sobre esto.

Esperó hasta que las puertas se cerraron con un chasquido y estuvimos solos.

—No estabas en el palacio esta tarde.

—Su Majestad me ha dado amablemente el día libre de mis deberes como sastre imperial.

El tono del emperador se volvió duro. Mortal— ¿Dónde estabas?

Se habían acabado los juegos. Sabía que yo era consciente del encantamiento que Edan le había lanzado y del por qué se escondió detrás de esa pantalla de madera.

—Fui al santuario a rezar —Mentí— Por la buena fortuna, en previsión de la boda de Su Majestad.

La sombra del emperador se echó hacia atrás y él olfateó el aire, sonando poco convencido.

—Estoy seguro de que sabes que el Lord Hechicero no está.

Entonces, no había encontrado a Edan.

—No lo sabía —Mentí de nuevo.

La irritación pinchó la voz de Khanujin— Encuentro eso difícil de creer, Maestro Tamarin, dado que me dijeron que fue visto por última vez contigo.

Mi pulso se aceleró— Su Majestad, no he visto al Lord Hechicero desde que le entregué los vestidos a Lady Sarnai.

—¿Te atreves a decirme más mentiras? —Enfadado, el emperador Khanujin se levantó y salió a la luz. Me incliné en una reverencia, sin atreverme a mirar hacia arriba.

La punta fría de una daga me levantó la barbilla, enganchándome como un pez en el agua.

El resplandor del glorioso yo anterior del emperador se había desvanecido, pero aún no se había ido del todo. Su altura aún era imponente, sus hombros aún cuadrados y orgullosos, su voz aún lo suficientemente suave como para encantar a un tigre en su jaula. Pero su rostro había comenzado a cambiar.

Los cosméticos disimulaban la palidez de su piel. Su boca se frunció con crueldad, sus dientes eran más grandes y torcidos, y sus ojos, que una vez pensé que irradiaban el calor del verano, eran fríos como los de una serpiente.

El emperador se estremeció al notar mi mirada— No te lo volveré a preguntar ¿Adónde ha ido el Lord Hechicero?

Su daga mordió mi piel, y miré mi reflejo en su suave hoja. Apenas reconocí a la chica que vi o a la voz tranquila que pronunció:

—No me atrevería a mentirle a Su Majestad. De verdad, no lo sé.

El emperador Khanujin me miró fijamente, su mirada estrecha y calculadora. Esperé, con el pulso acelerado, hasta que finalmente dejó su espada.

—Hizo algo cuando te pusiste ese vestido —Siseó— Hubo un destello de luz, eso fue mágico, lo sé. Ustedes dos lo planearon juntos.

—Si planeaba irme con el Lord Hechicero ¿Por qué sigo aquí?

—Mis guardias encontraron esto en tus aposentos.

El emperador levantó una sola pluma negra. La de un halcón.
La de Edan.
Mi pulso rugía en mis oídos, pero curiosamente, mantuve la calma. No era propio de mí: Ayer, habría mirado al suelo, tartamudeando una respuesta apenas coherente rogando al emperador que no lastimara a Edan. Hoy, simplemente junté mis manos e incliné la cabeza.

—El Lord Hechicero es conocido por tomar la forma de un halcón para facilitar su servicio a Su Majestad. Si visitó mis aposentos, sin duda fue para asegurarse de que estaba trabajando en mis tareas para Lady Sarnai.

—Has desarrollado una lengua de cortesana mientras estabas fuera, Tamarin —Dijo el emperador Khanujin. El elogio sonó hueco en mis oídos, como se suponía— Viajaste con él durante meses. ¿Por qué se fue?

Sabía la respuesta a eso. Edan se había ido porque se lo rogué. Porque le mentí y le dije que estaría bien sin él. Porque yo había roto su juramento al emperador, y si no se iba... los dioses sabían lo que Khanujin le haría.

Pero no podía decirle eso al emperador.

Podría mentir, pero ninguna mentira mantendría a Edan a salvo de la ira de Khanujin para siempre. A no ser que... Me lamí los labios, saboreando la dulzura de una nueva posibilidad. Observé la garganta del emperador Khanujin, apenas protegida por el cuello ricamente bordado de su chaqueta.

"Piensa en lo fácil que sería" Una voz oscura burbujeó dentro de mí. Mi

voz "*Si quieres proteger a Edan, esto es lo que debes hacer. Tienes la fuerza. Khanujin es débil y está solo*".

El calor me picó en los ojos y mis dedos se crisparon con la tentación *"Sí. Hazlo"* La voz resonó profundamente, trastornando mis sentidos y mi razón "*Mátalo*".

¡No! Clavé las uñas en mis palmas. ¡*Vete!*

La voz en mi cabeza se rió entre dientes. *"Pequeña Maia, sabes que es solo cuestión de tiempo. Me hago más fuerte cada minuto... Pronto mis pensamientos serán tus pensamientos. Nuestros pensamientos serán uno… Ni siquiera lo notarás"*.

Eso era lo que me temía. Apreté los dientes ¡*DÉJAME!*.

Cuando la risa se alejó flotando y finalmente se desvaneció, estiré los dedos y me froté las sangrientas medias lunas impresas en mis palmas.

—¡Tamarin! —Gruñó el emperador— Si me mientes, haré que traigan a tu padre y a tu hermano para que los cuelguen.

Una llamarada de ira se disparó hasta mi pecho, apretándolo tan fuerte que apenas podía respirar. Quería decirle que lo mataría antes de que eso sucediera, que me rendiría a la oscuridad en mí y rompería sus huesos uno por uno antes de dejarlo tocar a mi familia.

Pero no lo hice. La ira se fue tan rápido como llegó. Toqué el suelo con la cabeza en una profunda reverencia.

—Perdóneme, Su Majestad, pero no lo sé. Rezo para que se encuentre al Lord Hechicero y Lady Sarnai —Hice una pausa, esperando que el agudo aguijonazo del arrepentimiento subiera a mi pecho para apagarse.

Deseé no haber buscado nunca en la habitación de Lady Sarnai, nunca haber ayudado al emperador a reunir pistas para encontrarla. Volví a inclinarme y, finalmente, Khanujin hizo un gesto con la mano para despedirme.

—Gracias, Su Majestad —Mi voz se volvió hielo una vez más, llena de mentiras— Que vivas diez mil años.

Capítulo 3

Una calamidad de campanas me despertó con un sobresalto. Faltaban una o dos horas para el amanecer, el cielo aún estaba oscuro pero lo suficientemente brillante para que pudiera distinguir los humos grises que se elevaban en espiral de las lámparas agotadas.

Una y otra vez, las campanas sonaban, el sonido resonaba a través de mis ventanas. Cuando finalmente me levanté para cerrarlas, capté un destello de movimiento afuera y escuché el chasquido de un látigo mordiendo la carne.

Lady Sarnai y Lord Xina. Los habían encontrado y los guardias los estaban azotando.

Las hojas de bambú se aferraban a la espalda de Lady Sarnai y el agua goteaba de su largo cabello negro. Por lo que parecía, habían llegado al río Leyang antes de que los guardias la capturaran a ella y a su amante.

—No matarás a más de mis hombres —Le decía uno de los guardias— No en mi turno. Llévala de vuelta a su residencia y lleva a este a la mazmorra.

Me apoyé contra la pared. Un nudo frío se retorció en mi estómago. Si no fuera por mí, tal vez habrían logrado escapar.

La felicidad de Lady Sarnai era un pequeño precio a pagar por la paz, me recordé. No más familias sufrirían la pérdida que Baba, Keton y yo sentimos cuando Finlei y Sendo murieron en la guerra.

Entonces ¿Por qué mi alivio sabía tan amargo?

Una hora después, tuve mi respuesta. El ministro Lorsa irrumpió en mi recámara para anunciar que la boda se reanudaría esta tarde con la Procesión de Ofrendas. Debía poner a Lady Sarnai en "el vestido de las estrellas", inmediatamente.

Una tropa de soldados patrullaba el frente de los aposentos de Lady Sarnai, y una fila de arqueros se encontraba en las ventanas detrás de los sauces susurrantes.

No se quemó incienso en su mesa esta mañana, y todas las lámparas que colgaban de los techos habían sido retiradas. Todo lo que ella pudiera haber usado como arma fue confiscado.

El viento se filtraba a través de las ventanas rotas, que habían sido

remendadas apresuradamente con sábanas de algodón y pergamino. El frío me puso la piel de gallina.

Hice una reverencia al entrar.

—Su Alteza, llegué para vestirla para la celebr... —Me mordí la lengua; Lady Sarnai no vería las festividades de esta noche como una celebración— Para el banquete de esta noche.

Ella no se levantó de su silla. Su precioso cabello negro había sido aceitado y trenzado; en la brillante luz del sol, brillaba. Pero sus labios carnosos estaban agrietados por la sequedad, y sus ojos miraban vidriosamente al frente. Parecía que iba a romperse.

Pero Lady Sarnai no era de cristal. De piedra, tal vez. Y las piedras no se rompían.

—Podría retorcerte el cuello con esos vestidos —Habló en voz baja, como un gruñido de la garganta de un tigre— Si no fuera por ti...

Ella apretó los dientes. El odio desestabilizaba su respiración, y supe que si no fuera por los guardias afuera y su amante en prisión, cumpliría su amenaza. Bajé la mirada al suelo y elegí mis siguientes palabras con cuidado.

—Me alivia que Su Alteza haya regresado sana y salva al Palacio de Otoño. Diez mil años de alegría y felicidad para Lady Sarnai y Su Majestad...

—¡Suficiente! —Ladró ella— ¿Crees que al ayudar a Khanujin ganarás su favor?

—No, Su Alteza, no lo creo.

Se recostó en su silla, sus largos dedos agarrando los brazos de madera.

—Cuando sea emperatriz, serás la primera en pagar —Sus palabras eran una promesa mortal, pero ya no le tenía miedo.

—Como desee, Su Alteza.

Lady Sarnai frunció el ceño— Has cambiado —Observó— Algo en ti es diferente —Una sonrisa cruel se formó en sus labios— Es el hechicero, ¿no?

Ahora mis ojos volaron hacia arriba, encontrándose los suyos con mi propia mirada fría. Eso la complació, y lo lamenté.

—Hay rumores de que está desaparecido. Le aseguro que tales noticias interesarán mucho a mi padre, particularmente cuando las confirme esta noche.

—El Lord Hechicero no ha desaparecido —Mentí.

—¿No lo está? No habría llegado tan lejos como el río Leyang si Edan todavía estuviera aquí —Una pequeña risa salió de su garganta— No se preocupe, sastre. Khanujin lo perseguirá hasta los confines de la tierra para recuperarlo ¿O no es eso lo que quieres?

Ella estaba tratando de lastimarme. Le había hecho un mal terrible, y no le quedaban más que palabras para lanzarme.

—Quiero que se case con el emperador —Respondí— La boda es nuestra única esperanza de paz.

El desprecio se derramó por su rostro— Es demasiado tarde para la paz.

Keton me había dicho antes que la Guerra de los Cinco Inviernos terminó solo debido a un punto muerto. El shansen temía a Edan, y Edan desconfiaba de las fuerzas oscuras detrás del enorme poder del shansen.

Pero si Edan realmente se había ido, ¿cómo prevalecería el emperador contra el shansen? Esta boda tenía que suceder.

—El tiempo se acorta, Su Alteza —Dije en voz baja— Debo ayudarla a enfundarse en su vestido.

Las dos doncellas de Lady Sarnai, sus dos nuevas doncellas, Jun y Zaini, trajeron un gran baúl de nogal. Una amarga melancolía se apoderó de mí cuando lo abrí y saqué los vestidos del sol, la luna y las estrellas. Su resplandor inundó las recámaras oscuras de Lady Sarnai, rayos de luz dorada y plateada cruzando el techo.

—Qué hermoso —Susurraron las doncellas— Ellos son...

—Supongo que me quiere en ese —Lady Sarnai señaló secamente el vestido pintado con la sangre de las estrellas.

Rayos de luz del sol bailaban sobre su seda negra, encendiendo ráfagas de colores de otro mundo, como estrellas fugaces en el cielo nocturno.

Antes de que pudiera responder, las criadas me arrebataron el vestido y acompañaron a Lady Sarnai a su vestidor.

Mientras esperaba, me volví hacia el gran espejo de palisandro a mi izquierda. Ojos hundidos me miraban, cansados por la preocupación y la falta de sueño, y mechones de cabello negro escapaban de mi sombrero. Toqué las pecas que salpicaban mis mejillas y mis labios pálidos y sin sangre.

Me había convertido en una sombra de mi antiguo yo.

Lady Sarnai salió de detrás del biombo cambiador, el vestido de las faldas de las estrellas floreciendo detrás de ella. El corpiño ceñía su pequeña cintura, el escote acentuaba los marcados contornos de sus hombros y pecho. Nuestras medidas eran casi las mismas, y todo le quedaba perfectamente, como sabía que sería.

Pero la tela, que había cobrado vida hace solo unos momentos por mi toque, ahora colgaba plana y opaca, del color de la madera carbonizada, de una noche interminable.

—¿Llamas a esto un vestido de novia? —Preguntó ella, frunciendo el ceño.

No sabía qué decir. El vestido había cambiado cuando me lo puse. Las faldas habían bailado con azules, índigos y púrpuras más ricos que los tintes encontrados en La Gran Ruta de las Especias, dándole a mi piel un brillo plateado que había hecho que incluso el emperador me mirara con asombro.

Pero en Lady Sarnai, lucía mediocre. Sin vida alguna.

Me incliné más cerca de ella con mi cuerda de medir, y traté de hacer que ella diera un paso hacia la luz.

—Déjeme ver si...

—Tal vez Su Alteza debería probarse otro vestido —Interrumpió la sirvienta más joven, Jun— El vestido del sol.

Los ojos de Lady Sarnai se entrecerraron— Tómalo.

Se refería a mí, no a las criadas. Enrollé mi cordel de medir sobre mi brazo y levanté el vestido del sol de la silla para sacarlo.

Ella parpadeó, con los ojos llorosos por su brillo.

—Su Alteza, ¿se encuentra bien?

—No quiero ese —Comenzó— Yo... —Lady Sarnai se detuvo.

Su mandíbula se aflojó y sus hombros se sacudieron hacia adelante y

hacia atrás. Sus brazos se agitaron y comenzó a jadear como si no pudiera respirar.

—¿Su Alteza? —Jun y Zaini la abanicaron y le dieron golpecitos en la muñeca como si eso ayudara— Su Alteza, ¿se siente enferma?

Lady Sarnai tosió y jadeó. Sus labios se movieron, pero solo salió un sonido estrangulado:

—Demonios —Articuló. Sus ojos inyectados en sangre se abrieron con pánico. Ella gritó— ¡Demonios! Me están quemando —Ella tembló violentamente mientras arañaba su corpiño, tratando de arrancarlo.

Las criadas la agarraron de los brazos para estabilizarla, pero ella se retorció y se apartó. Ciegamente, se tropezó contra la pared, tropezando con su falda larga.

—Tamarin, quítamelo —Dijo con voz áspera— Hazlo o...

Entonces su cuerpo cayó al suelo con un ruido sordo.

Las doncellas gritaron y dejé caer el vestido del sol, corriendo hacia Lady Sarnai. Levanté su cabeza sobre mi regazo, manteniendo su cabeza y cuello quietos mientras el resto de su cuerpo temblaba.

Era el vestido. Tenía que quitárselo antes de que la matara.

La hice rodar sobre su estómago y busqué a tientas en mi cinturón mis tijeras. No había tiempo para desabrochar docenas de botones, así que corté la parte de atrás del vestido. O, al menos, lo intenté. La tela era tan fuerte que resistió las hojas de mi tijera. Corté una y otra vez, hasta que los hilos se aflojaron y entre las criadas y yo pudimos sacar el vestido.

—Gracias a los dioses —Respiré cuando Lady Sarnai finalmente dejó de temblar.

Pero mi alivio duró poco. Sus brazos se habían aflojado a los costados, y cuando le di la vuelta, sus ojos no se abrían.

Solté mis tijeras. Las había estado agarrando con tanta fuerza que los arcos me habían hecho muescas en los dedos. ¿Qué le estaba pasando a la hija del shansen?

La doncella mayor, Zaini, presionó su oreja contra el pecho de Lady Sarnai.

—¡Ella no está respirando! —Gritó, su tono subiendo con angustia— ¡Ella no está respirando!

—Silencio —Dije— Tráeme agua.

Zaini obedeció y lo derramé sobre la cara de Lady Sarnai, pero aún así ella no se movió. Silenciosamente, las dos levantaron a Lady Sarnai y la recostaron sobre su cama.

Tenía los ojos hinchados, los labios torcidos por el dolor. Los moretones habían florecido en su pecho y cuello, y su piel se había vuelto de un miserable tono azul y gris. Pero lo peor, y lo más extraño de todo, grupos de marcas violetas como la tinta viajaron por su cuerpo, brillando horriblemente como estrellas ardientes.

—¿Está ella... viva? —Pregunté. No me atrevía a decir muerto. No podía.

Zaini se mordió el labio— Apenas.

Mi estómago se apretó. El pulso de Lady Sarnai latía, pero al rozar su boca sentía la más débil de las respiraciones. Era como si estuviera profundamente dormida, incapaz de despertar.

La advertencia de Edan volvió a mí— Los vestidos no son para simples mortales.

Él habría sabido qué hacer. Pero él no estaba aquí, y yo no tenía magia propia... Excepto por las tijeras. ¿Qué podrían hacer mis tijeras por Lady Sarnai?

¿Qué iba a hacer ahora?

La Procesión de los Regalos comenzaría en menos de una hora. No habría boda sin Lady Sarnai. Tan solo guerra.

—Atiende a Lady Sarnai —Dije— Hasta que esté bien, tomaré su lugar en la boda imperial.

Jun y Zaini me miraron, su miedo reemplazado por alarma y conmoción. Incliné la barbilla para confirmar mi intención.

—No hablen de esto con nadie.

No hacía falta decir más palabras; entendieron lo que quería decir. Tanto sus vidas como la mía dependían de su silencio y de la recuperación de Lady Sarnai.

Mi mirada se detuvo en el vestido de las estrellas, un charco de seda negra en el suelo. Sus costuras estaban rotas, el corpiño desgarrado y las capas de las faldas desordenadas. No había tiempo para repararlo

ahora.

Cogí el vestido del sol y me dirigí al cambiador.

Por los Nueve Cielos, recé para que esto funcionara. Si no era así, A'landi volvería a la guerra antes de que terminara la noche.

Capítulo 4

Lo que más temía era encontrarme cara a cara con el shansen. No parecía un hombre fácil de engañar.

—La gente verá lo que quiera ver —Murmuré para mí.

Parecía que había pasado mucho tiempo desde que Keton me había dado ese consejo. Aunque entonces, me había estado disfrazando de él, no de la hija del shansen. No obstante, supuse, irónicamente, que el castigo por ser atrapada era el mismo para ambos casos.

La muerte no me asustaba tanto como antes.

Jun y Zaini me pintaron la cara para borrar las pecas de la nariz y las mejillas, e hicieron que mis labios fueran tan carnosos y rojos como los de Lady Sarnai. Me trenzaron el cabello con tanta fuerza que me dolía pensar, y una docena de alfileres de esmeraldas y rubíes colgaban de mi corona, tintineando cada vez que movía la cabeza.

No necesitaba un velo detrás del cual esconderme. Mi vestido era tan cegador que nadie podría mirarme por más de un instante. La risa del sol debió haber alimentado mi emoción y nerviosismo, porque el vestido nunca antes había brillado tan vibrantemente. La luz irradiaba de cada fibra, perforando incluso las nubes oscuras del exterior.

Mi llegada al Salón de la Armonía provocó murmullos de asombro en la corte. Muchos tuvieron que protegerse los ojos de mi esplendor, e incluso el emperador Khanujin no pudo mirarme directamente. Mientras caminábamos juntos por el pasillo, el calor de mi vestido tejido por el sol hizo que gotas de sudor cayeran por su frente, arruinando los cosméticos que cubrían su gloria desvanecida.

Esto lo desagradó, pero ignoré su ceño fruncido y le sonreí a la corte. Era mejor que yo captara la atención de todos y no él. Era mejor que estuviera demasiado irritado como para notar que yo era el sastre imperial y no Lady Sarnai, la joya del Norte.

Una vez que llegamos al frente del salón, se sentó en una cómoda silla con almohadones de satén y yo me paré a su lado, el brillo de mi vestido se desvanecía mientras mis piernas palpitaban por el equilibrio sobre los zapatos de tacón.

Uno tras otro, los nobles y ministros de la corte de Khanujin presentaron sus regalos. Luego vinieron los embajadores de todos los rincones del mundo: Kiata, Samaran, Frevera, las islas Tambu y Balar. Baúles llenos del encaje más fino y dragones tallados en jade con

escamas tan delicadamente cinceladas que parecían haber sido robadas de pequeños peces, cerámicas doradas pintadas a mano con cabezas de toros por los mejores artesanos de Samaran y tallas de madera de tierras que nunca había conocido, ni oído hablar.

Finalmente, llegó el shansen. Como padre de Lady Sarnai, tuvo el honor de presentar sus regalos en último lugar.

Para un hombre tan grande, se movía con considerable silencio. Las cicatrices asomaban sus mejillas, su barba gris se curvaba desde su barbilla como la punta de una daga ceremonial. De cerca, los ángulos de su rostro eran agudos e implacables. Tallado por la guerra.

—Te presento, Emperador Khanujin, un cetro fabricado por los monjes ciegos en las Montañas del Canto. Está destinado a traer prosperidad a quien gobierna A'landi.

Luego se volvió hacia mí, su mirada penetrante cayó sobre mi rostro muy empolvado. Mi vestido se encendió más brillante mientras mi pulso se aceleraba. El shansen carraspeó y, aunque no se cubrió los ojos, desvió la mirada.

—Y a ti, hija mía, la mejor arquera de A'landi, te doy el arco de fresno que buscabas empuñar cuando eras niña —Capté la más mínima ola de orgullo en sus siguientes palabras— De todos mis hijos, tú eras la única que podía dibujarlo.

El arco era tan alto que la parte inferior de la extremidad curva descansaba justo por encima de mi pie. Su ligereza me sorprendió, pero mantuve mis labios torcidos en una mueca mientras inclinaba mi barbilla para reconocer el regalo. Sabía que Lady Sarnai tenía poca consideración por su padre.

—Con la ofrenda del shansen, concluye la Procesión de los Regalos — Proclamó el Ministro Principal Yun.

Difícilmente pude reprimir mi alivio. Todos los invitados cayeron de rodillas y se inclinaron ante el emperador, deseándole "diez mil años de vida", una frase que estaba empezando a desear no tener que escuchar o murmurar nunca más. Luego, finalmente, y con rigidez, seguí al emperador fuera del salón.

Sin darse cuenta, tomó un ritmo que me obligó a apresurarme para mantener el ritmo. Mantuve la cabeza gacha, mirando la larga extensión de tejas doradas que daban al exterior, ignorando los rostros de nuestros invitados que se inclinaban. Pero mientras lo seguía, el grito de un halcón desvió mi atención del suelo. Mis ojos volaron

hacia las ventanas y hacia el cielo.

Un halcón volaba sobre el palacio, pero sus plumas eran grises, no negras, y sus ojos no brillaban con el familiar amarillo que acechaba en mis sueños.

"Por supuesto que no es Edan, tonta" Me reprendí. Ya no tenía la magia para transformarse.

Cuando salimos del salón, el halcón todavía volaba sobre nosotros, sus alas cónicas rozaban las nubes. Nos siguió hasta que el emperador se detuvo en el pabellón más cercano.

Esperaba desesperadamente que me despidiera para poder descansar antes del banquete de esta noche. Me dolían los pies de estar de pie.

No tuve tal suerte.

Aplaudió a uno de los asistentes para que me trajera el regalo del shansen.

—Debes estar ansiosa por probar tu arco —Dijo— ¿Ves ese halcón en el cielo? Haré que los cocineros lo asen para el banquete de esta noche.

—Sería desfavorable para mí cazar —Dije con firmeza— Dado que es el día de nuestra boda.

—¿Ahora te preocupas por el decoro? Ha habido mucha muerte en el palacio, gracias a ti. Seguramente los dioses pasarán por alto la muerte de un mísero pájaro.

Empujó el arco hacia mí, y mi pulso se disparó, mi vestido se encendió en respuesta.

Apreté los puños, calmándome— No, gracias.

—¿Por qué tan adusta, Lady Sarnai? —Se burló el emperador— Tengo a tu amante en la mazmorra. ¿No sientes curiosidad por él? ¿Si todavía está vivo?

Me rodeó para que no pudiera esquivarlo.

—Cien latigazos anoche —Continuó— Y cien esta mañana. Eso es más de lo que la mayoría de los hombres pueden sobrevivir, pero Lord Xina todavía está vivo. Apenas... Tranquilo, siempre lo ha sido —Khanujin se inclinó más cerca para susurrarme al oído— Le dijeron que, si grita, se detendrán. Pero no lo harán. ¿No te gustaría verlo, Sarnai? Su sangre mancha las paredes de su celda. Tuvieron que

enviar a dos chicas para limpiar el desorden cuando se desmayó. Cuando terminaron, mis guardias lo despertaron de nuevo para darle otros cien latigazos. Me pregunto si lo reconocerías. Ahora es más una cosa que un guerrero. Eso es lo que el orgullo del norte hará por ti.

Levanté la barbilla, mi lengua pesada con una réplica que me mordí.

"Patético, Maia" Se burló la voz dentro de mí ***"¿Por qué contenerse? Prueba tu poder. El emperador es débil. Muéstrale su lugar".***

Tensándome, hice a un lado la voz. Aunque sería tentador castigar a Khanujin, por lo que le había hecho a Lord Xina, a Edan y a mí, yo no era Maia en este momento. Yo era Lady Sarnai.

Pero la hija del shansen le habría mostrado su lugar. Le habría aplastado los dedos de los pies con el talón y jurado matarlo mientras dormía. Ella lo habría estrangulado con las cadenas de oro que colgaban de su cuello. Habría jurado venganza.

Demasiado tarde, me di cuenta de que había sido un error reprimir mi ira.

Khanujin agarró mi muñeca y me atrajo hacia sí, el poder de mi vestido hizo que sus mejillas se sonrojaran y sus sienes sudaran.

—Tú no eres Lady Sarnai.

Mi máscara de calma vaciló— Yo...

Di un grito ahogado cuando me arrancó el tocado, mi cuello se sacudió cuando las perlas y las borlas enjoyadas tintinearon contra el suelo de mármol del pabellón. Me miró. Me reconoció y sus labios se apretaron con desagrado.

—Tamarin.

—Su Majestad, puedo explicar...

—Considere sus palabras con cuidado, sastre —Advirtió— Para que no sean las últimas. ¿Dónde está ella?

—En su residencia. El vestido, Su Majestad... No podía ponérselo. Eso... La lastimó.

Un latido de silencio. Meditó mi respuesta. Después...

—¿Y cómo está ella ahora?

Vacilé sobre cómo responder. ¿Como estaba ella? A decir verdad, la

magia del vestido la había marcado más allá del reconocimiento. No podía imaginar el dolor que ella sufría. Solo alguien tan terca y de corazón duro como ella se aferraría a la vida con tanta tenacidad. Aun así, no estaba segura de que sobreviviera la semana.

Pero si le dijera al emperador que Lady Sarnai estaba al borde de la muerte, pondría en peligro la boda. Por el bien de la paz de A'landi, necesitaba tiempo para decidir qué hacer.

—Ella se está... recuperando —Respondí— Sus sirvientas la están cuidando.

Esperaba que me atacara por engañarlo, pero las comisuras de su boca se levantaron.

—Hiciste bien en ocupar su lugar. Ni siquiera su padre sabe que eres tú —Se inclinó hacia adelante, sus labios secos rozaron mi mejilla en lo que todos los demás percibieron como un beso. Excepto que susurró con dureza— Tal vez sea mejor así, aunque te insto a que no te enamores tanto de los pájaros en el cielo.

Tragué saliva. Así que eso era lo que me había delatado. No sabía que Khanujin fuera un hombre tan observador. Por otra parte, sabía poco de mi emperador.

—Edan no será un halcón cuando mis hombres lo encuentren —Entonó— Será un hombre, como Lord Xina. Y será castigado en consecuencia.

Apoyó su mano en mi hombro, apretó el hueso con tanta fuerza que me estremecí.

—Puedo ser misericordioso, Maia Tamarin. Puedo ser más misericordioso con él que con Lord Xina. Pero todo eso depende de ti.

—No sé a dónde ha ido —Repetí. Incluso si lo supiera, no se lo diría.

La sonrisa del emperador se desvaneció y me dio otra presión cruel en el hombro antes de finalmente soltarme.

—Entonces reza para que el banquete de esta noche salga bien.

Se extendieron cien platos ante Khanujin y yo, suficientes para saciar a mil. Un artista podría haber muerto felizmente después de capturar un buffet de comida tan glorioso con su pincel, cada color y textura representados, cada plato era una obra de arte cuidadosamente curada tanto para los ojos como para la lengua.

La vieja Maia habría odiado estar sentada en el centro de este teatro culinario. Se habría mordido el labio inferior y habría mirado al suelo, jugueteando con los extremos de sus mangas para ignorar los gruñidos en su vientre. Sin embargo, habría deseado la gelatina picante de frijol mungo ligeramente mezclada con cacahuates, las setas marinadas en vinagre y ajo, los buñuelos de pescado frito con jengibre y salsa de ciruela.

No esta noche. Esta noche, con mi vestido radiante del sol, me senté rígida en mi silla, ignorando con frialdad cada mirada fija y cada mirada que se lanzaba en mi dirección. Cada bocado de comida que entró en mi boca fue forzado.

—No estás comiendo, hija —Comentó el shansen.

Recogí un trozo de carpa asada. Tragué. Una espina de pescado me atravesó el techo de la boca y también me la tragué, casi con la esperanza de atragantarme y que me enviaran de regreso a mis aposentos.

Khanujin se rió entre dientes.

—Está enojada conmigo por poner a su amante en el calabozo.

—Tiene suerte de que Lord Xina solo esté en prisión —Respondió el shansen, sombríamente— Si hubiera sido yo, su cabeza estaría montada en un poste en el centro del salón del banquete. Y habría obligado a Sarnai a beber su sangre.

—Eso sería desfavorable, Lord Makangis —Khanujin bajó su mano a mi hombro y la apretó con fuerza— Esperaremos hasta después de la boda para su ejecución.

Podía sentir al shansen estudiándome, como si esperara que el color se me fuera de la cara. Pero fueron sus siguientes palabras las que me hicieron palidecer.

—Veo que su huésped más formidable ha desaparecido. ¿Dónde está el hechicero?

—Lejos. Por respeto a mí.

Casi me ahogo con la mentira, pero el shansen frunció el ceño.

—Él no me respeta con su ausencia.

—No me respetas al traer una legión de tus soldados al campamento fuera de mi palacio.

El shansen sonrió— Seguro que la boda saldrá según lo planeado.

—Mi hechicero está preparando su propio seguro.

Todas mentiras. Miré fijamente al frente mientras los sirvientes sacaban un plato nuevo, uno de los platos finales. Era un faisán entero, estofado con vino tinto importado y descansando sobre un lecho de brasas encendidas que enviaban chispas al techo. Los invitados aplaudieron la delicadeza y habilidad del chef.

El humo flotaba hasta mi nariz, haciéndome cosquillas en la ansiedad. Edan ya no protegía a A'landi. Ese deber ahora me quedaba a mí: Debía asegurarme de que esta boda se llevara a cabo.

Si no, el shansen atacaría. Y A'landi ardería.

Apenas escuché al Ministro Principal Yun anunciar:

—Brindemos por Lady Sarnai.

—Sí —Dijo el emperador Khanujin— Por su salud y belleza.

La corte levantó sus copas hacia mí, sin darse cuenta del brillo en los ojos del emperador. Sabía que se deleitaba con el conocimiento secreto de que la hija del shansen se retorcía en sus recámaras, brutalmente herida.

Levanté mi copa y bebí. El alcohol envió una oleada de calor sobre mis mejillas e hizo que mis labios hormiguearan, pero no fue lo suficientemente fuerte como para quitar el frío que se filtraba en mi sangre.

Cuando dejé mi copa, una cara familiar se arremolinó en el líquido turbio. Una risa baja y espesa retumbó desde las profundidades, haciendo que mis manos temblaran.

Bandur.

De repente, el shansen y los invitados del emperador desaparecieron. En su lugar aparecieron fantasmas de largos cabellos blancos y dientes afilados y relucientes. Las sombras se filtraron de sus labios.

"Sentur'na", llamaban. Una palabra, un nombre, que no conocía. Sus brazos se estiraron para tocarme y me aparté.

¡Vuelve a Lapzur! Quería gritar. ¡Deja de seguirme!

"Sentur'na, te estamos esperando. Está comenzando… No puedes

escapar".

Todos eran fantasmas, excepto una persona: en el lugar del shansen estaba sentado un demonio.

No fue Bandur quien tomó la forma de un lobo. Pero, en su lugar, había un tigre que nunca había visto antes. Un tigre cuyos abrasadores ojos rojos se clavaron en mí.

"No puedes escapar".

El miedo erizó la parte de atrás de mi cuello.

"¿Quién eres tú?"

El demonio simplemente sonrió, levantando su copa hacia mí mientras los fantasmas clamaban:

"RÍNDETE, SENTUR'NA. NO PUEDES ESCAPAR. CEDE..."

El fuego en el centro de la mesa ardía más y más alto mientras los fantasmas cantaban. El vino salpicó de sus copas, manchando mi visión de rojo.

"¡Suficiente!" Mi vestido se encendió y arrojé mi vino al fuego.

Los fantasmas desaparecieron. El demonio tigre en el lugar del shansen desapareció. El fuego rugió y mi copa de bronce traqueteó y rodó por la mesa hasta que un sirviente la atrapó.

Parpadeé.

Ya no había fantasmas. Sólo los ministros, con sus espesas barbas empapadas de vino, me miraban boquiabiertos. Incluso los sirvientes se habían quedado paralizados para mirar.

El shansen también miró fijamente, con sus gruesas cejas surcadas por un profundo ceño fruncido.

—¿Estás bien, Sarnai? —Preguntó el emperador con frialdad.

El vino goteaba de mis dedos, y un sirviente secó apresuradamente mis manos con una servilleta. Otro sirviente volvió a llenar mi copa de vino.

—Sí... —Comencé a decir, pero luego miré mi copa.

Bandur se había ido, pero los ojos rojos no. Parpadearon como dos semillas de granada flotando en el vino blanco turbio.

Mis ojos.

El terror se apoderó de mí. Me levanté de golpe, arrojando mi servilleta sobre la mesa para cubrirme los ojos con las manos.

Alejándome de los asistentes que intentaron obligarme a volver a mi silla, huí del banquete.

Capítulo 5

No recordaba haberme derrumbado en medio del Palacio de Otoño, pero me desperté en cámaras que no eran las mías.

Un cojín sostenía mi cabeza y mis ojos estaban tan secos que me dolía parpadear. Cuando mi visión se enfocó, la vista del Emperador Khanujin parado frente a mí me hizo saltar de la cama.

Me saludó en tono amenazador.

—Has dormido todo el día, Tamarin. Desafortunado, dado que puede haber sido el último.

Mi corazón saltó con pánico ¿Había visto mis ojos ponerse rojos? ¿Lo había visto el shansen? No. Estaría en la mazmorra si lo hubiera hecho. No en una de las habitaciones de Lady Sarnai.

—Ese estallido tuyo de anoche no volverá a suceder.

Mi voz salió ronca. Cruda.

—Si, su Majestad.

—¿Qué sucedió?

—No lo sé —Susurré. Era la verdad, después de todo.

—Están diciendo que te has vuelto loca por el encarcelamiento de Lord Xina —Dijo, todavía furioso y me miró— Reanudarás tu mascarada esta noche. Comerás y celebrarás en silencio. Si el shansen empieza a sospechar, harás todo lo que esté a tu alcance para tranquilizarlo. Las vidas de todos penden de un hilo, Tamarin.

Habló como si le importara el bienestar de A'landi. Como si esta boda realmente le importara.

Eso me sorprendió, pero lo odiaba demasiado para creer en sus palabras.

—¿Por qué no matarlo? —Pregunté, apenas reconociendo mis palabras mientras las pronunciaba— ¿Por qué no envenenar al shansen? ¿O hacer que un asesino lo mate en medio de la noche?

Khanujin se burló— No espero que tú, una campesina, entiendas las complejidades de la corte.

—No soy una campesina…

—Eres lo que digo que eres —Interrumpió— Soy el emperador y estoy tratando de evitar una guerra, no de comenzar una nueva. Si quieres que tu país sobreviva, te sugiero que te pongas el maldito vestido y continues con esta boda —Giró hacia la puerta— Si me fallas esta noche, haré que cuelguen a tu padre y a tu hermano mientras tú miras.

Me mordí una réplica punzante.

¡Cómo te atreves a amenazar a mi familia! Quería gritarle. Pero en lugar de eso me arrodillé, mirando furiosamente al suelo mientras lo hacía. A pesar de todos sus palacios y sus ejércitos y sus amenazas, el emperador era solo un hombre. Estaba empezando a creer que el shansen, sin embargo, podría ser más que eso.

Esperé a que el susurro de la ropa del emperador se convirtiera en silencio, a que los pasos de los guardias se desvanecieran en el sonido de la música nupcial lejana, antes de volver a moverme.

Me tomó un tiempo ponerme de pie. Mis rodillas temblaban y mi cráneo latía con ecos de las voces que había escuchado la noche anterior.

Sentur'na, así me habían llamado los fantasmas.

El simple hecho de recordar el nombre me provocó un escalofrío que me recorrió la espalda. No sabía lo que eso significaba. Tampoco sabía cuánto tiempo me quedaba antes de mi transformación. Una vez que sucediera, nunca volvería a ver mi cara en el espejo. Nunca más volvería a escuchar mi nombre.

Nunca ver a mi familia de nuevo. O a Edan.

Desde el fondo de los aposentos de Lady Sarnai, un gemido rompió el gélido silencio.

—¿Lady Sarnai? —Llamé.

Fui hacia ella. Tenía los ojos cerrados con fuerza, oscuras venas metálicas le atravesaban el cuello y el pecho. Había una pila de toallas dobladas en la mesa junto a ella, por lo que sumergí una en el recipiente con agua y la presioné en su frente.

La culpa se apoderó de mí. Fue por mi vestido que se había desfigurado así.

Arrodillándome a su lado, recé a los dioses que me quisieran escuchar.

—Por favor, dejen que Lady Sarnai se recupere —Susurré— Por el bien de A'landi.

Jun y Zaini ya estaban allí, preparando el vestido con la luna bordada para que me lo pusiera esta noche. Por su silencio acobardado, supe que el emperador Khanujin las había amenazado de la misma manera en que me había amenazado a mí. Sus vidas dependían de mi éxito con el shansen.

“Mi padre trató de liberar sus poderes sobre el emperador Khanujin” Había dicho Lady Sarnai “Pero... Uno no negocia con demonios sin pagar un alto precio”.

¿Cuál había sido ese precio? Me preguntaba. ¿Tenía algo que ver con el demonio tigre que había visto en el lugar del Shansen anoche cuando los fantasmas vinieron a mí?

—Puedo vestirme sola —Dije, despidiendo a Jun y Zaini.

Cuando se fueron, levanté el vestido de la luna. Era el más sereno de los tres vestidos que había hecho, su brocado plateado arrojaba un brillo suave sobre mi piel como la luz de la luna brillando en un estanque tranquilo. Mientras que el vestido de la falda del sol se ensanchaba como una campana, este era elegante. La falda caía en cascada desde mis caderas en una línea delgada, como una flauta, y el dobladillo rozaba mis talones, suave y ligero como las plumas de un cisne.

Saqué mis tijeras mágicas y corté un corte profundo en la falda. Hilos invisibles se cosieron en su lugar mientras creaba un bolsillo dentro de los pliegues interiores de la falda.

Luego, antes de que pudiera cambiar de opinión, alcancé la daga que mantenía escondida contra mi columna y la llevé a mis labios.

—Jinn —Susurré. La palabra secreta que desbloqueaba el poder de la daga. Uno de los primeros nombres de Edan.

Desenvainé el arma, con dedos temblorosos, y capté mi reflejo en la hoja de hierro reluciente. Pero fue el otro lado de la daga lo que observé.

Qué inofensivo parecía. Como piedra gris sin pulir, al menos para el ojo ignorante. Pero sabía que no era piedra. Era meteorito. El polvo de las estrellas.

Había visto de primera mano lo que podía hacerle a los demonios y fantasmas. Un simple roce de la hoja había convertido la carne de

Bandur en columnas de humo.

Conteniendo la respiración, extendí mis dedos sobre el meteorito, los dejé flotando sobre aquel lado de la hoja hasta que reuní suficiente coraje para tocarlo.

Ahora, me dije, bajando los dedos para rozar la hoja. Un grito ahogado, silencioso, saltó de mis labios cuando la hoja me picó la piel. Solo una picadura. El toque no me había quemado.

Mi carne seguía siendo mía. Todavía era humana. Por ahora.

Cuando bajé la daga, lentamente el brillo del arma se fue apagando. Luego envainé la hoja y la metí en el bolsillo que había creado.

Había estado cargando la daga porque la valoraba y no confiaba en dejarla en mi habitación para que la encontraran los hombres del emperador. Pero ahora, si el shansen no era todo lo que parecía, tenía la sensación de que realmente la necesitaría.

Recé por estar equivocada.

Capítulo 6

Tres enormes quemadores de incienso ardían frente al Gran Templo. En este último día de la boda imperial, el emperador y Lady Sarnai debían hacer una ofrenda: Pedir a los dioses que bendijeran su unión.

Los monjes cantaban en a'landiano antiguo a nuestro alrededor.

—Inclínate tres veces hacia el Sur —Nos instruyó el sacerdote— Para que los Inmortales del Agua y el Viento bendigan este matrimonio real y den la bienvenida a Su Alteza, Lady Sarnai, como Emperatriz de A'landi, Hija del Cielo.

El emperador y yo nos arrodillamos uno al lado del otro, con gruesos cojines de seda debajo de las rodillas. Una vez que terminamos de inclinarnos, un gong nos indicó que cambiáramos de dirección. Sentí la mente aturdida mientras el sacerdote daba la nueva bendición. Todo lo que tenía que hacer era terminar hoy. A'landi estaría completo de nuevo, y yo habría hecho todo lo posible por mi país.

Cuando se completó la ceremonia, el emperador y yo procedimos al último banquete de bodas. Posteriormente, habría un ritual para asegurarse de que el matrimonio se consumara.

No estaba planeando quedarme en el palacio el tiempo suficiente para eso.

El emperador caminó tres pasos por delante de mí, y yo lo seguí, con la cabeza en alto, con una enorme corona de fénix con hilos de perlas oscureciendo mi rostro. Mientras que el vestido del sol era tan brillante que nadie podía siquiera mirarme, el vestido de la luna brillaba suavemente, su luz plateada era más radiante que las miles de linternas que iluminaban el palacio. Incluso bajo el sol de la tarde, era un faro de esplendor y, de nuevo, todos me miraban a mí en lugar de al emperador. Pero, esta vez, no estaba molesto. Era parte de su plan.

El vino perfumaba el aire, agudizado por los aromas acres de trescientos platos diferentes: pescado frito y cerdo estofado, tofu de ocho especias y camarones crujientes fritos con ananás traídos de las islas Tambu. Los mejores acróbatas, bailarines y músicos habían venido de todo A'landi, y pasaron la tarde deleitándonos con sus talentos. Podría haber disfrutado de sus actuaciones si estuviera en cualquier otro lugar menos aquí.

Cuando por fin comenzó el banquete, el shansen se sentó en el mismo asiento que antes, frente al emperador y yo. Se rió y bebió con sus

hombres, lanzando sutiles insultos al emperador, pero podía sentir que me miraba. La silla vacía a su derecha habría sido la de Lord Xina; Me preguntaba si todos realmente creían que mi arrebato de anoche fue un acto de dolor.

Algo me dijo que el shansen no.

—Lady Sarnai —Dijo uno de sus guerreros, ligeramente borracho— Su vestido brilla más que la luna. Pensamos que era imposible que pudiera haber un vestido más hermoso que el que usaste ayer, pero la joya del Norte ha dado un ejemplo a estas damas de la corte del Sur — Él se rió— A mi esposa le gustaría encargar a su sastre un vestido propio.

Abrí la boca para hablar, pero Khanujin me interrumpió:

—Le pediremos al sastre imperial en nombre de su esposa, Lord Lawar, como muestra de paz entre el Norte y el Sur.

—Escuché que el sastre imperial es una mujer —Continuó el señor— Ella debe ser dotada, para poder coser los vestidos de Amana.

El shansen gruñó.

—Tráiganla. Me gustaría conocer a esta chica.

Contuve la respiración, tratando de no mirar a Khanujin.

—Tengo una idea mejor —Dijo el emperador suavemente— Lady Sarnai, ¿por qué no demuestras el tremendo poder de tu vestido?

Tomó todo mi control no mirarlo con furia. Seguramente tenía que estar bromeando.

—El poder de la diosa no es mío para invocarlo —Dije en el tono más plano que pude reunir.

—Mi hija habla por fin —Retumbó el shansen. Sus ojos se entrecerraron. Sabía que había algo diferente en mí— No es propio de ti ser tímida, Sarnai. Ven, muéstranos lo que puede hacer el vestido.

No me levantaría. Forcé un bocado de pichón asado en mi boca, masticando desafiante.

—Ella todavía está enojada conmigo —Dijo Khanujin, riendo. Un coro de risas incómodas se unió a él— Ponte de pie, Sarnai. Muéstranos el poder de Amana.

La calma del emperador me sorprendió. ¿Lo había subestimado? El

encantamiento de Edan le había dado una apariencia de majestuosidad, pero estaba empezando a preguntarme si el encanto de su lengua era completamente suyo.

No me dejó otra opción, así que hice como si dejara tranquilamente la servilleta y me levantara de mi asiento, tomándome mi tiempo deliberadamente.

El vestido de la luna tenía la mayor cantidad de tela de los tres vestidos, con mangas largas y una chaqueta transparente sobre el corpiño atado con una ancha faja bordada. Diminutas perlas tachonaban cada centímetro del vestido, representando las lágrimas de la luna. Había sido un trabajo minucioso, cosiéndolos a la tela, y había valido la pena. Las perlas ondularon, casi como el reflejo de la luna sobre el agua, un efecto impresionante.

Desenrollé las mangas, dejándolas sueltas y rozando el suelo. Lentamente, me volví, ignorando los fuertes vítores y gritos mientras las luces plateadas caían en cascada sobre la tela.

El shansen no fue el único que no lució impresionado.

—Algunos destellos y sedas brillantes apenas representan el poder de Amana. ¿Estás segura de que el sastre no te desplumó, hija?

—Este vestido está bordado con las lágrimas de la luna —Dije, con un tono de voz ahora.

Había pasado por mucho para hacer estos vestidos. ¿Cómo podría alguien dudar de ellos?

Agarré los lados de mis faldas, juntando tanta tela como pude en mis puños y apretando. ¿Cómo podría mostrárselo?

Busqué la luna a través de una de las ventanas enrejadas, las cortinas finas, bailando levemente en el viento otoñal. La luna estaba tan hambrienta como la noche anterior, una frágil media luna; según la leyenda, eso significaba que la diosa de la luna no podía ver a su amante, el dios del sol. Cuando la luna estaba llena, podía verlo, así que estaba más feliz.

Recordar la historia me hizo pensar en Edan. Probablemente nunca lo volvería a ver, nunca volvería a sentir sus brazos a mi alrededor, o a inhalar el calor de su piel tocando la mía, nunca escucharía su voz acariciar mi nombre de nuevo.

Éramos como el sol y la luna, compartiendo las mismas estrellas y el mismo cielo.

De alguna manera, eso lo hizo sentir menos lejos. E hizo que mi corazón se sintiera un poco menos solo. Menos frío. Por un momento, la oscuridad dentro de mí se debilitó y mi vestido cobró vida.

—¡Miren! —Gritó uno de los ministros— El vestido... es...

Resplandeciente no era palabra suficiente para describirlo. Podía entender por qué tropezó para encontrar el término correcto. La luz brotó de mi vestido, impregnando todo el salón como si las estrellas salieran disparadas del techo. Una poderosa ráfaga de viento atravesó la habitación, seguida de un destello repentino.

Las llamas de las velas se apagaron con un chasquido, y las copas de bronce y los platos de porcelana cantaron con el aguijón de un beso invisible. Algunos de los invitados se agacharon debajo de la mesa del banquete, mientras que otros se maravillaron con mi vestido.

Cuando terminó, los sirvientes se apresuraron a volver a encender las velas y la cámara estalló en aplausos. Incluso los labios del shansen se curvaron con interés. El emperador disfrutó de los elogios de todos, como si él hubiera sido el que había hecho los vestidos de Amana.

Maia Tamarin, la sastre imperial, fue olvidada. Lady Sarnai, la joya del Norte, fue olvidada.

Pero yo, quienquiera que fuera en este momento, no las olvidé.

Regresé a mi asiento, mi mente daba vueltas. El vestido había resplandecido maravillosamente y sus telas habían brillado con la misteriosa luz de la luna, lo suficiente como para impresionar al shansen.

Pero esto no podía ser todo lo que podían hacer los vestidos de Amana. Había visto su poder destruir a Lady Sarnai, desfigurarla más allá del reconocimiento. ¿Qué otros secretos guardaban?

¿Se volverían contra mí cuando me convirtiera en un demonio? ¿0 se unirían a mí en mi caída?

Ocultando mis pensamientos atribulados, me senté en silencio al lado del emperador.

—Muy impresionante —Admitió el shansen— Pero a diferencia de ustedes, los sureños, conozco mi tradición: el poder de los vestidos de Amana solo puede ser ejercido por el sastre que los crea —Sus ojos, que brillaban como dos piedras pulidas, se oscurecieron— Entonces, o no eres mi hija, o este no es el vestido de Amana.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Soy tu hija. Y este es el vestido de Amana.

—No es esto último lo que dudo —Respondió el shansen con un gruñido. Señaló el arco de fresno que me había dado. Colgaba en medio del salón de banquetes, exhibido en un lugar destacado entre los otros regalos de boda.

Uno de sus asistentes trajo el arma y el shansen me la puso en las manos.

—Solo la joya del Norte tiene la fuerza para empuñar esta arma.

El asistente me entregó una caja de flechas pintadas de color escarlata y, mientras tomaba una y la ajustaba, me guió lejos de la mesa del banquete hacia un lugar despejado para demostrar mi habilidad con el arco.

Fue un milagro que mis manos no temblaran. Nunca antes había sostenido un arco o disparado una flecha. No había forma de que pudiera pasar la prueba de Shansen.

—¿Adónde debo apuntar? —Pregunté uniformemente.

El shansen se acarició la barba.

—El tigre en mi estandarte al otro lado del pasillo. Eso debería ser bastante fácil para ti, Sarnai.

Entrecerré los ojos ante el estandarte esmeralda, bordado con un majestuoso tigre blanco que surgía del lecho de una montaña.

—¿Es esto necesario? —Khanujin interrumpió— Este es un banquete, Lord Makangis, no una prueba.

—Si Sarnai es quien dice ser, esto no sería una prueba, sino un juego de niños. Su deporte favorito.

Tragué saliva y levanté el arco. Al cabo de un segundo de pánico de tirar, supe que no podía tirar de la cuerda tensa del arco.

“Ayúdame” imploré, apelando a la magia que brillaba en mi vestido *“Si no puedo hacer esto, A'landi se perderá”*.

Algo retuvo el poder de mi vestido. Algo estaba ahogando su magia. *Ahogándome*.

Una escarcha perversa burbujeó en mi garganta. Sabía metálico y

amargo, como hierro dejado en la nieve.

Como la luz de la luna que se había vuelto rancia.

"Amana no puede ayudarte" Susurró el frío, sonando angustiosamente como mi propia voz ***"Pero yo puedo"***.

Las sombras se plegaron en mis pensamientos, tejiendo oscuridad en mi mente. *"¡No!"*

Antes de que pudiera rechazarlo, una fuerza sobrenatural me llenó y golpeé la cuerda del arco contra mi mejilla. Mis manos se movían sin control, dirigiendo el arco. Intenté resistirme, pero estaba desgarrada. Si fallaba esta prueba, el shansen sabría que no era su hija.

"Esta es tu oportunidad" Mi voz sedujo ***"Mata al shansen. Salva a A'landi. Si él muere, no habrá guerra"***.

El sudor perlaba mis sienes, mi enfoque se volvió borroso mientras luchaba por ignorar la voz que resonaba dentro de mí. No podía respirar, ni siquiera podía oír mi corazón. El estandarte verde delante parecía balancearse. No, el mundo entero se balanceaba, las paredes parecían estar hirviendo en sombras que solo yo podía ver.

"Hazlo, Maia. Mátalo. MÁTALO".

La oscuridad me tragó por completo, solo por un instante. Pero un instante fue suficiente para cambiarlo todo. Desvié el arco a la izquierda y apunté mi flecha al pecho del shansen. Y la solté.

La flecha escarlata chilló a través del pasillo, mi disparo era directo y certero. Me congelé de terror. No había posibilidad de que me hubiera perdido. Ningún hombre podía moverse lo suficientemente rápido como para escapar de la muerte que le esperaba en ese instante.

Y, sin embargo, la flecha se desvió de su camino muy ligeramente, por lo que en el último momento atravesó el tigre blanco bordado en su capa, en lugar del corazón del shansen.

Una vez más, la corte estalló en aplausos. A mi lado, el emperador Khanujin tenía una sonrisa levemente velada y el shansen se cruzó de brazos.

—Solo la joya del Norte tiene la fuerza para empuñar el arco —Repitió el emperador— Ella es tu hija.

El shansen simplemente gruñó, sacando la flecha de su capa, pero capté la mirada oscura que me dirigió. Desapareció antes de que

pudiera leerla, y arrojó la flecha rota al suelo.

—¡Que continúen las festividades! —Declaró el emperador Khanujin.

Todos regresaron a la comida y el vino, y el shansen me acompañó de regreso a mi asiento.

Mi pulso retumbaba en mis oídos y mis ojos comenzaron a arder de nuevo, destellos carmesí salpicando las perlas que colgaban frente a mi cara.

El pánico se alzó dentro de mí. *"Corre"* me advertí *"Sal de aquí antes de que alguien te vea"*.

Pero no pude. Ya me había escapado anoche. Si me iba de nuevo, Khanujin mataría a Baba y Keton.

Además, nadie me estaba prestando atención. Nadie excepto el shansen.

Rezando para que no se diera cuenta, conté mis pasos como solía contar mis puntadas, para calmar la tormenta que crecía dentro de mí. Eran diez pasos hasta llegar a mi asiento.

Nueve. Ocho. Siete. Seis. Uno de los sirvientes trajo una bandeja de velas para reemplazar las que mi vestido había apagado. El brillo de las llamas hizo que mis pupilas ardieran y las lágrimas rodaron por mi rostro.

Cinco. No pude soportarlo más. Cometí el error de mirar hacia arriba, lejos de las luces.

El shansen agarró mi brazo.

—Hay algo mal con tus ojos, hija —Traté de soltarme de su agarre, pero era demasiado fuerte.

—Déjame ir.

Mientras luchaba, vi un destello de piedra negra dentro de su túnica. Un amuleto, como el que llevaba Bandur, solo que con una cabeza de tigre grabada en la cara. Antes de que pudiera distinguir algo más, el amuleto volvió a caer entre los pliegues de la capa del shansen, y él me quitó la corona de la cabeza.

Un abrupto silencio cayó sobre el salón.

—Tú no eres mi hija —Gruñó.

Con más fuerza de la que debería tener un hombre común, me arrojó contra la pared y volcó la mesa del banquete. Los platos se rompieron y los invitados gritaron.

—Declaro inválido este matrimonio —Gruñó— La tregua ha terminado.

Dagas y agujas envenenadas brillaron en las manos de sus hombres. Un parpadeo después, los cuchillos estaban enterrados en las gargantas de los guardias más cercanos al emperador Khanujin.

Me quedé aturdida en el suelo. No escuché los gritos y alaridos, el sonido de los guardias muertos cayendo al suelo con todo su peso. No vi su sangre filtrándose a través de los manteles rojos de seda, manchando los símbolos bordados en oro con los nombres del emperador y de Lady Sarnai.

Mi atención estaba completamente cautivada por el shansen. Sus pupilas se contrajeron, la piel de tigre en su capa se derritió sobre él. Y sus uñas se hicieron largas y afiladas, hasta convertirse en garras.

El amuleto que había visto en su abrigo colgaba de su pecho, la brutal bestia tallada en su superficie se oscurecía, como la tinta que se esparce en una pintura que cobra vida.

Humo blanco salió del amuleto y el shansen lo inhaló por la nariz. Cuando lo miré a continuación, no era un hombre en absoluto.

Pero un demonio, un tigre con pelaje blanco como el hueso y brillantes ojos negros, se abalanzó sobre el emperador Khanujin.

Capítulo 7

Se movió en destellos, más rápido de lo que mi ojo podía seguir, letal y preciso. Por todas partes donde bailaba se desataba una tempestad de sangre y muerte.

Los palillos resonaron contra los tazones de porcelana y las tazas de té se hicieron añicos en el suelo. Los muebles se agrietaron ¿O fue el sonido de huesos rompiéndose? No podía saberlo con seguridad. Mi visión se enfocaba y desenfocaba, el rojo intermitente de las linternas giratorias me lastimaba los ojos.

Debería haber corrido, pero no pude. No pude hacer nada más que mirar los ojos negros como la ceniza del shansen, sabiendo, con un escalofrío, que algún día los míos estarían igual de vacíos. Tan carentes de alma como los suyos.

Un plato de pescado al vapor voló sobre mí, y me agaché, ocultándome debajo de una de las mesas del banquete.

Tres sirvientes ya se habían escondido allí, castañeteando los dientes y con sus cuellos brillando por el sudor. Se abrazaron, tapándose los oídos para bloquear el clamor de los invitados que gritaban y rezaban por sobrevivir.

A medida que el aire se llenó de sal y hierro, las náuseas se apoderaron de mi garganta y se espesaron hasta que deseé poder vomitar. Traté de concentrarme en la comida voladora en lugar de los cuerpos que caían. Había demasiados para contar.

Un ministro se dejó caer a mi lado, su túnica azul brillante rasgada en el torso. Los sirvientes saltaron horrorizados, pero tiré al ministro debajo de la mesa para protegerlo.

Un oscuro capullo de sangre se filtraba a través de la seda de su túnica, tiñendo de carmesí hasta los botones con nudos dorados y manchando las placas de jade de su cinturón, que muchos de los ministros usaban, creyendo que el jade los protegía de la enfermedad y la mala suerte.

Empecé a presionar mi mano contra su herida para detener el sangrado, pero él agarró mis manos. Sus labios ya estaban grises, las últimas palabras muriendo en su aliento. Fue entonces cuando noté que mi piel estaba más fría que la suya, más fría que la muerte.

Abrió la boca y farfulló sonidos.

—A-Ayúdame —Suplicó. Me agarró la manga y se cubrió la cara con ella como si su magia pudiera resucitarlo.

Presioné una mano en su pecho y suavemente desenrollé sus dedos de mi manga.

Pero él ya había pasado al otro mundo.

El remordimiento se apoderó de mi garganta cuando cerré sus ojos. Empecé a murmurar una oración por él, pero la mesa tembló, los sirvientes gritaron que estaba a punto de derrumbarse.

Me arrastré fuera rápidamente y retrocedí contra la pared. Los guardias del emperador todavía estaban atacando al shansen, y uno se tambaleó en mi camino, con marcas de garras ensangrentadas grabadas profundamente en su pecho. Cuando me incliné sobre un costado para apartarme de su camino, algo duro me golpeó el muslo.

¡Mi daga!

La saqué de mi bolsillo, mis manos se cerraron sobre la empuñadura de nogal.

—Jinn —Le susurré al arma, desenvainándola rápidamente. El filo de meteorito de la hoja comenzó a brillar con un gris tenue.

Sostuve la daga cerca de mí. Solo había usado su poder una vez: contra Bandur en las islas de Lapzur.

Dioses, esperaba que funcionara esta noche.

Poniéndome de pie, grité:

—¡Señor Makangis! ¡Me has extrañado!

Se volvió para abalanzarse sobre mí, ocupando todo el ancho del salón de banquetes en tres rápidos saltos. Habría aplastado mis huesos con su peso, pero sus patas traseras tropezaron en el último momento y aterrizó más lejos de mí de lo que debería.

La sorpresa cruzó sus rasgos bestiales, y mientras gruñía confundido, levanté mi daga para mostrar mi fuerza. El poder del meteorito lo hizo retroceder.

No es un demonio, me di cuenta, atónita. Sus ojos eran negros, no rojos como los de Bandur o los míos. Sus heridas no sangraban humo sino sangre humana brillante. ¿Qué era él?

Fuera lo que fuese, me abalancé sobre él. Incluso a cuatro patas, era

más alto que yo, así que tuve que saltar para atacar su cuello. El meteorito rozó su piel y dejó escapar un rugido terrible.

Sus garras me golpearon y la sangre goteó por mi brazo.

No sentí dolor, solo ira, y clavé mi arma en las costillas del shansen. Se retorció y su rostro se contrajo hasta que fue más un hombre que un tigre.

Finalmente, el shansen se paró frente a mí. Pero antes de que los soldados del emperador pudieran capturarlo, se levantó la capucha de su capa forrada de piel y gritó:

—¡Gyiu'rak!.

Un terrible vendaval estalló, y de una tormenta de viento y ceniza, la sombra de un enorme tigre emergió detrás del señor de la guerra, doblándose sobre él.

El demonio del Shansen.

Me miró por un momento que pareció extenderse por la eternidad. Sus ojos eran rojos como el cinabrio usado para teñir la preciada laca escarlata de A'landi, tan profundos que no tenían reflejo, ni alma.

Luego parpadeé y el shansen desapareció.

Un silencio inquietante cayó sobre el salón de banquetes. Unas pocas linternas rojas todavía colgaban de las vigas, sombras redondas parpadeaban mientras la ceniza se asentaba.

Con el corazón acelerado, bajé mi daga y escaneé la habitación. Docenas de sirvientes, ministros e invitados estaban muertos, muchos más heridos. El propio emperador se escondió detrás de una pantalla rota, los cadáveres de sus guardaespaldas esparcidos a su alrededor.

Empujó los cuerpos a un lado y se puso de pie, con la túnica ensangrentada y manchada de hollín, ileso.

Tenía que irme, tenía que dejar este cementerio antes de que alguien se diera cuenta de lo que había hecho.

Agachándome en la sombra, envainé mi daga y salí del pasillo a la noche.

No fui tan tonta como para creer que el emperador me recompensaría por protegerlo contra el shansen. Ahora que había visto que podía ejercer la magia, nunca me dejaría irme de su lado.

Me arranqué el vestido de la luna y mi cuerpo se estremeció violentamente. Todo me dolía, y un calor agonizante me recorrió las yemas de los dedos mientras recogía rápidamente mis cosas.

Los hilos andrajosos de mi alfombra encantada sobresalían de debajo de mi cama. Parecía que la había tejido hace toda una vida con solo dos paquetes de hilo azul y rojo, creyendo solo a medias que alguna vez volaría. Ahora entendía mejor los costos de la magia. Al igual que a mí, a mi alfombra no le quedaba mucho tiempo.

La agarré, junto con mis cartas de Baba y mi cuaderno de bocetos. No sabía a dónde iría, pero no tenía mucho tiempo.

La única pausa que me permití fue para beber un vaso de agua para calmar mi garganta reseca. Una frialdad repentina se apoderó de mi corazón cuando las velas de mi mesa parpadearon, la mayoría de ellas apagadas por un viento espeluznante.

Pero… ¿Que viento? Todas mis ventanas estaban cerradas.

Entonces vi al lobo acechando en mi puerta. Su nombre salió de mi garganta:

—Badur.

El demonio entró y se apoyó contra mi pared, arañando el suelo con las patas.

—El poder es irresistible, ¿no?

Mi mano se deslizó detrás de mi espalda por mi daga, agarró la empuñadura.

—Sal de aquí.

—Sientes como te abandona ahora. Cada vez te cuesta más respirar, poco a poco te asfixia; sientes el fuego dentro de ti muriendo —Su voz era práctica— Aviva las llamas, Maia. Déjalo arder.

Me tiré el bulto sobre el hombro y me dirigí a la puerta. Bandur saltó para bloquearme.

—Ahora que lo has probado, te consumirá más rápido que antes. No tienes mucho tiempo, Maia Tamarin. Las Islas Olvidadas te llaman — Su pata se curvó sobre mi muñeca, sus garras se hundieron en mi carne— Seguramente, has escuchado las voces.

Lo había hecho. Sentur'na, me habían rogado.

“Sentur'na, vuelve con nosotros. Te necesitamos”.

Sus garras se hundieron más profundamente en mi muñeca. Tratando de no estremecerme por el dolor, retiré mi brazo y saqué mi daga.

—¡Jinn! —Lloré.

La hoja salió disparada de su vaina, su superficie de meteorito brillando. Sosteniéndola en alto, me giré hacia Bandur y le clavé una puñalada en el corazón.

Pero se disipó en humo, y mi daga solo encontró aire. Su risa resonó a través de las paredes de mi habitación.

—Tanta pelea. Serás una buena guardiana.

—Muéstrate —Exigí. Mi voz tembló, la daga en mi mano temblaba.

Bandur reapareció en el espejo.

—Date prisa, Maia. Un poco más, y enviaré mis fantasmas para destruir todo lo que amas —Hizo una breve pausar y pareció reflexionar— Comenzaré con este palacio.

—Adelante —Espeté— No me importa nada el emperador.

—Pero, ¿qué hay de tus amigos aquí? Todas estas vidas inocentes. Ya tienes las manos manchadas de sangre, querida Maia, especialmente después de esta noche.

Miré hacia abajo a la herida en mi brazo. Una columna de humo salió del reflejo de Bandur y me rozó la piel. Para mi horror, su toque me había curado.

—¿Qué es el shansen? —Susurré.

—Hizo un trato con Gyiu'rak —Respondió Bandur— El demonio de los bosques del norte.

—Gyiu'rak —Repetí. Así que ese era el nombre del demonio del Shansen.

—Su poder vive en él ahora hasta que se complete el trato.

—Para conquistar A'landi —Contuve el aliento— ¿Entonces qué?

—Entonces ella reclamará su recompensa. Su precio de sangre.

Me estremecí— ¿Cuál es eso?

—¿Por qué debería importarte? —Bandur preguntó, acariciando mi cabello. Me aparté y él se rió— Pronto estarás atada a las Islas de Lapzur, y finalmente seré libre.

—Nunca iré a Lapzur —Dije entre dientes.

—Sabes que eso no es cierto. Cada noche, sus aguas te llaman y sus fantasmas claman por ti.

Apreté los puños. *Sentur'na*.

Su sombra se cernía sobre el vestido de la luna, sofocando su luz plateada.

—Deja de mentirte a ti misma —Dijo con lástima— Amana no puede salvarte. Pronto los vestidos también serán consumidos por el poder dentro de ti. ¡Qué guardiana serás entonces, armada con el sol, la luna y las estrellas!

Luego, tan rápida y silenciosamente como había llegado, se fue.

Empecé a salir por la puerta, negándome a dejarme impresionar por la visita de Bandur. ¿Y si tenía razón? Tal vez no tuviera más remedio que obedecer el llamado. Pero no me iría sin luchar.

Apretando los dientes, palpé la piel recién curada de mi brazo. Así que las historias sobre el shansen eran ciertas. Había hecho un trato con un demonio para conquistar A'landi.

Sin Edan, el emperador Khanujin no tendría ninguna posibilidad contra él.

"Podrías quedarte" Me regañó una voz dentro de mí ***"Podrías ayudar. Tienes el poder de un demonio revolviéndose dentro de ti"***.

Era cierto... Sí me quedaba, tal vez podría ayudar. Tal vez podría…

"¡No!" Me resistí. Enterré la voz profundamente en mis pensamientos, sabiendo que detrás de sus empalagosas palabras estaba el demonio Maia, tratando de abrirse paso en mi mente. Cuanto más usaba los poderes oscuros que se agitaban dentro de mí, más rápido me convertía en un monstruo.

"Entonces A'landi no tiene esperanza. Todo lo que sacrificaste será en vano".

Apreté los puños. Edan me había llamado la esperanza de A'landi. Se había ido creyendo que podía salvarlo.

Debería haberle dicho la verdad.

Me miré en el espejo. Mi cara estaba pálida, ningún color sonrojaba mis mejillas, y el marrón cálido y terroso que una vez había iluminado mis ojos era plano y apagado.

—No seré de ayuda para A'landi si soy un demonio —Le dije a mi reflejo.

Mi deber para con el emperador estaba hecho. No podría quedarme aquí por más tiempo. En cambio, encontraría una forma de derrotar a Bandur y liberarme de su maldición. Incluso si eso significaba regresar a las Islas de Lapzur.

Lo primero era lo primero. No podía esperar escapar del palacio de forma desapercibida llevando el vestido de la luna puesto. Abrí mi baúl, buscando las dos nueces y el frasco de vidrio que había usado para almacenar el sol, la luna y las estrellas en mi viaje con Edan.

Los encontré envueltos en capas de seda y retazos de satén y los recogí con la palma de la mano.

Cuando las toqué, las nueces y el vial temblaron como si estuvieran poseídos, repiqueteando en el suelo hasta que se rompieron. En su lugar, en mis manos apareció un colgante redondo de nogal hecho de vidrio, con una grieta suave en el centro: mis dos nueces y el frasco forjados juntos. Colgaban de una fina cadena, fusionada de oro y plata.

El colgante era más pequeño que mi palma, aproximadamente del mismo tamaño que el amuleto que usaba el emperador Khanujin, y Bandur también.

Bandur tenía una grieta en el centro.

Un escalofrío recorrió mi piel cuando deslicé la cadena sobre mi cabeza y agarré el colgante. Empezó a brillar, y contuve la respiración mientras el vestido de la luna giraba y giraba, sus cintas plateadas giraban mientras el vestido se volvía más y más pequeño en espiral, luego desaparecía en la grieta del colgante.

Cuando el vestido volvió por completo al interior, el colgante pareció pesar menos contra mi pecho. Pero la ausencia de los otros dos vestidos era un dolor hueco. El sol, la luna y las estrellas anhelaban estar juntos.

“Los otros dos vestidos están en los aposentos de Lady Sarnai” pensé, tragando saliva. No tenía tiempo de recuperarlos. Necesitaba irme

ahora. Demasiados habían sido testigos del poder de mi vestido y mi daga contra el shansen. Si el emperador me encontraba, me obligaría a quedarme a su lado para defender el palacio. Nunca sería capaz de romper mi maldición.

Pero en el fondo, sabía que Bandur tenía razón. Los vestidos de Amana ahora eran parte de mi alma.

No podría irme sin ellos. No sin todos ellos.

Capítulo 8

—Escuchamos las campanas de advertencia —Dijo Jun cuando me dejó entrar a las habitaciones de Lady Sarnai. Su voz tembló— ¿Está...? ¿Está el emperador en peligro? ¿Ha atacado el shansen?

—Sí —Respondí solemnemente— Pero se ha retirado por ahora.

—¿Por qué atacó? —Ella preguntó— ¿Se enteró de que no eras...? — No pudo terminar las palabras y yo no me atreví a confirmar sus temores.

—Ya se terminó —Dudé, odiándome por la mentira que estaba a punto de decir— El emperador me ordenó tomar los vestidos para su custodia.

—Gracias a los dioses —Dijo Zaini con fervor— Están malditos.

Ella y Jun me señalaron los baúles de Lady Sarnai.

—Tómalos. Por favor.

Recogí el vestido del sol y el vestido de las estrellas, todavía dañado por haberlo cortado del cuerpo de Lady Sarnai, en mis brazos y canalicé su esencia en mi colgante.

Entonces, escuché un grito ronco detrás de las puertas cerradas de la alcoba.

Al principio, sonaba más como un animal que como una persona. Bajo y aflautado, como el gemido de un zorro herido. Pero cuando lo escuché de nuevo, reconocí la voz.

Lady Sarnai. El aire a su alrededor estaba lleno de incienso destinado a ahuyentar a los espíritus malignos que Jun y Zaini estaban convencidas de que la habían atacado.

Verla me hizo estremecer. Jun y Zaini le habían vendado la mayor parte de la piel y la habían tratado con ungüento, pero no le habían vendado la nariz, la boca ni las orejas, que eran un revoltijo abigarrado de quemaduras violetas y azules y manchas de color mineral: los pigmentos no se diferenciaban mucho de los sangre de estrellas.

—Aliento de demonio —Susurré— Se ve peor que antes.

Los fantasmas rondaban los ojos de Jun y Zaini. Las criadas parecían no haber comido ni dormido en los últimos dos días. Conociendo a

Khanujin, apuesto a que ni siquiera habían salido de los aposentos de Lady Sarnai, bajo amenaza de muerte. La forma en que sus voces temblaban confirmó mis sospechas.

—Hemos... Hemos intentado todo, Maestro Tamarin.

—No importa lo que le demos de comer, no se despierta. Y su piel... donde la tocó el vestido, sigue cambiando, a veces azul, a veces gris. Nunca hemos visto algo así.

Las dos doncellas se acurrucaron juntas temerosas.

—Ella no soportará mucho más en este mundo —La calma de mi voz me sorprendió— ¿Su Majestad no ha enviado a buscar un médico? — Jun y Zaini negaron con la cabeza.

No me sorprendí. El emperador probablemente temía que los médicos reales pudieran divulgar el secreto de que Lady Sarnai estaba al borde de la muerte. Ya no importaba, después de lo que había sucedido en el banquete.

Tragué saliva. No podía dejar a Lady Sarnai así.

La oscuridad se arrastró dentro de mí ***"Dejala ser. Ella nunca ha sido amable contigo. Déjala morir".***

Me volví hacia la puerta, pero entonces Lady Sarnai tosió. El sonido era tan lamentable, tan diferente a la feroz princesa que una vez me había aterrorizado.

"Piensa en cómo degolló a esos guardias. Ella no lo pensaría dos veces antes de dejarte atrás".

No tenía ninguna duda de que esto era cierto. ***"Entonces déjala"***.

Sería tan fácil escuchar la razón oscura en mi cabeza, dejar que el demonio me despoje de mi humanidad un pensamiento a la vez. Pero la vieja Maia todavía estaba allí, por ahora. *"Eres más fuerte que esto"* Instó *"Resiste"*.

"Déjala" Insistió el demonio ***"Ella no dudaría en abandonarte"***.

Sí, pero yo no era Lady Sarnai.
Yo era Maia Tamarin.

Dejé que mi bolso se deslizara de mi hombro hasta el suelo. Aterrizó con un golpe suave y me arrodillé junto a Lady Sarnai, ignorando los implacables susurros que zumbaban dentro de mí.

¿Cómo podría salvarla?

Incluso si se les hubiera permitido visitarla, los médicos no podrían hacer nada por Lady Sarnai. La única persona que podía ayudarla no estaba aquí.

—¿Dónde están las cámaras del Lord Hechicero? —Pregunté.

Jun me miró parpadeando, sus ojos muy separados estaban en blanco por la confusión.

—En el Palacio de Verano, estaban junto al Gran Templo —Dije con impaciencia, agarrando una sábana de repuesto que estaba sobre una de las sillas de Lady Sarnai— ¿Dónde están aquí?

—Pero el Señor...

—Sí, sé que está fuera. Esto es urgente.

Me fui en cuanto soltaron la respuesta.

Había comenzado una búsqueda por mí en todo el palacio. A cada paso, escuchaba a los guardias gritar mi nombre:

—¡Maestro Tamarin, revélate! ¡Maestro Tamarin!

Bajo un sombrío velo de nubes, rápidamente me hice un disfraz con la sábana de Lady Sarnai. Me la puse por la cabeza y corrí hacia el extremo norte del Palacio de Otoño.

Todo el patio estaba vacío. Las sombras acechaban el camino a la residencia de Edan, que no lucía farolillos ni flores de celebración ni ningún signo de las festividades anteriores. Me deslicé a través de las puertas de sus apartamentos y las cerré.

Sus habitaciones habían sido saqueadas. Libros y pergaminos yacían desparramados por el suelo, después de haber sido arrojados sin cuidado de sus estantes. Su escritorio era un revoltijo de tinteros y pinceles, su cama un revoltijo de plumas y sábanas. El polvo se elevó en nubes cuando esquivé una jaula de pájaros de bambú destrozada y me adentré más en sus habitaciones.

No estaba segura de dónde buscar algo que pudiera curar a Lady Sarnai, pero el espacio de trabajo de Edan parecía el mejor lugar para empezar.

Los mapas cubrían su escritorio. Algunas páginas estaban amarillentas por el tiempo y olían a especias que no podía nombrar. Había diarios con su letra cuidadosa, con ilustraciones de países de los que nunca

había oído hablar. Hojeé el primero, deteniéndome en un dibujo de una araña Niwa familiar. Éstas debían de ser las notas que Edan consultó antes de partir hacia el desierto de Halakmarat. Su escritura estaba en un idioma que yo no podía leer.

Nelrat, supuse.

—¿No escribes nada en A'landan, Edan? —Murmuré, pasando a sus gabinetes.

Por las profundas abolladuras en la madera, parecía que los hombres del emperador habían intentado romper las cerraduras, pero sin éxito. Se habían dado por vencidos, tal vez demasiado asustados por la magia que aún acechaba en las cámaras del Lord Hechicero.

No hace mucho, yo no había sido muy diferente. Bueno, nunca le había tenido miedo a Edan, pero recordaba el aire de misterio que lo rodeaba durante nuestras primeras reuniones. Habían pasado meses antes de que viera al chico serio bajo la capa de arrogancia y magia del hechicero.

Toqué las puertas lacadas del gabinete, pasando mis dedos desde las extrañas palabras inscritas en la superficie hasta la cerradura de bronce en el medio. No había ojo de cerradura, pero la cerradura tenía forma de halcón y sus dos alas extendidas se trababan a ambos lados de las puertas.

Mis dedos curiosos juntaron las alas, sin esperar que sucediera nada. Pero el metal se calentó bajo mi toque, el bronce se fundió en una laca negra como el resto de la madera.

Las puertas se abrieron, como si me reconocieran.

En el interior, encontré cajones que contenían viales de vidrio, llenos hasta el borde con líquidos de todos los colores imaginables. Había plantas y flores y hierbas que no reconocí, la mayoría secas y aún en su forma completa; algunos fueron triturados o molidos y almacenados en bolsas de cáñamo. Encontré semillas que se convirtieron en flores cuando las toqué, plumas y escamas y pieles de serpiente mudadas.

En el fondo del armario, encontré una bandeja con objetos. Cajas de talismán con incrustaciones de conchas iridiscentes, un peine de teca al que le faltaban dientes, un reloj de arena, una taza de hojalata, un tintero vacío. La bolsa de cuero sin fondo que le permitió a Edan llevar tantos libros con él durante nuestro viaje. Rápidamente cambié mi bolso por él, luego tomé un espejo de aspecto familiar.

Un reflejo de la verdad, lo había llamado. Cuando estaba fingiendo ser mi hermano, su cristal había revelado en mi reflejo a mi verdadero yo. Maia, no Keton.

Barrí el polvo de su cristal y me miré. Sin el polvo cubriendo mis mejillas y el colorete pintando mis labios, podía ver la familiar constelación de pecas en mi rostro, los ojos cansados que parecían más viejos de lo que recordaba, los labios agrietados.

—Sigo siendo Maia —Murmuré, aliviada. Por ahora.

Escondida al lado de su cama estaba la pequeña flauta que había traído en nuestro viaje. Me lo llevé a los labios, pero no pude sacarle ningún sonido. Qué triste estaba, sin su amo. El anhelo por Edan me inundó, y por esos días sin preocupaciones en los que podía sentarme junto a una fogata escuchándolo tocar.

No estás aquí para revivir los recuerdos de Edan, me reprendí severamente.

Dejando la flauta, revolví los libros en el suelo. La mayoría estaban en idiomas que no podía leer.

Me llamó la atención una página suelta que asomaba de uno de sus diarios. Edan lo había traído con él en nuestro viaje. Arena del desierto todavía se derramaba de sus páginas.

Con dedos temblorosos, recogí la página suelta.

Maia. Mi nombre me llamó la atención en la elegante escritura de Edan; finalmente, algo escrito en a'landiano.

Con las rodillas repentinamente débiles, me hundí en la silla junto a su escritorio.

“Xitara, mi más brillante. Perdóname por dejarte. No es lo que elegiría, pero pagaría cualquier precio por tu libertad, por tu felicidad. Dices que no serás feliz sin mí, pero sé que no es cierto. Vive tu vida, xitara”.

Su escritura terminó allí, inconclusa. Era la carta de despedida que tenía la intención de darme cuando se fue a Lapzur.

La sostuve contra mi corazón, la página se arrugó por la presión tensa de mis dedos. Echaba mucho de menos a Edan.

—¿Dónde estás? —Murmuré, alcanzando mi colgante. La cáscara de nuez era cálida, la luz de mis vestidos palpitaba en su interior.

Volví a la pila de libros cuando me invadió un escalofrío y una brisa repentina me hizo cosquillas en la nuca.

—¿Maia? —Llamó una voz, débil pero cercana. Una voz con la que soñé estas noches, tan tierna y querida era para mí.

La oí de nuevo— ¿Maia?

Temblé, el sonido provenía del espejo de la verdad. ¿Era esta mi visión demoníaca otra vez?

Tomé el espejo y miré adentro: Edan estaba sentado junto a una alta pila de libros, su cabello negro le caía sobre los ojos. Los árboles susurraban detrás de él, y el cielo arriba era azul y claro. Era de día, mientras que aquí era de noche.

—¿Edan? —Llamé con urgencia.

Miró hacia arriba y se puso de pie de un salto.

—¿Maia? Maia, ¿puedes oírme?

—Sí —Extendí la mano para tocarlo, pero mis dedos sólo se deslizaron por el frío cristal del espejo.

—¿Estás a salvo? —Preguntó Edán.

Círculos oscuros decoraban la piel bajo de sus ojos. No había estado durmiendo bien. Sin embargo, de alguna manera, sin el peso de su juramento sobre él, parecía más despreocupado que antes. Qué tortura era verlo tan claramente y aun así no poder tocarlo.

Asentí.

—Esperaba que encontraras el espejo.

Su sonrisa era contagiosa incluso a mil millas de distancia. No pude evitar devolverle la sonrisa, hasta que recordé por qué estaba aquí.

—Necesito tu ayuda —Comencé— Lady Sarnai fue gravemente herida por el vestido de las estrellas, la atacó, y ahora no se despierta. ¿Hay algo aquí que pueda ayudarla?

Su ceño se arrugó al pensar— Revisa el tercer cajón. En el gabinete con el halcón. La cerradura se abrirá con tu toque...

—Ya está abierto —Dije, arreglándomelas para sonar avergonzada y brusca.

—Busca una pequeña botella de vidrio etiquetada EXTRACTO

UTILIZADO PARA LESIONES GRAVES. Lo usé para salvar al emperador durante la Guerra de los Cinco Inviernos. Unas pocas gotas aliviarán su dolor, pero no puedo prometer que la despierte.

Observé el conjunto de botellas.

—No puedo leer ninguno de ellos.

—Usa el espejo.

Lo sostuve sobre las botellas hasta que encontré la que Edan había descrito.

—¿Este espejo siempre traduce textos antiguos?

—Solo para ti.

Levanté una ceja.

—Tenía la sensación de que no serías capaz de permanecer lejos de mis aposentos por mucho tiempo —Dijo Edan con una sonrisa pícara, luego su voz se suavizó— Cuando Khanujin me prohibió verte, pasé el tiempo preparándome para dejarte. Todo lo que tengo es tuyo ahora, Maia. Mis posesiones te hablarán, como lo hacen tus tijeras.

Una oleada de calidez se deslizó hasta mi pecho y la saboreé, deseando que el frío nunca volviera.

—Gracias.

Edan empezó a hablar, pero lo interrumpí. Iba a preguntar sobre la boda, o cómo estaba yo, y yo quería evitar esas preguntas.

—¿Llegaste a Agoria? Khanujin te está buscando.

Edan negó con la cabeza.

—El maestro que busqué nunca se fue. Está en el Templo de Nandun.

Así que Edan no estaba en Agoria en absoluto, sino en A'landi, en lo alto de las montañas en algún lugar, escondido en un santuario al dios mendigo.

Dejé escapar un suspiro de alivio y me incliné hacia el espejo.

—¿Ha sido capaz de ayudarte?

Las cejas oscuras de Edan se arquearon y el color desapareció de su rostro.

—Maia —Susurró con voz ronca— Maia, dijiste que estabas libre de Bandur.

—¿Qué? —Retrocedí. ¿Cómo supo que no lo estaba? Mis ojos no estaban ardiendo, y él no podía haber escuchado sobre lo que le había pasado a Lady Sarnai.

—Llevas un amuleto de demonio.

Miré hacia abajo y vi que mi colgante se había deslizado fuera de su lugar dentro de mi túnica.

—No, son solo las nueces que me diste —Lo sostuve, mostrándoselo— Esto no es…

Su mandíbula se tensó, su voz llena de pavor, de miedo.

—No vayas a Lapzur.

—Tengo que hacerlo —Dije— Tengo que pelear con él antes... Antes de perder demasiado de mí misma.

—No puedes ganar si vas solo —Dijo Edan— Espérame. Iré contigo.

La tensión en su voz me conmovió, pero no iba a cambiar de opinión.

—Cada día estoy peor, Edan. Pronto no podré resistirme.

Una mueca desgarró la cuidadosa compostura de Edan.

—Ven aquí, entonces —Instó— Mi maestro, el Maestro Tsring, puede ayudarte. Ahora es mortal, pero sabe más sobre magia que nadie, salvo los propios dioses. Ha tratado con Bandur antes.

—No tengo mucho tiempo —Dije en voz baja— Ni siquiera sé dónde estás…

—Las montañas de Tura. No están lejos de Lapzur. Llámame cuando los veas y te encontraré.

—¿Con el espejo?

—Sí —Respondió Edan— Pero ten cuidado. El demonio dentro de ti se hará más fuerte cada día, y cada vez que usas magia, te abres a su influencia. No uses su poder. Te corromperá y te convertirás más rápido.

A eso, no dije nada.

—¡Maia! —Edan había alzado la voz y yo me estremecí. Sus ojos eran

tan azules, no el amarillo resplandeciente que una vez se habían vuelto cuando estaba enojado— Júrame por mi vida, Maia, que no usarás el poder del demonio. Jura que no irás a Lapzur sin mí.

Una ira repentina se apoderó de mí. Estalló blanca y caliente y tan deslumbrantemente intensa que no pude controlarla.

"¡Como se atreve! Él no te controla, Sentur'na".

Los susurros se hicieron más fuertes, ensordecedores. Los muebles de Edan desaparecieron. Los árboles brotaron de las alfombras, sus ramas marchitas y nudosas. Las islas olvidadas de Lapzur.

Cerré los ojos, expulsando la alucinación. *"¡No!"*

El espejo se me escapó de las manos y me abalancé sobre él, pero la conexión que Edan y yo teníamos se rompió.

—¿Edan? —Susurré, agarrando el espejo. Sólo mi reflejo me devolvió la mirada— Edan, lo siento.

Pero Edan se había ido.

Me derrumbé en el suelo con desesperación. Mi colgante giró alrededor de mi cuello. Lo agarré y lo obligué a quedarse quieto.

Edan estaba equivocado. No era el amuleto de un demonio. Los vestidos del interior pertenecían a la diosa madre, Amana. No había nada siniestro en ellos.

Aun así, un pinchazo de duda me apuñaló. Entonces… ¿Por qué hay una grieta en el centro, como en el amuleto de Bandur?

No pude responderme eso.

Volví a meter el colgante dentro de mi túnica. Los vestidos del interior vibraban suavemente, un pulso constante contra el de mi corazón. A diferencia del canto de mis tijeras, no se detuvo cuando lo solté.

Inhalé una respiración profunda y temblorosa. Al menos Edan estaba a salvo. Eso tendría que bastar por ahora.

Capítulo 9

No escuché la ventana abrirse.

Era de mañana, y todavía estaba en los aposentos de Edan leyendo los libros a mis pies cuando, por detrás, alguien me sacudió.

—¡Vienen por ti! —Ammi me quitó el libro de las manos— Maestro Tamarin —Presionó— ¿Estás escuchando? ¡Tienes que salir de aquí!

—¿Qué? —Dije con la voz áspera. Mi lengua estaba tan seca que chasqueaba contra el paladar— ¿Quién?

—¡El emperador! —Ammi me puso de pie— Jun y Zaini no podrán callarse por mucho tiempo. ¡Hay que darse prisa!

Cogí mis cosas, incluida la medicina que había encontrado en los armarios de Edan.

—¿Qué pasa con Lady Sarnai?

—Está viva, pero a duras penas. La llevaron al calabozo esta mañana. Eso es lo que te pasará si no...

¡La mazmorra!

—Tengo que ayudarla.

—¿Estas escuchando? —Ammi me agarró del brazo— La mitad de los guardias del palacio te están buscando, y la otra mitad está vigilando a Lady Sarnai. No puedes...

Me solté de su agarre y agarré la bolsa de Edan, deslizando el vial, su flauta y su espejo dentro.

—No tienes que venir si no quieres.

Ammi arrugó la nariz— No voy a dejar que te vayas sola. Dudo que sepas dónde está la mazmorra.

Ella tenía razón, no lo sabía.

Mi expresión debió haber sido fácil de leer, porque dejó escapar un suspiro.

—Voy a arrepentirme de esto, ¿no?

Deslicé las correas de la bolsa sobre mi cabeza.

—¿Por qué me ayudas? Pensé que estabas molesta conmigo.

—Lo estoy —Respondió ella— Pero eso no significa que quiera que te maten. Eres demasiado buen sastre para eso, Maestro Tamarin.

Podría haber sonreído si la mañana no hubiera tomado un giro tan terrible. Aun así, la frialdad que se deslizaba en mi corazón se descongeló lo suficiente como para que le sonriera a mi amiga.

—Llámame Maia.

Una tensa sonrisa apareció en los labios de Ammi a cambio.

—Date prisa, Maia. Lo último que quiero es que me atrapen contigo —Empezó a trepar por la ventana— De esta manera. Atravesaremos los jardines. Por los dioses, espero que los guardias estén almorzando.

No lo estaban. Y desafortunadamente, Ammi tenía razón acerca de la mazmorra repleta de seguridad. No tendría ninguna posibilidad de entrar para ver a Lady Sarnai. No sin ayuda.

Cercas de bambú rodeaban la prisión, una estructura en forma de caja construida con piedras grandes y desiguales. Sin ventanas y sin puertas excepto para la entrada. Parecía más una cripta que una mazmorra.

Por otra parte, la mayoría de los prisioneros no estaban destinados a vivir mucho tiempo adentro.

Después de esconderme detrás de un arbusto, marqué mentalmente al guardia con las llaves que colgaban de su cadera y alcancé mi colgante. Mi pulgar bordeó el costado de la nuez que llevaba el vestido del sol.

Aquí vamos.

—Envuélvete la faja alrededor de los ojos —Le susurré a Ammi— Ciérralos tan fuerte como puedas. No los abras, sin importar lo que escuches. No hasta que la luz se haya ido. Luego vuelve corriendo a las cocinas.

Antes de que pudiera hacer alguna pregunta, salí corriendo de mi escondite y conté hasta tres:

—¡Ahora!

Alcancé mi colgante y liberé el poder del vestido del sol, apuntándolo a los guardias. La luz los cegó. Uno por uno, se tambalearon, dejaron caer sus armas y trataron de protegerse los ojos antes de desplomarse contra la valla.

No había tiempo que perder. Pasé junto a ellos y me agaché junto al guardia con las llaves, cortando su cinturón con mis tijeras.

Solo cuando estuve dentro de la mazmorra contuve la risa del sol en mi colgante, pero mantuve una mano sobre él en caso de que me encontrara con más guardias.

Bajé rápidamente las escaleras, escaneando la prisión en busca de Lady Sarnai. La mayoría de las celdas estaban vacías. Algunos tenían sirvientes atrapados por robar o soldados que bebían demasiado. No les dediqué una mirada. Según Ammi, los presos más importantes estarían en el nivel inferior.

Cuando llegué al piso de abajo, la respiración dificultosa de Lady Sarnai la delató. Me apresuré hacia el sonido, las llaves de hierro resbalaban por el sudor en mi palma, y abrí la puerta.

El shock voló a través de mí, y jadeé.

Durante la noche, la condición de Lady Sarnai había empeorado. Su piel de marfil era ahora de un azul grisáceo, pálido y antinatural. Aún más preocupantes eran las manchas negras y violetas que brillaban bajo su túnica; ardían sobre su pecho, acercándose peligrosamente a su corazón.

Jun y Zaini tenían razón: ella no sobreviviría mucho tiempo más en este mundo, no si la sangre de las estrellas continuaba consumiéndola.

Alguien gimió en la celda frente a la de ella. Lord Xina. El espacio para él era demasiado pequeño, y estaba acurrucado contra una esquina, un riachuelo de sangre goteaba desde su sien hasta el suelo.

—Aléjate de ella —Gruñó. Las cadenas tintinearon mientras Lord Xina luchaba débilmente por levantarse— ¡Aléjate!

Tuve que darme prisa antes de que los guardias lo oyeran.

Recogiéndome, me acerqué a Lady Sarnai y busqué en mi bolsa el extracto de Edan.

Usando mis dientes, destapé la botella, luego vertí la mitad del contenido en su garganta, cubriendo su boca con mi mano para que el líquido no goteara. Un gruñido escapó de sus labios cuando la toqué, e hice una mueca; No podía imaginar el dolor que debía sentir.

Por fin tragó y, gradualmente, su respiración se estabilizó. Esperé expectante, rezando para que la sangre de las estrellas dejara de

esparcirse por su cuerpo. Que al menos pudiera moverse y despertar.

Pero la medicina de Edan no había funcionado. Me entró el pánico.

¿Ahora qué?

Desesperadamente traté de ponerla de pie, pero no pude moverla. 0 me rendía ahora y escapaba o me arriesgaba a que los guardias me atraparan.

Piensa, Maia. Piensa.

Por costumbre, comencé a alcanzar mis tijeras antes de que mis dedos temblaran con revelación. Mi colgante todavía palpitaba contra mi pecho, y cuando lo toqué, un suave cosquilleo de calidez reconfortante se precipitó a través de mis dedos.

Un hilo plateado, tan delgado al principio que estaba seguro de que lo había imaginado, salió del colgante entre mis dedos y brilló sobre el rostro de Lady Sarnai... Como lágrimas.

¿Podrían ayudarla las lágrimas de la luna?

En la leyenda, la diosa de la luna había sido una curandera, la contrapartida de su ardiente esposo, el sol. Valía la pena intentarlo.

Desenrollé el vestido de la luna de mi colgante. Incluso en el aire enrarecido de la mazmorra, se elevó como una cometa en la brisa antes de posarse suavemente sobre el cuerpo de Lady Sarnai.

Me arrodillé a su lado y observé cómo el satén plateado ondeaba sobre sus brazos y piernas. Lentamente, muy lentamente, un suave resplandor blanco se extendió por su cuerpo, aliviando la sangre de las feroces llamaradas de las estrellas hasta que las marcas, oscuras y brillantes, se alejaron de su corazón. Entonces los párpados de Lady Sarnai revolotearon, y su tez azul ceniciento comenzó a cambiar de color y florecer con la débil promesa de vida.

Cuando la luz de la luna la despertó, miré los grilletes que la encadenaban a la pared y vacilante saqué mis tijeras. ¿Funcionarían en metal?

Sus hojas plateadas brillaron intensamente contra las cadenas, y cuando las sostuve contra los eslabones de hierro, comenzaron a zumbar. Me decían que lo intentara.

Deslizando mis dedos en los arcos, separé las hojas y corté los grilletes. Cada tijeretazo requirió mucha más fuerza que cortar a

través de la tela, tanta que tuve que usar ambas manos para sujetar las hojas de las tijeras en los eslabones.

Con un estrépito quebradizo, un grillete de muñeca cayó al suelo.

—Gracias a los Nueve Cielos —Susurré. Trabajando más rápido ahora, me moví a la otra muñeca de Lady Sarnai y luego a sus tobillos, hasta que estuvo libre.

Pasos resonaron arriba. Los guardias también se estaban despertando.

Sacudí a Lady Sarnai hasta que se movió, respirando con dificultad. Se sobresaltó en un pánico delirante, arrojando a un lado el vestido de la luna y azotando el vial que aún estaba a mi lado. Pensaba que yo había venido a envenenarla.

—Shhh —Traté de calmarla— Estoy aquí para…

Lady Sarnai agarró mis tijeras y presionó sus hojas contra mi cuello. El metal cantó violentamente en mis oídos.

Tenía la intención de cortarme la garganta con ellas, pero su muñeca se tambaleó, su rostro se retorció con desconcierto al ver lo que le había sucedido. Desvanecidas estaban las manchas azul fuego en su piel, las marcas del vestido de las estrellas. Pero en su lugar había cicatrices de color blanco plateado, como pinceladas en la cara y el cuerpo. Las lágrimas de la luna.

Mientras las hojas temblaban en su agarre, las tomé suavemente de sus manos.

—¿Por qué? —Ella susurró.

Me tomó un momento darme cuenta de que me estaba preguntando por qué había arriesgado mi vida para ayudarla. Yo también me había preguntado eso. No me gustaba ella y, sin duda, ella sentía lo mismo por mí.

Devolví las tijeras a mi cinturón. Mi lengua se sentía pesada y mi boca estaba seca. No supe qué decirle.

Antes de irse, Edan me había llamado la esperanza de A'landi. Pero se había equivocado. No podía ser la esperanza de A'landi, no cuando me estaba convirtiendo en un demonio. Pero Lady Sarnai, hija del shansen y novia del emperador, podía unir el Norte y el Sur. Era una princesa y una guerrera por derecho propio.

—Porque eres la esperanza de A'landi —Respondí suavemente.

Se humedeció los labios, aún agrietados y resecos.

—Khanujin te castigará por esto.

—No tengo miedo.

Lady Sarnai levantó una ceja como si no me creyera. Pero no dijo nada más.

—Tenemos que irnos ahora —La insté— Los guardias se están despertando.

—¿Cuanto? —La hija del shansen siempre había sido una persona práctica.

—Al menos tres en la mazmorra. Cuatro en la entrada. Más afuera.

Lady Sarnai apenas se estremeció ante los números. Su fuerza estaba regresando. Sin una palabra de agradecimiento, se levantó y salió de la celda.

Momentos después, escuché a un guardia exclamar:

—Tú...

Los huesos crujieron y las espadas resonaron contra las puertas de hierro y las paredes de piedra. Oí el sonido de sus cuerpos siendo derribados.

Hice una mueca, lamentando no haberle pedido que dejara a los hombres con vida.

Una vez eliminada la amenaza de los guardias, Lady Sarnai regresó. Yo estaba un paso por delante de ella; Ya había abierto la puerta de la celda de Lord Xina.

Puso el brazo de Lord Xina sobre sus hombros y lo levantó. Su cuerpo era un enrejado ensangrentado de cortes y magulladuras, pus rezumaba de sus heridas, pero una vez que la vio, sus ojos color carbón cobraron vida y tosió.

El ceño fruncido de Lady Sarnai se suavizó, la única señal de alivio que dio.

—¿Puedes caminar, Xina? —Parecía demacrado, su amplia cara más larga de lo que recordaba. Pero él apretó los dientes, se puso de pie y asintió bruscamente.

La sangre goteaba de su boca, que estaba hinchada y le faltaban

muchos dientes. Estaba demasiado herido para hablar, pero estaba claro que mi presencia lo desagradaba, mientras que no parecía perturbado en lo más mínimo por el cambio de apariencia de Lady Sarnai. Tan fugaz como fue, por ese momento, se había ganado mi respeto.

—Rápido entonces —Dijo Lady Sarnai secamente— Debemos llegar al río antes del anochecer.

—¿El río? —Repetí. El río Leyang estaba al sur del Palacio de Otoño— ¿No deberías dirigirte hacia el norte, hacia tu padre?

—¿Mi padre? —Lady Sarnai se giró para mirarme.

—¿No vas a luchar contra él y su demonio?

Ella me miró fijamente, sus ojos oscuros entrecerrándose, haciéndome sentir muy ingenua y estúpida.

—¿Qué crees que podría hacer contra ellos? Oh, sí, crees que soy la esperanza de A'landi —Se le escapó una risa seca— No he hecho más que sangrar por este país. Su paz y salvación no significan nada para mí. Ya no.

—Pero…

—Mi padre no se detendrá hasta que asegure el trono —Espetó ella— Él y su demonio destrozarán este país si eso es lo que se debe hacer. Me iré antes de que eso suceda —Levantó una espada que le había arrebatado a uno de los guardias derrotados— Si tienes algo de ingenio, te irás también.

Por primera vez noté que, a diferencia de la mayoría de las damas, sus uñas estaban cortas y cuadradas, sus nudillos ásperos, los callos atravesaban sus dedos peores que los míos. Las manos de una arquera.

Las manos de una sobreviviente.

—No hay esperanza para A'landi —Dijo— Considere este consejo como mi pago, sastre. Y que nunca nos volvamos a encontrar —Con eso, ella y Lord Xina se escabulleron, dejando mi corazón apesadumbrado.

Si Lady Sarnai no salvaba a A'landi, la guerra entre el emperador y el shansen era inevitable. Miles morirían, valientes jóvenes soldados como mis hermanos Finlei y Sendo, y se perderían innumerables vidas inocentes. La grieta en mi país por la que había sacrificado tanto para reparar nunca sanaría.

—¡Cobarde! —Grité tras ella, aunque sabía que no podía oír.

Apreté los puños, odiándome por creer en Lady Sarnai y por esperar que ella pudiera hacer lo que yo no pude: pensé que traería la paz a A'landi.

Me había equivocado.

Los únicos guardias con los que me encontré al salir de la mazmorra estaban muertos, un rastro de cuerpos que Lord Xina y Lady Sarnai habían dejado atrás en su escape.

Una vez afuera, rebusqué en mi bolsa, buscando entre sus interminables pliegues mi alfombra. La saqué y comencé a desenrollarlo, cuando…

—¡Alto!

Giré, azotando mi alfombra abierta justo cuando el golpe de una lanza golpeó la parte posterior de mi cráneo. Mis rodillas se doblaron.

Otro golpe. Esta vez más fuerte.

Mi alfombra se resbaló de mis dedos. Me derrumbé y una marea oscura inundó los bordes de mi mundo.

Capítulo 10

Tres días después del desastroso banquete de bodas, el shansen regresó con un ejército de mil hombres. Sus pasos hacían temblar las colinas, y el humo de sus cañones ennegrecía los cielos. Sintiendo que la tierra sangraría una vez más con la guerra, los cielos comenzaron a llorar.

La lluvia caía a cántaros del cielo, cayendo primero como agujas, luego en sábanas. Un trueno golpeó el cielo, tan fuerte que se tragó los sonidos que hacían los soldados del emperador.

Presioné mi oído contra una ventana tapiada. Nada.

Había esperado todo el día a que los guardias vinieran a buscarme. Todas las mañanas desde que me atraparon, dos de los guardias más fuertes de Su Majestad me arrastraron al Salón de Reparación Obediente. Me obligaron a tomar mi desayuno mientras treinta costureras miraban, sus estómagos gruñían, sus gargantas secas negadas de té o agua. No se les permitió comer ni beber hasta que terminaron su trabajo.

Luego vino la peor parte. Después de mi desayuno, golpearon a las costureras.

Las chicas se encogieron detrás de sus puestos. Algunos gimieron.

“Por favor, Maestro Tamarin. Ayúdame".

Sus súplicas me desgarraron, pero obligué a mis rasgos a permanecer tan quietos como la piedra. El primer día, traté de detener a los guardias, pero en respuesta tomaron una de las manos de las costureras y le rompieron los dedos. Ahora sabía que una palabra amable de mi parte solo empeoraría las cosas. No había nada que pudiera hacer para ayudarlas.

Khanujin las estaba castigando para lastimarme. Cada niña me recordaba a mí misma: una costurera talentosa que estaba aquí para mantener a alguien a quien amaba: sus padres, sus hijos, su pueblo. Si hubiera seguido siendo sastre imperial, estas mujeres habrían estado bajo mi supervisión. Habría llegado a conocer a cada una de ellas como una hermana, una madre, una abuela.

Pero eso nunca sucedería ahora.

Cada cinco latigazos, uno de los guardias me ladraba: “¿Adónde han ido Lady Sarnai y Lord Xina?"

Todo lo que pude hacer fue repetir la verdad: "No lo sé".

Así continuaron los latigazos. Diez al día para cada costurera. Me obligué a enfrentar el resentimiento punzante en sus ojos, la injusticia de que estaban siendo castigadas por mi desobediencia.

Si no fuera por la maldición de Bandur, mi corazón se habría roto. Me asustó lo fría que me había vuelto.

Nunca se levantó un dedo contra mí. No hasta que llegó el propio Khanujin.

Si no fuera por su túnica imperial y su corona dorada, no lo habría reconocido como mi emperador. Se había encogido tanto que su ropa lo devoraba. Su abrigo exterior se amontonaba en pliegues, ocultando los dragones bordados en ellos, y arrastraba la cola de su chaqueta como un charco. Sus mangas rozaban el suelo, con tanto exceso de tela que mantuvo los brazos levantados para que nadie se diera cuenta.

Pero yo me di cuenta.

Su figura se había adelgazado hasta la de un niño, su rostro envejecido hasta el doble de años de un hombre.

Su cabello, una vez espeso y brillante, ahora era delgado como el papel, y sus labios se volvieron hacia abajo, torcidos con crueldad.

—Debería hacer que te maten por lo que has hecho —Sus palabras eran tranquilas, pero goteaban ácido.

No me había inclinado ante él. En ese momento, decidí que no lo haría. ¿Y qué si hubiera liberado a Lady Sarnai y a su amante? Sin mí, el emperador estaría muerto.

Encontré su mirada helada.

—Entonces máteme. Termine con esto.

Se sonrojó de ira, se puso rojo púrpura y me abofeteó.

Mi cabeza se sacudió hacia atrás, más por la conmoción que por la fuerza de su golpe. Me recuperé rápidamente y volví mi mirada al emperador.

Eso lo enfureció, y me di cuenta de que estaba a punto de golpearme de nuevo.

—Tienes miedo —Lo desafié— Tus ministros han notado el cambio en ti, y tus enemigos en la corte, los que antes te temían, ahora conspiran contra ti. Sabes que tu trono está en peligro. Incluso si el shansen no fuera una amenaza, alguien desde dentro te derrocaría. Te traicionarían.

—Di una palabra más y haré que te corten la lengua.

—No lo harás —Me burlé— Me necesitas. No puedes liderar a A'landi luciendo como...

—¿Como esto? —Khanujin ladró, apuntándose a la cara y haciendo una expresión grotesca— El shansen trae su ejército a mis puertas. Estamos en guerra, y lideraré sin importar cómo me vea.

La desesperación se filtró de su voz. A pesar de su bravuconería, sabía que A'landi no lo seguiría así. No cuando se parecía más a un niño despiadado que al gobernante benevolente que todos habían sido engañados para reverenciar. Casi sentí pena por él. Tal vez una parte de él se preocupaba por nuestro país.

—No ganarás contra él. No sin mi ayuda. Puedo restaurar el encantamiento de Edan. Puedo convertirte en lo que una vez fuiste.

Tan pronto como pronuncié las palabras, me detuve. ¿De dónde venían? No sabía cómo restaurar el encanto del emperador. Pero no podía parar. Hablaba como si estuviera poseída.

"Tú puedes, Sentur'na. Te ayudaremos".

Apreté la mandíbula, deseando que las voces se fueran. El esfuerzo me costó la calma. Mis ojos ardían, su brillo escarlata coloreaba mi visión. Khanujin respiró hondo; Me di cuenta de que mi apariencia lo desconcertaba.

—¿Qué eres…?

—Los vestidos me dan poder. Solo a mí —Me negué a decir más.

—Tú no eres una hechicera —Dijo, mirándome fijamente— Eres un... un...

¿Demonio?

Levanté mi colgante, abriendo ligeramente la nuez para que brillara con el poder del sol, la luna y las estrellas.

¿Era el amuleto de un demonio? Todavía no me atrevía a creer que lo era. Su poder parecía pesarme más cada día, sin luchar contra la

oscuridad dentro de mí, pero sin abrazarla tampoco. Aún.

—Aprovecho el poder de Amana —Dije, aunque las palabras se me atascaron en la garganta, sintiendo que era una verdad a medias— Su magia es incluso mayor que la de Edan. ¿De qué otra forma crees que derroté al shansen?

—Tú eres la razón por la que la boda se vino abajo —Gruñó Khanujin, pero no profirió más amenazas. Pude ver por cómo mi colgante atrajo sus ojos que lo había tentado.

Me había creído.

—Abandona tu búsqueda del Lord Hechicero —Dije, aprovechando el silencio— Su juramento a ti se ha roto, y él es impotente. A cambio, te ayudaré.

Me lanzó una mirada tan fulminante que habría enviado a cualquiera de sus ministros de rodillas, temblando de miedo. Finalmente dijo:

—Si tiene éxito, consideraré la clemencia para su familia. Pero no para el Lord Hechicero.

—Necesitaré la bolsa que me quitaron tus hombres —Dije, presionando un poco hacia adelante— Todo lo que hay dentro me ayudará con el encantamiento. Y necesitaré suficiente tela para hacer un nuevo conjunto de túnicas.

—Una capa —Decidió— Me encantarás un manto. Tenlo listo para el amanecer. Si no es así, haré que maten a una costurera por cada hora que tardes.

Las puertas se cerraron de golpe detrás de él. Minutos después, un guardia irrumpió en mi habitación y arrojó mi bolsa a mis pies.

Cuando miré adentro, todo lo que vislumbré fueron mis tijeras y mi cuaderno de bocetos. El pánico se apoderó de mí, hasta que le di la vuelta al suave cuero de la bolsa. La daga de meteorito cayó, junto con mi alfombra, el espejo y la flauta de Edan.

Abracé la bolsa contra mi pecho, suspirando con alivio.

Apenas había devuelto todo a la bolsa cuando llegó una de las costureras mayores. Tenía la espalda encorvada como si la hubieran azotado recientemente y no me miraba.

En sus brazos traía un bulto de telas e hilos con los que debía hacer la vestidura de Su Majestad.

“Lo siento” Quise decir antes de que ella se fuera, pero las palabras no salieron de mis labios.

Trabajé toda la tarde, confeccionando una capa con una capucha con incrustaciones de oro y luego bordando un dragón en la parte posterior de la prenda. Pero, ¿cómo le devolvería su antigua gloria al emperador? No tenía más magia de mi viaje, no más lágrimas de la luna o risa del sol, para tejer en la prenda.

Incluso mis tijeras no conjurarían magia en su nombre.

—Amana, ayúdame —Susurré, rezando una y otra vez.

Ella no escuchó mi súplica. Mi difícil situación, coser una capa encantada para el emperador, no era digna de las atenciones de la diosa madre. El colgante alrededor de mi cuello permaneció inmóvil, los vestidos en silencio.

Ni siquiera mis tijeras zumbaban. ¿Qué iba a hacer?

“Sabes exactamente qué magia traerá el poder que necesitas para restaurar al emperador Khanujin”

Mi cabeza se levantó de golpe. Cogí mi daga de meteorito y la levanté hacia las sombras que se deslizaban por el suelo. Casi esperaba ver a Bandur allí, con su risa resonando contra las paredes.

Pero no había nadie. Nadie más que el demonio dentro de mí. Mis dedos se apretaron alrededor de la empuñadura de la daga.

—Jinn —Susurré. Las vetas de meteorito de la hoja cobraron vida. Como antes, tocar el borde de la piedra picaba. Pero esta vez, la hoja estaba caliente en lugar de fría. Esta vez, las yemas de mis dedos se estremecieron por el dolor, como si me las hubieran picado pequeñas espinas.

Estudié el arma de doble filo, acaricié la mitad de hierro, luego toqué el lado del meteorito y apoyé los dedos contra la piedra.

"No uses el amuleto", me había advertido Edan. "Cuanto más confíes en su magia, más difícil te resultará resistir el cambio".

Pero si no lo hacía, el shansen ganaría. Y A'landi estaría perdida.

Si Lady Sarnai se hubiera quedado, las cosas serían diferentes. Pero solo quedaba yo. Tendría que luchar contra el shansen sola.

—Tengo que proteger a A'landi —Murmuré para mí.

Mi colgante vibraba contra mi pecho, su luz retorciéndose e hirviendo como si los hijos de Amana dentro (el sol, la luna y las estrellas) sintieran que estaba tratando de convocar a un demonio.

Quité el colgante de mi cuello y lo puse en el suelo. Mi cuerpo dio un repentino tirón, mi pulso se aceleró cuando la fuerza de Amana me abandonó. Envolví mi mano alrededor del borde afilado de la hoja y susurré:

—Edan, perdóname.

Un dolor sofocante me cortó la respiración. Abrí mi mano lentamente, observando la delgada línea de sangre que formaba un arco en mi palma. El color era brillante contra mi piel, pero cuando se filtró de la herida a las líneas sueltas de mi palma y se asentó allí, se oscureció como tinta negra.

Sangre de demonio.

En estado de shock, cerré accidentalmente mi mano sobre la daga de nuevo. El dolor fue peor esta vez, y me mordí el labio para no gritar. Enfadada, arrojé la daga a un lado, mi mano ahora rezumaba sangre oscura y sombría.

"Eso es todo" Instó mi demonio ***"No luches contra eso. Úsalo"***.

Levanté mi puño por encima de la capa del emperador y lo apreté. Unas pocas gotas fueron suficientes para que la seda se inundara del negro más oscuro, el color de una noche aterciopelada. La sangre de mi demonio brilló en las venas de la prenda, infundiendo en sus fibras un encantamiento prohibido que esperaba que fuera lo suficientemente fuerte como para salvar a A'landi.

Retiré mi mano, envolviendo el corte con un trozo de tela.

Recé para no haber ido demasiado lejos, murmurando en voz alta:

—Sigo siendo yo. Sigo siendo Maia.

"No has terminado" insistió mi demonio. ***"Sella la oscuridad dentro de la capa".***

Mis dedos temblaban, toqué con mi colgante la capa del emperador Khanujin. La luz de la nuez, todavía retorciéndose, rebotó en las paredes de piedra a mi alrededor cuando comencé a enfocarla en una mancha de sangre, que ya se hundía más profundamente en la tela, una mancha que no dejaba de extenderse.

Oscuras sombras envolvieron las dos cáscaras de nuez del colgante y la grieta de cristal en el centro, pintando toda la pieza de negro. La oscuridad permaneció durante un largo segundo antes de desaparecer, y mi colgante volvió a ser como antes.

Dentro de mí, las voces de Lapzur susurraban triunfantes: ***"Sentur'na, Sentur'na, nuestra guardiana".***

"Al fin estás volviendo a casa"

Capítulo 11

Al caer la noche, la tierra ya no tembló. Los cielos cesaron su llanto, y el dios del cielo pintó su lienzo del azul púrpura de un lirio en flor. Pero bajo sus golpes de luz crepuscular, el olor acre del fuego de los cañones espesaba el aire, y las espadas resonaban contra el viento.

Después de la puesta del sol, el ejército del shansen atravesó las murallas de la ciudad y comenzó su marcha colina arriba hacia el Palacio de Otoño. Por la mañana, la guerra estaría a las puertas del palacio.

Fue durante este espeluznante interludio, justo antes del amanecer, que el emperador me convocó a su consejo de guerra. Quería su capa.

Algo me dijo que tal vez nunca regresaría a mi habitación, así que traje mi bolsa colgada del hombro. Di diez pasos en la sala de audiencias imperial antes de que un ministro me arrebatara la capa de los brazos y se la entregara al emperador.

Khanujin la levantó. El dobladillo cubría los anchos escalones alfombrados que conducían a su trono. La seda color crema de caléndula de la capa brillaba a la luz del sol joven, los hilos audaces del dragón que había bordado eran un complemento nítido del brocado negro incrustado en la tela, teñido por mi magia demoníaca.

—¿Está hecho? —Él me preguntó. Un toque de precaución tiñó su pregunta.

—Sí.

Con un gruñido de satisfacción, Khanujin se levantó y se echó la capa sobre los hombros. Casi de inmediato, la marchitez de sus hombros se cuadró, sus mejillas hundidas y su figura hundida se ensancharon hasta que quedó alto y lleno. Y su pelo negro, recogido bajo la capucha, se iluminó.

Una transformación milagrosa. Todos los ministros respiraron hondo y cayeron de rodillas. Una pequeña sonrisa se curvó en los labios de Khanujin. La misma sonrisa que una vez me cautivó, que me hizo adorarlo como el gobernante más magnífico de todos los reinos. Ahora me hacía odiarlo.

—Ahora estamos listos para la batalla —Dijo, levantando su espada— Reclamemos la victoria sobre el shansen.

Los ministros lo adularon, alabando a Amana. Incluso el ministro de

guerra, que se había visto cansado y ansioso solo unos momentos antes, declaró que la batalla estaba casi ganada.

—Maestro Tamarin, vendrás con nosotros.

Me levanté, con los oídos zumbando en estado de shock. Afuera, destelló un relámpago y la lluvia había comenzado de nuevo, golpeando contra las tejas del techo.

—Nuestro ejército está en posición. Cabalgaremos ahora.

No luché cuando sus soldados arrojaron un chaleco blindado destinado a alguien del doble de mi tamaño sobre mi túnica y me subieron a empujones a un caballo.

Khanujin también llevaba una armadura, la capa que yo había cosido le cubría los hombros. Los soldados y sirvientes lo vitorearon cuando pasó, incluso cuando las puertas retumbaron con el sonido de los hombres del shansen tratando de entrar.

—¡Hijo del cielo, tráenos la victoria! —Gritaron. La lluvia golpeaba sus sienes y corría por sus mejillas— ¡Khagan de Reyes, destruye al traidor!

Estandartes rojos ondeaban contra el viento, dragones bordados ondeando entre las tropas. Mi caballo se movió tan rápido para seguir el ritmo de los demás que apenas me di cuenta de que nos dirigíamos hacia la puerta y hacia la batalla.

Cuando escuché las primeras explosiones de los cañónes, los confundí con truenos. Pero los truenos no lanzaban piedras y tejas al aire como fuegos artificiales ni hacían que los árboles brotaran en brillantes penachos de humo negro y ámbar. Cada estallido posterior sacudió mi corazón.

Mi vista de demonio parpadeó, haciendo que mis ojos ardieran mientras se elevaba más allá del Palacio de Otoño hacia el valle de abajo. Una losa de madera, un letrero de lo que una vez había sido una botica, resonó desde un techo roto. Toda la ciudad había sido destruida. Llovió ceniza del cielo y los cadáveres, en su mayoría civiles, cuyas cejas aún estaban arrugadas por el miedo, cubrían las carreteras.

Me dolía la cabeza. Así que esto era la guerra, por eso Keton se despertaba en medio de la noche, gritando y sollozando, después de regresar a casa. El dolor en mi corazón, que había disminuido desde que Bandur me había reclamado, estalló por un instante. Y con ella, la

vieja Maia.

Una chispa de odio se encendió en mí.

Fuera de los muros del palacio, ondeaba el estandarte del shansen, el pelaje blanco como la nieve del tigre brillaba contra la seda verde jade. Con un escalofrío, pensé en cómo había cambiado el señor de la guerra la noche del banquete. Cómo el amuleto de su demonio había ardido sin llama, el humo ondeando en forma de tigre antes de devorarlo.

No, eso no. Ella.
Gyiu'rak.

Las flechas fueron arrojadas desde las murallas del palacio, formando un arco sobre mí en una línea ordenada, tan alto que parecían puntos, y una bandada de pájaros salió disparada al acercarse el ejército del shansen.

El señor de la guerra y sus hombres levantaron sus escudos y cargaron a través de la lluvia de flechas. Cayeron hombres de ambos lados y volaron más flechas. Luego, las puertas se abrieron con un rugido y el emperador y sus legiones salieron.

Los soldados del emperador se precipitaron hacia el enemigo, con sus caballos relinchando mientras galopaban a mi lado. Olvidada, me mantuve en las sombras de las puertas, mirando al shansen y a sus hijos matar a todos los hombres que se atrevían a interponerse en su camino, mirando a Khanujin brillar con el encantamiento de mi capa mientras inspiraba a sus hombres a luchar y morir por él.

Pero no fue el emperador ni el shansen quienes captaron mi atención: fue una mujer entre las filas del señor de la guerra, una a la que nunca había visto antes, montada en un corcel de marfil.

Una sonrisa apareció en sus labios mientras cabalgaba serenamente hacia la batalla. Incluso a caballo, parecía más alta de lo normal, sus musculosos miembros desnudos, una capa ondeando detrás de sus hombros. El pelo largo y blanco con rayas negras en las sienes brillaba detrás de ella, ondulando como la armadura nacarada que llevaba sobre las muñecas y el torso.

Como el emperador Khanujin, ella era hermosa y extraña, tan fascinante que algunos de los soldados se detuvieron para mirarla. La bilis me subió a la garganta cuando vi las garras relucientes que manejaban las riendas de su caballo, los dientes afilados detrás de su sonrisa, más salvaje que serena cuando se acercó, y sus ojos.

Bordeados con el oro líquido del ámbar y la miel, y rojo como la sangre en el centro.

Los ojos de un demonio.

—Gyiu'rak —Susurré. Esta era su forma humana.

Con una velocidad sobrenatural, mató a tres de los soldados del emperador. Los cuerpos cayeron a su alrededor mientras se lanzaba entre espadas y lanzas, demasiado rápida para que cualquier mano humana pudiera tocarla, sus garras lo suficientemente afiladas como para cortar la carne, los huesos.

Había visto lo que Gyiu'rak les había hecho a los soldados de Khanujin la última vez que me encontré con ella. No importaba si era un tigre o una mujer; todo lo que necesitaba un demonio para matar era un toque.

No había forma de que Khanujin ganara esta batalla.

Espoleé a mi caballo para que avanzara. A mi orden, sus cascos atronaron hacia el emperador.

—¡Tú no puedes ganar! —Le grité— Debemos retirarnos.

Khanujin me hizo a un lado con un movimiento de sus mangas, y dos de sus guardias me flanquearon para que no pudiera ir tras él.

El fuego de los cañones ahogó mis gritos, pero luego escuché el gruñido ensordecedor de Gyiu'rak y el corte de sus garras contra el viento mientras se precipitaba hacia el emperador.

La fuerza burbujeaba en mí con un potencial violento.

"Puedes salvarlo" Solo tuve un segundo para decidir. Ya había roto mi promesa a Edan, así que ¿por qué no prestar atención a la voz? ¿Por qué no ceder?

"No hagas nada, y el emperador morirá".

Me agaché entre los dos guardias de Khanujin y agarré al emperador por su escudo, empujándolo fuera de su caballo.

En cambio, el demonio se estrelló contra mí, el impacto fue tan brutal que volé de mi silla y aterricé con fuerza sobre mi espalda.

Mi caballo se derrumbó, muerto. Gyiu'rak sacó sus garras de su costado y se puso en pie de un salto, lista para lanzarse de nuevo contra el emperador.

—¡Corre! —Le grité a Khanujin.

Antes de que Gyiu'rak pudiera saltar tras él, agarré el borde de su capa y tiré para detenerla. Giró, azotándome con sus garras de tigre. Yo era un sastre; no tenía el entrenamiento de un guerrero. Mientras me deslizaba para evitar su ataque, sentí el golpe de sus garras mordiendo mi carne.

Si fuera humana, su toque me habría matado. Pero mi pierna no tenía heridas. Ni siquiera una marca.

Las pupilas escarlatas de Gyiu'rak se contrajeron.

—Imposible.

Olvidado el emperador, ella me rodeó, ignorando la batalla que rugía a nuestro alrededor. Sus movimientos eran lentos y lánguidos, destinados a hacerme sentir como una presa.

Ambas sabíamos que no podía huir. Era más rápida que yo y mucho más fuerte. Alcancé mi daga, escondida en la parte posterior de mi cinturón de sastre.

Gyiu'rak me agarró del brazo.

—Tú —Dijo con voz áspera, reconociendo el arma como la que había manejado contra el shansen en el Palacio de Otoño.

El demonio me miró, la comprensión oscureciendo sus rasgos.

—Tú no perteneces aquí —Murmuró en mi oído— Hermana —Siseó ella.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Grité:

—¡Jinn! —Y la hoja se desenvainó, luego clavé el lado de meteorito resplandeciente en el pecho del demonio.

La boca de Gyiu'rak se abrió en un grito, su pelo blanco onduló a mi alrededor mientras su carne se ampollaba y quemaba. Empujé la daga más profundo, viendo los ojos rojos del demonio oscurecerse hasta cenizas, hasta que finalmente se marchitó en una nube de humo.

La nube tomó la forma de un tigre mientras vagaba por el campo de batalla en busca de su hogar: el amuleto del shansen.

No miré por mucho tiempo. Mi pulso era un tamborileo marcial, la hoja de la daga aún cantaba en mi mano. A mi alrededor, reinaba el

dios de la muerte. Apenas quedaban soldados del emperador. Si no hacía algo, todo estaría perdido.

Me abrí camino a través del campo de batalla, hasta las murallas donde los arqueros restantes de Khanujin lanzaban flechas frenéticamente sobre el shansen y sus hombres.

Pero no importa cuántas flechas atravesaron la espalda del señor de la guerra, solo parecía hacerse más fuerte. Pronto estaría a las puertas del Palacio de Otoño.

"Déjanos ayudarte, Sentur'na. Los fantasmas de Lapzur ganarán esta pelea por ti".

Tentador. Muy tentador. Todo lo que necesitaba era una palabra. Un pensamiento.

No.

Recurrir a mi magia demoníaca traería terribles consecuencias.

Agarré mi colgante. Irradiaba un calor incómodo contra mi pecho, volviéndome consciente de lo fría que estaba mi piel.

Antes, cuando trabajaba en la capa del emperador, el colgante había estado en silencio. Amana no había querido venir en mi ayuda. Pero ahora temblaba, débilmente resplandeciente con la luz del sol.

La risa del sol dominaría al ejército del shansen y lo obligaría a retirarse. Ganaría la batalla por Khanujin.

¿Pero me atrevía a llamar a Amana?

El poder de sus vestidos estaba conmigo, encerrado firmemente en mi colgante. Antes no habría dudado. Ahora recordaba lo que había sucedido cuando hice la capa de Khanujin, cómo la oscuridad se había derramado sobre el colgante, pintándolo brevemente de negro como el amuleto de un demonio.

Mis vestidos eran el único escudo que tenía contra mi yo demoníaco. Si invocaba la magia de Amana, si sacrificaba el vestido del sol para salvar al emperador, entonces me arriesgaba debilitando mis propias defensas.

La única alternativa era mucho peor, me di cuenta sombríamente. Confiaba en Amana más de lo que confiaba en cualquier demonio, incluso en el mío.

Tomando el colgante en mi mano, solté el vestido del sol. Se derramó

como arena reluciente, sus amplias faldas se ensancharon sobre mis piernas, el corpiño se apretó contra mi cintura. Mi ropa de sastre se desvaneció bajo el magnífico poder del vestido, y la fuerza del sol me llenó, silenciando los susurros de Lapzur que me perseguían.

Las flechas se arquearon hacia mí, pero el vestido del sol se las tragó a todas. Las llamas brotaron de las costuras de mi vestido, resplandeciendo cada vez que alguien se atrevía a acercarse demasiado.

El calor me abrasó y, sin embargo, me infundió una fuerza increíble; el poder era irresistible. Pero ¿Venía del vestido del sol o de la sangre demoníaca que fluía por mis venas? ¿O, peor aún, de ambos?

Pronto tendría mi respuesta.

Las sombras se juntaron en el dobladillo de mis faldas, deslizándose lentamente entre los pliegues de mi vestido. La risa del sol los combatió, brillando más que antes, pero mi demonio era fuerte. Sabía cómo jugar con mis miedos.

"El vestido del sol no será suficiente" Susurró con voz ronca ***"¿Qué puede hacer, cegar al ejército de Shansen? Necesitarás más para salvar a tu emperador de Gyiu'rak, pero Amana no escuchará tu súplica. Estoy aquí. Los fantasmas de Lapzur están a tus órdenes. Por el poder del sol, la luna y las estrellas, nos obedecerán. Diezmarán al ejército de Shansen. Ellos derrotarán a su demonio"***

Ella tenía razón; La necesitaba. ¿Pero a qué precio ganaría ella esta batalla por mí?

En el fondo, ya lo sabía. El rostro preocupado de Edan burbujeó en mi memoria. Baba y Keton también.

El costo era yo, Maia.

Bajé los brazos. *No*. Me negué a torcer los poderes de Amana.

Traté de romper el vestido, pero no podía. Mis dedos buscaron a tientas las tijeras. Corté y corté, ignorando el dolor que estallaba dentro de mí por haber mutilado la maravillosa creación en la que había trabajado durante tantos meses.

Pero había creado una fuerza viva, y cuando me quité el vestido, las costuras rotas comenzaron a juntarse nuevamente.

No necesitaba que Amana me ayudara. Tenía la risa del sol, las lágrimas de la luna y la sangre de las estrellas conmigo: tres piezas de

magia tan antiguas como el mundo mismo. Simplemente no había sabido cómo usarlos, hasta ahora.

Una vez más activé la daga y, mordiéndome el labio a través del dolor abrasador, con un corte preciso, apuñalé el vestido del sol en su corpiño ardiente, bajando la hoja, hasta el borde de las faldas hasta que lo desgarré. el vestido por la mitad. Luego tiré el vestido, el primero del legado de Amana, al cielo.

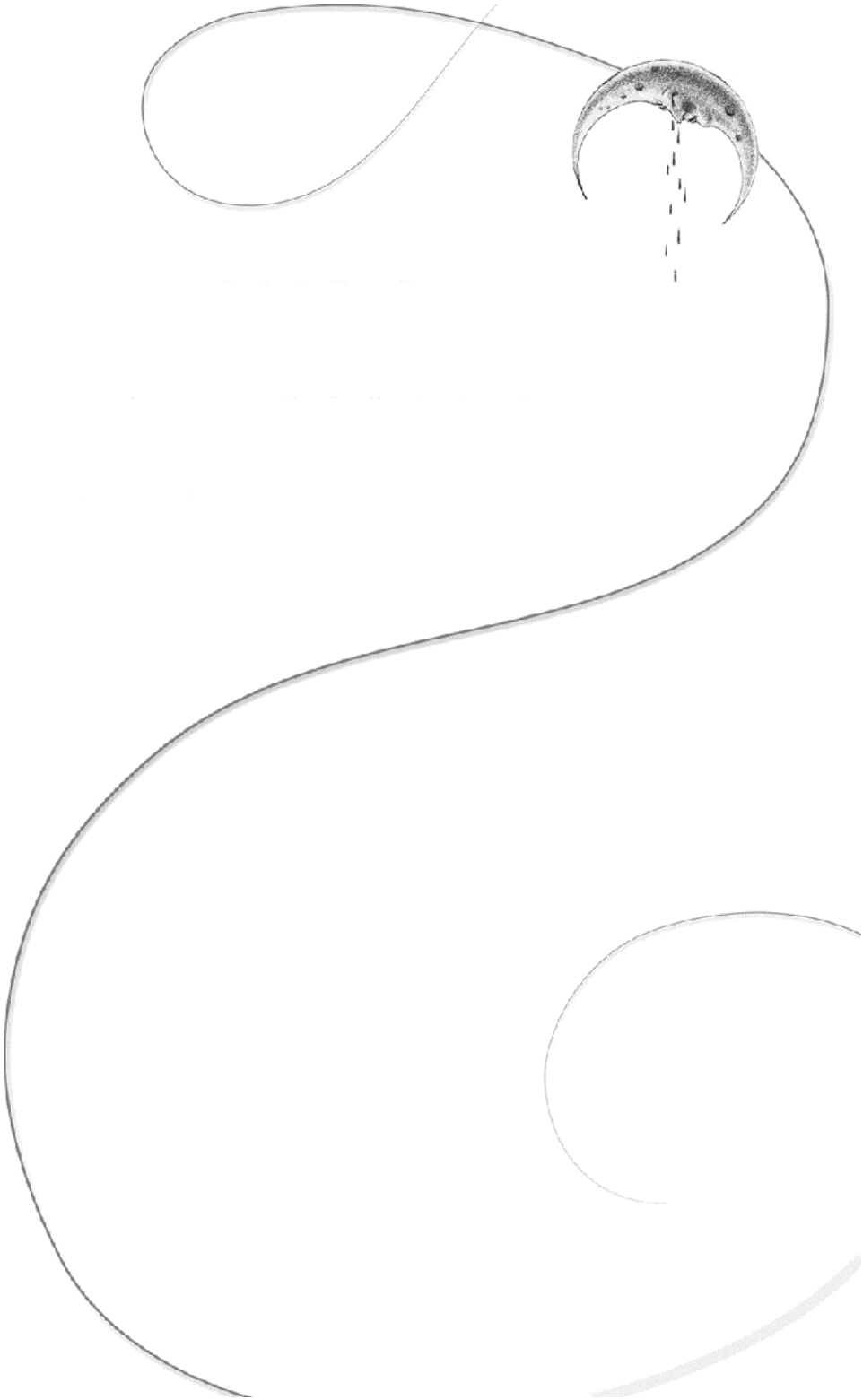
"Que la risa del sol ayudé a mi pueblo" Recé, viéndolo arder más y más ***"Deja que el poder de Amana los salve y traiga esperanza para otro día".***

En un solo estallido de luz, el vestido explotó en las nubes y ya no existía.

La oscuridad cubrió el Palacio de Otoño, silenciando las flechas, las espadas y las lanzas. Mientras las armas se convertían en cenizas, el shansen gritó a su ejército que se retirara.

Mi colgante golpeó contra mi pecho, enviando una oleada de agonía que sacudió desde mi mente hasta mi corazón, y desde mi corazón a todo mi cuerpo. En algún lugar en el fondo de mi conciencia o en las cámaras huecas de mi alma, vi mis propios ojos rojos como la sangre brillando en medio de una furia de humo.

Y grité.



PARTE DOS:
Las lágrimas de La Luna

Capítulo 12

La escarcha formaba una costra en mis pestañas, trozos de hielo se desprendieron cuando traté de abrir los ojos.

No estoy muerta.

Mi corazón tartamudeó, aún latía. Y no era un demonio. Mis pensamientos eran míos. Yo todavía era Maia.

Me senté, aliviada de reconocer mis propias manos y brazos, el cabello negro enredado rozando mis mejillas. Sin embargo, me sentí diferente. Todo dolía, era una especie de dolor entumecedor, vestigios de la agonía que casi me había matado cuando destruí el vestido del sol. Y mi cabeza...

"Sentur'na..." llamó un coro de voces.

Mi corazón latía, tratando de luchar contra el llamado. *"No, no soy Sentur'na. No soy un demonio"*.

"Sentur'na" Las voces se alzaron, haciéndose más fuertes, mordiendo hambrientamente el hueco dentro de mí.

Una gruesa tira de vendajes me ceñía la cintura; olía fresco, ligeramente perfumado con jengibre. Las yemas de mis dedos rozaron mi abdomen mientras la desenvolvía e hice una mueca.

Mi piel estaba escamada con moretones blancos y dorados, tan luminosos y perlados que se habrían visto casi bonitos si no fuera por las manchas de pus seco. El vestido del sol me había lastimado, pero a diferencia de Lady Sarnai, su poder no podía matarme. Ya estaba curándome.

Toqué mi colgante. La mitad de la nuez que una vez había llevado la risa del sol ya no brillaba dorada cuando la tocaba, pero el colgante pesaba más en mi pecho que antes, a pesar de que ahora solo quedaban dos vestidos adentro.

Las lágrimas de la luna. Y la sangre de las estrellas.

Planté mis pies en el suelo, sorprendida cuando se encontraron con piedra áspera en lugar de madera. Pájaros que nunca había oído antes cantaban fuera de mis paredes. ¿Dónde estaba?

Mi aliento se convirtió en vapor a causa del aire frío, e inhalé. Aquí olía diferente. Una ola de nostalgia se apoderó de mí cuando escuché el ritmo inconfundible de las mareas que llegaban a la orilla. Estaba

cerca del mar.

Me asomé a través de las grietas de una ventana tapiada apresuradamente. Todo lo que pude distinguir fue la luna llena colgando en el cielo. Ella había sido una delgada media luna la última vez que la había visto.

Según ese recuento, había estado dormida durante dos semanas. ¡Dos semanas! Dejé escapar un suspiro pesado.

Cada día que permanecía libre de las garras de Bandur era una victoria.

—¿Maia?

Sorprendida, me volví. Ni siquiera había oído entrar a Ammi, con una bandeja de agua de jengibre y más vendas.

—¡Estas despierta! —Ella exclamo. El agua en su bandeja tembló.
—¿Qué ha pasado? —Pregunté— ¿Dónde estamos?

—El Palacio de Invierno.

El Palacio de Invierno. Debí haberlo adivinado. Construido sobre un acantilado con vistas al océano Cuiyan, era el palacio más naturalmente protegido de Su Majestad, más una fortaleza que un palacio.

—¿Por qué no fuimos al Palacio de Primavera? El ejército en la capital es mucho más fuerte.

Mi amiga bajó la voz y entendí que había guardias afuera de la puerta.

—Su Majestad está herido. Temían que no sobreviviera al viaje a la capital.

—Vaya —Respiré— ¿Cuántos muertos hubo?

El rostro de Ammi se oscureció. Sus mejillas llenas se veían más delgadas y nuevos fantasmas acechaban sus ojos. Me recordó a Keton, a lo que la experiencia de la guerra le había hecho a mi despreocupado hermano.

—Más de la mitad del ejército del Palacio de Otoño.

—¿La mitad del ejército? —Repetí, estupefacta. Era un número mucho más alto de lo que había imaginado— ¿Y el shansen?

—Él desapareció. Su ejército se retiró.

Una victoria, entonces. Pero una hueca, dada la cantidad de bajas que habíamos sufrido.

Todavía tambaleándome por las pérdidas, de repente me di cuenta de que me faltaban las tijeras.

—¿Dónde están mis cosas? Llevaba una bolsa...

Ammi alcanzó detrás de su falda— ¿Te refieres a esto? —Me tendió la bolsa. Sus pliegues se combaron, el cuero más andrajoso que antes.

—Gracias a los Nueve Cielos —Murmuré. Busqué en mi bolso, haciendo un inventario de lo que había dentro. Mi alfombra bien enrollada, el espejo de Edan, mi puñal, mis tijeras. Todo estaba allí.

—Gracias, Ammi. Espero que no haya sido demasiado peligroso para ti guardarlo.

—No —Respondió ella— Todo ha estado desordenado desde la batalla. Los cocineros ahora son guardias, las criadas ahora son enfermeras —Ella se señaló a sí misma— Cambié turnos con un amigo para poder verte, pero no puedo quedarme mucho tiempo —Ella bajó la voz— Una vez que el emperador sepa que estás despierta, duplicará la guardia. Los soldados de la capital llegarán mañana para restablecer el orden.

Mañana.

Eso significaba que me había despertado justo a tiempo. Saqué mis tijeras y alcancé mi túnica, colocándolas en su lugar habitual en mi cinturón de sastre. No podía quedarme aquí. Pero, ¿adónde debería ir? ¿A Lapzur o a buscar a Edan?

Ammi estaba mirándome— Cuando miré en la bolsa, no había nada dentro. Eres una hechicera.

—No lo soy.

—Todo el mundo te vio luchar contra el shansen. Nos salvaste.

Vacilé. Le debía una explicación a Ammi.
—Tengo un poco de magia —Confesé—, pero no es como la de un hechicero. Es peligroso. Es por eso que Khanujin me mantiene prisionera. Es por eso que tengo que irme.

Ammi se estremeció al ver cuán casualmente había usado el nombre de pila del emperador. No me referiría a él como mi gobernante nunca más.

—Déjame ir contigo.

Negué con la cabeza— No estarías a salvo. Además, ni siquiera sé a dónde voy.

—Vas a buscar al Lord Hechicero —Mi cabeza se sacudió.

—¿Quién te dijo eso?

—Nadie. Es solo que... tiene sentido que te ayude.

"Espérame", había dicho Edan. *"No vayas a Lapzur"*. La culpa me picaba. Ya había roto una promesa a Edan y ahora estaba considerando romper otra.

¿Debería tratar de encontrarlo? Cuando cerraba los ojos, podía verlo. Podía oírlo decir mi nombre. Pero los ángulos agudos de su barbilla, la curva en el puente de su nariz, la leve cadencia en su voz cuando me llamaba xitara... Esos recuerdos estaban empezando a desdibujarse.

Pronto se irían.

Ammi me miró, sus cejas oscuras se inclinaron en un ceño fruncido.

—Algo te está carcomiendo, Maia, y no son las heridas de tu magia. No deberías ir sola a buscar al Lord Hechicero. Iré contigo.

Quería decir que no, pero dudé. Una parte de mí sabía que ella tenía razón: ¿quién podía decir en qué estado estaría dentro de unos días? Si podía incluso confiar en mí misma. Sería bueno tener una amiga conmigo. Además, sería duramente castigada si Khanujin descubría que había contribuido a ayudarme a escapar y a liberar a Lady Sarnai. Aun así, me preguntaba si estaría más segura con el emperador que conmigo.

—No —Contesté— Deberías quedarte aquí. Será peligroso.

Ammi se cruzó de brazos.

—No es una petición. Después de meses de mentirme, no puedes negarte. Aún no te he perdonado, ¿sabes? Si no quieres mi ayuda, al menos llévame contigo. He pasado demasiados años trabajando en el palacio, quiero irme a casa.

¿No lo queríamos todos? Pero sus palabras tocaron una fibra sensible en mí y, a pesar del dolor de saber que todavía no me había perdonado, finalmente asentí.

—Tengo que irme esta noche —Le advertí.

—¿Cómo? Hay soldados por todo el Palacio de Invierno.

Saqué mi alfombra de la bolsa y la desenrollé.

—Con esto.

Ammi jadeó, sorprendida de que hubiera cabido en una bolsa tan pequeña. Pero su expresión cambió a escepticismo mientras examinaba mi alfombra. Se había convertido en una cosa gastada, parecía más un trapo que una alfombra.

—Confía en mí —Le dije.
—Necesitaremos comida —Dijo lentamente— Y ropa de abrigo. Se está poniendo frío.

—Tú consigues la comida. Yo me encargaré de la ropa —Decidí, sosteniendo mis tijeras.

Cuando se fue a la cocina, metí los dedos en los arcos de las tijeras y separé las hojas. De inmediato, su magia floreció; mis tijeras podían hacer que el algodón más simple se volviera sedoso y el material más opaco brillara, pero eso no era lo que les pedía esta noche. Hice guantes con un vendaje, y con mis sábanas, las tijeras crearon ropa sencilla de campesinos.

Todo lo que tenía que hacer era tocar el piso de piedra con la ropa, y un tono gris poco llamativo impregnaba la tela. En cuestión de minutos, tenía nuestros disfraces.

Dentro de una hora, dejaríamos del palacio.

Los vientos no estaban a nuestro favor. Fuertes vendavales azotaron mi alfombra, cuya magia se había debilitado en las últimas semanas.

Cojeaba por el cielo, subiendo y bajando inestablemente sin previo aviso cuando las ráfagas se hacían más fuertes. Pero andar en mi alfombra seguía siendo mucho más seguro que tomar la Ruta de las Especias. Tenía la sensación de que podría encender la alfombra con magia demoníaca si quisiera. Pero no me atreví a hacerlo.

Afortunadamente, Ammi estaba demasiado embelesada por el mundo debajo de nosotros, y los paisajes cambiantes a medida que pasaban, para notar mi silencio preocupado.

—Vamos tan rápido —Seguía maravillada. Dejó escapar un chillido cuando la alfombra se hundió inestablemente— ¿Nos llevará a los

confines del mundo?

Una sonrisa vaga apareció en mis labios. Recordé lo emocionado que había estado cuando experimenté por primera vez la magia de Edan.

—No tan lejos —Respondí— Me dijeron que es diez veces más rápido que el semental más veloz de Su Majestad. Tal vez tres ahora, dado el viento en contra.

Estudié la colcha de paisajes de abajo. Edan estaba en el Templo de Nandun, en lo profundo de las Montañas Tura. Por lo que recordaba, las Montañas Tura estaban al sur del Palacio de Invierno. La misma dirección que las Islas Olvidadas de Lapzur.

—Pero nos llevará lo suficientemente lejos —Murmuré— En algún lugar donde el emperador y el shansen no puedan encontrarnos.

Fruncí los labios. No podía decirle que estaba atada al guardián demoníaco de Lapzur, que su llamada me atrajo con más violencia que la de Edan a las montañas de Tura.

Nos dirigimos hacia el sur, acampando lejos del Camino, generalmente en el bosque. Por el bien de Ammi, hubiera deseado haber encontrado la manta de picnic de Edan en sus aposentos, la que habíamos usado en el desierto de Halakmarat para conjurar una comida de veinte platos de la nada.

Subsistíamos con lo que ella había sacado de las cocinas del palacio, y nuestra tienda era la alfombra levantada con una delgada vara de bambú. Una vez que hiciera más frío, tendríamos que buscar refugio en un pueblo y rezar para que los soldados de Su Majestad no nos reconocieran.

Desde que desperté, algo había cambiado. Incluso cuando los vientos azotaban, nunca sentí frío. O calor, cuando avivaba nuestra fogata. Ammi tuvo que recordarme que comiera, o estuve segura de que lo olvidaría. Las quemaduras de mi vestido dejaron solo el recuerdo del dolor, no el dolor en sí. Todo de mí estaba entumecido.

Si Ammi se dio cuenta, nunca preguntó qué me estaba pasando, nunca preguntó por qué mis ojos de repente brillaban rojos. O por qué, a pesar del frío, nunca necesité una capa. O por qué, a veces, cuando me llamaba Maia o Maestro Tamarin, me tomaba un latido extra darme cuenta de que me hablaba y responderle.

Por la noche, las voces se hicieron más fuertes. A veces me susurraba a mí misma, cuando Ammi dormía, para tratar de ahogar el ruido. Me

contaba las historias que Sendo solía regalarme o fingía que estaba escribiendo una carta a Baba y Keton. A veces, cuando la luna brillaba, intentaba dibujar en mi cuaderno de bocetos, pero no había traído ni pincel ni tinta, y los palos con tierra solo podían llegar hasta cierto punto.

—Queridos Baba y Keton —Murmuré para mis adentros una noche— Deben marcharse de A'landi. La guerra se acerca de nuevo y me temo que no estarán a salvo. Por favor, no me busquen. Me iré lejos, y no sé si podré volver… Su Maia —Terminé, demorándome en el sonido de mi nombre.

Ammi susurró a mi lado. Sentándose sobre su codo, se frotó los ojos.

—¿Con quién estás hablando a esta hora?

—Mi padre y mi hermano —Respondí tímidamente— Lo siento si te desperté.

—¿Tu padre y tu hermano?

—Están muy al sur. A veces, cuando los extraño, pretendo escribir cartas. Quiero advertirles que la guerra se avecina otra vez, pero incluso si tuviera un pincel y tinta, sería demasiado arriesgado enviarlo.

Ammi no respondió. Estaba tan quieta que pensé que se había vuelto a dormir, hasta que finalmente mencionó con suavidad:

—Escuché que tu padre era sastre y que tu hermano resultó herido en la guerra. Por eso mentiste, ¿no? A mí, a todos. Estabas tratando de protegerlos.

—Sí —Mordí mi labio— Lo siento, Ammi. Realmente lo hago.

—Lo sé. Supongo que yo habría hecho lo mismo por mi familia.

Su familia. Dijo que quería ir a casa, pero nunca me dijo dónde estaba su casa.

—¿Dónde están?

—Nadie me está buscando —Dijo Ammi, ignorando mi pregunta— Podría hacerlo por ti. Enviar la carta, quiero decir. No puedo escribir 0 leer.

La mayoría de las mujeres no podían. Yo había tenido suerte de que Baba me hiciera aprender.

—Yo te enseñaré —Le ofrecí. Deseosa de reavivar cualquier chispa de nuestra antigua amistad, dibujé algunos trazos en la tierra— Esto significa cielo.

Ammi trató de copiarlo, pero falló estrepitosamente.

—Tal vez sería mejor si continuamos por la mañana —Dijo, haciendo una mueca— Está demasiado oscuro para ver.

Me di cuenta de que cada vez que una sombra se movía sobre nuestra tienda, ella se sacudía.

Después de años en el palacio, no estaba acostumbrada a tanta oscuridad. Había sido igual una vez, pero poco podía asustarme ahora. Cuando Edan y yo habíamos acampado en los bosques, me había acostumbrado a la sinfonía de sonidos, la danza de las sombras que se inclinaban bajo la luna, el acecho de lo desconocido.
—Deberías volver a dormir. Pronto será de mañana.

—¿Qué hay de ti? —Preguntó Ammi— Apenas has descansado. También lo necesitas. Desde que regresaste de tu viaje, no has sido la misma. Te ves diferente.

Apreté los labios, incapaz de negarlo.

—¿Como me veo?

—Más delgada —Comenzó— Y más melancólica; al menos eso pensé al principio. Entonces vi la forma en que tus ojos se iluminaban cada vez que alguien hablaba del Lord Hechicero —Se recogió la capa sobre los hombros— ¿Estás triste porque tuvo que irse?

Se me hizo un nudo en la garganta de la emoción. ¿Cómo podía decirle que tenía que irse por mi culpa? ¿Qué le había mentido a él, a todos, sobre lo que me estaba pasando?

—Preferiría no hablar de él.

—Oh —Dijo Ammi, luciendo picada— Mis disculpas, Maestro Tamarin…

—Maia. Y no es tu culpa.

La dejaría creer que habíamos tenido una pelea de amantes. No me importaba lo que ella pensara. Mientras no fuera la verdad, no importaba.

—Duérmete primero —Murmuré— Me toma un tiempo quedarme dormida… en noches como esta.

Ammi hizo lo contrario y abrió una solapa de nuestra tienda. Un halo de luz de luna se derramó en el interior a través del hueco.

—¿Ves las estrellas? —Preguntó ella, acercándose más y señalando al cielo— ¿Ves las siete luces, todo el camino hacia el norte? Son Shiori y sus seis hermanos.

—¿Shiori? —Repetí— ¿Era una diosa?

—No, ella era una princesa Kiatan que vivió hace cientos de años. Es solo una leyenda, pero hay una estatua de ella en mi distrito, un regalo de Kiata. Siempre ha sido una de mis historias favoritas —Ammi volvió a señalar al cielo— Si miras de cerca, las estrellas que componen a Shiori y sus hermanos se unen en forma de grulla.

No podía ver bien la grulla.

—En Puerto Kamalan, lo llamamos el dragón de agua. Mi hermano me contó historias sobre eso cuando era joven.

—¡Se parece más a una grulla que a un dragón de agua! Te mostraré —Ella extendió su mano— ¿Me prestas tus tijeras?

—¿Mis tijeras?

Después de un momento de vacilación, se las pasé a Ammi. La vi cortar un pequeño cuadrado de la capa interior de su túnica, sin darse cuenta del poder que poseían mis tijeras encantadas.

—Estas tijeras están bastante oxidadas —Comentó, doblando el trozo de tela— Deberías conseguir un nuevo par de…

—Funcionan bien —Interrumpí. Mi voz salió más fuerte de lo que pretendía. Suavicé mi tono— Han estado en mi familia por mucho tiempo.

—¿Una reliquia?

—Algo así —Respondí, tomando las tijeras de nuevo.

—Tal vez sea mi culpa, entonces. Normalmente se usa papel para doblar la grulla.

—Me quedan algunas páginas en mi cuaderno de bocetos.

—Guárdalos para tus cartas. El papel es caro —Ammi levantó el pájaro de tela contra la luz de la luna. Sus dos alas colgaban de los bordes de su palma y su suave pico apuntaba hacia arriba— Cada

punto de la grulla está en las estrellas.

Todavía no la veía, pero asentí de todos modos.

—Una hechicera malvada convirtió a los hermanos de Shiori en grullas salvajes, y Shiori dobló miles de pájaros para traerlos de vuelta. Hay muchas versiones de la historia, tal vez tu hermano te contó una diferente.

—Tal vez —Reflexioné, tratando de recordar los muchos cuentos de Sendo— Hubo uno que él comenzó, sobre un dragón marino que salvó a una princesa y, ahora que lo pienso, a sus hermanos. Pero nunca lo terminó; no muchos kiatanos visitaron Puerto Kamalan, y Sendo obtuvo la mayoría de sus historias escuchando a los marineros hablar sobre sus viajes —Me detuve allí, esperando que Ammi no escuchara el dolor en mi voz.

—¿Es un sastre como tú?

—No, murió hace unos años —Forcé una sonrisa antes de que pudiera reaccionar— Pero amaba el mar como a mí me encanta coser. Ojalá pudieras haberlo conocido. Te hubiera agradado.

—Estoy segura de que lo habría hecho —Dijo Ammi en voz baja— Solo he estado en un barco una vez, cuando era niña. Me asustó no poder ver tierra por ningún lado. No sé nadar.

Edan tampoco, recordé. Me aferré a ese recuerdo, haciendo una nota para escribirlo en alguna parte. Nunca había sido de las que tomaban notas sobre las cosas, pero comencé a dibujar de nuevo, por la noche, cuando Ammi dormía.

Eran pequeños dibujos en la tierra, de Edan y yo escalando el Pico del Hacedor de Lluvias, montando camellos en el Desierto de Halakmarat y volando sobre el Lago Paduan hacia la Torre del Ladrón. Dibujé la sonrisa de Baba de la última vez que lo vi, Keton de pie con su bastón, tiñendo vestidos de verde en lugar de morado. Pero por mucho que intentaba dibujar a Mamá, Sendo o Finlei, de repente se me acalambraba la mano y no podía.

Esa noche, decidí, dibujaría a Ammi. Era más feliz cuando tenía una taza de té humeante en la mano y un plato de galletas a su lado. Algunas migas se aferraron a la comisura de sus labios y se las limpió con el dorso de la mano.

—Dijiste que querías ir a casa. ¿Dónde está tu familia? —Inquirí, de nuevo. Ella no había respondido la primera vez.

—No sé.

—¿No sé?

Ella abrazó sus rodillas contra su pecho.

—Mis padres me vendieron al palacio cuando tenía cinco años. Yo era la hija menor y no podían permitirse el lujo de alimentarme. Eran tan pobres que solíamos bañarnos en el agua que usábamos para lavar nuestro arroz —Ella tragó saliva visiblemente— Un día, me pusieron en un barco con media docena de otras chicas, y navegó a Jappor. Ni siquiera sé dónde viven.

—Oh, Ammi... —Quería ayudarla a encontrarlos, pero no haría ninguna promesa que no pudiera cumplir. Gran parte de la Maia real seguía intacta.

—Las únicas veces que salí del palacio fue para viajar al siguiente cuando las estaciones cambiaban —Continuó— Nunca he estado en la ciudad fuera del Palacio de Verano.

Me quedé en silencio. Hace unos pocos meses, yo había estado igual. Antes de irme de casa al Palacio de Verano, para competir en las pruebas del emperador, yo también me había sentido atrapada.

—Esto es todo lo que me queda de mi familia —Ammi levantó el pájaro, pero la cabeza se le cayó entre los dedos y se tambaleó con el viento que entraba por las rendijas abiertas de nuestra tienda— Mis hermanas solían hacérmelas cuando yo era pequeña. En casa, eran amuletos para la buena suerte.

Durante la Guerra de los Cinco Inviernos, yo también había hecho amuletos de papel para la suerte. No se parecían en nada a la grulla de Ammi, pero este pequeño recuerdo de mi pasado me reconfortó.

Envolví mis brazos alrededor de mis rodillas, la solapa de mi alfombra golpeó contra mi espalda por el viento.

—Dime lo que recuerdas de ellos.

—Mis padres eran agricultores de arroz. Trabajaban en un arrozal con una docena de otras personas y criaban peces en los estanques. Mis hermanas y yo tratábamos de atrapar a los peces con nuestras manos, pero nunca éramos lo suficientemente rápidas. En ese entonces yo era tan pequeña que el agua me llegaba a la cintura y mis dedos se enganchaban en las redes que usábamos para pescar.

Ella inclinó la cabeza, luciendo nostálgica.

—Mi familia era muy pobre. Durante años estuve enojada con ellos por venderme, pero ahora, si pudiera volver a verlos, lo perdonaría todo en un santiamén. Después de que el emperador te encarcelara, me di cuenta de que quizás nunca te volvería a ver —Me tendió el pájaro, como si fuera una ofrenda de paz— Por eso te perdono, Maia Tamarin. Puede que necesite algo de tiempo antes de volver a confiar en ti, pero eres mi amiga y te perdono.

—Gracias —Susurré, balanceando el pájaro en mi palma. No le dije a Ammi que era mejor que no confiara en mí, pero de alguna manera me di cuenta de que ella lo sabía.

Ella me ofreció una sonrisa— Deberías descansar, Maia. Tal vez una historia ayude. ¿La historia de la princesa Kiatan, tal vez?

Me apoyé contra el suelo, la hierba y la tierra se sentían suaves contra mis codos.

—Sí.

—Shiori era la hija menor del emperador —Comenzó— Y su única hija. Tenía seis hermanos y los amaba más que a nada en el mundo.

Escuché la historia de Ammi, sus palabras tiraron de mi corazón. Edan me amaba. Edan estaba buscando una manera de romper mi maldición.
Todo lo que todavía era correcto y verdadero dentro de mí quería ir a las montañas de Tura y reunirme con él.

Sin embargo, todo lo que todavía era correcto y verdadero dentro de mí me obligaba a no hacerlo. Todas las mañanas me despertaba con un poco más de frío, un poco menos Maia. Mis ojos ardían rojos por más tiempo cada día, y Ammi era demasiado amable para señalarlo, o estaba demasiado asustada. La había pillado mirándome fijamente, pero cuando la miraba, rápidamente desviaba la mirada.

No, no podía ir a él. Encontraría un lugar seguro para dejar a Ammi y regresaría sola a Lapzur. Antes de perderme.

Antes de perderlo todo.

Capítulo 13

Soñé con Lapzur, con sus fantasmas esperándome en las islas malditas. Sus voces eran como rasguños contra mi piel, cortando más profundamente con cada palabra.

"Sentur'na" llamaron. De nuevo con ese nombre. Incluso en mis sueños, ni siquiera sabía lo que significaba.

"Sentur'na, te debilitas. Regresa a nosotros. Te haremos fuerte de nuevo"

Todas las noches desde que dejé el Palacio de Invierno, había sido la misma promesa, una y otra vez, hasta que las voces se hicieron tan fuertes que no pude soportarlo más. Solo entonces las llamas quemaron el cielo de mi paisaje onírico, y un pájaro con ojos rojos de demonio encendió los fantasmas.

Sus gritos todavía resonaban en mis oídos mientras me levantaba, despierta. Mi corazón estaba acelerado, el sudor goteaba por mis sienes.

Ammi aún estaba dormida, sus pies sobresaliendo de nuestra tienda. Suavemente, doblé mi capa sobre sus piernas. No la necesitaría. El viento me puso la piel de gallina en los brazos y se me erizó el vello de la nuca, pero no tenía frío.

Me dirigí a un arroyo cercano. Un rocío matutino helado envolvía el follaje, y el suave crujido de las hojas caídas bajo mis pies me recordaba que estaba comenzando una nueva temporada. El otoño se estaba convirtiendo en invierno.

De no ser por los colores cambiantes de las hojas de otoño, nunca habría experimentado mucho de las cuatro estaciones en Puerto Kamalan. ¡Qué brillantes naranjas lucirían los cipreses! Había sido mi cosa favorita para pintar en mi cuaderno de bocetos, el desafío de recrear el fuego de las hojas lo suficiente como para involucrarme durante horas.

"¿Por qué los árboles cambian de color?" Les había preguntado a mis hermanos.

Sendo había hecho una pausa, sin duda tratando de pensar en una respuesta poética para mí. Pero el siempre contundente Finlei se le adelantó y respondió: "Porque se están muriendo".

"Quiere decir" Dijo Sendo al ver mi expresión afligida "Que cuando el

verde se desvanece, las hojas mueren y caen de los árboles".

Sus respuestas me habían tranquilizado. Estudié las vibrantes manchas de pintura en mis dedos, luego miré los árboles junto al mar.

"Si morir es tan hermoso, entonces desearía ser un árbol también. Estaría feliz de morir y renacer en la primavera".

Cómo se habían reído de mí. Yo también me reía ahora, amargamente. Había sido tan inocente en ese entonces, creyendo en vidas pasadas y futuras. La mayoría de los habitantes de A'landi lo sabían, incluidos Mamá, Baba y Sendo, así que no había pensado en cuestionario, hasta ahora.

Si me convirtiera en un demonio, una parte de mí moriría. Pero no sería una muerte hermosa, y no habría primavera, ni renacimiento para mí.

¿Qué pasaría con la Maia que murió? ¿Adónde iría? ¿Habría tenido una vida antes de ésta?

Envolví mis brazos alrededor de mi pecho, sabiendo que no había respuesta.

Las hojas crujían bajo mis pies, el frío intenso se filtraba profundamente en mis pulmones. Solo habíamos estado fuera unos días, volando hacia el sur, hacia las montañas Tura y el lago Paduan, pero el invierno nos había seguido. Junto al arroyo, los bordes de la orilla ya empezaban a congelarse, una temprana capa de hielo atravesaba la tierra húmeda.

A este ritmo, no podríamos acampar mucho más tiempo. El frío no me mataría, pero Ammi... estaría mejor con un techo sobre su cabeza y un buen fuego.

Agachada junto al arroyo, rompí el hielo con una rama y me lavé la cara, tratando de infundir algo de vida en mis ojos cansados. Una vez que llené nuestras cantimploras, mis dedos congelados buscaron a tientas en mi bolsa el espejo de la verdad. Mi reflejo me vislumbró con cansancio, y puse el espejo contra el suelo húmedo del banco.

—¿Edan? —Llamé. El cristal se onduló con el sonido de mi voz— ¿Edan?

Nada.

Mi corazón se hundió. Todas las mañanas, había tratado de llegar a él. Siempre sin éxito.

—Si puedes oírme —Susurré— No voy a ir al Templo de Nandun. Voy... Voy a ir a Lapzur en su lugar —Me dolía la garganta y me obligué a que mis siguientes palabras sonaran firmes— No me sigas, Edan. Quédate donde estás.

Me hice eco de mí misma: "Quédate donde estás".

Hielo fresco brillaba en el espejo de cristal. Con los hombros caídos, lo limpié con los nudillos y deslicé el espejo en mi bolsa. Durante días, no había sabido nada de Edan. Solo esperaba que no me estuviera esperando todavía y que tuviera la oportunidad de decirle, aunque solo fuera en el espejo, que regresaba sola a Lapzur.

De vuelta en nuestro campamento, Ammi se acurrucó junto a los restos de nuestro fuego, temblando. Qué delgada se había puesto en estos últimos días.

—¿Fuera por agua otra vez?

Sentí un atisbo de culpa cuando le pasé una cantimplora de agua, mi excusa diaria para mis desapariciones todas las mañanas. Al ver sus dientes castañetear mientras bebía, tomé una decisión.

—Nos quedaremos en una posada esta noche.

—Pero el shansen te está buscando. Y también lo son los hombres del emperador.

—Si nos quedamos aquí, te congelarás.

Quise decir que nos congelaríamos, pero las palabras me habían salido mal. Demasiado honestamente. Por suerte, Ammi no lo notó.

—Pero, ¿y si ellos...?

—Tendremos cuidado —Me apresuré a añadir.

No podría decir lo que realmente me preocupaba de quedarme en los pueblos. No era que alguien pudiera reconocerme como Maia Tamarin, sino que mis ojos demoníacos pudieran reaparecer y revelar en lo que me estaba convirtiendo.

Un monstruo.

Disfrazados de hermanos viajeros, encontramos una posada adecuada en un ramal olvidado de la Ruta. Siglos atrás, la ciudad seguro había sido un oasis bullicioso para los viajeros cansados, pero en dicho caso,

se había reducido a un pequeño pueblo desde entonces. En el interior, varios hombres sorbían fideos con aceite caliente, y otros bebían y jugaban con fichas. El negocio era tan saludable que el posadero apenas nos miró cuando pagamos nuestro alojamiento.

Nuestra diminuta habitación tenía dos catres mordidos por polillas junto a la ventana, telarañas colgadas en las esquinas, una vela solitaria sobre una mesa desvencijada y un jarro de incienso para la oración. El techo crujía cada vez que se sacudía una teja suelta, pero no entraba viento por las rendijas de las ventanas y teníamos una tetera llena de agua caliente.

Esto era un lujo comparado con nuestra carpa.

—Hay un vendedor ambulante que vende frutas y bollos al vapor en la calle —Dijo Ammi, mirando por la ventana— Será más barato comprarle a él que comer en la posada. ¿Quieres algo?

Miré afuera también. Detrás del vendedor ambulante, alguien empujaba otro carrito, vendiendo galletas de panal y tortas de maní. Mi estómago gruñó con un anhelo familiar por algo dulce.

—Tal vez una galleta de panal si te sobra algo de dinero —Sugerí.

El atisbo de una sonrisa levantó los labios de Ammi.

—¿Te gustan las galletas de panal? A mí también me gustan —Luego su sonrisa se desvaneció y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —Indagué.

—Toda la comida que tomé del palacio se acabó. Tenemos suficiente dinero para la habitación y la cena de esta noche, pero... —Su voz vaciló— Si hicieras algo, podría venderlo. Nada sofisticado. Un simple pañuelo podría ser suficiente.

Desde que hice la capa de Su Majestad, apenas había tocado una aguja. Tenía miedo de que mis dedos se hubieran olvidado de coser. Nunca había pasado más de unos pocos días sin que tuvieran ganas de trabajar. Mordí mi labio.

—Yo no traje ninguna...

—Usa esto —Ofreció, empujando un puñado de telas de seda roja en mi mano. El color se había desvanecido por la tormenta, pero las reconocí como servilletas del banquete de bodas.

Un rubor profundizó las mejillas de Ammi, como si la hubiera

acusado.

—Las criadas roban de vez en cuando. Hay todo un mercado negro de artículos del palacio. Nunca he tomado nada antes. Nunca. Excepto por estos y la comida que necesitábamos para nuestro viaje. Además, Su Majestad nos debe diez mil jens por nuestra ayuda para encontrar a Lady Sarnai...

Su voz se apagó y supe que las dos estábamos pensando lo mismo: Que era dinero que probablemente nunca veríamos, dado que habíamos ayudado a Lady Sarnai a escapar del Palacio de Otoño.

—No te estaba reprendiendo —Aseguré— Estoy impresionada.

—Oh —Metió la mano en su bolsillo y sacó tres carretes delgados de hilo y una aguja— Le pedí esto al posadero.

El color era de un rojo apagado y el hilo era grueso, claramente destinado a ser usado para remendar. Tendría que servir.

Cuando se fue, desenrollé el hilo de los carretes, ignorando las tijeras que palpitaban en mi cadera. Parecía que anhelaban volver a trabajar.

—Ahora no —Les murmuré. Había pasado tanto tiempo desde que había cosido sin magia.

Necesitaba esta tarea más que mis tijeras.

Cogí la aguja, haciéndola rodar entre el pulgar y el índice. Las dos semanas que había dormido después de derrotar al shansen habían dejado mis dedos rígidos y torpes. Mis primeras puntadas en la servilleta estaban torcidas y desparejas, algunos pétalos de la flor que estaba tratando de bordar eran más grandes que otros. Frustrada, los separé y luego lo intenté de nuevo.

Aflojé mi agarre en la servilleta y disminuí la velocidad, dejando que cada inmersión de la aguja coincidiera con el ritmo constante de mi respiración. Mientras trabajaba, tarareaba la melodía que Edan solía tocar en su flauta. Una punzada de arrepentimiento revoloteó en mi pecho. Si fuera directamente a Lapzur, nunca tendría la oportunidad de devolverle su flauta.

Ammi regresó justo cuando estaba terminando el último pañuelo. En su canasta había peras de arena, una caja de panecillos al vapor y una galleta grande de panal recién salida de la plancha.

Sostuve la galleta en mi palma, el calor se filtraba a través de la fina hoja de plátano que la envolvía, e inhalé. Ninguno de los cien platos

que probé durante la boda real podría compararse con la dulzura de este manjar.

—Es toda tuya —Dijo, sonriendo ante mi expresión de felicidad— Me comí la mía en el camino de regreso.

No perdí tiempo y le di un mordisco, hundiendo mis dientes en el borde dorado y crujiente, luego saboreé la miel almibarada mientras se derretía en mi lengua. Después de días de carnes saladas y sobras de comida del banquete, qué maravilloso se sentía comer algo caliente, fresco y sencillo.

Me lamí los dedos para limpiarlos y dejé escapar un suspiro de satisfacción.

—Mis galletas son mejores, para ser honesta —Alegó Ammi con picardía— Te haré algunas un día.

—No sabía que horneabas.

—Los panaderos del emperador a veces se sobrecargan de trabajo. Solía ayudar cuando tenía un momento libre. No consigues unas mejillas tan prósperas sirviendo té todo el día —Ella se dio unas palmaditas en la cara— Solía soñar que abriría mi propia tienda, si alguna vez dejaba de ser una criada. Tal vez me volvería tan famosa que mi familia se enteraría.

Ella frunció los labios.

—¿Es por eso que querías ganar los diez mil jens? —Le pregunté suavemente.

Ammi se encogió de hombros, ya que no quería hablar más de su casa.

—Hornear me hace feliz —Cogió uno de los pañuelos que había hecho. Esperaba que no notara los puntos caídos en los anteriores, o cómo algunos de los pétalos estaban desiguales— He notado dos cosas que te hacen feliz. Dulces y costura.

Me reí— Muy observadora.

—Deberías coser más —Continuó Ammi— Pareces más feliz de lo que te he visto en semanas. El Lord Hechicero se alegrará de verlo.

Ante la mención de Edan, mis hombros se hundieron. No lo haría.

—Debo decirte, Ammi, he decidido no ver...

Ammi se llevó el dedo a los labios y corrió hacia un lado de la

ventana, cerrando la cortina de la entrada con un tirón. Escuché gritos afuera y caballos relinchando. Nada fuera de lo normal, dado que la posada estaba en la calle principal del pueblo.

—¿Qué pasa? —Susurré.

—Soldados.

Los músculos de mi mandíbula se tensaron.

—¿Aquí?

Ella asintió sombríamente.

—Eso no es todo. El vendedor ambulante mencionó que se habían visto mercenarios en la siguiente provincia.

Los hombres del shansen.

Ella me miró, su expresión suplicándome por respuestas.

—Los hombres del emperador buscan a una mujer de ojos rojos. Una hechicera. Pero la gente dice que es un demonio.

¿Qué podría decir? Ella había visto mis ojos rojos antes. No podía negar que yo era quien estaban buscando.

—No soy un demonio, Ammi —Tragué saliva, a punto de agregar un "Todavía no", pero parecía tan aliviada que no pude deshacer la mentira.

—El demonio del shansen debe haberte maldecido de alguna manera. Buscas al Lord Hechicero para que te ayude.

Mi boca se secó, el dulce regusto de la galleta de panal se volvió amargo. No respondí. Ella no estaba tan lejos de la verdad. Tal vez era mejor que ella creyera que el demonio del shansen me había maldecido.

Ammi se estremeció cuando escuchamos a los hombres gritando abajo.

—¿Qué debemos hacer?

—Nos quedaremos esta noche y saldremos a primera hora de la mañana. La gente cree que somos hermanos, y los hombres de Su Majestad no podrían conocer nuestras verdaderas identidades.

"Además" pensé "Preferiría enfrentarme a los soldados de Khanujin que a los mercenarios del shansen".

Ammi tomó los pañuelos que había bordado.

—Veré si puedo aprender más.

—Eres una verdadera amiga, Ammi —Fue todo lo que pude decir— Rezo para que no te arrepientas.

Mientras Ammi no estaba, encendí una vela para protegerme del anochecer, pero las sombras que bailaban a lo largo de las paredes abolladas despertaron mis pesadillas. Lobos con dientes afilados. Tigres con garras torcidas. Pájaros con las alas rotas.

Bajo la llama menguante, estudié mis viejos dibujos de Edan, memorizando los ángulos agudos de su rostro, la pequeña curva de su nariz, y deseando haberme tomado el tiempo de pintar el negro de su cabello, el azul de sus ojos.

Debería tratar de convocarlo de nuevo, pensé mientras pasaba las páginas de mi cuaderno de bocetos. Pero después de pasar mis retratos de Baba y Keton, me detuve en una página en blanco.

Edan podía esperar. Necesitaba dibujar a Ammi primero, antes de que también la olvidara.

Llegué a delinear los contornos de su rostro, cuando la puerta se abrió.

—Mira, cincuenta jens —Dijo Ammi orgullosamente, mostrándome las monedas en su mano— No es mucho, pero pagará otra noche aquí, y mañana podré comprar más comida —Observó mi cuaderno de bocetos y se acercó a él— ¿Esa soy yo? Quiero ver.

—No está terminado —Dije, cerrándolo apresuradamente, pero Ammi puso su mano sobre la mía, sus uñas clavándose en mi carne. Me aparté de ella— ¿Ammi?

Una mueca se formó en sus labios, torciendo su amable rostro en uno que apenas reconocí.

—¿Qué? ¿No te gusto de esta manera? —Bandur habló a través de los labios de Ammi.

—Fuera de ella —Sisee, agarrando a mi amiga por el cuello.

No me di cuenta del poder de mi fuerza hasta que la sostuve en alto, sus botas pateando sobre el suelo. Bandur se rió, un sonido de risita que me atravesó como un cuchillo. Dejé a Ammi en el suelo y ella se dejó caer en la silla.

—Suficiente, Bandur —Dije con frialdad— Déjala ir.

Ammi miró hacia arriba, el blanco de sus ojos sangraba de un rojo tan brillante que me estremecí. El color desapareció de su rostro, su piel se volvió tan pálida que hacía juego con las paredes de alabastro detrás de ella.

—Tú eres el peligro para ella, no yo —Dijo Bandur. Inclinó la cabeza de Ammi para que pudiera ver los moretones que mis dedos le habían hecho en el cuello— Mira, mira lo que has hecho.

La vergüenza ondeó dentro de mí— No —Susurré— Ese eras tú.

—Cuanto más tiempo permanezcas entre estos mortales, mayor será el daño que les causarás. Harías bien en decirle eso a tu hechicero —El demonio forzó la boca de Ammi en una sonrisa tímida— Él te busca día tras día.

Mi respiración se detuvo en la garganta. ¿Edan me estaba buscando?

—Pero incluso él sabe que no puede salvarte, Sentur'na —Continuó Bandur— Lo matarás antes de que pueda siquiera intentarlo —El demonio hizo una pausa, disfrutando de mi expresión de dolor— Regresa ahora a Lapzur.

—Voy a volver —Mis manos volaron hacia el colgante de nuez escondido debajo de mi túnica— Pero cuando lo haga, pelearé contigo.

Bandur resopló— Tú perderás. Tu promesa es inquebrantable, y ni siquiera tus preciosos vestidos pueden salvarte. Acepta tu destino, Maia Tamarin. No hay nada que puedas hacer para cambiarlo.

Apareció un hilo rojo que me conectaba con Bandur. Jadeé al verlo.

—Nada —Susurró. Luego, una nube de humo se elevó de la forma inerte de Ammi y desapareció.

Ammi no se despertó cuando la sacudí, pero aún respiraba. Di gracias a los dioses por ello.

Golpeé mis puños en la mesa con tanta fuerza que las paredes temblaron. La ira se hinchó en mi pecho, la furia me ahogó.

—Nunca, nunca debí haberla traído conmigo.

Me arranqué el colgante, ignorando el mareo que me invadió, y lo puse sobre la mesa junto al espejo de la verdad. Pensé mucho en Edan, buscándolo para decirle que iba a Lapzur y que no debía venir por mí. Iba a ir a Lapzur sola.

Con la sangre aún palpitando de rabia, cogí el espejo. Entonces desaparecieron las paredes de mi habitación en la posada y se empañaron los cristales.

Edán.

Se sentó a meditar, pero sus ojos se abrieron antes de que dijera su nombre. Al verme, sus labios formaron una leve sonrisa.

—Maia —Dijo en voz baja, demorándose lentamente en la música de mi nombre.

—No voy a ir a ti —Le dije abruptamente— Tengo que ir a Lapzur antes... —Mi voz se desvaneció. No necesitaba terminar lo que iba a decir.

La suavidad del tono de Edan se desvaneció.

—¡Déjalo ir! —El filo de su voz me sobresaltó— No uses el amuleto. Cuanto más confíes en su magia, más difícil será para ti resistirte a convertirte en un demonio.

—No es el amuleto de un demonio —Argumenté— Es un colgante, lleno del poder de Amana. Los vestidos me ayudarán a derrotar a Bandur.

—El poder de Amana canta a través de los vestidos que has hecho. Pero ahora ese poder ha quedado expuesto a tu promesa a Bandur. No debes usarlos, no debes corromper su magia. Sé fuerte, xitara. Eres más fuerte que esto.

Mis ojos estaban empezando a arder, y me di la vuelta.

Era la verdad que había tenido miedo de confrontar, incluso de pensar. A veces, cuando una sombra se cernía sobre mí, miraba hacia abajo para ver mi colgante bañado en oscuridad, como se había vuelto cuando hice la capa del emperador Khanujin. Un día, temí, se ennegrecería para siempre, como los amuletos de Bandur y Gyiu'rak.

—Ya estás cambiando, ¿no? —Preguntó él.

Las palabras me dolieron, pero no pude negarlas.

—Te llamé para despedirme —Le dije— No me reuniré contigo en el templo.

—No me importa en lo que te estás convirtiendo, quiero verte — Incluso a través de la nubosidad del cristal del espejo, sus fríos ojos

azules atravesaron los míos— Encuéntrame en el bosque con los álamos. Te encontraré.

Había cientos de bosques con álamos en A'landi, pero sabía a cuál se refería. Habíamos sido felices allí, antes de viajar al lago Paduan.

—Si no vienes a ver a la Maestra Tsring, al menos ven por mí.

Una última vez, pensé, y asentí justo antes de que el espejo se empañara y la visión de Edan me abandonara. Mi colgante traqueteó contra el espejo, la grieta en su centro brillaba.

"Sentur'na, Sentur'na" Bandur se burló, su voz arrastrándose en mi mente. La sombra de un lobo rondaba mis paredes.

"¡VETE!" Le grité.

"Tu hechicero no puede ayudarte. Su amo tampoco. Esta es mi advertencia final: ven a Lapzur. Ahora"

"¿O qué?" repliqué ***"¿Enviarás a tus fantasmas a buscarme?"***

"Peor aún, Sentur'na. Peor. Me llevaré a todos los que te importan. Tal vez podría empezar con tu amiga de aquí" La sombra de Bandur eclipsó la figura dormida de Ammi y una garra le acarició la mejilla ***"Tiene una disposición tan dulce y cariñosa... una verdadera amiga".***

—¡Deja a Ammi en paz! —Me abalancé sobre mi colgante, que se encendió con el poder.

La risa de Bandur se hizo más y más fuerte, hirviendo desde las paredes hasta que pensé que iba a estallar de rabia. Chispas de luz silbaron en las yemas de mis dedos, pero estaba demasiado furiosa para preguntarme qué estaba pasando. Enfadada, arrojé un taburete a la pared, hasta que su sombra desapareció.

Desde atrás, Ammi me agarró y una oleada de alivio me inundó. Era ella misma otra vez. Excepto que el terror estaba retorciendo su rostro, y dardos de luz brillaron en sus ojos mientras gritaba algo que no pude escuchar.

Luego, los bordes de mi visión se enfocaron y mi audición volvió.

—¡Fuego! —Ella estaba gritando— ¡Fuego!

Nuestra habitación había estallado en llamas.

Capítulo 14

El fuego serpenteaba despiadadamente por el techo y corría por las paredes. Me abalancé sobre mi bolsa, aplastando las chispas que se aferraban a sus borlas.

Ammi corrió hacia la puerta y yo estaba justo detrás de ella cuando recordé que el espejo de Edan todavía estaba sobre la mesa. Lo necesitaba, y me giré hacia atrás, solo para ser recibida por un destello de calor abrasador.

Un alto muro de llamas se elevó, bailando alrededor del perímetro de la mesa. No era coincidencia que la forma de un lobo emergiera de las llamas, con los ojos brillantes y los dientes blancos como la leche en la mandíbula abiertos en una risa silenciosa.

"Acércate al fuego, Sentur'na" El humo me entró por los ojos y me quemó las mejillas, pero no fue el calor lo que me hizo vacilar. Tampoco fue Bandur....

—¡Dejalo! —Gritó Ammi, tirando de mí hacia la puerta. No podía ver a Bandur, no podía oírlo burlándose de mí.

Aparté mi brazo de ella y me volví hacia el espejo.

Bandur desapareció, dejando atrás solo su muro de fuego. Me rugió con avidez, las altas llamas ennegrecieron los bordes de mis mangas y mis pantalones hasta convertirlos en cenizas.

No había tiempo para dudar. Las yemas de mis dedos se cerraron sobre el mango del espejo, y su cristal brilló, vidriado por el calor. Tocarlo debería haber chamuscado mi carne, al igual que correr a través del fuego debería haberme matado, pero no sentí dolor. En todo caso, el fuego era como una pluma y suave, su calor derretía el frío dentro de mí. Esto era lo que había temido. Por eso Bandur había querido que entrara en el fuego...

¿Me lo había imaginado o mi piel brillaba como si la incendiaran mil chispas? Observé, hipnotizada, mientras mis uñas se volvían tan pálidas como el corazón azul de las llamas…

—¡Date prisa, Maia!

Detrás de mí, el fuego aumentó su intensidad. Las paredes estaban a punto de derrumbarse. Agarrando el espejo, di un paso atrás, hacia la voz de Ammi, y tropecé.

El espejo se me cayó de la mano y se hizo añicos.

—¡NO!

Un grito estrangulado salió de mi garganta mientras buscaba a tientas en el suelo para recoger los fragmentos rotos. Las chispas se encendieron en mi cara, las cenizas volaron hacia mis ojos. Tosí en mi manga. El humo se hacía más espeso, el fuego más fuerte.

Ammi tiró de mí para ponerme de pie.

—¡Tenemos que irnos! ¡Maia!

Me tambaleé hacia ella con enojo, casi forcejeando con ella, pero enganchó mi brazo con el suyo y me empujó fuera de la habitación que se derrumbaba.

Mi ira se desvaneció. Casi nos había matado a las dos.

Me tapé la boca con la manga, pero el humo ya era tan denso que me cubrió los labios y las pestañas. Fue más duro para Ammi. Se estaba ahogando con él. Si no salíamos, se asfixiaría. Ella moriría.

Tropezamos por las escaleras de madera, un paso por delante de las vigas en llamas que caían. El altar junto a la puerta se había derrumbado, los rostros pintados de los dioses se habían derretido y las naranjas que se habían ofrecido en oración estaban chamuscadas como el lado oscuro de la luna.

Cuando por fin logramos salir, Ammi aspiró una bocanada desesperada de aire. Hice lo mismo, el frío me picó en la garganta antes de asentarse en mis pulmones.

Los otros invitados se quedaron de pie, viendo impotentes cómo el fuego devoraba la posada, sus llamas rugían contra la noche negra y sin nubes. Ninguno de ellos sabía cómo había comenzado, o de dónde había venido. Pero algunos comenzaban a especular.

—Los bosques del norte tienen incendios como este. ¿Ves las puntas rojas?

—Fuego demoníaco.

Giré y miré el fuego más de cerca, observando los bordes bailar con un brillo rojo poco natural. Todavía me quemaban los dedos. No salieron más chispas de sus puntas, pero mis uñas estaban ennegrecidas y quemadas. Y de repente lo supe.

Fui yo quien inició el fuego. No Bandur, sino yo.

Él estaba en lo correcto. Esto, todo esto, era una advertencia de que estaba cambiando. Que, si no venía a Lapzur, lastimaría a aquellos que me importaban.

—Tenemos que irnos —Le dije a Ammi. Mi voz se arrastró desde mi garganta. Necesitaba salir de aquí, lo más lejos posible de lo que había hecho.

Antes de lastimar a alguien más.

—Tenemos que ayudarlos. La posada, toda esta gente...

—Nada puede ayudarlos ahora —Respondí secamente— Debemos irnos antes de que el emperador se entere y nos encuentre. O el shansen.

Tan pronto como lo dije, deseé poder retractarme de mis palabras. Ammi me miró como si no me reconociera.

Arrastré a Ammi lejos de la posada en llamas cuando la vista de mi demonio se encendió, mostrándome a una niña gritando dentro. Su madre se agachó sobre ella, protegiéndola con su cuerpo.

El techo de la posada se agrietó y mi corazón se encogió.

Mis ojos ardían con el mismo terrible calor antes de ponerse rojos. Sin importarme quién me viera, entré en la posada, atravesando las llamas como si fueran ráfagas de viento, no torrentes de fuego. Mis pulmones chillaban por falta de aire, pero seguí adelante.

La niña y su madre apenas estaban conscientes, acurrucadas en un rincón de la habitación, desgarradoramente cerca de la ventana, su vía de escape. Cuando las alcancé, apenas me reconocieron. La pequeña dejó escapar un gemido.

La humana Maia no podía llevar a una madre y su hija a un lugar seguro. Ni siquiera podría arrastrarlas a ambas los pocos metros que quedaban hasta la ventana.

Pero el demonio Maia podría.

Una risa resonó dentro de mi mente, ¿o fue el crepitar del fuego a mi alrededor? No podía asegurarlo. Me apresuré hacia el par y las apresuré a la ventana. Ya estaba abierto, pero el fuego había avanzado hasta el techo, royendo con avidez las tejas grises. Tendríamos que bajar de alguna manera. Antes de que la posada se derrumbara y la niña y su madre perecieran.

Cada segundo importaba. Arranqué la alfombra encantada de mi bolsa y puse a la madre e hija en él. Yo no cabía.

—¡Vuela! —Grité mientras cobraba vida— ¡Sácalas de aquí!

Una vez que la alfombra se perdió de vista, salté tras ella al techo. El fuego saltó detrás de mí, pinchándome los tobillos, y bailé sobre las tejas que traqueteaban para evitar que mis zapatos se quemaran. No sentí dolor. No me quemé.

Una vez que vi que la alfombra ponía a salvo a la madre y la niña, di la vuelta a la parte trasera de la posada donde nadie pudiera verme y salté al suelo, con los brazos extendidos como si fueran alas.

Aterricé en silencio, con una gracia imposible.

"Bien hecho, Maia" Ronroneó Bandur ***"Pero es solo el comienzo. ¿Pondrás más vidas inocentes en riesgo? ¿O has aprendido tu lección? ¿Te enfrentarás a tu destino por fin?"***

—Iré a Lapzur —Susurré. Mi garganta ardía. Todo sabía a cenizas. A perdición— Iré a Lapzur, pero en mis términos —Mi voz se endureció — Estaré allí antes de la próxima luna llena. No iré antes de ver a Edan.

Una garra de fuego mordió el techo de la posada, y ahogué un grito cuando las tejas se estrellaron contra el suelo.

"Tienes valor para negociar con un demonio"

—Quieres tu libertad, ¿no? Entonces déjame saborear lo último de la mía.

"No pareces entender que eres tú quien es el peligro. Cuanto más tiempo te mantengas alejado de las islas, más daño harás a tus seres queridos" Él rió ***"Te daré dos semanas. Trae al hechicero si quieres, pero no te prometo que estará a salvo en Lapzur. Si no llegas antes de la puesta del sol, nadie a quien ames estará a salvo en ninguna parte"***

—Estaré allí.

Tan pronto como la promesa salió de mis labios, la lluvia cayó a cántaros. El vapor se elevó de las paredes de la posada, un viento repentino ahuyentó el humo. Tan rápido como había cobrado vida, el fuego comenzó a extinguirse.

Los aldeanos cayeron de rodillas, agradeciendo a los dioses. Observé

desde lejos cómo recogían a los invitados varados y les daban cobijo. Nadie había muerto en el incendio, pero la culpa se retorcía en mi pecho.

Las consecuencias que tendría que enfrentar por aceptar ir a Lapzur valieron la pena. Nunca me había sentido tan aliviada de ver llover. No pude evitar sentir que estaba lavando la sangre de mis manos.

Ammi me encontró, escondiéndome en las sombras.

—¿Cómo están? —Pregunté— La madre y la niña.

—Vivirán. Gracias a ti —Ella se arrodilló a mi lado— Me dijiste que serías más un peligro que una ayuda para A'landi si te quedabas en el Palacio de Invierno. ¿Es esto lo que quisiste decir con eso?

—Sí —Susurré. Mi pulso subió a mi garganta— Deberíamos separarnos aquí. Solo empeorará. El fuego, creo que lo inicié porque estaba enfadada... —Me detuve. ¿Cómo explicárselo a ella? No sabía por dónde empezar.

—Me he fijado en tus ojos —Dijo— A veces arden rojizos. Al principio me asustó, pero te conozco, Maestro Tamarin. Maia. Esta no eres tú.

Esta no soy yo. Eso era lo que me había estado diciendo todo este tiempo. Pero pronto sería yo.

Pronto no sería capaz de esconderme de mí misma por más tiempo.

—Ammi, yo... —Quería decirle lo que me estaba pasando. Ella ya lo había adivinado y estaba cerca, pero, aun así, me contuve de decirle la verdad.

Ella pareció entender— No voy a dejarte. Lo que sea que te esté sucediendo, es en contra de tu voluntad.

Mi boca supo amarga.

—No creo que ni siquiera Edan pueda ayudarme ahora.

—Él podrá —Insistió Ammi— Mantén tu fe. Si no puedes, yo lo haré por ti.

No dije nada. Ni siquiera podía agradecerle.

—Deberíamos ir ahora —Bajó la voz, que tembló cuando habló— La gente vio tu alfombra, y esos dos hombres, los que tienen acento del norte, comenzaron a hacer preguntas a todos sobre ti.

Me quedé quieta, recordando a los dos que habían comentado sobre el incendio antes. Así que eran los hombres del shansen.

—Estarías más segura sin mí —Le dije a Ammi.

—No puedo volver al palacio —Ella estaba asustada; Podía oírlo en la inestabilidad de sus palabras. Pero levantó la barbilla con valentía— Tal vez yo estaría más segura, pero tú no lo estarías. Esta no es una pelea que ganes sola, Maia. Hasta que te reúnas con el Lord Hechicero, cuidaré de ti.

—Entonces vamos —La alfombra había regresado a mí y la desenrollé, sosteniéndola en alto. Se estremeció y tembló antes de finalmente levantarse, flotando justo encima de la lluvia que se acumulaba en mis tobillos.

Pero cuando Ammi saltó sobre la alfombra, no pude evitar la sensación de que estaría más segura aquí, que debería insistir en que se quedara.

“La necesitas” me tranquilicé de nuevo. *“Necesitas un amigo”*

“Pero podrías lastimarla”.

Me dio escalofríos no poder descifrar si la voz era mía o del demonio dentro.

Capítulo 15

La tormenta nos siguió. Cintas de relámpagos atravesaron el cielo oscurecido, y los truenos resonaron en largos y estremecedores rollos. Era difícil no pensar en la risa de Bandur mientras Ammi y yo atravesábamos las nubes, pero tenía otras preocupaciones. Teníamos poco dinero y nada de comida. Peor aún, tanto los soldados de Khanujin como los de Shansen me estaban buscando.

Ammi dormía, hecha un ovillo en su lado de la alfombra.

La dejé sola, agradecida de que encontrara descanso, mientras una parte de mí envidiaba su paz. Incluso si pudiera dormir, mi mente no me dejaría descansar. No podía dejar de revivir mi última conversación con Edan.

Encuéntrame en el bosque con los álamos. Te encontraré.

El bosque no era un gran desvío en el camino a Lapzur. Fácilmente podría detenerme allí con unos días de sobra, siempre y cuando la magia en mi alfombra no se agotara.

Entonces, ¿por qué dudaba? Quería verlo. Dios sabía que sí.

Y, sin embargo,... Bandur había accedido demasiado fácilmente a dejarme llevar a Edan. Con demasiada facilidad.

Agarré los extremos de mis mangas con fuerza, retorciendo los bordes quemados con mis dedos.

¿Quién sería yo al final de la quincena? ¿Alguien que no podía sentir amor? ¿Alguien que no podía ser amada?

Sentí que más de mí misma se escapaba. No importaba lo mucho que intentara aferrarme a mis recuerdos, eran como agua, escurriéndose por las costuras de mis dedos. Cuando pensé en Edan, recordé cómo mi nombre en su lengua enviaba una oleada de calidez y alegría a través de mí, pero no podía recordar cómo se sentía tocarlo. Ni siquiera podía recordar cómo sonaba su voz.

No era solo Edan. Baba y Keton también. Pronto sus dibujos en mi cuaderno de bocetos no serían suficientes para recordarme cuánto los amaba.

El amanecer tocó los hilos de mi alfombra, sus brumosos rayos iluminaron el mundo de abajo. La lluvia finalmente estaba amainando, y levanté mi capa para mirar a Ammi. Sus cejas juntas en un sueño

inquieto, sus mejillas sonrojadas a pesar del frío.

Puse mi palma contra su frente.

—Maldición —Murmuré. Ella estaba hirviendo— ¿Ammi?

Ella giró la cabeza hacia un lado, temblando bajo su capa húmeda.

—Hmmm —Balbuceó— Déjame dormir.

Tenía que llevarla a un lugar cálido y seco. ¿Pero dónde?

Volábamos sobre un grupo de pilares de arenisca; el paisaje cubierto de niebla se extendía por millas de gargantas y barrancos, las cascadas que se precipitaban abajo parecían una pintura. Entrecerré los ojos, distinguiendo una gran ciudad adelante, no muy lejos. Por el paisaje inusual, supuse que era Nissei, una de las ciudades más ricas de A'landi.

Nissei estaba asentada en la orilla sur del río Changi, rodeado por el famoso Bosque de Agujas de Arena.

Aunque no estaba a lo largo de la Ruta de las Especias, muchos comerciantes solían ir a comerciar con su famosa porcelana. Se decía que los secretos de la porcelana china rivalizaban con los secretos de la seda y, ciertamente, dado que la porcelana era tan valiosa, todos los niños de Nissei aprendían a pintar porcelana antes de aprender a escribir.

Tenía miedo de detenerme en una ciudad tan concurrida, pero no había tiempo para buscar una mejor opción. La tormenta había amainado, pero más nubes oscuras se acumulaban en el horizonte. Y Nissei estaba en la provincia de Bansai.

—La casa del Maestro Longhai —Murmuré para mí misma. Siempre había sido amable conmigo, a pesar de que competíamos entre nosotros para convertirnos en el sastre de Su Majestad. Él nos acogería.

Si pudiera encontrarlo.

Era bastante temprano para que los pescadores todavía estuvieran navegando por el río, así que deseché la alfombra cerca de una parte vacía del puerto.

—Ammi —Dije, levantando sus brazos alrededor de mi cuello— Ammi, te llevaré a ver al Maestro Longhai.

La arrastré hasta una de las calles laterales y grité a la primera carreta

que vi, tirada por dos mulas y conducida por un muchacho con sombrero de paja y uñas sucias.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —Preguntó el chico.

No la aceptaría si supiera que estaba enferma. Las grandes ciudades temían la peste, y con el invierno cerca, la gente estaba obligada a estar más alerta.

—Bebió demasiado —Mentí, forzando una risa abundante— Necesito llevarlo a casa. El Maestro Longhai estará muy preocupado. ¿Podrías pasar por su tienda?

El chico frunció el ceño.

—No voy a ir a la ciudad... —Entonces sus cejas se levantaron al pensar en una recompensa del rico sastre— Pero supongo que podría dar un rodeo.

Ya estaba cargando a Ammi en el vagón.

Fingí dormir para que el conductor no me hiciera más preguntas, pero miraba a hurtadillas a la ciudad cuando él no miraba. Calles empedradas, lavadas por la lluvia, con musgo verde rizado creciendo entre las piedras, casas de ladrillo con balcones de madera adornados con hileras de faroles, un canal serpenteante cuyo hedor ofendía mis fosas nasales.

En todas las calles colgaban pergaminos imperiales, pero nos movíamos demasiado rápido para que yo pudiera leerlos. Me tensé, esperando que no fueran carteles buscando mi paradero. O el de Edan.

Finalmente, llegamos frente a la tienda de Longhai. Un cartel colgado en la puerta anunciaba que no estaba abierto al público esta semana.

"Por favor" supliqué, golpeando su puerta. *"Por favor, Longhai, por favor esté aquí"*.

Alguien respondió. Una mujer de rostro alargado, con un moño muy apretado y una cuerda de medir enrollada alrededor de su cuello. Ella me dio una mirada dura. Qué espectáculo debía de estar dando: empapada por la lluvia, privada del sueño y vestida con ropa hecha jirones.

—No respondemos a los mendigos.

—No soy un… ¡Espere! —Agarré un lado de la puerta antes de que se cerrara en mi cara.

La costurera me fulminó con la mirada. No podía arriesgarme a decir que era uno de los sastres de la competición.

—Es urgente —Hice un gesto hacia Ammi, que todavía estaba en el carro— Mi amigo necesita atención médica.

La puerta comenzó a cerrarse sobre mí— El hospital está en la Ruta de la Pintura.

—¡Por favor! —Estallé desesperadamente— Su…

—Señora Su, ¿qué es este estruendo? —Una voz familiar interrumpió — Estoy tratando de trabajar.

—¡Maestro Longhai! —Grité— ¡Soy yo!

La forma corpulenta de Longhai apareció en el pasillo.

—Maestro Tamarin —Dijo, atónito, empujándome adentro— ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy con una amiga. Ella... ella está enferma, y no sabía a dónde más ir.

—No digas más —Me hizo pasar al vestíbulo, agitando una mano gruesa hacia la costurera— Señora Su, pague al conductor y traiga a la niña adentro.

Afuera, la lluvia comenzaba de nuevo.

—No pensé que te volvería a ver en mucho tiempo, Tamarin. Eres bienvenida aquí. Me aseguraré de que tu amiga tenga la atención adecuada —Asentí con la cabeza en agradecimiento— ¡Ahora te traeremos ropa limpia y el almuerzo! Recuerdo que siempre te olvidabas de comer. Tendremos que engordarte mientras estés aquí.

Madam Su y sus asistentes regresaron a la tienda con Ammi y me indicaron que los siguiera.

—Tiene fiebre —Dije, interceptando a Madam Su— Por favor, cuídela bien.

El rostro severo de la anciana finalmente se suavizó.

—He tenido cuatro hijas que lo han pasado peor. Mientras la sequemos y la calentemos, se recuperará.

Después de lavarme y cambiarme, el Maestro Longhai me dio un recorrido por su tienda.

Había talleres para cortar, bordar y confeccionar, y una sala para almacenar telas e hilos, así como las prendas que el personal de Longhai había preparado para sus clientes: faldas de brocado, fajas bordadas con carpa dorada y túnica tras túnica de seda ricamente teñida, túnicas adornadas con diseños incrustados en oro tan finos que brillaban.

Longhai era un maestro pintando seda, por lo que tenía un estudio para él solo con una deslumbrante variedad de botes de pintura y piedras de entintar. Abanicos pintados a mano descansaban sobre una mesa de pino frente a su espacio de trabajo. Un pergamino con el sello del emperador anterior, el padre de Khanujin, colgaba de la pared, elogiando a Longhai por el dominio de su oficio.

Al ver todo esto, sentí una pesadez en mi corazón. Hace solo unos meses, todo lo que soñaba era convertirme en sastre imperial, algún día tener mi propia tienda y mi propia familia.

Ahora no estaba segura de que eso sucediera alguna vez.

Longhai no me hizo ninguna pregunta. Lo que realmente estaba haciendo aquí, por qué no seguía trabajando para Khanujin, por qué no me había presentado con mi nombre real a Madam Su en la puerta.

La culpa burbujeó en mi garganta, una confesión se derramó antes de que pudiera detenerla.

—Sobre la competición —Comencé— Siento haberte engañado, sobre ser un hombre.

—No me importa si eres una yegua o un semental, joven Tamarin. Eres demasiado hábil. Incluso si fuera ciego, te contrataría en un instante. Nunca conocí a tu padre, pero imagino que debe estar muy orgulloso de ti.

Deseaba poder sonreír por su elogio, pero ya era bastante difícil invocar una sonrisa.

—Ya no estoy tan segura de eso.

La vacilación arrugó la frente de Longhai, y cerró la puerta detrás de nosotros.

—Recibí esto hace unos días —Dijo, desenrollando una hoja de pergamino del cajón de su escritorio.

Era un dibujo de mí. Bastante preciso, también. El artista había capturado mis pecas, así como la forma en que usualmente me

separaba el cabello, e incluso me estaba mordiendo el labio como solía hacerlo cuando estaba nerviosa.

Maia Tamarin, 18 años. Puede estar viajando bajo la identidad de su hermano Keton Tamarin. Si lo encuentra, llévela viva a las autoridades de inmediato. Recompensa de 10,000 jens de oro.

—Maestro Longhai, puedo explicar… —Mi lengua buscó a tientas las palabras correctas.

Longhai partió el dibujo por la mitad.

—Estoy seguro de que debe ser un malentendido. Si lo desea, podría hablar con el gobernador en su nombre. Tengo cierta influencia en esta ciudad y él me escuchará.

—No es tan simple —Dije— Pero gracias.

—Entonces eres bienvenida a esconderte aquí todo el tiempo que desees. Se puede confiar en mi personal, pero tenga cuidado. Incluso el hombre más honesto se convertirá en una víbora por una suma de diez mil jens.

Diez mil jens. No hace mucho, nunca habría soñado con ver tal suma. Ahora era la recompensa por mi captura.

Tragué— Noté los pergaminos que cuelgan de los edificios en Nissei. ¿Son avisos sobre…?

—No, son reclutas —El tono de Longhai se volvió grave— ¿No has oído? Su Majestad está reclutando hombres para el ejército una vez más —Se apoyó en su escritorio— Se llevaron a mis hijos junto con muchos de mis trabajadores.

Las tablas del suelo se inclinaron y los bordes de mi visión se volvieron borrosos. Toda la tienda podría haberse derrumbado y yo me habría quedado allí, inmovilizada por la conmoción. Todo en lo que podía pensar era en Keton. Dioses, si el emperador llegara por él otra vez, entonces todo lo que había hecho habría sido en vano.

—Sabía que la guerra se había reanudado —Los músculos de mi garganta estaban tan tensos que me dolía hablar— Pero si ya ha llegado tan al sur... pensé que tendríamos más tiempo.

—Desafortunadamente no —Respondió Longhai— Hubo una batalla en la provincia de Jingshan, no lejos del Palacio de Invierno. Su Majestad perdió mil hombres. Él necesita más.

Apreté los puños, tratando de ignorar la ira que se acumulaba bajo mi piel. No había esperanza de una tregua, no con la desaparición de Lady Sarnai. No con Edan sin poderes.

El shansen tenía a Gyiu'rak de su lado. Él era demasiado fuerte. Destrozaría mi país hilo por hilo.

A'landi caería.

La lluvia y los truenos llenaron el silencio entre nosotros, y respiré. Lentamente, mis hombros cayeron.

—No podemos hacer nada —Dijo Longhai, respondiendo a su propia pregunta, dado mi silencio— No tienes nada de qué preocuparte mientras estés bajo mi cuidado...

—¿Los soldados de Su Majestad están aquí? —Pregunté, mi sangre volviéndose fría.

—Se fueron hace unos días, después de que se anunciara que la guerra había comenzado de nuevo. Están marchando hacia el norte para defender el Palacio de Invierno. Se dice que el ejército de Shansen está reunido allí.

Me invadió una mezcla de alivio y temor.

—Yo estaba allí.

—No volverán a buscarte —Me aseguró Longhai.

Todo lo que pude lograr fue una leve sonrisa. Esperaba un centenar de hombres y mujeres a su servicio, pero solo había un puñado de costureras riendo entre dientes junto a las mesas de corte.

Ahora sabía por qué.

—¿Sabes hacia dónde se dirigen los oficiales de reclutamiento? —Por favor, no digas al sur, supliqué en silencio. No a Puerto Kamalan.

—No lo sé —Respondió Longhai— Pareces preocupada, Maestra Tamarin.

—Es por mi hermano. El único que me queda.

El sastre mayor me miró— ¿El verdadero Keton?

—Fue él quien resultó gravemente herido en la guerra —Dije sombríamente— Tomé su lugar para ir a la competición. Ya he perdido a dos hermanos en la guerra. Me temo que si hay otra... —No

pude terminar mi pensamiento. Mis manos cayeron a mis costados.

—La guerra también se llevó a mi compañero —Dijo Longhai en voz baja— Él era más querido para mí que nadie en el mundo.

Lo miré. No lo sabía— Oh, Maestro Longhai...

Habló por encima de mí:

—El tiempo alivia todas las heridas, incluso las del corazón. Todo lo que rezo ahora es que mis hijos tengan un destino más amable. Y tu hermano.

No me atrevía a orar. ¿Quién sabía si serían dioses o demonios los que me escucharían? Pero asentí.

—Deberías escribir a Keton y a tu padre. Incluso unas pocas palabras aliviarán su preocupación: hablo como padre y como amigo. Enviaré la carta discretamente.

—Gracias, Maestro Longhai —Dije en voz baja— No sé cómo podré pagarte. Por dejarnos quedarnos aquí... y por ser tan amable conmigo durante la competencia. Deberías considerarte afortunado de no haber ganado.

—Escuché que te pidió que hicieras los vestidos de Amana —Dijo Longhai lentamente— ¿Realmente lograste hacerlos?

Ahora dudé— Los hice.

—Lo que daría por verlos.

No le dije que tenía los dos restantes conmigo en mi amuleto. Ese secreto lo guardé incluso de Ammi.

—Se suponía que iban a traer la paz —Dije al fin— Pero estoy empezando a creer que hubiera sido mejor si nunca los hubiera hecho. Si me hubiera quedado en Puerto Kamalan y nunca hubiera ido al palacio.

—¿Con tu talento? —Longhai se rió entre dientes. Luego, al ver lo sombría que me veía, se puso serio— No elegimos ser sastres; la tela nos elige. Hay un sentimiento en nuestros dedos, un sentimiento en nuestro corazón. Los dioses consideraron oportuno que trajeras los vestidos de Amana a esta tierra. Debes creer que hay una razón para eso, joven Tamarin. Una buena razón.

Respondí con un asentimiento entumecido. Una vez lo había creído. Pero ya era demasiado tarde para mí.

Capítulo 16

Bajo el cuidado de Madam Su, Ammi se recuperó progresivamente. Deseaba poder sentarme junto a su cama todo el día, pero le prometí a Longhai que ayudaría con su tienda. Entonces, mientras Ammi descansaba, me uní a su personal en el taller.

Mis tijeras zumbaban en mi cadera mientras trabajaba, pero ignoré su llamada. No habría magia para mí hoy; coser me calmaba, y necesitaba la distracción. Mis dedos no eran tan ágiles como lo habían sido hace un mes, pero las tareas que Longhai me dio fueron simples. Cosí una camisa para un erudito y bordé mariposas en un par de pantuflas para la hija de un comerciante.

Nadie me prestó atención; había demasiado trabajo por hacer y las costureras estaban demasiado ocupadas charlando entre ellas.

—Ay, escuché que el erudito Boudi se tomó a una tercera concubina la semana pasada.

—¿Otra? Cómo es capaz de costear su hogar está más allá de mí.

—Sí, sí. Y piensa qué pasará si llega la guerra. ¡El precio de la seda subirá!

Mientras estaba sentada, escuchando sus cotilleos, pensé en las costureras que había dejado atrás en el Salón de Reparación Obediente. Esperaba que hubieran sobrevivido al ataque del shansen.

Al mediodía, las costureras despejaron el taller para el almuerzo. Me quedé atrás. No había tenido hambre en días.

—¿No vas a comer, amiga mía? —Preguntó Longhai, viendo que todavía estaba en el trabajo— Hoy hay estofado de ternera con fideos de arroz para el almuerzo, un favorito de la tienda.

No lo miré— Ya casi termino.

Tomó el taburete a mi lado y observó mi trabajo.

—Su habilidad nunca deja de impresionarme, Maestra Tamarin.

Levanté las pantuflas que había estado bordando.

—No hay nada impresionante en esto.

Señaló mis puntadas ajustadas y uniformes y los nueve colores en los que había trabajado durante las últimas dos horas para integrarlos en

el diseño.

—Incluso cuando tu corazón está solo a medias en el trabajo, eres mejor que la mayoría de los maestros que existen. Debería agradecer a tu padre por mantenerte en Puerto Kamalan. Si hubieras crecido en la provincia de Bansai, me habrías sacado del negocio.

Me reí—¿Tu padre también era sastre?

—Por los Sabios, no. Era pintor de porcelana, al igual que su padre antes que él, y así sucesivamente. Cinco generaciones de porcelana fina en mi familia. Nuestra tienda fue la primera parada que hicieron los comerciantes en Nissei. Casi me repudió cuando mostré interés en convertirme en sastre, pero mi abuelo vio que tenía talento y permitió que mi madre me enseñara a bordar en secreto.

Hizo un gesto hacia una pintura de su madre, que colgaba en un lugar destacado, presidiendo el taller.

—Mi hermano menor es dueño de la tienda de porcelana ahora. La guerra casi destruyó nuestros dos negocios; si no fuera por el otro, no habríamos sobrevivido. Aun así, en comparación con otros, la fortuna ha sido amable. Tengo mi reputación, mi salud y mi tienda —El hizo una pausa, y supe que estaba pensando en su compañero que se había perdido en la guerra anterior y en sus hijos que recientemente habían sido llamados a tomar las armas.

Un relámpago rompió el cielo sombrío y Longhai miró por la ventana.

—Los dragones deben estar jugando —Murmuró.

—¿Los dragones? —Lo repetí— ¿Es eso un dicho aquí?

—¿No lo has escuchado antes? Supongo que Puerto Kamalan no recibe muchos tifones durante el verano. Bansai sí, y también las fuertes lluvias en invierno —Longhai abrió un abanico de seda— Los Kiatanos dicen que los dragones en el cielo causan daño a la tierra causando lluvia y terremotos. Sus comerciantes de porcelana siempre solían murmurar al respecto cuando venían durante los veranos, y los lugareños aprendimos la frase. Más bien me gusta.

—Es poético.

—Por suerte para ti, este es un pequeño dragón. Hace que viajar sea desaconsejable, pero pasará —El sastre buscó en su bolsillo algunas monedas— Ahora, esto no será nada comparado con tu salario en el palacio, pero...

—No puedo aceptar tu dinero —Negué con la cabeza— Por favor. Especialmente no después de que hayas sido tan amable con Ammi.

Longhai puso el dinero sobre la mesa, dejándome decidir si lo tomaba o no.

—¿Ammi? —Su vientre se estremeció mientras se reía, recordando— ¡Ay! La criada de la cocina que solía servirte el desayuno.

—Ella se ha convertido en una amiga cercana —Respondí. Había estado pensando en mis siguientes palabras desde que llegué a su tienda— Me pregunto si ella podría quedarse contigo.

Longhai dobló su abanico. La diversión huyó de sus ojos y sus facciones se volvieron solemnes.

—¿Irás a algún lugar?

Mordí mi labio. ¿Qué podía decir? ¿Que estaba en camino a las Islas Olvidadas de Lapzur para luchar contra su guardián? ¿Que a menos que derrote a Bandur, yo también me convertiría en un demonio? ¿O debería decir que estaba buscando a Edan?

Desde que Ammi se había enfermado, había evitado pensar en Edan. ¿Ya me estaría esperando en el bosque? ¿Y si cuando lo encontrara, yo fuera más monstruo que Maia?

—Disgusté al emperador Khanujin con mi servicio —Respondí evasivamente— Así que hemos estado tratando de alejarnos lo más posible del Palacio de Invierno. Pero Ammi no ha hecho nada malo.

—Ya veo —Dijo Longhai en voz baja— Las Islas Tambu podrían proporcionar un santuario. Una vez que pase esta tormenta, podría ayudar a organizar el pasaje...

—No planeo esconderme —Dije firmemente. No daría más detalles.

—¿Qué pasa con el Lord Hechicero?

Mis dedos se detuvieron y tiré demasiado fuerte de un hilo, lo que provocó que la tela se amontonara. Con el ceño fruncido, comencé a deshacer los puntos que había hecho demasiado apretados. Por más que lo intenté, no pude volver a ponerlos en orden.

Longhai puso una mano sobre mi trabajo, instándome a mirar hacia arriba. Su voz se suavizó.

—Tengo muchos amigos que van y vienen del palacio. Un poco antes de que llegaras, llegó la noticia de que está desaparecido. Y escuché

que te ayudó a hacer los vestidos de Amana.

—Lo hizo —Le dije. No quería hablar de Edan.

—Maestro Tamarin...

Al oír mi nombre, me levanté de golpe. No tenía hambre, pero me agarré el estómago, fingiendo estar hambriento de repente.

—¿Qué fue lo que dijo sobre los fideos con carne, Maestro Longhai? Quédese con sus monedas, pero almorzaré después de todo.

Antes de que pudiera responder, o hacerme más preguntas, salí corriendo del taller.

El viento aulló, un grito bajo y gutural que hizo temblar incluso las sólidas paredes de la tienda de Longhai. El cuenco de alfileres en mi mesa de trabajo traqueteó y me incliné para volver a encender mi vela.

Las costureras se habían ido hacía horas y yo estaba sentada sola junto al telar, mirando las cortinas de lluvia que caían en cascada afuera.

Levanté mi alfombra del telar; Reparé los agujeros y algunas de las borlas rotas, pero su magia estaba gastada. Si tenía suerte, me daría algunos días más de vuelo, luego tendría que hacer el resto del viaje a caballo.

Pero, ¿cómo encontrar el bosque donde me encontraría con Edan?

No tenía mapas, ni espejo de la verdad, y mi vista demoníaca había estado completamente tranquila desde que hice mi trato con Bandur.

Una parte de mí quería incumplir mi promesa e ir a Lapzur sin Edan. Ese siempre había sido mi plan, ir sola, pero si todavía podía ser honesta conmigo misma, no era porque estaba tratando de ser valiente, honorable o sincera.

Era porque tenía miedo. De mí misma.

La presencia de Edan en Lapzur solo pondría en peligro su vida, de Bandur y mía.

Sin embargo... había hecho una promesa, y la parte de mí que todavía era Maia quería, necesitaba, mantenerla... por el bien de aferrarme a la humanidad que quedaba en mí. Cuando, y si, cedía al miedo por el demonio en mí, Bandur habría ganado.

“Necesito encontrar a Edan” Pensé. ¿Pero cómo?

Había estado pensando en la historia de la princesa Kiatan que Ammi me había contado, y las grullas de papel que la princesa había doblado y encantado para ayudarla en su búsqueda para encontrar a sus hermanos.

Haría un pájaro para encontrar a Edan.

Con mis tijeras, corté un pequeño trozo de la alfombra. La magia que Edan había imbuido en sus fibras se había debilitado, pero mis tijeras tenían suficiente magia para enviarlo a una misión.

Con cuidado, le di forma de pájaro a la chatarra. Un nudo de hilo por ojos para que pudiera ver, y dos alas para que pudiera volar, fuerte y poderoso, a través de esta tormenta.

Toqué el pájaro con mi amuleto de nuez, pintando sus alas con un rayo de luz de las lágrimas de la luna, luego le di un suave beso en la cabeza.

—Encuentra a Edan —Susurré— Busca en los bosques y las montañas. Entonces vuelve para mostrarme el camino. Y date prisa.

Si no llegaba a Lapzur la próxima semana, la luna llena, Bandur y sus fantasmas se llevarían a todos los que amaba.

Me entregaría voluntariamente a él antes de dejar que eso sucediera. Pero no todavía. No si podía ver a Edan por última vez. No si juntos tuviéramos la oportunidad de derrotar a Bandur.

Abrí un poco la ventana y envié al pájaro afuera, observándolo zigzaguear entre las agujas de la lluvia que caía.

Entonces esperé.

Capítulo 17

—Si te vas, no serás bienvenido aquí.

Edan no dudó. Se quitó la túnica del templo, la dobló y se la devolvió al anciano, el maestro del Templo de Nandun.

—Estabas hecho para la magia —Dijo el maestro, advirtiéndole por última vez— No deshagas el progreso que has hecho aquí yendo tras esta chica. La oscuridad la consume. No dejes que te condene a ti también. Quédate y termina tu entrenamiento.

—Estuve destinado a la magia, una vez —Concordó Edan— Pero debido a Maia, ya no soy el hechicero que era antes. Estoy destinado a ella ahora. Ella está por encima de todo.

Sin esperar la respuesta del Maestro, fue a los establos por el semental que había robado del Palacio de Otoño y se adentró en el bosque.

Las montañas Tura se desvanecieron en la distancia cuando Edan atravesó el bosque. Cada árbol era un álamo, las espinas rectas como cañas de bambú, como un reino de agujas.

En voz baja, escuché mi nombre.

—Maia —Murmuró— Espérame. Ya voy.

Al sonido de mi nombre, fuera lo que fuera, un sueño o mi vista demoníaca se desintegró, y en su lugar apareció una imagen de mi pájaro de tela. Revoloteaba contra el viento, buscando a Edan. Comenzó a aletear salvajemente cuando encontró un espacio lleno de álamos, en lo profundo del bosque, y a mi hechicero zigzagueando entre matorrales.

¡Mi pájaro de tela lo había encontrado! La luz de las estrellas brilló sobre sus alas mientras se elevaba hacia el cielo, regresando a mí, dormida en la tienda del Maestro Longhai.

Pero entonces, las estrellas comenzaron a romperse. El suelo se estremeció, tragándose los árboles y las montañas y la luna. Del oscuro abismo volaron sombras con ojos color carbón y cabello blanco nublado.

“Sentur’na”

Mi pájaro de tela atravesó a la multitud, batiendo las alas ante los fantasmas para defenderse. Pero había demasiados. Rodearon mi cama, brazos esqueléticos extendidos. Sus dedos rodearon mi cuello,

exprimiendo el último aliento, y mi colgante comenzó a ennegrecerse...

—¡Despierta! —Mi pájaro me gritó, repentinamente capaz de hablar— ¡Despierta! ¡Maia, despierta!

Me incorporé de un salto en la cama, respirando con dificultad.

Una cálida mano se posó en mi hombro— Respira —Dijo Ammi, sentándose en el borde de mi cama— Respirar.

Mi corazón latía salvajemente en mi pecho.

—Que… Que...

—Estabas gritando en sueños —Los ojos de mi amiga brillaron con preocupación.

—Solo un mal sueño —Dije temblorosamente.

—Has estado teniendo muchas pesadillas.

—¿Qué grité?

Ammi soltó mi hombro. Parecía cansada, sus mantas medio tiradas al suelo. Debí de haber perturbado su descanso.

—Estabas hablando en un idioma que no entendía. Sonaba como si alguien estuviera tratando de matarte. Al final seguiste gritando una palabra.

—¿Una palabra? —Susurré, aunque ya lo sabía. Las sombras se desvanecieron a la luz de las velas y el rostro de Ammi se volvió borroso.

"Sentur'na"

Todavía podía escuchar las voces en mi cabeza, llamándome implacablemente ***"Vuelve con nosotros".***

Las protuberancias de madera de mi amuleto rasparon mi piel, ásperas y cálidas, chocando con el frío que me apretaba las entrañas. Mi uña se clavó en mi colgante, tratando de abrir la grieta para dejar que algo del poder de Amana se filtrara y silenciara las voces.

No. Forcé mi mano lejos del colgante. Eso es lo que quiere Bandur. Quiere que confíe en los vestidos. Quiere que se corrompan, como yo —

—¿Qué es eso? —Preguntó Ammi, interrumpiendo mis pensamientos

— ¿Puedo verlo?

No. Quería resistirme, pero me obligué a pasárselo.

Ammi acercó el colgante a la luz, de modo que la grieta del cristal en el centro captara el destello del sol.

—¡Nunca había visto algo así! —Ella exclamo— ¿Dónde lo obtuviste?

No estaba escuchando. Mi garganta se había cerrado como si estuviera siendo estrangulada. Púas de fuego candentes pincharon las esquinas de mis ojos, que ardieron más rojos que nunca.

—¡Maia! —Alguien agarró mis hombros— Maia, ¿estás bien? —Me alejé.

—No me toques —Gruñí.

—Lo siento… —La chica a mi lado me soltó. Miré su cara redonda, sus ojos amables pero asustados— ¿Maia?

¿Maia? Retrocedí, la confusión revolviéndose en mis entrañas. Ese nombre me sonaba familiar. Su cara me parecía familiar ¿Por qué no podía recordar?

Los demonios te devoran pieza por pieza. Memoria por memoria. Hasta que no seas nada.

Cuando volví a mirar a la niña, sus dientes blancos brillaban a la luz de las velas, los colmillos sobresalían de sus labios entreabiertos y el pelaje gris se erizaba sobre su piel.

Bandur.

Lo golpeé contra la ventana. La celosía de hierro se estremeció detrás de su espalda y dejó escapar un grito de dolor. Clavé mis uñas en sus brazos, hundiéndolos a través de su piel en su carne.

—¡Maia! —Me chilló— ¡Maia, por favor! ¡Detente! ¡Estas hiriéndome!

Él no estaba contraatacando, pero sabía que no debía confiar en las palabras de Bandur. Detrás de la gemidos y los ojos escarlata llenos de dolor, me miraba con lascivia, ¡tenía mi amuleto!

—Devuélvemelo —Dije con voz áspera.

Los ojos de Bandur se abrieron de miedo.

—Aquí.

Tiré la cadena del amuleto sobre mi cuello y retrocedí hasta la esquina de nuestra habitación, respirando con dificultad. Dolía como si alguien me hubiera arrancado el corazón del pecho. ¿Pero por qué? Esto nunca había sucedido antes.

"Debido a que es el amuleto de tu demonio" Pude escuchar mi voz de demonio explicar alegremente ***"Y dentro, el poder de la luna y las estrellas. Una vez que hayas cumplido tu promesa a Bandur, los vestidos también serán consumidos por la oscuridad".***

La figura que había confundido con Bandur se desplomó, gimiendo en el suelo, la sangre goteando por su brazo. La sombra de un lobo bailaba a lo largo de la pared a su lado, mostrando sus colmillos torcidos, una risa profunda retumbó en su vientre.

Mis rodillas se doblaron. Todo volvió a enfocarse. Ammi. Acababa de atacar a Ammi.

—Dioses —Susurré, arrastrándome hacia mi amiga. Se apartó de mí y no me miró a los ojos. Ahora sabía por qué mis ojos ardían en rojo.

Levanté a Ammi suavemente y la llevé de regreso a su cama. Me arrodillé a su lado.

—Lo siento, lo siento. Por favor, perdóname.

—Fue... Fue un accidente. No estoy herida.

Un accidente. Se me hizo un nudo en la garganta, porque no había sido tal cosa, y ambas lo sabíamos. Estaba empeorando; Bandur le había jugado una mala pasada a mi mente y no pude distinguir qué era real y qué no.

Temblando, me puse de pie. No confiaba en mí misma para ayudarla. No confiaba en mí misma para dormir en la misma habitación que ella.

—Le pediré ayuda a uno de los sirvientes del Maestro Longhai.

Antes de que Ammi pudiera protestar, salí corriendo de la habitación y cerré la puerta detrás de mí. Presioné mi espalda contra la pared, recuperando el aliento.

La rabia se enroscó dentro de mí, retorciéndose con tanta fuerza que mis pulmones se apretaron.

Cuando finalmente me armé de valor para regresar a nuestra habitación, vi que Ammi había encendido una vela mientras yo no

estaba, como si tuviera miedo de la oscuridad.

—Lo siento —Le dije en voz baja— Eso nunca había sucedido antes. No pasará de nuevo. Lo prometo —Mi promesa sonó hueca, incluso para mí.

Pero afortunadamente, Ammi no me escuchó. Se había vuelto a dormir.

Me derrumbé en el suelo y alcancé la bolsa que contenía mi daga. Desde que dejé el vestido del sol, mi cuerpo había estado entumecido. No había sentido el frío ni el calor. Ni dolor ni hambre. Apenas había dormido.

—Jinn —Susurré.

El meteorito cobró vida, venas de plata líquida brillando y resplandeciendo. No recordaba tal calor emanando de la daga. Mi pulso se aceleró cuando mis dedos se deslizaron sobre la hoja…

—¡Agh! —Lloré. Una punzada de dolor abrasador me recorrió la mano y las yemas de los dedos saltaron del meteorito como si hubieran intentado agarrar carbones encendidos.

Acunando mis dedos heridos, devolví la daga a mi bolsa. Empujé la ventana ligeramente abierta, tomando el aire fresco. La luz acuosa de la luna se filtraba, bailando sobre mis rodillas desnudas. Me balanceé adelante y atrás, apretando mi mano para adormecer el dolor.

Pasó mucho tiempo antes de que el dolor remitiera y pudiera volver a sentir mis dedos.

Una cosa era segura: mi tiempo se estaba acabando.

Capítulo 18

La luz del sol salpicaba los marcos de las ventanas de bambú, manchas de azul cerúleo se filtraban entre las nubes. La tormenta finalmente había amainado.

Por primera vez desde que la ataqué, Ammi se levantó de la cama. Las tablas del suelo crujieron bajo sus pasos mientras caminaba de puntillas hacia la puerta. Empecé a sentarme en mi cama para llamarla, pero se quedó quieta al escuchar mis crujidos.

Yo también me quedé quieta. Después de lo que pareció mucho tiempo, dejó escapar un suspiro y cerró la puerta detrás de ella. Escuché sus pasos correr por las escaleras.

Nunca nada me había hecho sentir tan miserable. ¿Me estaba evitando?

Me vestí para encontrarme con ella para el desayuno. En mi mente ensayé las tres cosas que necesitaba decirle. Que estaría a salvo de mí, que me iría a buscar a Edan. Que lamentaba haberla lastimado.

Pero cuando vi a Ammi ayudando al cocinero de Longhai a amasar la masa para hacer bollos al vapor, huí antes de que me viera.

—¿No vas a desayunar? —Preguntó Madam Su, pasando junto a mí en el pasillo.

—Ya comí —Mentí. Miré las vendas en su bandeja— ¿Alguien está herido?

—Ammi lo está, ¿no lo sabías? —La preocupación se acumuló en las sienes de la costurera jefe— Ella tuvo una mala caída anoche. Afortunadamente, son solo algunos rasguños.

Algo se elevó en mi pecho, estrangulando mis palabras.

—¿Dijo cómo se cayó?"

—Sí, pero prácticamente tuve que sonsacárselo —Dijo Madam Su con una sonrisa— Dijo que tropezó con una tetera. Pero, lo gracioso es que no dejé una tetera en tu habitación.

Mi interior se revolvió con culpa. Tal vez Ammi nunca hablaría de lo que pasó anoche, tal vez fingiría que no había pasado nada. Pero de la misma manera que mi antigua yo no había sido una buena mentirosa, Ammi tampoco lo era.

Con razón ella no había sido capaz de mirarme anoche o hablarme esta mañana sobre lo que había sucedido.

—¿Todo está bien? —Longhai me preguntó, más tarde ese día— La señora Su mencionó que parecías preocupada, aunque, a decir verdad, no has sido tú misma desde que llegaste.

Me concentré en mi bordado. El proyecto de hoy era coser un paisaje de montaña para la bufanda de un noble.

—Mírame, amiga mía.

Me aferré obstinadamente a mi trabajo.

—Lo siento, es solo que comencé tarde esta mañana. Si no continúo, no terminaré esta bufanda a tiempo...

—Oh, maldita sea, la bufanda puede esperar. ¿Qué pasa, Maia?

Finalmente, lo miré. Era la primera vez que usaba mi nombre real. ¿Sonaba extraño porque nunca lo había oído salir de su lengua, o porque el nombre empezaba a sentirse menos como el mío?

Longhai suspiró— Ven conmigo.

Dejé la bufanda y lo seguí de regreso a su estudio personal. Esta vez, en lugar de absorber la vista de sus pinturas y sus herramientas, me fijé en los escritorios de palisandro y las sillas tapizadas con costosos brocados, los pergaminos bordados de valor incalculable que colgaban de las paredes, los jarrones pintados a mano sobre estantes lacados en escarlata. A pesar de todas las galas que me rodeaban, lo que me llamó la atención fue la chaqueta que colgaba detrás del escritorio de Longhai.

Era un uniforme militar ceremonial. Borlas de bronce colgaban de las costuras, los intrincados remolinos y patrones del brocado con incrustaciones de coral y tachonados con botones de jade.

Bordado en la manga izquierda, había un tigre.

—¿Esto pertenecía al shansen?

—Sí —Me informó— Hasta el vigésimo tercer shansen.

El shansen actual, Lord Makangis, era el vigésimo séptimo. Eso significaba que esta chaqueta era de la dinastía Qingmin. Poca artesanía había sobrevivido a las guerras durante las cuales fue derrocado el último emperador Qingmin.

—Debe ser…

—¿Invaluable? —Dijo Longhai— Sí, gasté una fortuna tonta en eso. Pero me sirve como un buen recordatorio de lo que se pierde guerra tras guerra. El arte se pierde. El arte y nuestros hijos.

Bajó la voz.

—Estos son tiempos peligrosos, Maestra Tamarin. Hay buenas razones para creer que la dinastía del emperador Khanujin está llegando a su fin y que el shansen tomará su trono, pero solo los dioses saben lo que sucederá —Él niveló su mirada hacia mí— Estás en una posición precaria, buscada por ambos lados. No muchos tienen la capacidad de ayudarte, y no pedirías ayuda incluso si la necesitaras.

Edan había observado eso sobre mí durante la competición. Bueno, necesitaba ayuda. Desesperadamente.

—La tormenta ha pasado —Fue todo lo que pude decir— Tenía la intención de irme esta mañana, pero...

—Ah, escuché que tu amiga se cayó.

Mi voz salió ronca— Sí.

—No le has dicho que te vas —Dedujo Longhai, leyendo la culpa en mi rostro— ¿Considerarías quedarte?

Después de lo que había pasado con Ammi, nada me haría cambiar de opinión. No podía venir conmigo a Lapzur, ni siquiera a las montañas de Tura para encontrar a Edan. No podía arriesgarme.

—No, no puedo. Debo ir sola. Los soldados... Nadie la está buscando.

Longhai asintió gravemente— Ella estará a salvo aquí. Pero tú... Maia, no puedes esperar llegar muy lejos a pie.

Fruncí los labios— Me vendría bien un caballo. Yo... no puedo prometer que lo devolveré. Y todos los mapas de los que pueda prescindir.

—Tendré listo mi corcel más veloz para esta noche. Te quedarás a cenar, ¿verdad?

—Debo irme tan pronto como termine mi trabajo para ti —Dije, sacudiendo la cabeza— Antes del anochecer. Me temo que ya me he quedado demasiado tiempo.

El rostro de Longhai se oscureció ante mis palabras, pero bendito

fuera, no hizo más preguntas.

—Que los Sabios te protejan, joven Tamarin. Y que los dioses nos protejan a todos.

Me hice eco de sus palabras, pero no tuve el corazón para creerías.

Ahora que la tormenta había pasado, las calles fuera de la tienda de Longhai cobraron vida. Los carruajes se arrastraban por las carreteras y escuché a la señora Su saludar a los clientes en el frente de la tienda. Como no quería que me vieran, salí del taller para buscar a Ammi. Había estado tratando de reunir el coraje para hablar con ella antes de irme.

La encontré en la cocina, revolviendo una olla de sopa.

—¿Un poco de sopa, Maia? Ven, tómate un bol antes de que las otras costureras se la beban todo. El cocinero habitual de Longhai tiene el día libre, así que solo estoy yo en la cocina —Parloteaba más de lo habitual y, a pesar de lo tranquila que sonaba, sabía que estaba nerviosa por estar cerca de mí.

—Ammi, yo... lo siento…

—No tienes que mentir —Espetó ella— Sé que no fuiste tú. Era la sombra dentro de ti.

La sombra dentro de mí. Esa era una forma de decirlo.

Ammi se mordió el labio para evitar que temblara.

—¿Qué te está pasando, Maia? Ni siquiera me conocías.

“Ni siquiera me conocía” pensé, pero no lo dije en voz alta. Era hora de que le dijera la verdad.

Le pregunté:

—¿Qué sabes de los demonios?

Ella vaciló y volvió a poner la cuchara en la olla.

—Crecí con historias sobre demonios. Nuestro chamán dijo que solían vagar libremente por el mundo, creando travesuras y propagando fechorías antes de que intervinieran los dioses. Dijo que la magia era más salvaje entonces.

—Me encontré con un poderoso demonio durante mis viajes con el Lord Hechciero —Inhalé— Cuando busqué la sangre de las estrellas, el

demonio que custodiaba las Islas de Lapzur me marcó y reclamó mi alma como propia. Edan negoció con él para tomar mi lugar, pero como yo hice los vestidos, el demonio ya no quiere a Edan. Ahora soy yo quien debe asumir la tutela de las islas.

Ammi retrocedió— ¿Te estás convirtiendo en un demonio?

Yo no le mentiría— Sí. Edan está esperando para ir a Lapzur conmigo —Me detuve allí, esperando la reacción de Ammi.

—Entonces debemos irnos lo antes posible. Mañana por la mañana a primera hora —Me tocó el hombro, todavía vacilante, pero cuando me enfrentó, algo del miedo en sus ojos había ido— Gracias por decírmelo, Maia.

No tenía hasta mañana por la mañana. Me iría esta noche, tan pronto como el sol comenzara a ponerse.

—Te ayudaré —Estaba diciendo ella— El Lord Hechicero también lo hará. Si la magia es lo que te metió en este lío en primer lugar, entonces la magia puede salvarte.

Ella realmente lo creía.

"Edan no puede salvarte" Discrepó la sombra dentro de mí ***"Nadie puede"*** Ignoré las voces y asentí con la cabeza a mi amiga.

—Eso espero. Eso espero.

No le mentiría a Ammi, pero eso no significaba que no estuviera dispuesta a mentirme a mí misma.

Estaba arriba en nuestra habitación empacando cuando algo llamó a la ventana. Lo ignoré.

Otro golpe.

—Que extraño —Murmuré, yendo a la ventana y abriéndola.

¡Ahí estaba! Vi mi pájaro de tela atascado en la celosía. Suavemente, lo pasé a través de los listones de madera y estalló dentro, dando vueltas a mi alrededor antes de aterrizar en el dorso de mi mano, con las alas aun batiendo salvajemente.

—¿Lo encontraste? —Pregunté. El pájaro de tela saltó de mi mano y revoloteó hacia la ventana— Ya voy. Estoy lista.

Mis pertenencias eran pocas. La flauta de Edan, mi cuaderno de

bocetos, mis tijeras. Mi daga.

No hubo tiempo para despedirme de Ammi, e incluso si le hubiera dejado una nota, no habría podido leerla. Así que arranqué una página de mi cuaderno de bocetos y la doblé en un pájaro de papel como el que había cosido para encontrar a Edan. En el último minuto, saqué una fibra de mi alfombra y la cosí en las alas del pájaro, luego dejé el pájaro de papel en mi escritorio.

Cuando me di la vuelta para irme, las voces fuera de mi ventana aguzaron mis oídos.

—¿Esta es la calle del sastre?

Miré por la ventana. Una banda de hombres doblaba la esquina. A primera vista, no se veían tan diferentes de los demás residentes de Nissei, pero mis ojos de sastre desmenuzaron sus ropas.

Los estilos no eran de esta provincia, y las ropas no eran las de los comerciantes. Los comerciantes no cubrían sus cinturones con abrigos para ocultar sus armas, ni usaban botas sucias que asomaban por los dobladillos de sus túnicas. Nissei era una ciudad limpia y las calles estaban pavimentadas con piedras, no con tierra. Estos hombres habían venido del bosque.

Los espías del shansen.

La aprensión se erizó en mí. Estos hombres claramente buscaban la tienda de Longhai. Apresuradamente, tiré mi alfombra en mi bolsa y bajé las escaleras traseras.

Como había prometido Longhai, un caballo me esperaba en la parte trasera de la tienda, ensillado y cargado con una bolsa llena de comida.

La yegua se encabritó, asustada al verme. Ella resopló y pateó cuando me acerqué.

—Shhh… —La tranquilicé, acariciando su melena suavemente— Por favor. Soy Maia. Solo Maia.

Empecé a tararearle, rascándole detrás de las orejas para que supiera que no era peligrosa.

Que yo no era un demonio.

Todavía tarareando, presioné mi frente contra su cuello y esperé a que su pulso se calmara. Una vez que estuvo tranquila, besé su cuello y

monté.

—Gracias —Susurré.

Mientras salíamos a la calle, protegiéndonos bajo las largas sombras de la pared que rodeaba la tienda de Longhai, escuché a los hombres del shansen en la puerta principal.

—No hay nadie con ese nombre aquí —Les estaba informando la señora Su. Levantó un poco la cabeza, notando que me arrastraba hasta el frente de la tienda.

—Sabemos que el sastre imperial está aquí —Dijo uno de los soldados con brusquedad, tratando de empujar a la costurera para entrar en la tienda— Te advierto que te hagas a un lado, mujer. He matado por menos.

Madam Su se mantuvo firme, incluso cuando el soldado desenvainó su daga y la sostuvo amenazadoramente. Pero yo me congelé, tirando de las riendas de mi caballo.

—¿Me buscaban? —Grité. Con una fuerte patada en el costado de mi caballo, cargué hacia la calle.

—¡Ese es el sastre! —Gritaron, corriendo detrás de mí— ¡Deténgase!

Antes de que pudieran alcanzar a sus caballos, Ammi salió corriendo de la tienda blandiendo una gran sartén de hierro y golpeó la parte posterior de la cabeza de un soldado, y Madam Su hizo caer de rodillas al otro.

Capté la mirada de mi amiga por un instante. La comprensión inundó la de ella y asintió.

No volví a mirar atrás.

Después de eso, no me siguieron más hombres del shansen. Con mi pájaro de tela posado en mi hombro, corrí hacia adelante, dirigiéndome a las montañas Tura en el horizonte distante.

Capítulo 19

Mi pájaro voló rápidamente, rebotando de vendaval en vendaval. Con el viento empujándome, apenas noté que Nissei desaparecía detrás de mí, los pilares montañosos de los Bosques de Agujas de Arena y el Río Changi se desdibujaron hasta que el paisaje parecía hecho de acuarelas descoloridas.

Me concentré en la extensión de árboles que aparecían ante mí, el bosque por el que Edan y yo habíamos pasado nuestros últimos días viajando antes de ir a ese lugar maldito, las Islas Olvidadas de Lapzur. Qué diferente se veía en los dientes del invierno. Hace solo unos meses, los árboles tenían hojas tan vibrantes como el jade más verde. Ahora el bosque resplandecía amarillo, tan brillante que me lastimaba los ojos.

Todavía no podía parar para descansar, y aunque mis piernas ardían por montar y mi garganta estaba seca por la falta de agua, todo lo que podía pensar era que Edan estaba en algún lugar cerca, más cerca de mí de lo que había estado en semanas.

Serpenteando más profundamente en el bosque, seguí a mi pájaro hacia un valle de árboles con hojas doradas y crujientes, y espinas cenicientas. Hacia el oeste, el sol comenzó a hundirse, absorbiendo el color del mundo que me rodeaba.

El aire se volvió más frío. Me estaba acercando a Lapzur. Mi pájaro de tela nos dirigió hacia el sur, pero algo me impulsaba hacia el este, hacia las Islas Olvidadas.

No algo. Yo.

El demonio dentro de mí desplazó las voces de los fantasmas en mi cabeza. A diferencia de la de ellos, su voz flotó hasta mis pensamientos, suave y seductora.

"¿Por qué molestarse en ver al hechicero?" Ella preguntó ***"Tu reencuentro solo te dolerá cuando tengas que volver a irte. Mejor ir a Lapzur ahora. Estás tan cerca. Una vez que te conviertas en la guardiana de Lapzur, puedes llamar al hechicero: pueden estar juntos nuevamente"***

Cuando la ignoré, tomó otro enfoque.

"Bandur es débil" Dijo seductoramente. Las palabras se deslizaron en mi mente, como seda demasiado suave para no tocarlas ***"Tienes los vestidos de Amana. Serás más fuerte que él… Piénsalo, Maia".***

Respiré temblorosamente al escuchar que el demonio usaba mi nombre real y traté de olvidar lo que había dicho. Pero su veneno rozó mis oídos, suave como un beso. La posibilidad que prometían sus palabras me perseguía, permaneciendo en mis pensamientos mucho después de que se callara, lo que la hacía mucho más peligrosa que los fantasmas o Bandur. Cada vez era más difícil distinguir sus pensamientos de los míos, navegar la diferencia entre lo que yo quería y lo que ella quería.

Mientras mis pensamientos vagaban, mi pájaro de tela desapareció en un dosel de hojas y mi caballo dejó escapar un gruñido de cansancio. Desmonté para dejarla descansar y luego silbé a mi pájaro.

Qué raro, ¿dónde habría ido?

Empecé a silbar de nuevo cuando una flecha me atravesó la manga y mi caballo entró en pánico y salió corriendo.

El terror se disparó en mi corazón. Soldados.

Plumas de color verde oscuro colgaban de sus cascos: fuertes estallidos de color contra el gris de sus armaduras, sus caballos y sus rostros de piedra.

Los hombres del shansen.

—Maldición —Murmuré.

La llamada para otro ataque vino detrás de mí, solo la advertencia fue suficiente para que corriera.

Otra ráfaga de flechas voló por encima de los árboles y luego cayó en mi dirección.

Esta vez, sus flechas estaban cubiertas de fuego.

Una descarga de calor pasó volando junto a mí, y la tierra húmeda chisporroteó con vapor a centímetros de mis talones. Corrí a través del bosque, girando alrededor de los árboles densamente poblados. No sería capaz de correr más rápido que sus caballos o sus flechas.

Pero mi alfombra lo haría.

—¡Vuela! —Grité, recuperándolo de mi bolsa— ¡Vuela!

La alfombra permaneció floja. Desesperada, agarré con enojo sus bordes y tiré de una de las borlas. Mi amuleto se calentó sobre mi pecho.

—Vuela —Le ordené a la alfombra de nuevo. Mi voz salió baja y gutural esta vez. Una voz que apenas reconocí.

Salté sobre la alfombra, y se disparó hacia adelante.

No llegué muy alto antes de que una red cayera sobre mí. Cuerdas gruesas y resistentes se clavaron en mi piel y mi alfombra se desplomó. Tan pronto como golpeó el suelo, estallé, tratando de abrirme camino.

Una bota me empujó hacia abajo.

—¡Te tengo! —Gritó uno de los hombres. Su espada se deslizó hacia fuera, la parte plana de la hoja pesada contra mi espalda— No te muevas.

Dos hombres me sujetaron mientras los otros levantaban la red.

Me acosté boca abajo, con el corazón acelerado y las rodillas rozándome contra la alfombra. Mi boca sabía a barro, a mugre adherida a mis labios. La rabia creció dentro de mí. Las venas de mi cuello latían y mis mejillas ardían, una ráfaga de calor me hizo hervir la sangre.

"¡Cómo se atreven!" gritó la voz dentro de mí.

Estuve de acuerdo. Con un giro de mi muñeca o un destello de mis ojos, podría tenerlos a todos retorciéndose en el suelo. Los hombres del shansen ya no existirían.

"Hazlo" Ronroneó el monstruo ***"Que se acerquen. Que me toquen. Los quemaré a todos"***

"Muéstrales tu poder, Sentur'na"

Me puse de rodillas, tan rápido que apenas sentí que la hoja raspaba mi piel. La sangre goteaba por mi brazo, manchando los bordes de la tela rasgada. La ira ardía en mis ojos.

Jadearon.

—¡D-Demonio!

Los soldados vinieron hacia mí con más fuerza y desesperación que antes. "No soy un demonio todavía" me recordé. Todavía era de carne y hueso. Salté lejos de sus espadas, asombrada por mi propia rapidez.

Un frío ondulante se deslizó sobre mí, endureciendo mi piel como una

armadura gruesa. Con cada golpe contra mí, la armadura se espesaba.

Recogí una espada caída y apuñalé al siguiente hombre que me agarró. Giré, volteando hacia otro hombre que se acercaba sigilosamente detrás de mí. Pero se puso rígido y cayó hacia adelante, con una flecha alojada en su cuello. Lo mismo con los otros dos soldados: flechas sobresalían de sus pechos y espaldas como si fueran alfileteros.

Estaba tan preocupada buscando quién me había ayudado que no me di cuenta de los dos soldados que me rodeaban por los costados. Uno enganchó su brazo alrededor de mi cuello, tratando de estrangularme hasta dejarme inconsciente, y el otro agarró mis brazos, retorciéndolos hasta que solté mi espada.

Mi amuleto se deslizó de los pliegues de mi túnica, cálido contra mi piel.

Enfoqué mi mente, tratando de acceder al hormigueo de poder dentro de mí. Pero los vestidos no me respondían, no mientras la ira de un demonio vibraba dentro de mí, hinchando mi pecho. Mis pulmones se apretaron, respirar era cada vez más difícil. Arañé el brazo del hombre. El fuego burbujeaba en mi sangre, listo para hervir si lo permitía.

Lo dejé hacerlo.

En un estallido de fuerza que me sorprendió incluso a mí, arrojé a los hombres a un lado, haciéndolos retroceder tambaleándose una docena de pasos.

Recogí mi alfombra. Estaba hecha jirones, un lío de nudos raídos que solo recordaba vagamente haber tejido. La agarré bajo mi brazo y corrí.

"Por aquí, Sentur'na. A través de estos árboles".

El océano, en el este, centelleaba, como si me hiciera señas hacia él. Pero el este era el camino a Lapzur. Ignoré las instrucciones y fui en sentido contrario. No podía distinguir el sur del este o el oeste.

Los hombres del shansen me siguieron. Me deslicé por una pendiente, patinando sobre las hojas, y me escondí detrás de un afloramiento rocoso.

Los hombres pasaron por encima de mí.

Esperé hasta que el torrente de sus ropas y armas se desvaneció en el

bosque. Entonces dejé escapar un suspiro y me desplomé contra un árbol. Finalmente, segura.

Una hoja cayó sobre mi hombro. Mientras la sacudía, otra cayó sobre mi palma. La miré, su forma de corazón extrañamente familiar.

—Una hoja de álamo —Respiré.

Una oleada de emoción burbujeó en mí, y me di la vuelta para hacer frente a la interminable arboleda de álamos que me rodeaba, cuando… Alguien me agarró. Un hombre con una capa leonada, con un carcaj de flechas casi vacío en la espalda y un delgado bastón de nogal en la mano izquierda. El hombre que había interceptado a los soldados del shansen.

Me abrazó contra él, tan cerca que podía sentir su aliento en mi cabello. apreté mi agarre los arcos de mis tijeras en mi costado.

—Se han ido —Susurró el hombre— Todo despejado.

Me escapé de su agarre y blandí mis tijeras. Sus ojos se agrandaron y retrocedió, levantando las manos para mostrar que no me iba a hacer daño.

Sus tacones golpearon el tronco de un álamo, y los cremosos capullos cayeron como nieve sobre su cabello negro. Aparte de su ropa y el bastón que había dejado caer, no se veía diferente de los otros soldados. Podría ser uno de los hombres de Khanujin, enviado para llevarme de vuelta al Palacio de Invierno. Y todavía...

—¿Maia? Maia, soy yo.

No dejé las tijeras. Mi visión estaba borrosa por los hombres que me habían asfixiado antes.

Mis manos aún palpitaban con poder.

—Soy yo —Dijo el hombre de nuevo, en voz baja esta vez. La intensidad de su mirada me hizo cosquillas, pero no de forma desagradable. Alcanzó mis manos, su toque dolorosamente familiar.

—¿Edan?

Había deseado durante tanto tiempo que nos reuniéramos de nuevo, y ahora aquí estaba él. ¿Pero era este Edan mi Edan? ¿O era una ilusión enviada por Bandur para atormentarme?

No podía distinguirlo.

Mis manos temblaron. Exhalé, el vapor de mi aliento onduló en el aire frío, y lo miré. Su expresión era tensa, los labios fruncidos y el ceño fruncido mientras mis ojos recorrían su rostro.

—¿No me reconoces? —Él susurró. El dolor brilló en sus claros ojos azules— Maia.

Maia. Incluso mi propio nombre me sonaba extraño, más extraño que nunca.

Agarré mi amuleto, ahora frío contra mi pecho y brillando con las lágrimas plateadas de la luna. Sostenerlo me calmó.

Sosteniéndolo entre mis dedos, extendí la otra mano y toqué su mejilla. Lentamente, tracé mis dedos sobre la forma de su cara, rozando mi pulgar sobre sus gruesas cejas y bajando hasta el rabillo del ojo.

Su color, azul como el mar de casa, me convenció. Ningún fantasma podría arrebatárselo.

Más rápido ahora, bajé mi toque a sus labios, fruncidos con anticipación, luego a su nariz y la pequeña abolladura en su puente, donde se había roto.

—Nunca me dijiste lo que te pasó en la nariz.

Una sonrisa familiar alivió la preocupación en su rostro, y sus ojos parpadearon, tentativamente, con esperanza.

—Un soldado la rompió cuando yo tenía siete u ocho años —Contestó — Había estado apuntando a mis dientes, pero estaba tan borracho que falló. Dijo que mi sonrisa era demasiado presumida para alguien de mi edad.

El hielo alrededor de mi corazón se descongeló y puse mis brazos sobre sus hombros.

—Edan. Me encontraste.

El alivio floreció en sus ojos y sus hombros, que habían soportado toda la tensión en el mundo, liberado.

—Te encontraría en cualquier parte, xitara.

Xitara.

En a'landiano antiguo, significaba corderito. Pero también algo más, en un idioma que nunca había aprendido.

—El más brillante —Susurré. El más brillante, en Nelrat, el idioma que Edan había crecido hablando.

Se inclinó para besarme, pero puse mi mano contra su pecho para hacerlo esperar. Quería mirarlo primero. Su barbilla estaba cubierta de pequeños pelos negros, algo que nunca había visto durante nuestros meses de viaje juntos. Hizo lo mismo conmigo, quitándome la suciedad de las mejillas, sus dedos siguiendo las líneas de mis pómulos hasta mis hombros, hasta la cadena que sujetaba mi amuleto.

El conflicto estalló en su rostro, como si no supiera si estaba feliz de verme o dolorido por el estado en el que me había encontrado. La felicidad ganó, y me besó.

Puse su mano en mi mejilla. Sus dedos estaban calientes a pesar del frío.

—No siento haberte mentido —Murmuré— De lo contrario, no te habrías ido. El emperador te habría matado...

—Sé por qué lo hiciste —Interrumpió— He tenido tiempo para pensarlo, y lo entiendo —Me tomó las manos— Simplemente no lo vuelvas a hacer.

—No lo haré.

—Bueno —Sus dedos rozaron mi mejilla hasta mi barbilla, levantándola para que nuestros ojos estuvieran a la misma altura. Si la frialdad de mi piel lo sobresaltó, no lo demostró.

Me besó con tanta ternura que todo el amor que sentía por él volvió a inundarme. Le devolví el beso, hambrienta, casi desesperada, separando sus labios con los míos y hundiendo mis dedos en su espalda. Acercándolo.

Edan se apartó primero.

—Habrá más tiempo para eso más tarde —Dijo con picardía. La sonrisa torcida en sus labios se desvaneció cuando vio que no le estaba devolviendo la sonrisa.

Había tanto aún sin hablar entre nosotros.

—Te he estado buscando durante días —Mencionó— Deambulé por las montañas de Tura, luego un halcón dijo que te había visto.

Incliné la cabeza— ¿Todavía puedes hablar con los halcones?

—Después de ser uno por siglos, todavía entiendo un graznido o dos —No supe decir si estaba hablando en serio o en broma. O ambos.

Señalé el bastón que había dejado caer. Edan me había dicho una vez que la nuez tenía propiedades mágicas, así que sabía que tenía que ser especial.

—¿Para qué es eso? Nunca te he visto llevarlo.

—Es para ayudar a canalizar mi magia —Respondió, tomándolo— Hace que los encantamientos sean un poco más fáciles en estos días.

Había un halcón de madera, toscamente tallado, posado en el extremo superior del bastón. Me pareció adecuado.

—Ven —Dijo— No estamos demasiado lejos del templo. Deberíamos irnos antes de que más soldados vengan a buscarte. Y a mí —Debió haberme visto tensarme, porque agregó, a la ligera— Si nos damos prisa, podríamos llegar a tiempo para la cena. Para un templo que ha sido olvidado durante siglos, la comida es bastante excepcional.

Su estómago rugió, no el mío. Me reí en voz baja por el sonido, pero aun así dudé.

—¿Por qué todos tratan de acosarme con comida? Tú y el Maestro Longhai y Ammi...

—La Maia que conozco nunca deja pasar la buena comida —La preocupación se deslizó en su voz, sin importar cuánto intentara ocultarlo.

—Sigo siendo el Maia que conoces —Le aseguré, no era una mentira, esperaba. Ni siquiera podía decir más— Pero no puedo ir contigo al templo. Tengo que estar en Lapzur dentro de una semana.

—Lapzur está al otro lado de las montañas Tura —Dijo Edan en voz baja— El templo está en camino. Deja que la Maestra Tsring te ayude. Y si no puede, iré contigo a Lapzur.

Mis ojos brillaron rojos en el reflejo de su mirada. Al verlos, me tapé la cara. Ni siquiera estaba enojada; Estaba feliz por primera vez en semanas. Entonces, ¿por qué habían cambiado mis ojos?

—Yo... Yo no puedo...

Edan tomó mi mano y la apartó de mi cara.

—Ahora que te encontré de nuevo, Maia, nunca te dejaré. Me quedaré a tu lado hasta que el fuego del sol se enfríe y la luz de la luna se

apague. Hasta que el tiempo borre las estrellas.

—Te has vuelto más poético desde la última vez que te vi —Señalé suavemente.

La expresión de Edan no cambió— Sé qué harías lo mismo por mí.

Al verlo de nuevo, sintiendo sus brazos alrededor de mí y su cálido aliento contra el mío, encontré que mi resistencia vacilaba.

—¿Cómo podría ayudarme la Maestra Tsring?

—Bandur fue una vez un hechicero. Y la Maestra Tsring sabe más sobre el juramento que nadie en el mundo. Quizá pueda encontrar una manera de romper tu promesa a Bandur.

Mi frente se arrugó— ¿Por qué está en el templo del dios mendigo?

—Nandun no es la más querida de las deidades de A'landi, cierto, pero es una de las más importantes. Tenía compasión por los humanos a los que le habían ordenado castigar, por lo que renunció a su estado celestial y se convirtió en un mendigo como los más pobres de la humanidad. Dio tiras de su piel dorada a los humanos, hasta que él también se hizo carne como ellos, y casi mortal. Cuando llegó la sequía y el hambre, se disolvió en el río Jingan; su sangre se convirtió en el agua para regar la tierra para los cultivos, sus huesos, pescado para alimentar a los hambrientos habitantes de A'landi.

—Nunca había escuchado la historia de Nandun contada de esta manera —Reflexioné— A menudo, lo hacen pasar por un tonto.

—Un tonto para los otros dioses, tal vez. Pero se nos enseña lo contrario: se dice que los discípulos de Nandun fueron los primeros en ser tocados por la magia. Para controlar la codicia y el hambre de poder que algunos de sus estudiantes desarrollaron a lo largo de los años, creó el juramento: para atar la magia de aquellos que perturbarían el equilibrio natural del mundo y dominarían a los dioses.

—¿Él creó el juramento? —Pregunté, con sorpresa.

—Los orígenes de la magia son desconocidos —Respondió Edan— Encontrarás que la historia cambia dependiendo de a quién le preguntes. Pero la Maestra Tsring es una discípula de las enseñanzas de Nandun y la guardiana de muchos de los misterios de la magia — Hizo una pausa— También fue la maestra de Bandur.

Una llamarada de esperanza levantó mi frente.

—¿Su maestra?

Él asintió, extendiendo una mano para que yo la tomara.

—Ven, vamos a verla.

“Nadie puede ayudarme ahora” pensé, mirando hacia el agua que brillaba en el este. Lapzur estaba por allí, más allá de su niebla, esperándome. Ya había comprado tanto tiempo de Bandur como pude.

Pero si esta Maestra Tsring había sido realmente la maestra de Bandur, tal vez tenía una oportunidad. Tal vez había esperanza.

Quizás.

Por encima de nosotros, el anochecer estaba cayendo. Amana estaba enrollando los hilos del día, desenrollando sombras y luz de luna a través del cielo envejecido. Y mi pájaro de tela había regresado, revoloteaba de árbol en árbol, percusionando el susurro de las hojas antes de aterrizar en mi palma.

Mientras acariciaba su suave cabeza, suspiré. Tal vez su regreso era una señal de cosas mejores por venir.

En contra de mi buen juicio, tomé la mano de Edan.

—Está bien, iré —Le dije— Pero solo por un día.

Capítulo 20

Un par de cejas entintadas se alzaron al verme, dibujando arrugas en la amplia frente del monje.

—Los de tu clase no son bienvenidos aquí —Dijo, alejándome de las puertas del templo— Vete ahora, antes de que mi maestra llegue y te destierre a los pozos de fuego de Di…

Lo último que necesitaba era un recordatorio de en lo que me estaba convirtiendo.

—Llama a tu maestra —Le dije, interrumpiéndolo— He venido a hablar con él.

El monje abrió la boca para protestar, pero vio a Edan a mi lado.

—¡Tú! —Gritó— Tampoco se te permite regresar aquí. La Maestra Tsring específicamente…

Al igual que yo, Edan no estaba de humor para los juegos del portero. Empujó al joven monje y yo lo seguí.

El monje pasó corriendo junto a nosotros, lanzando miradas de advertencia a Edan.

—Una vez que se entere de que regresaste, Gen, todavía estarás en problemas.

Edan y yo lo ignoramos y continuamos por el pasillo. El Templo de Nandun era antiguo, su estructura había sido tallada en la parte inferior de la montaña tan hábilmente que uno no podía decir dónde terminaba el templo y comenzaba la montaña. Pasamos por varias cámaras, escasamente ocupadas por los acólitos del maestro, con los ojos medio cerrados por la concentración.

—¿Están practicando magia? —Le pregunté a Edan.

—La mayoría lo está haciendo.

Incliné la cabeza hacia un ciruelo solitario en uno de los patios al aire libre.

—¿Cómo florece tan tarde en el año y tan alto en las montañas?

Edan me llevó a pararme debajo de sus ramas.

—Nandun se refugió bajo un ciruelo en flor —Explicó— La magia es lo que lo mantiene vivo aquí. Los discípulos se turnan para cuidarlo, y

siempre florece, incluso en pleno invierno.

—Las flores de ciruelo son las primeras flores en brotar después del invierno —Recordé— Son un símbolo de esperanza y pureza.

Arrancó una y la colocó en mi cabello, como había hecho en nuestros viajes con la flor silvestre azul que ahora guardaba presionada en mi cuaderno de bocetos.

—Y nuevos comienzos —Habló Edan en voz baja.

Encontramos a la Maestra Tsring meditando en el jardín. Tenía los ojos cerrados, y si nos escuchó acercarnos, no hizo ningún gesto para reconocerlo.

Copiando los movimientos de Edan, me senté con las piernas cruzadas en el suelo y esperé.

La Maestra Tsring parecía tan vieja y frágil que su túnica prácticamente se lo tragaba: sus pantalones colgaban flojos, los dobladillos descoloridos por la edad. Sus hombros estaban apretados, estrechando su cuerpo demacrado. Sin embargo, cuando habló, su voz era fuerte.

—Me desobedeciste, Gen —Declaró. Sus ojos se abrieron de golpe, las pupilas chispeando como carbones encendidos— Te prohibí que salieras del templo.

Edan tocó el suelo con la frente, con remordimiento.

—Perdóname, maestra. Está totalmente en su derecho de expulsarme.

—¡Así es! —La Maestra Tsring resopló— La audacia de ustedes, jóvenes hechiceros…

—…es inexcusable —Terminó Edan por ella— Sin embargo, te imploro que no castigues a mi compañera. Ella…

—Sé quién es ella —Le cortó la anciana irritada— Incluso si no hubieras hablado de ella durante todas estas semanas, reconocería el beso del demonio sobre ella. Le haces un gran daño al templo al traerla aquí.

—Todavía no ha sucumbido. Todavía hay una oportunidad para ella. Por favor, ayúdala.

La Maestra Tsring me miró, su mirada sosteniendo la mía.

Murmuró— Los problemas siempre vienen de los hechiceros que

hacen el juramento.

—Es por culpa de esta chica que mi juramento se rompió —Indicó Edan suavemente.

—Difícilmente la llamaría chica —Dijo la Maestra Tsring, señalando mis ojos rojos.

Enderecé mis hombros. Ya tenía suficiente de estar escondiéndome y encogiéndome en mi tiempo en el palacio; No me encogería más.

—Estoy aquí por tu ayuda, no por tus reprimendas.

Carraspeó— Hace mucho tiempo que un hechicero no rompe su juramento y busca mi consejo. Cuando Edan vino a mí, debería haberme dado cuenta de que su libertad tenía un precio. Aunque no hubiera esperado que tomara la forma de alguien como tú.

Su tono me provocó— ¿Una mujer? —Desafié— ¿O un demonio?

—Ambos —Respondió la maestra secamente. Volvió a gruñir y se puso de pie, rodeándome deliberadamente, su bastón golpeando el suelo de piedra entre cada paso.

Era difícil imaginar que esta figura marchita y encogida hubiera sido alguna vez la maestra de Bandur, una gran hechicera.

Edan esperó y yo me moví incómodamente.

—Interesante —Gruñó, una vez que me había inspeccionado desde todos los ángulos— Gen tiene razón: todavía no has sucumbido. Sorprendente, dado el tiempo que ha pasado desde que Bandur te marcó.

—¿Tiene ella una oportunidad? —Quiso saber Edan.

—Eso no puedo asegurarlo todavía —Tsring me golpeó las costillas con el bastón— Dicen que el vientre tiene mejor memoria que el corazón, y debo estar de acuerdo. Déjanos comer —Su bastón golpeó el suelo— Uno no puede desentrañar la maldición de un demonio con el estómago vacío.

No pude quitarme la sensación de que el almuerzo era una prueba.

Aunque no había comido durante días, no tenía hambre. Los monjes me sirvieron un cuenco humeante de sopa de zanahoria, con leche de soja, tofu y col en escabeche, una comida que debería haber consumido con avidez. Pero tuve que forzar cada bocado, como si estuviera comiendo papel. Incluso el té que servían, un famoso brebaje

amargo llamado Lágrimas de Nandun que se volvía más dulce a medida que uno lo bebía, no tenía sabor para mí.

La Maestra Tsring no habló durante el almuerzo, ni tampoco Edan. Su silencio me inquietó y descubrí que mi atención se dirigía a la mesa contigua a la nuestra, en la que los alumnos de la maestra se apiñaban en dos bancos largos.

Sólo unos pocos eran a'landianos. Vestían túnicas azules desteñidas y cada uno iba acompañado de una criatura: una tortuga, un gato e incluso un oso joven. Sus miradas me pesaban, aunque rápidamente desviaron la mirada.

Eran mis ojos rojos lo que estaban mirando, lo sabía. Mis ojos desconcertaron incluso a Edan.

Vi a una estudiante encantar su sopa en pasta de sésamo negro, un postre que a Finlei le encantaba. Se lo bebió rápidamente, antes de que alguien la viera. Pero la Maestra Tsring se aclaró la garganta y golpeó la mesa con el puño una vez.

—El encantamiento debe usarse durante tus estudios, no en las comidas.

El rostro de la chica se sonrojó de vergüenza.

—Sí, señora.

Eso fue todo lo que dijo la Maestra Tsring durante la comida. Estaba perdida en sus pensamientos, masticando un panecillo al vapor, ligeramente sazonado con cebolletas. Yo había dejado el mío intacto.

Cuando los discípulos despejaron la mesa y se fueron, raspó la cuchara contra el cuenco vacío de nuez.

—He tomado una decisión sobre tu compañera, Gen.

Mis hombros se elevaron con tensión.

—No queda ninguna esperanza para esta —Dijo gravemente la Maestra Tsring— Llévala a Bandur inmediatamente, antes de que nos arruine.

—Pero aceptaste que aún no ha sucumbido.

—Eso no importa —Los dedos marchitos de Tsring señalaron mi amuleto— Ella ya ha sido nombrada.

—¿Nombrada? —Repetí.

Su voz era baja— Sentur'na.

Al escucharlo en voz alta, sentí que se me helaba la sangre. Esa palabra me había perseguido durante semanas. *Sentur'na*.

—La Trituradora —Tradujo Edan lentamente.

El Maestro Tsring gruñó

—O, más literalmente, cortadora del destino.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—No. Ese no es mi nombre.

—Pronto lo será. Es el nombre que obedecerán los fantasmas. Tú misma no conocerás a ningún otro. Un hechicero puede tener mil nombres, pero un demonio solo tiene uno.

—Será diferente para ella —Insistió Edan, saliendo en mi defensa— Bandur mató a su maestro y, debido a su atroz acto, fue maldecido para convertirse en el guardián de Lapzur. Maia eligió este camino... por amor.

La Maestra Tsring consideró esto.

—Es realmente raro que uno elija convertirse en un demonio. Quizás por eso su transformación es lenta. Pero el resultado será el mismo, sin importar la demora.

—Si regreso a Lapzur, Bandur será libre —Dije lentamente— ¿Qué será de él entonces?

—Solo en Lapzur es grande su poder —Respondió Tsring— Pero buscará hacer tratos con los tontos, esparciendo dolor y ruina. Mis discípulos y yo estamos preparados para enfrentarlo.

—¿Y cómo será para mí convertirme en un demonio? —Pregunté en voz baja.

—Seguirás cambiando —Respondió— Tus ojos son solo el comienzo. El resto vendrá, pero es difícil decir qué forma tomarás.

—¿Qué forma? —Repetí, antes de darme cuenta de lo que quería decir. Un dolor subió a mi garganta. Bandur tomaba la forma de un lobo; Gyiu'rak, era un tigre. Pronto sería mi turno. ¿En qué me convertiría?

—Los demonios que comenzaron como hechiceros son especialmente

poderosos —Continuó la maestra Tsring— Pero no tienes juramento y no tienes educación en magia.

Tsring se cruzó de brazos sobre la mesa. Los bordes de sus mangas estaban manchados con sopa de zanahoria.

—La magia en ti es salvaje. La puedo oler. Es como madera ardiendo sin llama, el humo es tan denso que hace que el aire sea difícil de respirar —Me miró con severidad— La magia demoníaca se alimenta de la destrucción. Una rabia insaciable. El deseo de venganza. Estos son signos de cambio.

Con un escalofrío, recordé mi enfado con los soldados del shansen, el emperador Khanujin, incluso con Ammi... lo mucho que quería hacerles daño. Qué fácil había sido ceder.

Cuando no dije nada, la Maestra Tsring continuó.

—El poder de un demonio reside en su amuleto, que solo puede ser destruido por el propio demonio o por una fuente de magia poderosa como la sangre de las estrellas. Como centinela de las Islas Olvidadas, Bandur las protege con celo, ya que puede provocar su desaparición.

Estaba manoseando mi amuleto sin darme cuenta. Su color se había oscurecido, las crestas de la cáscara de la nuez eran de color gris carbón y la grieta del vidrio en el centro era turbia en lugar de clara. El cambio de color hizo que mi corazón saltara.

—¿Qué pasa con el poder de los hijos de Amana?

El Maestro Tsring me miró, su expresión ilegible.

—Una pregunta curiosa que pocos harían. Gen me dijo que pudiste coser los vestidos de Amana.

—Sí.

Tsring masticó un tallo de caña de azúcar, considerando.

—El demonio se hace más fuerte en ti cada día. Dado que eres la creadora de los vestidos, sucumbirán a la oscuridad junto contigo. Pero los vestidos son tanto tu salvación como tu ruina; ellos son la fuente del poder en tu amuleto. Si los destruyes, serás libre de Bandur —Una pausa deliberada— Pero también morirás.

Me quedé en silencio, ahogando un grito.

—Esa no es una opción —Dijo Edan con voz áspera. Sus siguientes palabras llegaron rápidamente, como si quisiera olvidar lo que había

dicho Tsring— ¿Qué pasaría si destruyéramos las Islas Olvidadas?

Tsring negó con la cabeza— Incluso si eso fuera posible, no hay forma de liberarla. Su promesa está sellada por partida doble, por el demonio y la diosa.

Sus palabras se hundieron en mí.

—Ya destruí uno de los vestidos —Dije firmemente— La risa del sol.

La expresión de la maestra se oscureció.

—Al hacerlo, has acelerado tu fin. Esos tres vestidos son tu cuerpo, tu mente y tu corazón.

Me puse rígida ante la revelación. Desde que sacrifiqué el vestido del sol, mi cuerpo se había vuelto insensible a todo menos al calor y al frío extremos. Desde que me recuperé de mis heridas en el Palacio de Invierno, tampoco había sentido dolor.

—Lo que dice Gen es verdad —Continuó Tsring— Ya has durado más que la mayoría. Tu devoción por tu familia, tu amor por Gen y el de él por ti: esta es tu fuerza, la barrera que te protege de Bandur. Pero tú sabes mejor que nadie que el muro se está desmoronando. Tus recuerdos serán los próximos en irse. Sin ellos, no somos más que cáscaras vacías. Te estás quedando sin tiempo.

—Así que estás diciendo que debería rendirme y dejar que Bandur gane —Mis fosas nasales se ensancharon, una oleada de ira acelerándose dentro de mí.

Tsring me miró fijamente a los ojos hirviendo. Lo que sea que vio allí no le agradó, porque sus labios se arrugaron en una mueca.

—Quédate esta noche, pero vete mañana a Lapzur. Un poco más y te convertirás en un peligro para mis discípulos y la paz aquí en este templo. Me veré obligada a someterte.

“¿Qué te hace pensar que puedes ganar contra mí?” Casi escupo. Pero me mordí la lengua para evitar que las palabras se derramaran. Tamborilearon en mí, el impulso de mostrarle a Tsring que no me encogería ante ella. Ella, una mera hechicera.

Apreté mis manos con fuerza mientras la Maestra Tsring se levantaba y salía del comedor, dejándonos solos a Edan ya mí.

—Hemos perdido el tiempo viniendo aquí —Le dije.

Edan puso su mano sobre la mía. Había estado callado los últimos

minutos.

—No me dijiste que sacrificaste el vestido del sol.

Tragué saliva, parte de mi ira se desvaneció.

—El Palacio de Otoño estaba bajo ataque. Cientos de vidas estaban en juego.

—Debería haber estado allí contigo.

Mis hombros cayeron y aparté mi mano de la de Edan.

—Es mejor que no lo estuvieras. No había nada que pudieras haber hecho.

Inmediatamente después de que lo dije, deseé poder retractarme de las palabras. Lo picaron. A mí también me picaron.

—Lo siento. Yo no…

—La Maestra Tsring está equivocada acerca de ti —Interrumpió Edan — Se culpa a sí misma por lo que le pasó a Bandur, tanto que no puede ver que eres diferente. Habla con ella de nuevo —Se levantó— Estaré en la biblioteca.

Sola, di un puñetazo en la mesa. Si no fuera por Lady Sarnai, no habría tenido que hacer estos malditos vestidos, la raíz de todo lo que había salido mal. Y si no fuera por el emperador Khanujin y el shansen y su estúpida guerra, habría crecido con mis hermanos y nunca habría tenido que ir al palacio en primer lugar.

Lady Sarnai, Khanujin, el shansen. Los odiaba a todos. Incluso odié a la Maestra Tsring por darle a Edan falsas esperanzas de que podía salvarme.

Pero, sobre todo, odiaba a Bandur. Inhalé hondo.

—Recuerda lo que dijo la Maestra Tsring —Murmuré, tratando de calmarme— La venganza es el camino a tu caída.

"Pero vas a caer de todos modos" Dijo la voz del demonio dentro de mí ***"También podrías destruir a aquellos que te han lastimado en el camino"***.

Sentí que mi sangre comenzaba a helarse. Buscando a tientas el control, agarré el borde de mi taburete, clavando mis uñas en su madera rígida.

"Vete".

“Pero, ¿cómo puedo hacer eso, Sentur'na? Yo soy tú. YO SOY TÚ”.

Me puse de pie, mi corazón latió con fuerza cuando mi taburete se cayó detrás de mí. El silencio me saludó cuando irrumpí en el pasillo. El demonio no me había seguido.

Aliviada, me apoyé contra la pared para esperar a que mis oídos dejaran de zumbar.

—¿Edan? —Llamé entonces.

El salón estaba vacío. Ni rastro de Edan o de la Maestra Tsring.

Me dirigí hacia el patio, cuando un parpadeo de mi reflejo en la ventana me llamó la atención. En contra de mi buen juicio, me detuve a mirar. Mi rostro se había vuelto demacrado, mis mejillas tan hundidas que podía ver la inclinación de mis huesos curvándose hacia mi barbilla.

Eso no fue todo. Mis pupilas parpadearon como dos llamas, y mi piel estaba tan pálida que brillaban venas azules.

Todo el aire se me fue de golpe. Mi cuerpo se tensó y se inclinó.

—Esa no soy yo —Insistí, golpeando mis nudillos contra el vidrio de la ventana— Muéstrame quién soy. La verdadera yo.

Esperé, pero mi reflejo no cambió. Este no era un espejo encantado de la verdad, solo una lámina de vidrio.

“Incluso si fuera un espejo encantado, te mostraría lo mismo. Ésta es quién eres ahora” Miré hacia el techo, buscando la sombra del demonio que acababa de hablar. Pero era mi demonio, el que estaba dentro de mí.

Y ella tenía razón.

Un ataque de ira se apoderó de mí, mis puños temblaban a mis costados. No podía controlarlo, la rabia caliente e hirviendo burbujeaba en mi garganta.

Golpeé la ventana. Se agrietó, pero no se hizo añicos. Miles de reflejos de mí misma me devolvieron el parpadeo, cada una con ojos rojos y mejillas hundidas.

Me quedé boquiabierta y me aparté de la ventana rota, tambaleándome por el pasillo. Mis nudillos sangraban, la piel debajo

rosada y en carne viva. Pero mis nudillos no me dolían. En absoluto.

—Mi nombre es Maia —Me dije a mí misma, una y otra vez— Mi nombre es Maia Tamarin.

Tiré de mi cabello, tratando de agarrar algo, cualquier cosa, que me ayudara a aferrarme a la chica que una vez había sido. Mis dedos encontraron la flor de ciruelo que Edan había puesto en mi cabello y la sostuve en mi palma.

Empecé a cerrar los dedos sobre los pétalos, pero entró una ráfaga de viento y me quitó la flor de la mano. Me lancé tras ella, pero ya era demasiado tarde. Se alejó montaña abajo.

La había perdido y nunca podría recuperarla.

Capítulo 21

Esa noche, los fantasmas de Lapzur me atormentaron. Se posaron en los árboles torcidos fuera de la ventana de Edan, el cabello blanco les caía desde el cuero cabelludo, derritiéndose en la luz de la luna, sus voces bajas y ásperas. Ya había pasado el crepúsculo, todo el templo estaba cubierto de oscuridad. A mi lado, Edan dormía plácidamente.

"Vuelve" suplicaron los fantasmas. Una y otra vez hicieron las mismas súplicas, sus ojos negros y huecos seguían mis movimientos mientras daba vueltas y vueltas.

"No luches contra nosotros, Sentur'na. Tú perderás. Morirás".

Cerré los ojos con fuerza, recordando la advertencia de la Maestra Tsring para mí. Que los vestidos eran tanto mi salvación como mi ruina: si los destruía, me libraría de Bandur.

Pero también moriría.

Una ráfaga de viento abrió la ventana. Salté para cerrarla, luego me acurruqué contra Edan en la cama.

—¿No puedes dormir?

Rodé sobre mi costado para encontrar a Edan mirándome. Las llamadas de los fantasmas retrocedieron al fondo de mi mente.

Seguía siendo el mismo chico que había llegado a amar durante nuestros viajes, pero había cambiado desde que fue liberado de su juramento. Durante nuestros pocos momentos juntos, sonreía más y se reía con facilidad. Si no fuera por la maldición que se cernía sobre mí, pensé, con una amarga punzada en el corazón, él siempre estaría sonriendo.

—¿Pesadillas? —Preguntó.

No respondí. En cambio, me deslicé más cerca de él, disfrutando silenciosamente el calor que emanaba de su piel.

—¿Por qué te llaman Gen aquí?

Edan cruzó un brazo debajo de su cabeza— Era mi nombre antes de convertirme en un hechicero. No me llamarán por ningún otro nombre hasta que recupere suficiente magia para merecerlo.

—¿Entonces ya no tienes mil nombres?

—Por ahora —Dijo, con un brillo en los ojos— No te preocupes, los recuperaré.

Nos reímos, pero el sonido me pareció hueco. No quería que nuestros últimos días fueran así, fingiendo que todo era como solía ser.

Ante mi silencio, insistió:

—¿Estás preocupada por lo que dijo la Maestra Tsring?

—No —Dudé. Habíamos buscado a la maestra después de la cena, pero no estaba por ninguna parte— Solo estaba escuchando.

—¿Escuchando? —Mostró una sonrisa— ¿A mí?

—Estabas roncando —Bromeé.

—Ah, cómo han cambiado nuestros roles —Una nota agridulce tocó su voz— Recuerdo cuando estábamos en el Camino, yo era el que te escuchaba. Roncas un poco antes de quedarte completamente dormida. Me había acostumbrado al sonido.

Lo golpeé juguetonamente en las costillas.

—Yo no ronco.

—No lo haces. Excepto cuando estás exhausta —Tomó mi mano y frotó mis nudillos magullados, una pregunta en su ceja levantada. La diversión huyó de su tono— ¿Qué te pasó aquí?

Retiré mi mano— Nada.

—Maia... dime.

Yo no lo miraba. Miré el techo, luego las ranuras en las paredes de granito. Finalmente dije:

—Yo... me enojé conmigo misma después del almuerzo.

—¿Por qué? —Presionó.

—A veces veo cosas, escucho cosas....

—De Lapzur —Murmuró Edan, apretando su mano sobre la mía— ¿Cuándo fue la primera vez?

Vacilé, escuchando el susurro de las hojas fuera del monasterio, los guijarros cayendo contra las paredes de piedra. Los fantasmas habían desaparecido, y alivié mi respiración, dejando que mis hombros se relajaran. Solo un poco; Sabía que no me habían dejado por completo.

La sombra de Lapzur se cernía sobre mí como un sudario.

Edan volvió a preguntar.

—¿Qué viste hace un momento, fuera de la ventana?

—Los fantasmas de Lapzur —Susurré— No están contentos conmigo por venir aquí —Los ojos oscuros de Edan brillaron.

—¿Todavía están allí?

—No, se fueron —Fue mi turno de sonreír, aunque me costó un esfuerzo— Tal vez recordaron tener miedo de ti.

—¿Con qué frecuencia te visitan? —Preguntó en voz baja.

—Cada noche. A veces en el día, también. No quería preocuparte...

“Es más fácil luchar contra ellos cuando estoy contigo” quería decir. “Es más fácil volver a mi antiguo yo y hacerme creer que tengo más tiempo. Más fácil mirarme al espejo y recordar quién soy”. Pero no pude.

—Es por eso que no has podido dormir.

—No necesito hacerlo.

Si lo que dije le preocupó, no lo demostró. Me envolvió en sus brazos, estrechándome contra él.

—Descansa ahora. ¿Qué hacían tus hermanos cuando eras pequeña y no podías dormir?

Pensé mucho.

—Sendo me contaba historias cuando había una tormenta. Les tenía más miedo a los truenos que a los relámpagos. Keton solía bromear conmigo diciendo que el trueno era un espíritu maligno hambriento de los corazones de las niñas pequeñas. Le gustaba asustarme.

—Espero que haya recibido una paliza por eso —La ironía de su tono me hizo sonreír.

—Finlei le dio tareas adicionales como castigo.

Nos reímos y apoyé la cabeza en el hueco de su brazo, más tranquila ahora.

—¿Alguna vez extrañas a tus hermanos? —Pregunté.

—A veces —Admitió— Ojalá los hubiera conocido tan bien como tú conociste los tuyos. Me gusta pensar que están viviendo su nueva vida ahora, con el estómago lleno y el corazón lleno. Vidas mejores que las que llevábamos.

—¿Sus nuevas vidas?

—En Nelronat creíamos que esta vida es solo el comienzo. Que nuestras almas renacen en una siguiente vida y una próxima a esa, y que aquellos a quienes amamos están atados a nosotros para que podamos reencontrarnos.

—Creemos en algo similar en A'landi —Me apoyé en un codo y busqué en mi bolsa el carrete de hilo rojo opaco que Ammi me había dado en la posada— Mi madre creía en el destino —Desenrollé el hilo, envolviéndolo alrededor de su muñeca— Me dijo que había un hilo invisible que me unía a otra persona —Levanté la vista para encontrarme con sus ojos— Alguien a quien estaba destinada a conocer y a quien estaría ligada toda mi vida.

Presioné mis palmas contra las suyas, estudiando sus manos, las palmas una vez manchadas con la sangre de las estrellas. No eran las manos de un noble. Áspero a lo largo de los costados con callos como los míos, pero sus dedos eran largos y elegantes.

Lentamente, até el hilo alrededor de su muñeca y lo anudé.

—Dijiste que ahora soy tu juramento —Susurré— Así que te ato a mí. Pase lo que pase, regresa el noveno día del noveno mes. Cada año, te esperaré, junto al mar donde crecí, de vuelta a casa en Puerto Kamalan.

Edan me atrajo hacia él, envolviendo sus brazos alrededor de mí con tanta fuerza que su corazón latía contra mi oído. Me besó, el calor de su aliento me derritió.

—No dejaré que te tenga.

—No depende de ti. Depende de mí —Extendí mi muñeca para que Edan atara un hilo alrededor.

Mientras lo anudaba, él volvió a hablar en un tono tan bajo que casi no lo escuché:

—He estado pensando en lo que dijo la Maestra Tsring. Sobre destruir Lapzur.

—He estado pensando en eso también —Admití— Bandur ya no

existiría... pero mi compromiso con él seguiría en pie.

—Sí, pero no estarías atada a las islas.

Pude ver un plan desarrollándose en la mente de Edan, la esperanza surgiendo de la desesperación. ¿Me atrevería a tener esperanza también?

—No puede ser fácil destruir Lapzur —Razoné— Si lo fuera, alguien más lo habría hecho hace mucho tiempo.

—Bandur es un guardián formidable —Estuvo de acuerdo Edan— Y su ejército de fantasmas es fuerte. Pero estoy dispuesto a correr el riesgo.

Lo miré, luego a los hilos rojos a juego en nuestras muñecas. Una protesta murió en mi labios.

Edan volvió a hablar:

—La maestra Tsring dice que nunca recuperaré toda la magia que tenía mientras estaba bajo juramento, pero algo volverá a mí —Edan levantó la mano y los hilos alrededor de nuestras muñecas se calentaron, los extremos se estiraron el uno para el otro— La magia que tenía cuando era niño.

Su frente estaba húmeda por la transpiración, una delgada línea acuosa deslizándose por su temple.

—Me temo que no será suficiente para salvarte de Bandur. O a A'landi de la codicia del shansen y el orgullo de Khanujin.

—Has hecho lo suficiente para proteger a A'landi durante cien vidas —Afirmé— La batalla contra Bandur no es tuya para pelearla. Es mía.

Sostuve su mejilla para que nuestros ojos estuvieran al mismo nivel.

—Una vez me dijiste que los vestidos de Amana no eran para este mundo. Su poder está en mí ahora. Si eso no es suficiente para derrotar a Bandur y salvar a A'landi, entonces no sé lo que es.

—Suenas como si no me necesitaras en absoluto —Bromeó suavemente.

—Estás equivocado —Susurré. Lo necesitaba más que nunca. No fueron los vestidos los que me obligaron a aferrarme a lo que era, sino Edan y mi familia— Sin ti, estaría perdida —Volví a apoyar la cabeza en su brazo— Canta para mí —Le pedí en voz baja— Quiero escuchar esa tonada que siempre tocabas en la flauta cuando viajábamos.

—¿Ésta? —Edan comenzó a tararear, su garganta vibraba con esa canción simple que había llegado a amar tanto.

—¿Cómo se llama?

—No tiene nombre —Respondió— Mi madre me la cantaba cuando era niño. La cantaba para recordar mi hogar cuando estaba en el monasterio, luego para calmar a los caballos cuando me llevaban a la guerra. Ha estado conmigo durante mucho, mucho tiempo.

Juntos tarareamos la melodía, su energía melodiosa era tan nostálgica y simple que pensé en Puerto Kamalan, en mis hermanos y en mamá. A medida que la melodía se acercaba a su final, un anhelo de mi hogar se hinchó en mi garganta y apenas pude tararear la última nota. Ese dolor me acompañó durante mucho tiempo, incluso cuando el ritmo de mi respiración finalmente se estabilizó, coincidiendo con el de Edan.

Pero todavía no podía dormir.

Esperé una hora antes de atreverme a moverme. Edan se había vuelto a dormir, así que, con cuidado de no molestarlo, me levanté y me senté en su escritorio para escribir una carta a casa.

“Queridos Baba y Keton,

Siento haberme ido tan de repente. El emperador me llamó…

Rezo para que estén a salvo y lejos del campo de batalla, y no necesites el consuelo de esta carta. No sé cuándo podré escribir de nuevo, pero escribo ahora para decirles que estoy bien y atendida. Por favor, no se preocupen por mí.

Keton, por favor ten cuidado. Babá tú también.

Si no los vuelvo a ver, que sepan que mi corazón está con ustedes.”

Mi pincel se detuvo y me agarré la cabeza con la mano. ¿Cómo podía decirles que había llegado a poseer un poder indescriptible y que tanto el emperador Khanujin como el shansen estaban peinando el país en mi busca? ¿Cómo podría escribir que sus vidas estaban en peligro, por mi culpa, y que no podía protegerlos ni siquiera a ellos... porque yo era la última persona en la que confiaba?

Porque me estaba convirtiendo en un demonio.

Lo que había escrito tendría que ser suficiente. No había nada que pudiera agregar que no causara dolor a Baba y Keton.

Tomé mi pincel de nuevo y busqué una página nueva. Mis dedos temblaban, como si no pudiera recordar cómo poner mi pincel en la tinta, como si mis manos no supieran cómo formar caracteres en el papel. Apreté el mango con fuerza, la tinta que goteaba corrió debajo del costado de mi palma.

Esta vez, le escribí a Edan.

"Hace mucho tiempo, a una niña tonta le pidieron que tejiera el sol, bordara la luna y pintara las estrellas, tres tareas imposibles que no creía poder lograr. Pero esa niña tonta tuvo suerte, más aún porque esas tres tareas imposibles liberaron al chico que amaba.

Tengo suerte, Edan. Sé que, por cada amanecer, el atardecer debe desentrañar su oscuridad. Sé que tengo que pagar un precio por lo que hice, pero no cambiaría ninguna de las decisiones que tomé.

Aun así, no voy a mentir. Las sombras se aferran a mí y la oscuridad me envuelve. Algunos días, ni siquiera recuerdo cómo colocar mi aguja en la tela. Preferiría dejarte ahora mientras aún recuerdo tu cara, tu voz, tu nombre".

Tragué, aflojando mi agarre en el pincel.

"Y si alguna vez te sientes solo, cuando me haya ido, ve con mi padre y mi hermano. Ellos sabrán quién eres y te amarán. Cuídalos y protégelos, como me protegerías a mí.

Te lo ruego, Edan, déjame ser fuerte. Déjame ir".

Soplé una vez sobre la carta para secar la tinta, luego la deslicé en uno de los bolsillos de su capa, metiéndola dentro de su flauta para que no la encontrara de inmediato. Si tuviéramos éxito en derrotar a Bandur y en quitarme su terrible maldición, la recuperaría y la quemaría. Si no, lo dejaría. Y cuando lo hiciera, al menos tendría una parte de mí, de mi verdadera yo, sin importar lo que sucediera.

Solo quedaba una tarea.

Alcanzando mis herramientas de sastre, toqué mi amuleto para invocar el vestido de la sangre de las estrellas. Era el más voluble de mis vestidos y el que más me conectaba. Me había abstenido de repararlo durante tanto tiempo, sin querer recordarme lo que había sacrificado para hacerlo.

Chorros de seda brotaron del amuleto y el vestido pintado con estrellas se materializó en mis brazos. Aunque el corpiño estaba rasgado y las faldas desgarradas, verlo todavía me llenaba de

asombro. Cuando lo puse sobre mi regazo, su tela cobró vida con mi toque, desatando un tesoro de colores, sobre todo un violeta vibrante y reluciente, como estrellas que brillaban desde el otro lado del universo. Y suficiente poder, esperaba, para matar a un demonio.

Me puse manos a la obra.

Capítulo 22

Un golpe de luz del sol acarició mi rostro, abriendo mis párpados.

Parpadeé, sin recordar que me había quedado dormida. Pero estaba de vuelta en la cama, con una fina manta de muselina doblada sobre mí, y Edan se había ido.

En mi almohada encontré una flor de ciruelo fresca y una nota escrita con la letra pequeña y elegante de Edan.

"Voy a buscar a la Maestra Tsring. Hay bollos fritos y tortas de maní para el desayuno. Te gustarán los pasteles. Te guardaré un poco antes de que se acaben".

Metiendo la nota en mi bolsillo, sonreí. Confíe en Edan para recordar mi gusto por lo dulce. Respiré, inhalando el aroma de maní fresco en la plancha. La vieja yo habría bajado las escaleras para devorar los pasteles, pero ahora no me tentaban en absoluto.

Me vestí y corrí a buscar a Edan, pero la misma Maestra Tsring me interceptó en el hueco de la escalera.

—Ven —Dijo antes de que pudiera tartamudear un saludo matutino.

Me hizo señas para que lo siguiera, por las escaleras de caracol de madera hacia un corredor cavernoso construido dentro de la montaña. El corredor se hizo más angosto y salimos a un hueco al aire libre detrás de una cascada. A pesar de la precipitación de las cascadas, el aire aquí estaba en calma.

Estatuas de Nandun manchadas por el agua, talladas en piedra y jade, se erguían a lo largo del borde de la roca.

—Llamamos a este santuario la Cascada de la Paz —Dijo la Maestra Tsring, sentada en el suelo húmedo. Seguí su ejemplo. El agua golpeaba detrás de mí, un rocío fresco rociaba la parte de atrás de mi cuello— Les digo a mis estudiantes que vengan aquí cuando las responsabilidades de la magia los perturben.

Me dio un momento para absorber sus palabras.

—Pocos hechiceros caminan por esta tierra, Maia. Raro es el don de la magia, más rara aún la capacidad de manejarla. Gen era uno de los más poderosos, pero ni siquiera él entendió que servir mil años al lado de hombres y mujeres de grandes destinos es tanto una carga como un regalo.

—Él lo sabe ahora —Expresé en voz baja— Él es conocido desde hace mucho tiempo.

—Ha aprendido a vivir con arrepentimiento —Coincidió Tsring— Aun así, si no te hubiera conocido, es probable que hubiera completado su juramento.

—Yo…

—Mejor que lo rompiera ahora que más tarde —Dijo la maestra sobre mí— Mis discípulos aquí nunca harán el juramento. Nunca probarán el poder que poseía Gen, y nunca soportarán el sufrimiento que te ha sobrevenido.

—¿Qué está tratando de decirme?

—Malos tiempos aguardan a A'landi —Expuso la Maestra Tsring con cautela— Hay muchas cosas buenas que Gen todavía puede hacer, a pesar de que nunca será tan poderoso como lo fue una vez. Te pido que vayas sola a Lapzur, para que él pueda quedarse aquí y completar su entrenamiento.

—¿U-Usted quiere que lo deje? —Farfullé.

—Sería lo mejor. Pensé que podría ayudarte, Maia. Realmente lo creí —La anciana hizo una pausa y fijó su atención en un chorro de agua que se deslizaba por las rocas— Pero ahora veo que deberías haber dejado que Gen se convirtiera en el guardián. Armada con el legado de la diosa, eres una demonio mucho más peligrosa de lo que hubiera sido él.

Sus palabras hicieron que mi pecho se apretara. Una ola de irritación me recorrió y me mordí el labio, tratando de dominar mi temperamento creciente. No iba a enojarme. No iba a hacerlo.

La maestra inclinó la cabeza, consciente de mi lucha. Adoptó un tono más suave.

—Mis discípulos se quejan de que soy dura. No me ando con rodeos porque he visto lo que puede hacer ocultar la verdad. Quizá si hubiera sido más dura con Bandur, no habría roto su juramento. Tal vez no lo habría tomado en primer lugar —Los labios de la Maestra Tsring se afinaron y se formaron arrugas en las comisuras— Si no logras derrotarlo en Lapzur, estaré lista para él cuando sea liberado.

—Está equivocada acerca de mí —Declaré, poniéndome de pie— No voy a convertirme.

—No importa de cualquier manera.

Giré bruscamente para enfrentarla. Su declaración fue firme, sus ojos claros. Esto no era lo que nos había dicho ayer en el almuerzo.

—Solía tener el don de la profecía —Explicó— Su poder se ha desvanecido desde que completé mi juramento, pero de vez en cuando, la visión vuelve a mí. No importa cuántas veces mire las llamas, no importa cuántas veces lance las piedras o lea las hojas, es el mismo resultado. ¿Para ti, Maia Tamarin? No veo nada más que cenizas —Se levantó para pararse a mi lado— Tú también lo sabes.

La niebla de las cascadas nubló mi visión, y bajé mis pestañas, tratando de secarme los ojos parpadeando.

—¿Es por eso que quería hablar conmigo esta mañana? ¿Simplemente para decirme que moriré incluso si derroto a Bandur?

—Ya sea que lo derrotes o no en Lapzur, tu misma sigues siendo tu mayor enemiga. No puedes sobrevivir a la batalla contra ti misma — Tsring exhaló, levantando los brazos— Aun así, no todo es tan sombrío como parece. Hay una rasgadura en los cielos, creada por magia. El Tejedor, tu antepasado, fue el primero en repararlo, pero fue descuidado y dejó un rastro de su magia entre sus descendientes mortales.

Observó las tijeras que colgaban de mi cinturón.

—Gracias a la estupidez de los hechiceros y los demonios, la rasgadura en los cielos ha regresado. Te corresponde a ti repararla una vez más. Maia, dos poderes chocan dentro de ti ahora. Estoy segura de que lo has sentido. Los vestidos te instan a sanar los cielos, pero el demonio interior te insta a destrozarlos. Cualquiera que sea la voz que elijas escuchar, determinará el legado que dejes atrás.

Tragué saliva.

—¿Qué pasa con Edan? ¿Vio su destino?

—El destino de Gen es más fluido. Que viva o no depende en gran medida de las elecciones que hagas.

—Es por eso que cree que debería quedarse —Susurré.

—Lo que él elija, lo respetaré —Respondió la Maestra Tsring. Luego vaciló— Le pedí que se quedara antes de que fuera a buscarte. Le dije que estaba destinado a la magia. ¿Sabes lo que respondió?

La respuesta sonó familiar, como si viniera de un sueño.

—Que… Estaba destinado a la magia, una vez, pero debido a Maia, ya no soy el hechicero que era antes. Estoy destinado a ella ahora. Ella está por encima de todo.

Una pequeña sonrisa tiró de los labios de la anciana.

—Exacto, eso es lo que quería decirte. Ve ahora. Elige bien.

Empecé a alejarme de la Maestra Tsring, luego me detuve.

—Gracias —Murmuré en voz baja, antes de apresurarme a regresar al templo.

Corrí por el pasillo, ignorando las miradas de sus discípulos cuando irrumpí en el comedor, con los ojos enrojecidos. No me importaban sus miradas, ni el decoro del templo. Corrí a los brazos de Edan, casi derribándolo mientras lo abrazaba y hundía mi rostro en su túnica.

—Maia —Respiró.

Lo miré, notando las líneas serias que surcaban su ceño, la preocupación brillando en sus ojos. Sabía que no había necesidad de hacer la pregunta persistente en mi lengua.

—¿Quedan más pasteles de maní? —Pregunté en su lugar.

Las líneas en su frente se suavizaron y se rió entre dientes— Escondí algunos para ti —Hizo una pausa, me conocía demasiado bien— ¿Qué sucedió?

—Me encontré con la Maestra Tsring —Confesé, las palabras saliendo de mi boca— Cree que sería peligroso para ti ir conmigo. Ha visto...

—¿Que podría morir? —Edan terminó por mí.

Me mordí el labio y miré al suelo. Por un momento, volví a ser la misma de antes.

Levantó mi barbilla hacia arriba, una chispa de picardía en sus ojos.

—No dejaré que te devuelvan la alfombra si me dejas atrás.

—Ya no vuel…

—Lo hace ahora. Conseguí que algunos de los discípulos la arreglaran esta mañana —Entrelazó sus dedos con los míos— Iré contigo, Maia. No te librarás de mí tan fácilmente.

Era difícil no derretirse, incluso para una casi demonio como yo.

—Todo el mundo está mirando.

—No me importa —Él sonrió y besó mi mejilla— Ven, come antes de que se termine el desayuno.

Apenas eché un vistazo a la generosa variedad de comida. Mi encuentro con la Maestra Tsring había borrado cualquier apetito que pudiera haber tenido.

—Vámonos ahora. No quiero quedarme aquí por más tiempo.

Deberíamos haber tardado una semana en llegar al lago Paduan, pero llegamos antes del anochecer del tercer día. Era como si Bandur, las islas mismas, supieran que venía y enviaran vientos para traerme de regreso.

Los dedos helados del lago agarraron mis piernas cuando me deslicé de la alfombra y pisé la orilla. Cada aliento sabía amargo, picando mi garganta. Con cada paso, me hundía más profundo, más pesado, en la arena, sabiendo que Lapzur había estado esperando que regresara. Ahora que estaba de vuelta, nunca me dejaría irme.

Tracé la grieta en mi amuleto, invocando el vestido de la sangre de las estrellas en voz baja.

Un líquido oscuro como la tinta brotó del caparazón negro azabache. La seda bailaba en cintas de humo y niebla, fluía entre mis dedos y se enroscaba sobre mis hombros. Mangas enroscadas sobre mis brazos, ligeras como el beso del viento, y una falda ceñida alrededor de mi cintura antes de cubrirme, llena como una campana, con un dobladillo que parpadeaba como la luz de una vela.

Aquí, donde la sangre de las estrellas caía una vez al año, mi vestido estaba en casa.

—Deberías sostener esto —Suspiré, pasándole a Edan su daga.

Había envuelto una bufanda alrededor del arma. Aunque no había pronunciado "Jinn" para activar su magia, podía sentir un calor incómodo emanando a través de las fibras de la tela.

Sin palabras, Edan me lo quitó. Habíamos repasado nuestro plan por última vez antes de llegar a las islas, pero no había anticipado completamente el tremendo poder de este lugar. Ya amenazaba con

abrumarme.

—Si me sucediera lo peor —Comencé— Por favor, cuida de mi padre y de mi hermano.

Edan se puso rígido. Se esforzó por mantener un tono uniforme.

—Tú no…

—Y cuídate —Hablé por encima de él. Agarré los pliegues de mi vestido, la tela oscura brillaba con mi toque— Estoy lista.

A diferencia de la última vez, los fantasmas no me tentaron. No se escondieron en las sombras, no se molestaron en imitar a mi madre o hermanos. No oí la voz de mamá, ni la de Finlei, ni la de Sendo.

En cambio, me recibieron como una de los suyos. Lo cual era mucho peor.

"Sentur'na, has vuelto a nosotros. Al final"

Mientras caminaba hacia la Torre del Ladrón, la ciudad se reconstruía a mi alrededor, los ladrillos desmoronados se volvían a ensamblar en orgullosos edificios con techos a dos aguas, árboles muertos de los que brotaban hojas tan verdes como la primavera, y el cielo arriba ruborizado con los colores del atardecer. La luna, llena como había estado cuando busqué sus lágrimas, colgaba dentro de una red de estrellas. Estrellas cuya sangre adornaba mi vestido.

Miré a Edan, preguntándome si él veía la ciudad como yo. Algo en su expresión oscura me dijo que no.

"Esto no es real" me recordé. "Pero qué real se siente. Como si yo perteneciera aquí".

Por primera vez en semanas, me sentí viva. Había pasado tanto tiempo desde que sentí que mi sangre corría de mis mejillas a la punta de mis dedos, conmoviendo mi corazón. Ya no sentía la presencia del demonio dentro de mí, acechando en mis pensamientos y apretando su agarre.

Así me seducirían las islas. No con mi familia, sino con el poder. Con vida.

Los fantasmas se inclinaron ante mí, con sus brazos largos y torcidos extendidos. Otros clamaban por Edan, audazmente acercándose a él a pesar de la daga que empuñaba. El meteorito brillaba más de lo que jamás lo había visto, una plata brillante que era casi azul.

—Déjenlo en paz —Gruñí, siseando a los fantasmas que se acercaban demasiado. Retrocedieron, las uñas raspando el camino de piedra mientras se arrastraban para obedecer.

Bandur nos estaba esperando en la Torre del Ladrón, un espantoso híbrido de lobo y hombre flanqueado por una manada de lobos espectrales. Cuando me vio, mostró sus colmillos con placer.

—Por fin has venido —Me saludó desde lo alto de las escaleras. Dirigió una mirada a Edan— Y con el rompe juramentos.

Miré y vi que los lobos de Bandur habían rodeado a Edan, separándonos. Enfadada, me giré para encarar al demonio.

Un incentivo, por así decirlo. Bandur hizo un gesto a Edan.

—Para asegurar que completes la ceremonia… Te advertí que no estaba invitado, Sentur'na —Cómo odiaba la forma en que Bandur pronunciaba ese nombre. Mi nombre— ¿Escuchas a tus nuevos amigos? Te reclaman.

Escuché miles de voces, cada una de ellas era un pinchazo helado que me apuñalaba desde todas las direcciones. ***"Nuestro nueva guardiana ha llegado"***.

Mi amuleto pesaba sobre mi pecho y todo mi cuerpo se sentía como una piedra. Mi vestido se oscureció, su tela se tiñó como la noche eterna arriba. Me levanté las faldas y obligué a mis piernas de plomo a subir al primer escalón, al siguiente y al siguiente, hasta la Torre del Ladrón.

El miedo se apoderó de mi corazón.

¿Era realmente mi destino convertirme en el próximo guardián de Lapzur? ¿Y si no pudiera luchar contra Bandur?

Llegué a la boca de la torre, donde me esperaba Bandur. Volutas de humo salían de la grieta irregular de su amuleto, formando una nube oscura a mi alrededor.

Sin ceremonia, Bandur arrancó el amuleto de mi cuello, cerrando sus garras sobre él. El humo se deslizó a través de las costuras de sus dedos hacia el amuleto, y aunque mi boca estaba cerrada con fuerza, una ráfaga de frío picó mis pulmones y mi pecho, haciéndome jadear en voz alta.

Cuando abrió el puño, mi amuleto se había vuelto negro y sin brillo, como el suyo. Como el de un demonio.

El amuleto de Bandur, su superficie redonda de obsidiana, opaca y rayada, de repente cobró vida.

El lobo grabado en la parte superior se afiló, sus colmillos relucían, sus ojos rubí brillaban.

—La transferencia de la tutela ha comenzado —Anunció, colgando mi amuleto sobre su cuello.

No luché mientras me exprimían el aliento. En cambio, lo miré tranquilamente a los ojos. Recé para que no se diera cuenta de mis manos temblorosas metiéndose detrás de mi falda para desenganchar mis tijeras.

En un movimiento rápido, agarré las tijeras y lo apuñalé en el cuello. Bandur aulló, y clavé las hojas más profundamente, hasta que brotó sangre negra y aterciopelada.

Entonces saqué las tijeras y corté las cadenas de los amuletos, atrapándolos mientras caían de su cuello.

El humo se detuvo abruptamente.

El aire volvió a mis pulmones cuando mi amuleto se volvió a conectar sobre mi cuello y mi fuerza volvió. El humo se reunió a mis pies, enroscándose alrededor de mis tobillos como serpientes. Las llamas me hicieron cosquillas en las yemas de los dedos mientras me metía el amuleto de Bandur en la falda.

Una flecha pasó volando junto a mí y atravesó el hombro de Bandur. La arrancó y le gruñó a Edan, quien había logrado liberarse de los lobos.

—¡Vamos! —Gritó Edan, empuñando la daga, saltando las escaleras hacia Bandur— ¡Hazlo ahora! —Ya estaba corriendo.

Habíamos planeado esto meticulosamente. Se defendería de Bandur mientras yo corría hacia la cima de la torre.

Los fantasmas pululaban detrás de mí. Sus manos aireadas tiraron de la cola de mi vestido, algunas lo suficientemente cerca como para rozar mi piel. Pero ya estaba marcada por un demonio; los fantasmas no podían hacerme daño.

Corrí, mis pies golpeando contra los escalones de piedra, subiendo en espiral por la torre.

—¡Maia, detente! —Gritó mi madre, bloqueando mi camino.

El taller de Baba en Gangsun apareció tal como lo recordaba. El taburete que mamá me había comprado estaba junto a la ventana, con mi cesta de herramientas en el suelo. El altar con las estatuas de Amana, la pintura apenas secándose.

Podía escuchar a Finlei y Keton peleando afuera, Sendo tratando de jugar al pacificador.

—Son como el fuego y el viento, esos dos —Dijo mamá, sacudiendo la cabeza— En cambio, tú y Sendo, son como tierra y agua. Como el río contra la piedra.

Me negué a dejar que el poder de las islas me devastara. Sabía que no era real. Y, sin embargo, los recuerdos de mi familia me inundaron con vívida intensidad. Hacía tanto tiempo que no escuchaba la voz de mamá, tanto tiempo que no la veía. Como la última vez, casi no pude resistirme.

—Quédate con nosotros, Maia. ¿No es esto lo que siempre quisiste? Volver a estar con tu familia.

El cabello gris le hacía cosquillas en las sienes. Parecía tan real, el viento que agitaba mis faldas también ahuecaba las de ella. La miré, observando el brillo bruñido de sus mejillas, las pecas que salpicaban su piel, las arrugas a lo largo de las comisuras de sus labios. Era tal como la recordaba y, sin embargo, algo en sus ojos era demasiado suave y lloroso para ser humano.

—Quédate con nosotros —Pidió mamá de nuevo. Ella se acercó más a mí— Tú eres la fuerte, Maia. La que mantendrá unidas las costuras de nuestra familia. Puedes hacer eso aquí.

Ante el sonido de las palabras de mi difunta madre en los labios de este farsante, una oleada de ira creció dentro de mí.

—Mantendré unida a mi familia —Mascullé entre dientes— Pero tú no eres mi madre. Déjame pasar.

Los labios del fantasma se apretaron con fuerza, y el rostro de mi madre se derritió, su cabello negro se desvaneció hasta que se volvió salvaje y blanco, cayendo sobre sus ojos negros hambrientos.

Envolvió una mano esquelética sobre mi muñeca.

El toque de un fantasma condenaba a un humano a convertirse en un fantasma también. Pero yo ya no era humana.

Lancé mi mano, rompiendo su agarre sobre mí. Mi falda se encendió con furia, escupiendo rayos de luz.

El fantasma se retorció, sus gritos cortaron el aire mientras sus huesos se convertían en humo.

Salté los escalones, de dos en dos, mi vestido iluminaba la oscura escalera de caracol que subía al tejado, al pozo que recogía la sangre de las estrellas.

Y ahí estaba. Qué desolado se veía, como un cuenco de piedra que sobresalía de la tierra. No había estado tan tranquilo la última vez que llegué. Por otra parte, hoy no era el noveno día del noveno mes. No sangraron estrellas en el cielo, no cayó polvo plateado en el pozo.

Me agarré al costado del pozo, su superficie rocosa me raspó el codo. En el interior surgió un abismo insondable de oscuridad.

Este… Este era el corazón de Lapzur. Ni la Torre del Ladrón, ni Bandur. No yo.

Saqué el amuleto de Bandur. La obsidiana envió una onda de choque rugiendo a través de mí, ardiendo con un frío helado. Como si supiera que quería destruirlo.

Me incliné sobre el pozo.

—Detente —Exclamó Bandur con voz áspera, apareciendo al otro lado — La vida del hechicero por mi amuleto.

Mi vista de demonio parpadeó hacia Edan. Todavía estaba abajo, rodeado de fantasmas, sus dedos agarrando su garganta. Su daga brilló, arcos de azul plateado barriendo furiosamente a su alrededor mientras se defendía. Un toque, y se convertiría en una criatura como ellos.

—Se aprovechan de la debilidad —Me recordó Bandur— Su debilidad eres tú, Maia. Ningún mortal es capaz de resistir, no por mucho tiempo. Y ahora es mortal.

Me estremecí.

—Devuélveme el amuleto, o Edan morirá.

—No —Susurré, mis ojos ardiendo, mi sangre ardiendo con ira. Con mi vista demoníaca, volví a bajar por la torre hasta donde estaban Edan y los fantasmas.

—¡Soy la guardiana de Lapzur ahora! —Les grité a los fantasmas—

¡Déjenlo ir!

Se congelaron, confundidos. “***Senturna…”***

—Soy Sentur'na —Esta vez, mi voz retumbó como la de Bandur. Mis ojos brillaban como dos estrellas de color rojo sangre— Déjenlo ir.

“Senturna”. Hicieron una reverencia, me obedecieron y se alejaron de Edan.

—¡Mátenlo! —Gritó Bandur— ¡Ella aún no es la guardiana!

Se reunieron a la orden del demonio, pero Edan se había alejado y ahora se dirigía a la parte superior de la torre. Los fantasmas surgieron tras él.

Mi corazón se apretó. Ambos conocíamos los riesgos de venir a Lapzur.

"Si vamos" le dije. "Entonces iremos con la intención de destruir Bandur. Para bien, incluso si eso significa que uno de nosotros, o los dos, no lo lograremos.

Saqué mis dedos del amuleto y mi vista de demonio se rompió.

Un destello de dientes y garras fue mi única advertencia antes de que Bandur se estrellara contra mí. Grité y casi me tiro al pozo, pero el demonio me agarró de la muñeca y me atrajo hacia él.

—Ahora completamos la ceremonia, Sentur'na —Me cortó el brazo con su uña, afilada como el filo de una espada, y la sangre brotó de mi herida— Una vez que se haya hecho la ofrenda de sangre a Lapzur, serás la nueva guardiana.

Sostuvo mi brazo sobre el pozo. Mis mangas se agitaron contra él, chispas saliendo de la tela mientras chamuscaba su pelaje gris. En una furia bestial, arañó mi vestido y trató de arrebatarme su amuleto, pero lo mantuve fuera de mi alcance sobre el pozo.

—Dame el amuleto.

Sus palabras irritaron mis oídos, crueles como un cuchillo afilado contra un hueso. Resonaron en el pozo, haciendo eco contra los interminables muros de piedra.

—La última vez que nos encontramos, te cambié tu amuleto por un vial —Le recordé— No volveré a ser tan tonta.

—Suéltalo y morirás junto a mí.

Miré hacia abajo. Abajo estaba la oscuridad, más negra que el fondo del mar y tan interminable como la noche. Los ondulantes pliegues de mi vestido resplandecían, pero ni siquiera la luminosa luz de las estrellas podía penetrar en el abismo.

El amuleto de Bandur colgaba, balanceándose al ritmo de los tambores de mi corazón.

Demasiado tarde vi el riachuelo oscuro deslizándose por mi brazo, reuniéndose en una gota gruesa en la pendiente de mi codo. Tiré hacia un lado, y salpicó contra las piedras. Pero no había nada que pudiera hacer para evitar que mi sangre corriera más y más abajo; una vez que tocara el fondo, sería la guardiana de Lapzur.

Sabiendo que él también lo había visto, enfrenté a Bandur con mi sonrisa más acerada.

—Que así sea —Y tiré su amuleto al pozo.

Capítulo 23

En un torbellino de sombras y humo, Bandur saltó al pozo en busca de su amuleto.

El pánico me atravesó. No podía dejar que lo recuperara.

Me lancé tras él, arañando destellos de pelaje gris. La batalla, librada en la total oscuridad del olvidado pozo, fue frenética. Bandur era más fuerte, pero yo estaba más decidida.

Entonces la carne de Bandur parpadeó y clavé mis uñas en su piel, sabiendo que lo había atrapado. Lo arrastré fuera del pozo y aguanté hasta que escuché que el amuleto salía a la superficie y se hundía en las turbias profundidades del pozo.

Luego otro plop. Mi sangre.

Bandur se soltó violentamente de mi agarre y me agarró del cuello, colgándome sobre el pozo.

Me sostuvo cerca, tan cerca que podía oler la ceniza en su aliento, el humo que salía silbando de la capa chamuscada de su pelaje. Los pliegues de mi vestido tomaron vida propia, agitándose contra él, una tormenta de estrellas y luz azotando su carne de demonio. Sus ojos rojos ardían salvajemente de ira, y sus garras se apretaron alrededor de mi cuello.

¿Por qué no estaba muerto? Había destruido su amuleto.

—Felicitaciones, Sentur'na —Habló con voz áspera— Ahora eres la guardiana de Lapzur.

No podía ser la guardiana de Lapzur. El pozo había devorado su amuleto antes de tomar mi sangre. ¡Debería haberlo matado!

Mi miedo se convirtió en terror. Agarré las tijeras de mi cinturón y empujé inútilmente sus manos, su corazón, su garganta.

—¿Cómo…?

Mi pregunta se convirtió en un grito cuando agarró mi amuleto, marcando su superficie con sus monstruosas uñas. Me corcoveé y me quedé flácida.

Riendo, Bandur agarró las tijeras que colgaban de mis dedos.

—El amuleto es tu corazón, Sentur'na. Podrías haberme controlado

cuando tenías el mío, pero no lo sabías ¿verdad? —Me sostuvo en el aire y volví a gritar, pero ningún sonido salió de mi boca. Me estaba ahogando, no podía respirar— Ahora, te mueres.

Abajo, las aguas oscuras del pozo se arremolinaban y formaban una terrible tempestad. Sus piedras se estaban desmoronando, montones de rocas y guijarros caían en cascada al agua. De alguna manera, al ver la violencia del pozo, supe que yo no era la guardiana. Si lo fuera, sería más fuerte que Bandur. Controlaría el poder de los fantasmas de Lapzur, y podría haberlos alejado de Edan y hacerlos venir en mi ayuda.

Bandur estaba fanfarroneando. ¿Pero por qué?

Los segundos se alargaron hasta la eternidad. Frenético, mi vestido lo atacó, tratando de arrebatarle el amuleto antes de que lo arrojara al pozo.

Lanzó las tijeras contra mi vestido, su metal zumbando y zumbando con poder. Pero las tijeras no cortaron; él no era su amo.

Con un gruñido, me arrojó, junto con mi amuleto, al pozo.

Mientras caía, de repente entendí. Destruir el amuleto de Bandur no lo había destruido, pero ahora era mortal. Por eso estaba tan desesperado por deshacerse de mí y salir de la isla.

"Porque sabe que puedes matarlo, Sentur'na" susurró esa voz oscura y seductora dentro de mí ***"Tienes los vestidos de Amana. Eres más fuerte que él. Cede y mátalo".***

Por una vez, escuché.

Me lancé por mi amuleto, atrapándolo en mi puño. Mi falda brillaba, iluminando el pozo oscuro que me rodeaba. Y, superando el miedo que apretaba mi corazón, me solté y confié en que la sangre de las estrellas me atraparía y me levantaría.

Como una estrella fugaz, salí disparada del pozo y salté sobre la espalda de Bandur.

Sobresaltado, el demonio giró y trató de tirarme, pero mis mangas contrarrestaron el ataque, azotando y envolviéndose alrededor de su cuello. Le arrebaté mis tijeras y lo apuñalé en el corazón.

Bandur chilló. Retorciéndose intentó arrancarse las tijeras del pecho. Con lo último de sus fuerzas, me arrojó por la azotea. Perdí el agarre de las tijeras y caí con fuerza sobre el frío suelo de piedra.

Se despegó, el humo se escapó de sus labios cuando su cuerpo comenzó a disiparse. Se agitó, pero sus brazos y su pelaje se habían convertido en sombras, sus ojos rojos se derritieron en un chorro de sangre.

Entonces una tormenta de fuego lo devoró.
Hasta que se desvaneció.

Las rocas salieron volando del pozo, lanzándose rápidamente hacia mí. Me giré sobre mi estómago, cubriendo mi cabeza para protegerme. A mi alrededor, el techo comenzó a desmoronarse, dejando al descubierto la escalera y a Edan, que corría hacia mí con la cara brillante por el sudor.

Aunque Bandur ya no existía, los fantasmas lo rodeaban.

Alarmada, me puse de pie de un salto, pero la tierra debajo de mí tembló y me derribó de nuevo. Por el rabillo del ojo, vi mis tijeras temblar en el borde del pozo y luego caer dentro.

Dejé escapar un grito ahogado.

—¡Mis tijeras!

—Déjalas —Edan agarró mi muñeca— Tenemos que irnos.

Un destello de luz brotó del pozo, tan grande que se tragó toda la isla. No duró más que un parpadeo, pero los fantasmas desaparecieron.

Los restos de Bandur eran un montón de cenizas. El viento los levantó del suelo de piedra y los dispersó sobre las aguas embravecidas de abajo.

Atrás quedó el pozo con la sangre de las estrellas, destruido por la erupción de la luz. En su lugar había quedado un desastre de rocas y piedras rotas. Los escombros se arremolinaban en el techo, diminutos guijarros pinchaban mi piel. Edan nos protegió con su capa.

—¡Tenemos que salir de la torre! —Gritó cuando los vientos se levantaron. Algo rugió en la distancia cercana, como el estruendo del vientre de una bestia terrible. Me tomó un segundo darme cuenta de que la isla misma se estaba desmoronando.

Otro terremoto. El mundo se inclinó tan violentamente que no pude mantener el equilibrio.

Me tambaleé hacia atrás y Edan me agarró del brazo.

Abajo, las aguas del lago Paduan chocaban y se agitaban. Edan estaba buscando a tientas para desenrollar la alfombra. Con una mirada, noté las rasgaduras, los agujeros y las borlas rotas, y las marcas de garras y dientes....

—No va a volar —Deduje, tocándole el brazo. Sin mis tijeras, no podría arreglarla. La magia de mi demonio era destructiva, y la de Amana no podía controlarla.

Había entendido mis tijeras, cómo manejarlas y canalizar la magia en las prendas que había cosido, pero ahora se habían ido.

—La única manera es tirarse al lago.

—Juntos, entonces —Decidió, tirando de mí hacia el parapeto.

El viento aullaba y mi cabello volaba salvajemente detrás de mis hombros. Miré hacia abajo e inmediatamente agradecí la niebla que envolvía las aguas, oscureciendo lo alto que estábamos. Incluso entonces, pude ver la espuma ondulando sobre las aguas oscuras y tormentosas.

—No sabes nadar —Recordé— ¿Edan?

—No hay otra manera —Detrás de nosotros, el viento se hizo más fuerte y la torre retumbó— ¿Lista? —Preguntó. Asentí, entrelazando mis dedos con los suyos— A la cuenta de tres. Uno, dos...

Saltamos.

No podía ver el agua debajo, lo que hizo que la zambullida fuera aún más aterradora. El agua gruñía, viva con la ira y la furia de todos los que habían perecido en sus profundidades. Jadeé, sintiendo la fuerza de la gravedad tirando de nosotros hacia abajo, cayendo más y más abajo.

Me preparé para aterrizar, con el estómago retorcido y el corazón en la garganta. En el punto álgido de mi miedo, el viento apartó mi mano de la de Edan y nos separó.

—¡Maia! —Gritó.

—No… —Comencé a gritar, pero no salió ningún sonido. El aire salado subió rápidamente por mis fosas nasales y, un segundo después, me derrumbé.

El choque contra el lago dolió tanto que mi cuerpo estaba en estado de shock. Había olvidado cómo se sentía el dolor. El agua retumbaba en

mis oídos y el frío empezó a adormecerme.

Pero fue el ardor en mi garganta lo que me recordó que tenía que patalear, esforzarme, vivir. Reflexivamente, nadé hacia la superficie.

Tomé una bocanada de aire. Las mareas eran feroces, hambrientas, tratando de enterrarme en sus profundidades, y el agua me salpicó la cara mientras me retorcía.

—¿Edan? —Grité. Estaba tan oscuro que no podía ver nada— ¡Edan!

Mi vestido se iluminó con el brillo de las estrellas. De inmediato, las aguas se iluminaron y lo vi hundirse en las profundidades del lago.

Me lancé tras él, lo agarré por debajo de los brazos y pataleé hacia la superficie. Entonces enganché su brazo sobre mis hombros.

—¿Edan? —Lloré preocupada— Edan, ¿estás bien?

Tosió y el agua le salió a borbotones por la nariz y la boca. Sus brazos chapotearon torpemente hasta que los estabilicé, el alivio retumbando en mis oídos.

—Eso es lo más cerca que he estado de ahogarme en siglos —Mencionó.

—¡Me asustaste!

Detrás de nosotros, las islas se hundían en el lago, creando un gran remolino cuyos vientos violentos podía sentir incluso desde aquí. Vi a Lapzur plegarse en la oscuridad, la Torre del Ladrón desapareciendo en último lugar. Nunca la veríamos de nuevo.

—Bueno, supongo que ahí va nuestra opción de nadar hasta la orilla más cercana —Dijo Edan, su tono más irónico que grave. Puse un beso salado en su boca.

Solo él podía encontrar el humor en un momento como este.

Pero él tenía un punto. La alfombra nos había llevado bastante lejos para llegar a Lapzur. Sin ella, estábamos varados en el agua; desde nuestro punto en el lago, ni siquiera podía ver ninguna señal de tierra.

Sin embargo, no entré en pánico. Mi mente ya estaba dando vueltas con una idea: después de haberme marcado, Bandur había podido viajar lejos de las islas a través del vidrio, las pesadillas y el humo. Un demonio que no estuviera atado como guardián de Lapzur probablemente podría hacer mucho, mucho más. Recordé cómo Bandur me había arrojado al pozo y cómo volé lejos de sus

profundidades. El calor recorrió las yemas de mis dedos, una chispa que había estado luchando por contener, encendiendo las llamas dentro de mí.

—Envuelve tus brazos alrededor de mi cintura —Le susurré a Edan— Y espera.

Salimos disparados del agua, mis faldas floreciendo como una linterna mientras flotaba hacia la orilla. Una vez que aterrizamos, el fuego dentro de mí se extinguió. Solté todo y me derrumbé.

Un corazón familiar latía contra mi oído, constante y suave, con un ritmo que había escuchado muchas veces antes. Mientras me movía, un cálido aliento me hizo cosquillas en la mejilla. Me cubrieron con una capa gruesa y un brazo reconfortante me rodeó la cintura.

No pude haber dormido mucho, porque todavía era de noche.

Me giré para mirar a Edan. Su cuello estaba húmedo, se le puso la piel de gallina en la piel expuesta.

—Estás temblando —Le dije.

—Mi ropa se secará —Respondió entre dientes— No te preocupes por mí, xitara.

—No tengo frío —Le dije, sólo para darme cuenta de que no era cierto. El aire era gélido y, por primera vez en semanas, probé la escarcha en mis labios cuando respiré. Lo único que me impedía temblar era la sangre de las estrellas.

—¿Qué vas a…?

Me saqué el vestido por la cabeza y deshice los botones. Sin mis tijeras, no había forma elegante de soltarlos. Ignoré las protestas de Edan y envolví los pliegues del vestido alrededor de ambos, invocando calor en la tela brillante.

Lentamente, el color volvió a la piel de Edan, pero ayudé a acelerar el proceso besándolo. Solo empezábamos a darnos cuenta ahora de que habíamos ganado.

Bandur estaba muerto. Su torre en Lapzur se había derrumbado. Los susurros se habían detenido.

Respiré, disfrutando del silencio en mi cabeza. Finalmente podía escucharme respirar, podía escuchar mi corazón latiendo tan rápido y

cada latido inestable resonaba en mis oídos. El latido en mis sienes había cesado y mis ojos habían dejado de arder. Y dolor, había sentido dolor cuando nos estrellamos contra las aguas.

¿Significaba eso que era libre?

Incliné la cabeza, mis labios rozando los de Edan. Con el corazón martilleando, tentativamente levanté mi mirada para que coincidiera con la suya. Estaba seguro de que vería dos pupilas rojas brillantes reflejadas en sus ojos, devastadoras como los sellos rojo sangre de las letras que anunciaban la muerte de mis hermanos durante la guerra.

Pero nada.

Mis ojos ni siquiera brillaban bajo la luz de la luna. Eran terrosos y marrones, como las castañas que solía comprar con mis hermanos en Puerto Kamalan. Las asabamos sobre carbón y espolvoreabamos precioso comino sobre la carne, el favorito de Keton. Baba solía enojarse con Finlei por desperdiciar sus ganancias en una cucharada de comino, solo para complacer a Keton. Pero Finlei y Keton eran una pareja, como lo habíamos sido Sendo y yo.

Mientras recordaba todo esto, mis ojos se humedecieron de emoción. Casi lo había olvidado. Edan tomó mis dedos y los cubrió con los suyos.

—Tus manos están calientes.

—Así que lo están —Apreté su mano, tan feliz de sostenerla de nuevo. Miré el vestido de las estrellas. Los colores brillantes de la tela se habían apagado, haciendo juego con el cielo violeta intenso.

Mi amuleto ya no pesaba sobre mi pecho.

—Creo que soy libre —Susurré— Creo... Creo que podría haber funcionado.

—¿Entonces no me olvidarás de nuevo? —Preguntó.

—Nunca —Inhalé y comencé a tararear nuestra canción. La canción que su madre solía cantarle, ahora la conocía— Ni siquiera si eso significa que esa melodía estará atrapada en mi cabeza para siempre.

La canción murió en mis labios cuando Edan llevó mi mano a su boca. Su aliento me hizo cosquillas en la punta de los dedos. Besó mis dedos, sus labios viajaron a través de mi palma, luego a la parte de atrás de mi muñeca. Cada beso enviaba temblores de placer a través de mí, como las estrellas que estallaban en la noche sobre nosotros.

Rodé sobre él para que nuestros pechos estuvieran alineados, y nos hundimos en la arena, bebiéndonos el uno al otro. Y justo antes de quedarnos dormidos, por unos momentos felices, pensé que lo peor había pasado.

Capítulo 24

Me desperté jadeando.

Dedos invisibles me estaban estrangulando, fuertes vientos mordían mis pulmones y me asfixiaban por dentro. A medida que mi pulso humano latía con fuerza, la duración entre cada latido se hizo más y más larga, hasta que...

—¡No!

Cuando mis ojos se abrieron, las sombras desaparecieron, los dedos presionando mi garganta... desaparecieron. En su lugar vi la orilla, los primeros rayos del alba atravesando el lago, Edan a mi lado. Todo había sido un sueño.

Respiré desesperadamente. Quemaba, y me toqué el cuello, la conmoción me recorrió al tocar mi propia piel, fría como la muerte. Peor aún, el entumecimiento en mi pecho había regresado.

Con cuidado de no despertar a Edan, me desenredé de sus brazos y me senté. Mis dedos eran como hielo. Horrorizada, vi que mis uñas se habían endurecido, las camas estaban marrones como sangre seca, las puntas afiladas y puntiagudas.

Empujé mis manos en la arena.

Mi corazón latió con fuerza, ensordecedor sobre la calma del lago que lamía suavemente la orilla.

Todavía me estaba convirtiendo en un demonio. No había terminado mi transformación derrotando a Bandur y destruyendo las islas; Simplemente lo había retrasado.

No supe cuánto tiempo estuve sentada allí, luchando contra cada nuevo aliento, antes de que Edan se moviera.

—Buenos días —Dijo adormilado. En sus labios descansaba una sonrisa perezosa, tan entrañable que me partió el corazón al verla— ¿Cuánto tiempo has estado despierta?

Al escuchar su voz, me tensé. Me giré para enfrentar el lago antes de que pudiera vislumbrarme. Mi amuleto, escondido bajo los pliegues de mi túnica, latía contra mis costillas. Sin mirar hacia abajo, tuve la desalentadora sensación de que todavía estaba oscuro como la noche.

—No mucho —Me las arreglé para decir.

—¿Escuchas el agua? —Su pregunta, tan simple e inocente, hizo que me doliera el pecho. Sonaba feliz.

—Un poquito.

—¿Pasa algo, Maia? —Sentí las manos de Edan sobre mis hombros, su sombra fundiéndose con la mía en la arena— Suenas angustiada.

Hundí mis dedos más profundamente en la arena. No quería decirle. Ni siquiera sabía cómo.

—¿Qué pasará con los futuros hechiceros ahora que Lapzur se ha ido?

Edan apartó la mirada de las aguas resplandecientes que teníamos ante nosotros. Por lo que pareció mucho tiempo, consideró mi pregunta.

—El sol y la luna seguirán encontrándose una vez al año, y las estrellas sangrarán cuando se junten. Pero ahora que el pozo de la sangre de las estrellas ya no existe, los hechiceros nunca más podrán beber de él y unirse a él con un juramento de mil años. Surgirá una nueva generación de hechiceros.

—Pero dijiste que el juramento evita que se vuelvan demasiado codiciosos. Que la magia corrompe.

—Eso siempre será cierto —Respondió— En Kiata solían prohibir la magia, y cualquiera que naciera con ella era exiliado. Otras tierras nunca alentaron la tradición de tomar juramento. Es mejor así, creo — En mi silencio, bromeó suavemente— Estarán cantando canciones sobre ti dentro de mil años, sobre cómo destruiste las islas olvidadas de Lapzur armada con nada más que un par de tijeras.

Logré formar una sonrisa, pero esta vaciló cuando recordé la historia de la Maestra Tsring sobre mi antepasado, el Tejedor.

—Desearía no haberlas perdido.

—¿Es por eso que estás melancólico?

—Pertenecieron a mi familia durante mucho tiempo —Respondí indirectamente— Es gracioso, solía resentir su magia ayudándome a coser. Pero ahora que se han ido, la echo de menos. Su magia era parte de mi pasado. Sin ellas...

Temo que me perderé.

Suavemente, me quitó la arena de la mejilla con el pulgar. Sabía que él sentía que algo más andaba mal, pero su preocupación se vio

mitigada por la alegría de la noche anterior. Todavía creía que la muerte de Bandur y la destrucción de Lapzur podrían haber revertido mi transformación en demonio.

Si tan solo no tuviera que decepcionarlo.

Porque ahora, mientras escuchaba a mi corazón, podía oírme respirar entre cada latido, el ritmo era tan implacablemente constante que me preguntaba si alguna vez algo lo haría correr de nuevo, si alguna vez volvería a sentir.

Latía más y más lento, hasta que un día, pronto, se detendría. Y ya no sería humana.

Ya no sería Maia.

La esperanza se marchitó dentro de mi pecho, pero mostré una sonrisa. Que Edan pensara que estaba mejor, al menos por unas horas más. Seríamos felices por unas horas más.

Pero mis ojos ardían con un calor familiar y devastador, y cuando me tomó la mano, todavía enterrada en la arena, retrocedí.

Tragué— Todavía no estoy salvada.

Sacando mis manos de la arena, las levanté. Mis dedos estaban irreconocibles, más como garras que como manos.

El rostro de Edan no mostró sorpresa. Lo cual me sorprendió.

—¿Sabías que esto sucedería?

Las sombras eclipsaron su rostro. En lugar de responder, tomó mis manos, con garras y todo, sosteniéndome con fuerza cuando traté de retroceder. Besó la punta de mis dedos, las duras curvas de mis uñas.

—Bandur se ha ido —Dijo, como si eso pudiera tranquilizarme— Ya no estás vinculada a la islas.

Giré la cabeza antes de que pudiera besarme de nuevo. Mis labios estaban fríos, sin importar cuánto intentara calentarlos con los suyos. Incluso cuando tocó la parte baja de mi espalda, levantando mi barbilla para mirarlo, no pude soportar el brillo escarlata de mis ojos reflejados en los suyos.

—Deberías irte. Antes de convertirme...

—No, Maia —Levantó la muñeca, mostrándome el hilo rojo que aún estaba allí— Estamos unidos, tú y yo, en esta vida y en la siguiente.

Dondequiera que desees ir, te seguiré.

Me pregunté: ¿Adónde deseaba ir? Quería ver a Baba y a Keton, pero la idea de decirles la verdad —de lo que me estaba pasando— era más de lo que podía soportar. Les dolería saber lo que me había pasado. Prefería evitarles el dolor.

El emperador Khanujin, por mucho que lo despreciara, me necesitaba. Se necesitaría un demonio para enfrentarse a Gyiu'rak, y mientras todavía hubiera Maia en mí, necesitaba ayudar. Necesitaba salvar a A'landi. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Empujé a Edan suavemente hacia un lado y lo incliné para mirarme. Tenía mi respuesta, pero sabía que a él no le gustaría.

—En nuestra próxima vida, ¿crees que seguirás siendo tú? —Le pregunté en su lugar— ¿Serás tú el hijo de un pastor de ganado y yo la hija de un sastre una vez más? ¿O serás alguien completamente diferente y tendré que encontrarte de nuevo? —Ladeé la cabeza— Tal vez en la próxima vida ni siquiera te guste leer.

—Oh, lo dudo —Respondió Edan con ironía— Algunas cosas no pueden cambiar. Aunque el joven Gen solía pensar que era mejor utilizar los libros como yesca para asar zanahorias. Mi familia era pobre y no había un examen civil para mejorar como en A'landi.

—Te habría ido bien en el examen —Dije— Tal vez serías un alto funcionario. O un ministro, como Lorsa.

Edan arrugó la nariz— Al menos un gobernador.

Eso me hizo reír y traté de imaginar cómo había sido él de niño.

—Así que los monjes te enseñaron a leer, después de que tu padre te dejara con ellos.

—Sí, pero no estuve mucho tiempo en el monasterio. Los soldados vinieron por mí, por todos los muchachos capaces en un radio de cien millas —Edan se quedó en silencio— A veces pienso que la única razón por la que sobreviví a esas guerras fue porque era demasiado joven para siquiera llevar una espada. Debía tocar la batería, pero mis brazos eran demasiado débiles, así que aprendí a tocar la flauta en su lugar.

—Ya casi nunca lo tocas —Dije con una nota de melancolía.

—Eso es porque he estado demasiado ocupado enseñándote a cantar —Bromeó Edan, pero metió la mano en su bolsillo para complacerme.

Sacó su flauta, pero un trozo de papel se deslizó del interior del cuerpo de madera del instrumento— ¿Qué es esto?

Salté, reconociendo la carta que había escrito. Lo había olvidado.

—Nada —Dije rápidamente, acercándome a él para recogerlo, pero Edan ya había comenzado a leer.

—Maia —Dijo, su voz llena de emoción— Maia...

Me quedé atrás.

—Lo escribí antes de que nos fuéramos a Lapzur. Nuestra última mañana en el templo, la Maestra Tsring me dijo que la única forma de ser libre era destruir los vestidos... Me dijo...

Mi voz se desvaneció, mis ojos se desviaron hacia la despedida que le había escrito a Edan. Había redactado la carta antes de que la Maestra Tsring me confiara mi destino y, sin embargo... de alguna manera, de alguna manera ya debía haberlo sabido. Quizá por eso me había olvidado de recuperar la carta.

—Me dijo que no sobreviviría.

Un músculo hizo tictac en la mandíbula de Edan. Lo había picado.

—¿Y no pensaste en decírmelo?

—Yo... —No sabía qué decir.

Agitó la carta en alto para que no pudiera arrebatársela.

—¿Ibas siquiera a decirme que te ibas?

Su voz era firme. Demasiado firme. Una llamarada de ira se encendió en mí.

—Era mi elección, al igual que la tuya prestar juramento. Sabías las consecuencias. Yo sabía las mías.

—No sería lo mismo para ti que para Bandur, Maia. Tu corazón es bueno. Encontraríamos una forma de...

—¿Combatirlo? —Negué con la cabeza— No hay manera. Me preguntaste adónde quería ir después. Quiero ir al Palacio de Invierno.

Como esperaba, mi respuesta no agradó a Edan. Apretó los labios con fuerza.

—Maia, necesitas tiempo para descansar. El hecho de que ya no estés

atada a Lapzur no significa que todavía no estés en peligro. Lo último que debes hacer es regresar corriendo al palacio para luchar contra el demonio del Shansen.

—¿Quieres que me esconda? —Lloré— ¿Quiere que deje morir a nuestros soldados, que esta guerra se prolongue otros cinco años?

—Sí —Respondió— Preferiría que la mujer que amo no acelere su transformación. Especialmente no por pelear las batallas de Khanujin.

—No estoy luchando por Khanujin, estoy luchando por mi país. A'landi está indefenso contra Gyiu'rak sin mí. Hace un momento me prometiste ir conmigo donde yo quisiera. ¿Y ahora?

—Quise decir lo que dije —Insistió Edan. Sus puños apretados a sus costados.

—¿Pero?

—Si vas, podrías hacer más daño que bien —Ahí estaba. Él lo había dicho.

El calor en mí comenzó a hervir. Mis mejillas ardían y mis ojos ardían con una furia delirante.

—¿Sugieres que deje que esta guerra siga su curso? Tú, que has pasado siglos revoloteando de una guerra a la siguiente.

—Sí, y por eso conozco la fealdad de la guerra. Sé que el poder puede empeorar las cosas en lugar de mejorarlas.

—Y sé que, si no ayudo a A'landi, la Maia que llevo dentro se perderá para siempre.

—O tal vez así es precisamente como se perderá —Susurró Edan Piénsalo bien, xitara.

Ni siquiera escucharlo llamarme xitara, el nombre que una vez había sido tan querido para mí, pudo sofocar la ira que se agitaba en mí.

—Preferiría morir como esta Maia que vivir para siempre como un demonio y ver caer mi país —Espeté. Mis palabras adquirieron un tono cruel, no pude evitarlo— No lo entenderías. Nelronat se ha ido, tu familia se ha ido, tu hogar se ha ido. ¿Por qué tienes que luchar?

—Tú —Dijo con voz ronca— Eres mi familia y mi hogar.

En el fondo, quería parar. No quería lastimar a Edan. Pero el demonio en mí tenía otros planes.

—Yo no soy tu familia —Dije— No soy de la familia de nadie.

—Maia... —Trató de envolver sus brazos alrededor de mí, pero lo tiré, y se estrelló contra la arena.

Él se levantó. Extiende los brazos en súplica.

—Por favor.

—No me toques —Le advertí. Mi control estaba desapareciendo, y me alejé. No podía…

—Maia...

Cuando lo escuché decir ese nombre nuevamente, mis ojos se pusieron tan calientes que el océano se desdibujó en el cielo, y una ráfaga de fuego subió por mis venas. Me volví hacia él, pero mi mente no era mía. Mi cuerpo no era mío. Todo sucedió demasiado rápido. En un momento, sentí el viento azotando mi rostro, al siguiente, vi mis garras extendidas, uñas afiladas como navajas apuntando al corazón de Edan.

La sangre goteaba por su mejilla.

Retrocedí en estado de shock. No era mi intención, quería decir, pero Edan ya me había apuntado con la daga.

Verlo me hizo retroceder. Casi podía sentir las punzadas del calor abrasador del meteorito irradiando de su hoja, y esperé, con la respiración entrecortada, a que Edan pronunciara su nombre "Jinn" y activara su poder.

Pero no lo hizo. No tenía que hacerlo. El mensaje era claro. La tristeza en sus ojos era clara.

Bajó la daga lentamente. Con cada centímetro que caía, mi corazón se hundió.

—Te amo, Maia. Regresa.

Mi furia se desvaneció, dejándome vacía. Rota.

Este era el chico que se había entregado a un demonio por mí. El chico por el que había renunciado al sol, la luna y las estrellas para estar.

El chico que amaba.

Quería enterrarme en la tierra y permanecer arraigada allí, donde no

lastimaría a nadie, y nadie podría lastimarme.

Edan dejó caer la daga. Aterrizó en la tierra con un golpe, el lado del meteorito de la hoja aún brillaba. El mundo se enfocó completamente y, sin embargo, todo giraba, giraba y se deshacía. No podía seguirle el ritmo.

—Lo siento —Dijo, pronunciando las palabras que debería haber dicho — No debería haber…

No podía escucharlo. No podía soportar la pena, no podía soportar ver las emociones conflictuadas en su rostro. Di media vuelta y corrí. Incluso cuando la voz de Edan llamándome "¡Maia!" se desvaneció en el olvido, no me detuve.

El nombre no significaba nada para mí.

Capítulo 25

Los árboles se desdibujaron en ráfagas de color mientras huía por el bosque, medio corriendo y medio volando. Cintas de humo se enroscaron detrás de mí, y mis pies apenas tocaban el suelo.

Me movía como un demonio.

¿Cómo podía Edan pensar que había alguna posibilidad para nosotros cuando casi lo había matado? Qué tonta había sido al esperar que al liberarme de Bandur todo pudiera volver a ser como antes.

Tal vez debería irme lejos, donde no sería un peligro para nadie más que para mí.

Reduje la velocidad, volviendo a la tierra. Los zorros y las ardillas se dispersaron, dirigiéndose hacia los arbustos y los árboles, pero los pájaros no huyeron. Al menos no me tenían miedo.

Mis garras se engancharon en mis mangas y arranqué el exceso de tela. Chispas saltaban de mis uñas, como destellos de los fuegos artificiales que había visto bailar sobre el Palacio de Otoño.

¿Adónde podría ir, luciendo así? No a Puerto Kamalan.

Sin embargo, era el único lugar al que deseaba ir. No había sido lo suficientemente valiente como para despedirme de Baba y Keton la última vez, y ahora lo lamentaba más que nada.

No, también tenía otros arrepentimientos. Unos más frescos.

"Eres mi familia y mi hogar", había dicho Edan.

"*Y tú eres mío*", debería haberle dicho. Lo dije ahora, y enrosqué mis brazos alrededor de mi pecho, abrazando el dolor dentro de mí. El dolor era como un nudo que me mantenía unida, uno que no me atrevía a deshacer.

¿Edan no lo veía? Él era el motivo por el que necesitaba quedarme, el motivo por el que necesitaba luchar por el emperador. No habría hogar para Baba, Keton y él, ningún hogar para ninguno de nosotros, si Gyiu'rak y los hombres del shansen conquistaran A'landi.

Mi amuleto rozó mis nudillos, las crestas de nuez más afiladas de lo que recordaba. Lo apreté, sintiendo el poder de Amana retroceder ante el demonio en el que me estaba convirtiendo. Mis vestidos habían sido más fuertes cuando eran tres; Yo también había sido más fuerte. Pero a pesar del tremendo poder que tenían, no pudieron liberarme de la

maldición de Bandur. Estaban condenados junto conmigo.

Y como solo quedaban dos, no tenía mucho tiempo.

Edan todavía estaba lejos detrás de mí. Lo esperaría, me disculparía e iríamos juntos al Palacio de Invierno. Entonces, si los dioses nos favorecieran y ganáramos contra el shansen, iría a casa con Baba y Keton por última vez.

"¿Estás segura de que tu padre y tu hermano todavía están a salvo en Puerto Kamalan?" una voz oscura ondeó dentro de mí.

Me quedé quieto. Por primera vez, no le dije que se fuera. *"¿Qué sabes?"*

"Tal vez sea el shansen por el que deberías luchar, si deseas que tu familia esté a salvo".

Mis ojos comenzaron a arder, tan calientes que grité de dolor. Todo en mí se convulsionó, y me acurruqué contra un roble, zarcillos de humo brillante y ardiente se desplegaban de mi piel.

Mi visión demoníaca me llevó lejos del bosque, a un ejército de miles, todos sentados erguidos en sus sillas de montar, armas levantadas, estandartes esmeralda de un tigre ondeando en el viento. Más adelante estaba el Palacio de Invierno, pero el ejército se había detenido justo antes del río Jingan. Algo trascendental estaba a punto de suceder.

Al frente del ejército cabalgaba el shansen, con Gyiu'rak a su lado.

Sus ojos rubíes ardían ferozmente, y cuando mi mirada la encontró, levantó la cabeza y sus bigotes se erizaron, como si sintiera mi presencia.

Su boca se curvó en una sonrisa letal— Hermana... Estás aquí. Justo a tiempo.

Me puse rígida, en estado de shock. ¿Por qué mi vista me había traído aquí? ¿Dónde estaban Baba y Keton?

El sonido ensordecedor de un cuerno acuchilló el aire, y noté el cielo ennegrecido, las estructuras quemadas y los restos humeantes más allá del río. La destrucción se extendía una y otra vez, un manto interminable de templos, casas y árboles calcinados. La furia me ahogó, pero no podía apartar la mirada. El demonio dentro de mí se sintió atraído por la destrucción tanto como yo sentí repulsión por ella.

—Demonios de cerca y de lejos —Retumbó el shansen, su voz hablando al unísono con la de Gyiu'rak— Los invoco desde los oscuros rincones de este mundo.

Te convoco.

El poder de sus palabras se estrelló contra mí, llevándome a una marea de oscuridad. Me agarré la cabeza, insegura de lo que estaba pasando.

—He pagado mi precio de sangre y he atado a Gyiu'rak a mí —Continuó el shansen— Escúchenme y ayúdenme. Conquistaré A'landi y los llevaré de vuelta a la gloria.

Te convoco. Escúchame y ven en mi ayuda.

La tierra retumbó, mi visión iba y venía mientras el shansen y Gyiu'rak repetían su llamada.

Traté de luchar contra la convocatoria, pero mi sangre ardía por responder, y mis extremidades comenzaron a fracturarse en humo. Mi amuleto brillaba y el poder de mis vestidos me mantenía en mi lugar, pero temí que no fuera suficiente.

Otra llamada del shansen sacó un grito de mis labios. **Te convoco**.

Como una daga invisible, las palabras apuñalaron mi pecho y me doblé. Clavé las uñas en la tierra para evitar que mi carne se convirtiera en humo y sombras.

—Ven, Maia —Me hizo señas Gyiu'rak, sus ojos rojo sangre brillando en el humo que se arremolinaba a mi alrededor— Tenemos a tu padre y a tu hermano. Te están esperando.

Me quedé quieta. ¿Mi padre y mi hermano?

Mi vista ardía y vi a Baba y Keton, encadenados juntos, con una tabla de pino cargada sobre sus hombros.

Keton luchó por marchar lo suficientemente rápido y Baba apenas podía soportar el peso de sus grilletes. Los muros que había construido alrededor de mi corazón se derrumbaron cuando los vi avanzar arrastrando los pies juntos mientras los soldados les gritaban que se movieran más rápido.

—¿No ves que es un anciano? —Keton gritó— ¡Déjenlo ir!

Un soldado golpeó los hombros de mi hermano con un fuerte látigo.

—Otra palabra, chico, y esas piernas rotas son lo que voy a golpear a continuación.

Keton se derrumbó, pero cuando Baba lo ayudó a levantarse, los ojos de mi hermano brillaron con desafío.

—No —Advirtió Baba.

—¿El shansen no tiene suficientes hombres como para raptar los del emperador? —Dijo Keton, su labio sangrando por el golpe.

El soldado se burló de él.

—Idiota, no los quieren a ustedes dos como soldados.

La frente de mi hermano se arrugó.

—¿Entonces?

—Ya lo descubrirás. Una vez que lleguemos al Palacio de Invierno — El látigo partió el aire de nuevo— ¡Ahora camina!

Parpadeé lejos de la visión, mis ojos picaban como si los hubiera frotado con sal. Cuando todo volvió a enfocarse, mi vista, mi oído, mi corazón se hundió. Sabía que lo que acababa de ver no había sido un sueño.

El shansen tenía a mi familia. Baba y Keton... Ni siquiera sabían por qué se los habían llevado.

"Responde a la llamada, Maia" Rugió Gyiu'rak ***"O tu familia pagará".***

¿Qué podía hacer?

Si fuera, fortalecería al shansen; Me convertiría en parte de su ejército de demonios. Pero si A'landi caía, Baba y Keton morirían de todos modos.

Mis pensamientos se aceleraron. La última vez que me enfrenté a Gyiu'rak, sacrifiqué el vestido del sol para derrotarla.

Agarré mi amuleto. "Esos tres vestidos son tu cuerpo, tu mente y tu corazón", había dicho la Maestra Tsring. ¿Qué significaría para mí perder la cabeza?

Sabía lo que diría Edan. Me diría que el vestido de la luna era un sacrificio demasiado grande para hacer.

Pero el shansen no solo me estaba convocando. Si tenía problemas para resistir sus promesas de muerte y ruina, entonces, ¿quién sabe cuántas legiones de demonios y fantasmas acudirían alegremente en su ayuda? Tal ejército diezmaría las fuerzas del emperador.

No tenía elección.

Todavía agarrando mi amuleto, salté. El humo sangraba de las yemas de mis dedos, y cada segundo que resistía la convocatoria hacía que mi interior gritara de agonía. Pero necesitaba la daga.

No necesité buscar muy lejos. Edan casi me había alcanzado; estaba jadeando, sus mejillas sonrojadas por correr detrás de mí. Cuando me vio, gritó, pero no pude escuchar lo que decía. Estaba en otro lugar, atrapado a medio camino entre el mundo real y la oscuridad de la convocatoria del shansen.

Estaba a solo cien pasos de mí, pero no podía esperar.

Solté mi amuleto y extendí mi mano hacia él. El humo de mis dedos viajó rápidamente, espesándose hasta que se enrollaron alrededor de la daga en su cinturón. Y en un santiamén, el arma voló a mi alcance.

—Jinn —Suspiré.

La daga se deslizó fuera de su vaina y el meteorito chisporroteó vivo, su poder contra mí fue tan fuerte que casi lo dejo caer. Simplemente sostener la empuñadura era como poner mi mano en una pila de brasas encendidas. Pero podría soportarlo; tuve que agarrar el amuleto que colgaba sobre mi pecho.

—Ayúdame a mantenerme fuerte —Susurré, presionándolo contra mi cara. Si la diosa de la luna estaba escuchando, tal vez se apiadaría de mí— Ayúdame. Por favor.

Solo me tomó un pensamiento invocar el vestido de la luna. Los suaves rayos de la luna me envolvieron y, por última vez, mi vestido de luna salió de la nuez, su seda brillante fluyó sobre mis brazos. Los puños y el cuello cruzado brillaban con hilo de oro blanco, las flores y las nubes que había bordado brillaban como diminutos cristales. La luz me bañó, y las lágrimas empañaron mis ojos, lágrimas de luna.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, levanté mi daga y apuñalé el corazón del vestido. Cintas plateadas se deshicieron, bailando y arremolinándose a mi alrededor mientras arrastraba la daga hacia el dobladillo de las faldas hasta que partí mi creación por la mitad.

A diferencia del vestido tejido por el sol, cuya muerte había sido feroz

y violenta, el vestido de la luna permaneció sereno. El remordimiento me coaguló la garganta, y la última de mis lágrimas corrió por mi rostro cuando, finalmente, lancé sus restos al aire.

“Amana” Oré, mirando mi vestido rozar las nubes, su luz brillando a través del cielo. “Si puedes oírme, te devuelvo las lágrimas de la luna. A cambio, te pido que cortes los hilos que me unen a mí, y a todos los demonios, para ayudar a Gyiu'rak y al shansen. Dame la fuerza para seguir siendo Maia, el tiempo suficiente para ayudar a A'landi”.

Tan pronto como terminó mi oración, las lágrimas de la luna desaparecieron en un brillante destello blanco.

La convocatoria terminó abruptamente. El shansen y Gyiu'rak se habían ido.

Agarré mi amuleto, sintiéndome mareada. Obtuve una victoria contra el shansen hoy, pero a un costo terrible.

Todavía me queda un vestido, me recordé a mí misma. El vestido más fuerte: la sangre de las estrellas. Mi corazón.

¿Sería suficiente para salvar a mi familia y a A'landi?

—Maia, Maia —Un chico corría hacia mí desde el bosque, respirando con dificultad. Envolvió su capa sobre mi cuerpo y acarició mi cabello — Todo está bien. Él no podrá tenerte.

—Las lágrimas de la luna representan la mente —Murmuré— Lo perdí. Mis recuerdos, mi…

—Entonces te lo recordaré. Todavía me recuerdas, ¿no? —Tocó su nariz con la mía, sus ojos tan azules. Azul como el agua, como el mar resplandeciente junto a... Podía verlo, pero no podía nombrarlo.

Entrecerré los ojos. Su cara me resultaba familiar, pero no podía recordar por qué. Presionó un beso en mis labios, suave y cálido como un soplo de sol en mi espalda.

Edan. El chico de los mil nombres y sin embargo ningún nombre. El chico cuyas manos estaban manchadas con la sangre de las estrellas. Él estaba volviendo a mí.

Pero en su lugar, otros recuerdos huyeron. Mis recuerdos más queridos, como si hubieran sido seleccionados de mi mente para lastimarme más con su pérdida. No importaba cuánto lo intentara, ya no podía recordar el azul de las aguas con las que había crecido, las historias que mi hermano solía contarme sobre marineros y dragones

marinos. Una vez tuve tres hermanos. ¿Cuál se había reído cuando trató de convencerme de ir a la ciudad con él en una aventura? ¿Cuál lucía una sonrisa torcida, mezclada con picardía, cada vez que lograba estafarme para que hiciera sus tareas?

—Mi padre y mi hermano... —Dije con voz hueca— El shansen los ha tomado como rehenes.

—Entonces debemos ir a ellos.

Negué con la cabeza— Iré —Me levanté, una voluta de humo ensombreció mi movimiento— Tengo magia. Tú no.

Edan se estremeció ante el recordatorio.

—Tengo suficiente. Esto es lo que quiere el shansen. Él te quiere loca de dolor e ira.

Una respiración irregular se atascó en mi garganta. Cuando traté de imaginarme a mi padre y a mi hermano, sus rostros estaban borrados, como si los hubiera borrado un pincel húmedo. Bien podrían haber sido extraños, pero sabía que necesitaba salvarlos.

—Si quieres salvar a tu padre y a tu hermano —Dijo Edan— Entonces necesitas un plan, como el que teníamos para Lapzur. Déjame ayudarte a ejercer tu magia. La magia aquí —Señaló mi amuleto. Luego presionó sus dedos en mi pecho— Y la magia aquí.

—¿Cómo? No creo que pueda.

—Necesitas controlar tu ira —Dijo— Se hará más fuerte cada día, como dijo la Maestra Tsring, alimentándose de tu deseo de venganza. Cuanto más te rindas, más rápido te olvidarás de ti misma. Más rápido cambiarás.

Furia corría dentro de mí, pero recogí los hilos del razonamiento de Edan.

—Tienes razón —Dije al fin. Metí la mano en mi bolsillo, buscando el pájaro de tela que había escondido allí hace días— No podemos hacer esto solos, Edan. El shansen tiene un ejército de miles, junto con Gyiu'rak a su lado. Y posiblemente otros demonios.

Hice una pausa, un nombre en la punta de mi lengua que luché por recordar. Pertenecía a alguien importante, alguien que traería esperanza.

—Lady Sarnai —Dije, arrebatando el nombre antes de que se me

escapara—Debemos encontrar a Lady Sarnai.

—¿La hija del shansen?

—Él todavía se preocupa por ella. Ella es la única que puede luchar contra él —Levanté el pico del pájaro con mi dedo— Ella es la esperanza de A'landi, Edan. No tú. No yo.

Él inclinó la cabeza— Suenas como si la admiraras.

—Siempre lo he hecho —Admití— El problema es que escapó del palacio después de que su padre atacara. Incluso si supiera dónde está, no sé si nos ayudaría.

Respiré hondo, planché las alas de mi pájaro de tela, que se había arrugado en mi bolsillo, y se lo ofrecí a Edan.

—Podemos usar esto para encontrarla.

—Astuta —Dijo Edan, inspeccionando mi trabajo. Sus largos dedos trazaron los hilos que había cosido en las alas, y supe que los reconoció de nuestra alfombra encantada. Una gruesa ceja se arqueó mientras reflexionaba— Los pliegues son Kiatan.

—¿Tú lo sabes? —Pregunté.

—He estado en Kiata muchas veces —Respondió— Cuando era mucho más joven.

—Alguien me contó una historia sobre la princesa Kiatan que doblaba esas grullas de papel para buscar a sus hermanos. Las mías no se parecen tanto a grullas, sino más bien a patos...

—O fénix —Sugirió Edan— No los de A'landi, con la cabeza de águila y todas las plumas de pavo real. En Nelronat, los fénix tenían alas de fuego y nacían de las cenizas de sus vidas anteriores. Atrapé uno una vez, lo llevé conmigo a todas partes, incluso a Kiata, hasta que se fue volando.

—Pensé que eran leyendas —Mis siguientes palabras se aferraron a mi garganta— Cuentos de hadas, como el cuento de Shiori. Apenas recuerdo lo recuerdo ahora. O quién me lo contó.

—Entonces te lo diré de nuevo —Dijo Edan. Me acarició la mejilla— Esta noche.

Mi piel se calentó con su toque, y el guiño de su ojo me hizo sonrojar. Mi pájaro cobró vida y sus suaves alas me hicieron cosquillas en la palma de la mano.

—Encuentra a Lady Sarnai —Le susurré— Dile que el reino está en peligro, que la necesitamos. Pídele que se reúna con nosotros en el Palacio de Invierno.

El pájaro cobró vida y su pico puntiagudo asintió con la cabeza. Entonces levanté mi mano y revoloteó hacia el cielo.

Lo vi desaparecer, abriéndose camino entre los árboles hasta que no lo vi más.

Capítulo 26

Llegamos demasiado tarde.

El Palacio de Invierno estaba ardiendo, sus techos fuertemente curvados estaban llenos de fuego. El humo se filtraba a través de los pilares esmeralda y los patios devastados, y pesadas nubes se cernían sobre el cielo, que había pasado del azul al carbón.

No había señales de Lady Sarnai.

La desesperación me carcomió mientras mis ojos demoníacos recorrieron el palacio y sus alrededores desde lejos. Observé los cascos, las lanzas rotas, las linternas rotas y las cantimploras derramadas. Varios cadáveres yacían en las calles: en su mayoría soldados, la escarcha brillaba en los dedos de los pies, sus botas y capas fueron robadas por campesinos locales que no podían permitirse el lujo de tener escrúpulos acerca de cómo sobrevivirían al próximo invierno. Los muertos no superaban las varias docenas.

—¿Dónde están los soldados del emperador? —Le pregunté a Edan— Envió un ejército para defender el Palacio de Invierno. No podrían haber desaparecido simplemente.

La expresión de Edan era sombría.

—No lo sé, xitara.

Las puertas estaban cerradas con cerrojo, las sombras parpadeaban detrás de las puertas pintadas de escarlata. Los guardias del shansen.

—Tendremos que cruzar las puertas.

Edan hizo una mueca para mostrar exactamente cómo se sentía acerca de mí usando mi magia demoníaca, pero agarró su bastón de nogal y envolvió su brazo alrededor de mi cintura.

Salté en el aire hacia el palacio. Mi capa ondeaba detrás de mí y las llamas quemaban mis zapatos, el viento avivaba peligrosamente las chispas que bailaban en mis suelas.

No tenía tanta práctica en moverme como un demonio como para volar; era más como dar saltos gigantes. Aun así, mientras nadaba por el cielo entre los pájaros, casi me sentí como uno. Y, no por primera vez, me pregunté qué forma tomaría cuando finalmente sucumbiera a la maldición de Bandur.

—¡Un demonio! —Exclamaron los guardias del shansen una vez que

nos acercamos al palacio— ¡Y el hechicero!

Las flechas llovieron sobre nosotros, más rápido que los pájaros, como pequeñas dagas cortando el cielo y haciendo cantar el aire. Me entró el pánico. Mis pies tartamudeaban en el aire, luchando por subir más.

—Sigue volando, xitara —Dijo Edan— Yo me encargo de las flechas.

Llegó el siguiente ataque, y levantó su bastón, murmurando algo por lo bajo. Las flechas rebotaron en un escudo invisible.

—Ah, entonces su magia no lo ha abandonado por completo — Escuché comentar al shansen.

No debería haberlo oído, ni por encima del crepitar del fuego que devoraba el Palacio de Invierno, ni por el aullido del viento invernal.

Pero mis oídos demoníacos eran agudos, mis ojos demoníacos aún más agudos.

Cualesquiera que fueran las heridas que habían afectado al shansen después de la batalla en el Palacio de Otoño, hacía tiempo que se habían curado

Continuó— Pero el Edan que conocí habría enviado esas flechas volando hacia mis hombres, multiplicadas por diez y con las alas en llamas —Se volvió hacia sus hombres— Cancelen el ataque. Déjenlos venir. Quiero hablar con el demonio de Khanujin.

No volaron más flechas, y franqueé la puerta en una ráfaga de humo.

Miré a los soldados del shansen. Al frente cabalgaban los hijos del shansen: sus ojos oscuros carecían de piedad y sus bocas mostraban variaciones de la cruel mueca de su padre. El mayor llevaba el arco de ceniza de Lady Sarnai, y me pregunté cómo había sido para ella crecer entre ellos. No me recordaban nada a mis propios hermanos.

Detrás de ellos cabalgaban los generales del shansen y sus mercenarios balardianos. Los soldados que esperaban tenían las espadas desenvainadas y las flechas colocadas. ¿Esperaban que me rindiera?

Mi boca se tensó con irritación. ¡Podría quemar sus armas hasta convertirlas en cenizas con un pensamiento!

Aterricé en el suelo de piedra del patio del palacio con un ruido tan resonante que los soldados del shansen se tambalearon hacia atrás. Se separaron y el shansen se adelantó para saludarme.

—¿Has venido a suplicar por la vida de tu emperador, Maia Tamarin?

—Retumbó— Él ha estado esperando ansiosamente que regreses.

Entonces, todavía estaba vivo.

Levanté la barbilla— ¿Dónde están mi padre y mi hermano?

—Gyiu'rak me dice que pudiste rechazar nuestra convocatoria —Dijo el shansen, ignorando mi pregunta. Me pregunté si sabía que había frustrado por completo el intento de Gyiu'rak, evitando que todos los demonios acudieran en su ayuda. Su demonio no estaba a la vista— Es impresionante. Esperaba que pudieras unirte a nosotros. Esa invitación sigue en pie. Acéptalo y te reuniré con tu familia.

Su tono cordial me desconcertó. En la boda, se había mostrado brusco y desagradable. Pero ahora estaba tratando de conquistarme. Eso significaba que me veía como una amenaza.

Lo era. Podría perforar su pecho con mis garras y derramar su sangre sobre el suelo cubierto de cenizas, antes de que uno solo de sus guardias pudiera reaccionar.

Si no fuera por Baba y Keton, podría haberlo hecho.

—Hechicero —Continuó el shansen. Hizo una pequeña reverencia— Debo agradecerte por romper tu juramento. No podría haber logrado nada de esto si hubieras estado al lado de Khanujin.

La respiración de Edan se detuvo, pero no dijo nada.

—La historia registrará que la Guerra de los Cinco Inviernos se libró entre el emperador Khanujin y yo —Prosiguió el señor de la guerra— Pero esto es mentira. La guerra era entre yo y tú, hechicero. Una pena que tu magia sea tan débil ahora.

—Quiero ver a mi padre y a mi hermano —Espeté.

—Los verás muy pronto —El shansen se volvió— Has llegado a tiempo para el paso de los tronos.

Hizo una seña a sus tres hijos, quienes desaparecieron rápidamente en una cámara detrás del patio. Cuando regresaron, arrastraron una figura acobardada.

Apenas reconocí al emperador. Sin tocado, sin armadura, la capa que le había cosido estaba rota y hecha jirones. Su cabello negro era una masa enredada, y parecía que no se había lavado en días.

Una cuerda le ataba las muñecas y los tobillos, y lo habían amordazado con uno de los estandartes del shansen, un estallido de

color verde brillante.

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando me di cuenta. El ejército no habría abandonado a Khanujin aquí. A menos que… *No*. Giré, observando los restos cenicientos del palacio. El aire estaba quieto, demasiado quieto.

Y en ese momento, supe lo que le había pasado al ejército de Khanujin: había sido destruido por los fantasmas de Gyiu'rak.

¿Qué precio debía haber pagado el shansen por tal poder?

—Déjalo ir —Dijo Edan, apartándose de mi lado, su sombra alta y dominante.

—Habla el Lord Hechicero —Se burló el shansen— Es curioso, Edan, que sigas sirviendo a Khanujin incluso después de que se haya roto tu juramento. Aún más curioso, que tuvieras que llegar con el sastre imperial. Nunca te tomé por un aliado de los demonios.

—Ella no es un demonio.

—Todavía no —Dijo una nueva voz.

En una tempestad de humo pálido y brillante, Gyiu'rak se materializó del amuleto del shansen y ocupó su lugar junto a él, adoptando forma humana. Su pelo blanco, rayado de negro, estaba recogido como el de una dama de la corte.

—Sentur'na —Saludó, enseñando los dientes mientras pronunciaba mi nombre de demonio. Una sonrisa maliciosa curvó su boca mientras miraba a Edan— Jinn.

Ante el título, Edan se puso rígido.

—Has llegado a tiempo para el final de la dinastía Ujin.

Los ojos de Khanujin se hincharon al ver al demonio del shansen. Retorció las manos, tratando de liberarlas de las cuerdas.

—Suficiente —Dijo Edan— Has capturado al emperador y reclamado tu victoria. Déjalo ir. Deshonrarás tu legado al matarlo.

—¿Deshonra? —Gruñó el señor de la guerra— ¿Crees que Khanujin me perdonaría si nuestros roles fueran invertidos? No. Será sacrificado a mi demonio. Su sangre es el precio que pago por un nuevo A'landi.

—Lo pagaré —Dije impulsivamente— Deja que el emperador se vaya.

—¿Tú? —Gyiu'rak dijo con voz áspera— Un demonio no puede pagar el precio de mi sangre. Pero tu padre y tu hermano...

Con un silbido que nunca me había oído hacer, me abalancé para atacaría, pero Edan me detuvo. Sus ojos me suplicaban que no hiciera nada precipitado.

Gyiu'rak se rió— Muy bien, entonces —Dijo ella. Y con un movimiento tan rápido que no fue más que un torbellino de color, cortó con las uñas la pálida garganta del emperador.

La sangre brotó, tan brillante como los rubíes que colgaban de sus muñecas.

La violencia de eso, lo repentino que fue, me impactó. El aire se congeló en mis pulmones, mi cuerpo se tensó como una cuerda.

Entonces, un chasqueo.

Khanujin se derrumbó. Edan lo atrapó y lo tumbó suavemente en el suelo.

Me arrodillé a su lado. Los labios de mi soberano eran grises como la ceniza que había bañado su piel. Se la quité de la cara y le cogí la mano. Yo no tenía amor por él; nada de lo que dijera lo consolaría. Y, sin embargo, por este momento, deseé poder hacer algo para aliviar su fallecimiento.

Sus mejillas se hincharon con un último aliento, y sus ojos se hundieron. Era el último de su dinastía, y con él le habían dado fin a una era. Había sido egoísta y despiadado, pero en cierto modo, lo entendí. Incluso había sido cruel, pero cuando se trataba de su país y su gente, no había estado desprovisto de corazón. No como sabía que sería el shansen.

Cuando el padre de Khanujin murió, el país entero pasó cien días de luto por él. Todas las tiendas y hogares habían cubierto sus ventanas con láminas de marfil para honrar la muerte del emperador Tainujin, y yo me había atado una banda blanca alrededor de la manga cuando era niña.

Khanujin no tendría tal honor.

Los hombres del shansen izaron el estandarte del señor de la guerra.

—Larga vida al emperador —Coreaban— ¡Que viva diez mil años!

Para mi sorpresa, el shansen no infló su pecho con orgullo, ni escupió

sobre el cadáver del emperador, como casi esperaba que hiciera. En cambio, mientras sus soldados celebraban su victoria, el shansen me rodeó, sus botas dejaron marcas en la tierra detrás de él.

Las venas carmesí brillaron en el amuleto del señor de la guerra. Me pregunté cuánta sangre le había prometido a Gyiu'rak a cambio de su magia.

—Para alguien tan devoto a su país, no pareces entender que el futuro de A'landi está en mí. Te extiendo mi invitación por última vez, Maia Tamarin. Acepta, y perdonaré a tu familia. Niégate, y morirán.

El ultimátum resonó en mis oídos.

No sucumbí, pero tampoco me resistí.

—¿Dónde están?

El shansen inclinó la cabeza y mi padre y mi hermano fueron llevados a la plaza.

Observé con aprensión. A primera vista, no estaba segura de que fueran ellos. Todo lo que vi fueron dos hombres, uno más joven y otro mayor, encadenados juntos, sacos de arroz sobre sus cabezas.

—Tú no los reconoces —Observó Gyiu'rak, las palabras cortándome como un cuchillo— Ya los has olvidado.

La angustia carcomía mi corazón. No debería haber necesitado ver las caras de mi padre y mi hermano para reconocerlos, pero ella tenía razón. No los reconocía.

Un guardia golpeó la parte posterior de las piernas de Baba, quien gritó de dolor.

—¿Reconoces su grito, Sentur'na? —Gyiu'rak se burló.

Retrocedí. No conocía el sonido del grito de Baba porque nunca lo había oído hasta ahora. Pero sí conocía el sonido de su voz.

—Keton —Pronunció débilmente cuando mi hermano trató de defenderlo. Las botas cubiertas de nieve clavaron a mi padre y a mi hermano al suelo, y escuché a Baba susurrar— No peleen.

Lentamente, el recuerdo de Baba volvió a mí. Incluso ahora, bajo estas terribles circunstancias, estaba tranquilo. Él era tierno. Por fin reconocí la ligera curvatura de su frágil espalda, los definidos nudillos de sus manos, manos que habían pasado años enseñándole a coser a las mías.

También reconocí a mi hermano. La forma en que sus talones se mecían de un lado a otro cuando cojeaba hacia adelante, el corte irregular de sus pantalones, que él mismo doblaba mal cuando los usaba, los codos que sobresalían cuando estaba asustado o nervioso.

Me enfrenté al shansen.

—Libera a mi padre y a mi hermano.

Gyiu'rak resopló— ¿O si no?

—O, de lo contrario, te mataré —Dije fríamente.

Los ojos de Gyiu'rak parpadearon divertidos. Afilados colmillos de tigre sobresalían de su labio inferior y, mientras avanzaba hacia mí, pude ver cómo se le hinchaban los músculos de los brazos y las piernas. Ella se encargó de empequeñecerme.

—Me gustaría verte cumplir esa amenaza.

—No lo hagas —Dijo Edan, tocándome el brazo— Si vas por este camino...

No necesitaba terminar su advertencia. Sabía lo que quería decir. Si dejaba que Gyiu'rak me incite, me rendiría al deseo de venganza de mi demonio.

Me volvería como Gyiu'rak.
Pero cómo deseaba venganza.

Giré hacia el shansen, ignorando a Gyiu'rak.

—Déjalos ir.

—Pones a prueba mi paciencia, sastre —Respondió— Te di la oportunidad de unirte a nosotros. Fuiste imprudente al descartarlo — Inclinó la barbilla hacia Gyiu'rak, cuyos ojos se habían oscurecido por la sed de sangre— Mátalos.

Mi corazón se disparó hasta mi garganta, y ahogué un grito, lanzándome hacia Gyiu'rak antes de que pudiera llegar a Baba y Keton. Me bloqueó fácilmente con su brazo y me tiró a un lado.

Nunca antes me había golpeado tanta fuerza, ni siquiera de Bandur. Todo en mí se dobló, los nervios se estremecieron por el golpe. Mis rodillas no se sostenían y ella se reía mientras yo luchaba por levantarme.

—Lamentable —Dijo con voz áspera— No te preocupes. Haré que sus muertes sean rápidas.

Cerré los ojos, conjurando la imagen de la muerte del emperador Khanujin: el corte que Gyiu'rak le había hecho en la garganta, tan rápido que no se dio cuenta de lo que había sucedido hasta que el tajo abierto de su cuello comenzó a derramar sangre, drenando el color de sus ojos y rostro, así como la vida de su cuerpo.

No dejaría que eso les pasara a Baba y Keton.

Empujándome, me lancé sobre la demonio, agarrándola por detrás y envolviendo mis brazos alrededor de su cuello.

Se desvió y se retorció, saltando en el aire para lanzarme fuera de su cuerpo. La sostuve fuerte, clavando mis uñas en su cuello y pecho. Su carne estaba fría, sus huesos duros como el hierro. No estaba segura de sí mis ataques estaban teniendo algún efecto.

Cuando aterrizamos, se precipitó hacia el fuego que aún ardía en el centro de la plaza, conmigo agarrándome con fuerza de ella. Una y otra vez, cargó contra las llamas, tratando de ahogarme en su calor, pero no sentí nada. El fuego me hizo cosquillas en la piel y me chamuscó la túnica en la espalda, pero no me hizo mucho más.

No podría decir lo mismo de Gyiu'rak. Las llamas quemaron su piel humana. Pude ver el dolor registrado en su rostro, la forma en que apretó la boca con fuerza, sus labios presionando contra sus colmillos. ¿Eran otros demonios vulnerables al fuego? La realización me sorprendió; Bandur había viajado a menudo hasta mí a través de las llamas, pero nunca en su forma humana.

Una vez que se dio cuenta de que su esfuerzo había sido en vano, enseñó los dientes.

—Tal vez estés más avanzado de lo que pensaba, cambiante.

Se estrelló contra su espalda, obligándome a saltar antes de que me aplastara. Caí con fuerza sobre mi costado, mis costillas cediendo bajo mi peso. Gyiu'rak se abalanzó sobre mí y yo rodé hacia el fuego, agarré uno de los leños que crepitaban dentro y se lo lancé a la cara.

Las chispas de la madera chisporroteante le saltaron a los ojos, y dejó escapar un rugido de tigre, sus brazos se dispararon en otro ataque. Me agaché y luego la empujé hacia el fuego.

Un arco de azul plateado pasó a mi lado. Edan, empuñando la daga del meteorito. Se lanzó hacia el fuego y clavó la hoja en el pecho del

demonio.

Gyiu'rak gritó, su cuerpo se sacudió espasmódicamente de dolor. En una tormenta de humo, se desvaneció y volvió a girar dentro del amuleto del shansen.

La pelea no había terminado. Cientos de soldados nos rodearon. Sombríamente, me giré para enfrentarlos. Edan y yo no teníamos posibilidad de derrotarlos a todos, pero haría lo que tenía que hacer: liberar a Baba y Keton.

—¡Maten a los prisioneros! —Les gritó el shansen a sus hijos.

Arcos levantados, flechas apuntando a mi padre y hermano. El terror se apoderó de mí y salté para protegerlos.

Luego, una flecha escarlata familiar golpeó a uno de los hijos del shansen limpiamente en la palma de su mano. Otra flecha, luego otra, hasta que los tres hijos colapsaron, gravemente heridos.

¿Podía ser? Estiré el cuello en busca de Sarnai.

Los caballos atravesaron las puertas, rompiendo las llamas, sus cascos levantando brasas y cenizas. Volaron más flechas escarlatas y oí chillidos y gritos, los últimos sonidos de los soldados antes de caer.

Con los hombres del shansen distraídos, apresuré a Baba y a Keton a un rincón lejos de la refriega.

Tiré de los sacos de arroz que cubrían los rostros de mi padre y mi hermano, pero en el último momento decidí no levantarlos. No quería que me vieran así, más demonio que chica.

—Quédense aquí —Pedí, tocando el hombro de Keton, luego el de Baba— Aquí estarán a salvo.

—¿Maia? —Preguntó Baba— ¿Eres tú?

Me mordí el labio para no responder. Escucharlo decir mi nombre trajo el fantasma de un dolor en mi corazón. Solo lo suficiente para que me doliera por un instante, luego la sensación desapareció. Regresé a la batalla para encontrar a Lady Sarnai y Lord Xina flanqueados por un pequeño batallón de guerreros.

Nunca había visto a Lady Sarnai en combate. Era más rápida que cualquier hombre e igual de fuerte.

Ninguno de los soldados del shansen podía igualar su habilidad con el arco; le disparó a una docena de hombres, despejando el camino para

que Lord Xina atacara a su padre.

Pero el shansen, imbuido de la fuerza de un demonio, venció fácilmente al hombre que una vez había sido su guerrero favorito. Partió la lanza de Xina por la mitad, lo arrojó contra uno de los muros de la fortaleza y dejó escapar un rugido triunfante, más tigre que hombre.

Mis ojos siguieron el amuleto que se balanceaba sobre su torso blindado. La obsidiana brilló con la magia de Gyiu'rak, y temí saber lo que vendría después.

El shansen giró para mirar a su hija, que avanzaba hacia él con el arco levantado.

Dejando caer la lanza rota de Lord Xina, abrió los brazos como para recibir su ataque. Esperó hasta que ella estuvo a veinte pasos de distancia antes de tocar su amuleto, y luego, fusionándose con Gyiu'rak, se transformó en un tigre, con pelaje blanco erizado sobre su piel humana.

Había visto al señor de la guerra transformarse antes, pero Lady Sarnai no. Ella tiró de las riendas y dobló su cuerpo hacia adelante, los hombros encorvándose para prepararse para el ataque de su padre.

¡Tenía que hacer algo! Pero estaba al otro lado del campo de batalla, demasiado lejos para ayudar.

Con una velocidad vertiginosa, el tigre la abordó. Su caballo relinchó y Lady Sarnai se cayó de la silla y desapareció de la vista. La mayoría de los guerreros habrían muerto instantáneamente y, al principio, temí que Sarnai lo hubiera hecho. Luego salió a la superficie, luchando contra el tigre con sus propias manos.

El shansen levantó las garras hacia su garganta.

"¡Detente!" Grité en sus pensamientos. "*Ella es tu hija. Le enseñaste a pelear así*".

Un destello de vacilación brilló en su frente. Gruñó, pero estaba escuchando. *"Tu demonio ha deformado tus pensamientos. No dejes que asesine a tu hija"*.

Mientras hablaba con el shansen, Lady Sarnai luchó por alejarse poco a poco de sus garras y recuperar el equilibrio.

"¡Mátala!" Gyiu'rak gritó desde el amuleto del shansen. Los gritos del demonio dominaron los míos, y la vacilación en el ceño del shansen se

desvaneció. ***“Mátala”.***

Las garras del shansen flotaban en el aire. Mi estómago se retorció con un miedo helado.

Estaba segura de que, al siguiente latido de mi corazón, Lady Sarnai estaría muerta. Bajó su pata, pero su hija rodó lejos y Lord Xina cargó contra él. El guerrero clavó su lanza rota en el costado del shansen.

El tigre rugía de dolor, retorciéndose. Lady Sarnai levantó su espada. A diferencia de su padre, ella no dudó. Pero fue demasiado tarde. El shansen saltó sobre el fuego y desapareció.

Inmediatamente, las llamas se calmaron y Lady Sarnai clavó su espada en su restos. No podía ver su rostro, pero sus hombros se agitaban por la frustración. Había perdido la oportunidad de derrotar a su padre.

Salió de las brasas y caminó hacia el estandarte que los hombres del shansen habían izado.

Rompió el asta sobre su rodilla y rasgó la bandera por la mitad.

—El shansen se ha retirado —Declaró— ¡Cierren las puertas!

Y a su orden, las puertas del Palacio de Invierno se cerraron con un trueno.

La batalla había terminado.

Capítulo 27

No era una victoria.

Lady Sarnai sabía, tan bien como yo, que el shansen solo concedió el Palacio de Invierno porque no tenía ningún valor estratégico para él. La más pequeña de las residencias de Khanujin, había sido construida durante tiempos más pacíficos con el propósito de albergar a la familia real durante los crudos inviernos de A'landi. Se basó en su posición en un acantilado para sus defensas, y los cuarteles militares se habían quedado sin recursos durante la Guerra de los Cinco Inviernos. Ni siquiera se conectaba con la Gran Ruta de las Especias.

El emperador Khanujin había cometido un error al quedarse aquí. El Palacio de Primavera estaba a solo una semana de viaje del Palacio de Invierno y, asentado a lo largo de la costa este de A'landi, estaba protegido tanto por la armada imperial como por el ejército de Jappor, el más fuerte de la nación. Ahora que Khanujin estaba muerto, nadie podía impedir que el shansen conquistara la capital. Y A'landi.

Nadie, quería decirle a Lady Sarnai, excepto ella.

Sus tres hermanos estaban encadenados; sus flechas escarlatas sobresalían de sus manos y piernas, sus costillas y hombros. Cada herida parecía calculada para provocar un dolor intenso, pero no para matar.

Ella ignoró sus súplicas de perdón y reclamó su arco de ceniza de manos de su hermano mayor.

—Llévalos a la mazmorra —Le dijo a Lord Xina— Decidiré qué hacer con ellos más tarde.

Aterrorizados por la magia demoníaca oscura que habían presenciado, muchas de las tropas del shansen estaban dispuestas a comprometerse con Lady Sarnai, quien los había liderado valientemente en la batalla durante la Guerra de los Cinco Inviernos. Los que no desertaron fueron arrojados al calabozo sin comida ni agua. Algunos le escupieron, gritando:

—¡Tengo más honor que seguir a una mujer!.

También fueron arrojados al calabozo, pero con una nota a los guardias para que les cortaran la lengua.

Nadie más se atrevió a cuestionar su mando.

Al mediodía, Lady Sarnai había restaurado el orden en el Palacio de Invierno. Sus hombres habían extinguido todos los fuegos y ella había reclutado a los ministros supervivientes del emperador para que hicieran un inventario de las armas que podían rescatarse del arsenal y de la comida que había en el granero y los almacenes del palacio.

—Ella es realmente algo… ¿No? —Preguntó Keton mientras acunaba la cabeza de Baba en mi regazo— Incluso más aterradora de lo que la recordaba durante la guerra.

—Sí, lo es —No quería hablar de Lady Sarnai. Al volver a ver a mi hermano y a mi padre, todo lo que quería era memorizar sus rostros. Para escuchar sus voces y llenar los espacios cada vez mayores en mi memoria.

Las mangas de Baba estaban rotas, y cuando las arremangué vi ronchas en sus brazos.

—Solo nos lastimaron cuando nos resistimos —Dijo Keton débilmente — Cuando llegaron a Puerto Kamalan, traté de luchar contra ellos. Casi quemaban la tienda.

Palidecí de ira. Solo pensar en Baba siendo arrancado de su mesa de trabajo, en los soldados saqueando la tienda que mi familia se había esforzado tanto en mantener, en ver a mi padre y a mi hermano encadenados, y en Keton, que acababa de recuperar su capacidad para caminar, empujado hacia abajo y azotado, ¡¿Cómo se atrevía el shansen?!

—Lo siento —Susurré— Esto es mi culpa.

Keton me tocó el brazo, en señal de perdón, pero pude ver las preguntas formándose en su cabeza, evidentes por el pliegue de su frente. ¿Por qué esto era mi culpa? ¿Por qué era tan importante que el shansen había enviado soldados a Puerto Kamalan para capturarlo a él y a Baba? Eran preguntas que no estaba lista para responderle.

Presioné mis labios con fuerza y escondí mis manos en mis bolsillos. Para mi alivio, apareció Edan.

—Los aposentos principales en el patio sur no fueron afectados por el fuego —Informó en voz baja. Parecía cansado; usar magia lo había agotado más de lo que estaba dispuesto a admitir— Allí estará más cálido para tu padre.

Los ojos de Keton se abrieron como platos, reconociendo a Edan por las historias que le había contado sobre él, pero no era el momento

para presentaciones.

Juntos, Edan y yo levantamos a Baba y lo llevamos adentro. Encontramos una cama en una de las cámaras de los ministros, y cuando pusimos a Baba en ella, sus ojos entornados se abrieron.

Me agarró del brazo.

—Maia.

Me estremecí y mantuve los ojos bajos, esperando que Baba no los notara si me quedaba en las sombras.

—Estás a salvo, Baba —Le dije— El shansen se ha ido. Lady Sarnai ha tomado el Palacio de Invierno.

—¿Y el emperador?

Dudé— Muerto.

—Muerto. Tantos muertos —Los ojos de Baba se nublaron y miraron al techo. No dijo nada durante un largo rato— Que los dioses lo cuiden —Empezó a sentarse— ¿Quién es ese detrás de ti? —Edan había regresado con una tetera de bronce humeante.

—Baba, Keton... —Comencé— Este es Edan, el Lord Hechicero de Su Majestad.

—Antiguo Lord Hechicero —Me corrigió Edan, aclarándose la garganta.

En cualquier otro momento, podría haber sonreído por lo nervioso que se veía Edan, pero no hoy. Dejó la tetera para saludar apropiadamente a mi familia. Primero una reverencia a Baba, luego a Keton, quien negó.

—Tenemos la misma edad —Dijo mi hermano— Deja de inclinarte. Por favor.

Mi padre miró al hechicero con desconfianza.

—Ah, sí, he oído hablar mucho de ti. Hay muchos que creen que eres el motivo de la Guerra de los Cinco Inviernos.

Edan respiró hondo— Y no serían incorrectos —Respondió— Señor.

—Así que tú eres el culpable de la muerte de mis hijos mayores. Por los miles de hijos que murieron, y los muchos más que marchan hacia la muerte mientras hablamos.

—Baba… —Traté de interceder. Le ofrecí el agua— Bebe —Al sonido de mi voz, los hombros de Baba temblaron.

Dejó escapar un suspiro de remordimiento.

—Estoy cansado —Dijo al fin— Guarda estas presentaciones para otro momento. Deseo descansar —Sus ojos se cerraron, descartándonos a todos.

Con pasos pesados, seguí a Edan y Keton fuera de la habitación. Mi hermano me tocó el hombro y dijo en voz tan baja que solo nosotros dos podíamos oír:

—Ha sido una semana difícil para los dos. Me quedaré y hablaré con él cuando esté mejor.

Asentí, aturdida, tratando de ocultar mi decepción— Gracias, Keton —Dije, y lo dejé para reunirme con Edan.

—No te preocupes, xitara —Edan besó mi mejilla— Nunca fui muy popular entre los habitantes de A'landi, pero logré ganarme a los más importantes.

Forcé una sonrisa, pero eso no era lo que me preocupaba. Si Baba desconfiaba de Edan por su magia, ¿qué pensaría una vez que supiera la verdad sobre mí?

¿Qué pensaría él, una vez que descubriera que su hija era un monstruo?

Después de la batalla, el cadáver de Khanujin había sido olvidado. Su túnica imperial estaba hecha jirones, la capa encantada que le había hecho casi irreconocible bajo la mugre, la suciedad y la sangre. Cuando vi el cadáver del emperador profanado y pasado por alto, el resentimiento que una vez tuve por él se desvaneció.

—Él merece ser enterrado —Dije— Muchos lo amaban... aunque no sabían lo cruel que podía ser.

—No era un buen hombre —Estuvo de acuerdo Edan— Ni un gran gobernante, pero se preocupaba por su país lo suficiente como para hacer sacrificios por él.

Se agachó junto a su antiguo amo. La mueca que solía torcer la boca del emperador se había convertido en una suave línea, y parecía más majestuoso ahora que estaba pálido y gris por la muerte.

Entre los talismanes de su cinturón, vi el viejo amuleto de Edan.

Edan lo recogió y lo sostuvo, pasando el pulgar por el halcón grabado en la superficie de bronce. Pensé que querría quedárselo, pero después de una larga pausa volvió a colocar el amuleto en el cinturón de Khanujin.

—Incluso sin el juramento, sentí la obligación de protegerlo. Le prometí a su padre que protegería a A'landi. Les he fallado a los dos.

—A'landi no ha caído todavía —Respondí— No lo permitiremos.

Edan asintió y comenzó a alcanzar mi mano nuevamente, pero la llegada de Lady Sarnai y su séquito de soldados interrumpieron lo que estaba a punto de decir. La hija del shansen se mantuvo firme como cualquier rey, con una mano en la cadera y la otra en la empuñadura de la espada.

—¿Qué están haciendo ustedes dos aquí? Con eso... —Lady Sarnai no se atrevió a reconocer al emperador muerto. Su expresión se endureció hacia nosotros— Hay trabajo por hacer. Hagan algo útil.

Todavía de rodillas junto a Edan, me levanté. No me importaba mirarla. Sin duda se esperaba que obedeciera de inmediato, pero hice lo contrario.

—Él merece ser enterrado, Su Alteza. No puedes dejarlo aquí para que se pudra.

—¿Quién eres tú para dar órdenes?

—Era el emperador —Razoné— Sin importar lo que sintieras por él, él murió por A'landi.

—Una muerte deshonrosa —Escupió— Su ejército fue masacrado. Se dejó hacer prisionero...

—¿Preferirías que hubiera corrido? —Respondí— El emperador Khanujin no era un gran hombre, pero tampoco era un cobarde. Eligió quedarse con su país hasta el final.

“Mientras que tú no lo hiciste” me contuve de decir.

El rostro de Sarnai se oscureció ante el insulto que intencionalmente había dejado colgando en el aire.

—Que lo laven y lo limpien —Ordenó a sus hombres. Como si fuera una ocurrencia tardía, agregó— Sastre, hágale un sudario adecuado para el entierro.

Apenas me dedicó una mirada mientras giraba sobre sus talones. Algo

revoloteó detrás de ella, incluso cuando trató de apartarlo.

Mi pájaro.

—Ven conmigo —Le dije a Edan, y la seguimos hasta la sala de audiencias del Palacio de Invierno, que Lady Sarnai hizo suya simplemente colocando su arco sobre la mesa de pino. Los ministros sobrevivientes de Lord Xina y Khanujin ya estaban allí, esperándola.

—Tamarin —Dijo, frunciendo el ceño cuando se dio cuenta de que la habíamos seguido, su irritación aumentó por el hecho de que sus oídos de cazadora no nos habían oído. Ella se cruzó de brazos— Pensé que te había dado órdenes de trabajar en una túnica funeraria para tu Khanujin.

En lugar de responder, silbé suavemente y el pájaro de tela, que volaba por el pasillo, revoloteó hasta mi palma.

La hija del shansen olfateó— Así que el pájaro es tuyo. Debí haberlo adivinado. Los problemas parecen seguirte dondequiera que vayas.

Enderecé mis hombros audazmente.

—¿Cuándo marcharemos sobre Jappor?

—¿Marchar a Jappor? —Repitió ella. Todo el consejo me miró como si estuviera loca.

—La ventana para salvar a A'landi se está cerrando —Dije— Tenemos que irnos ahora.

—¿Y por qué salvaría a A'landi? —Sarnai gruñó— El emperador está muerto, miles de sus hombres están muertos. No desperdiciaré otras mil vidas cuando no haya esperanza de ganarle a mi padre —Ella se alejó— Nos retiraremos al oeste, llevaremos a nuestros sobrevivientes con a nosotros.

—Pero…

—Las naciones se levantan y caen. El hechicero debería saber eso mejor que nadie.

—Estás enojada —Le dije— Tienes derecho a estarlo. Khanujin te ha quitado mucho. También me ha quitado mucho a mí, a todos nosotros. Pero piensa en lo que le sucederá a A'landi si tu padre se convierte en emperador. Tú misma dijiste que no es el hombre que recordabas, que ha sido corrompido por su demonio. ¿Qué impide que Gyiu'rak se convierta en la verdadera gobernante de A'landi?

Los hombros de Sarnai se tensaron.

—No podemos ganar contra el ejército de mi padre. Con Khanujin muerto, si el shansen se declara emperador, el ejército de Jappor estará a su lado. Los otros señores de la guerra no se atreverían a levantarse contra él.

—¿Puedes convocarlos para que nos ayuden?

—No hay suficiente tiempo —Respondió Lord Xina— El shansen llegará a Jappor en cuestión de días. Tendrá el control del ejército imperial.

—Gyiu'rak tendrá control sobre el ejército imperial —Dijo severamente Lady Sarnai— Su poder sobre mi padre se hace más fuerte cada día. Una vez que se pague el precio de sangre, estará completo.

—Pensé que el precio de sangre era la vida del emperador.

—La vida del emperador, sí —La voz de Lady Sarnai se volvió hueca. Sus cicatrices brillaban pálidas bajo la luz acuosa— Y diez mil más.

Mi estómago se hundió. Esto no solo fue una noticia para mí, sino también para los ministros.

Hubo un silencio conmocionado, y luego todos comenzaron a hablar a la vez. Sarnai levantó las manos y pisoteó el suelo de madera con la bota.

—¡Suficiente! Para mi padre, no es nada. Miles ya murieron en la Guerra de los Cinco Inviernos. Lo ve como una oportunidad para derrocar a una dinastía corrupta y comenzar la suya propia. He peleado suficientes batallas para saber cuándo debo retirarme y cuándo debo seguir luchando. No hay forma de que podamos ganar contra Gyiu'rak.

—No estoy de acuerdo, Su Alteza —Dijo Edan.

La voz de Lady Sarnai era dura.

—Entonces ilumínanos, hechicero. ¿Cómo puede ser derrotado mi padre?

—Necesitará unos días para recuperarse de su herida —Razonó Edan — La armada imperial y el ejército de Jappor resistirán su gobierno; la Guerra de los Cinco Inviernos no fue hace tanto tiempo, por lo no que han olvidado que él era el enemigo. Intentarán defender el Palacio de

Primavera de él. Pero su demonio será aún más fuerte en Jappor, dada su proximidad al Norte. Diría que tenemos una semana. Dos, a lo sumo, antes de que caiga la capital.

Los ojos de Lord Xina, oscuros como piedras negras brillantes, se volvieron hacia Edan.

—¿Y por qué deberíamos confiar en ti? Tú, cuya lealtad se puede comprar...

—¿Comprar? —Repitió Edan— ¿Crees que quería ayudar a Khanujin a luchar contra el shansen? ¿Destrozar a tu país en una guerra? Estaba obligado por un juramento que no podía romper. No tuve elección. Los hombres del shansen tienen una opción; lo siguen sólo por miedo, no por lealtad. Muéstrales que deben luchar por ti, para salvar su país.

—Temen a Gyiu'rak —Dijo Lady Sarnai con voz espesa— Nadie puede detenerla.

—Yo puedo —Dije, mi voz mortalmente tranquila— Soy como ella. Un demonio.

La habitación quedó en silencio. Los ministros se tambalearon hacia atrás, como si la distancia los hiciera más seguros de mí. Algunos murmuraron oraciones o maldiciones. Lord Xina apuntó su lanza directamente a mi garganta.

Los ignoré a todos y miré fijamente a la hija del shansen. Si mi confesión la tomó por sorpresa, no lo demostró.

—Hechicero, dime por qué no debería ejecutar al sastre.

La sorpresa brilló en la frente de Edan. Lady Sarnai y él nunca se habían llevado bien; ella nunca había buscado su opinión antes.

—Es cierto que el sastre imperial ha sido maldecido para seguir el camino de los demonios —Dijo en voz baja— Y es cierto que, en su momento, sus acciones ya no serán las de Maia Tamarin, sino las del monstruo que lleva dentro. Sin embargo, creo que, incluso como demonio, hará todo lo que pueda para proteger a A'landi.

Tan grave como sonaba Edan, su fe en mí calentó parte del hielo alrededor de mi corazón. Mordí mi labio, esperando que Sarnai le creyera.

El ministro de guerra se levantó.

—Esto es absurdo. No podemos permitir a un demonio entre nosotros.

Arréstenla de inmediato. Lord Xina, le ruego que entre en razón...

—Este es mi ejército para comandar —Dijo Lady Sarnai bruscamente — No de Lord Xina. Le doy esta advertencia una única vez, Ministro Zha, y solo porque usted es nuevo en mi gobierno —Mientras el ministro se encogía, la fría mirada de Sarnai volvió a mí— Mañana por la mañana, anunciaré si marchamos o no a Jappor. Y yo decidiré el destino de Maia Tamarin. Usted está despedido.

—¿Crees que ella cambiará de opinión?

Edan sabía que no estaba preguntando si Lady Sarnai me perdonaría la vida, sino si vería el sentido de marchar hacia Jappor.

Consideró mi pregunta.

—Ella es una guerrera brillante, pero una líder sin experiencia. El shansen nunca le dio el mando de sus tropas durante la Guerra de los Cinco Inviernos. No era más que una niña de catorce años cuando comenzó la guerra: muy joven y admirada por la reputación y la fuerza de su padre. Ahora que debe luchar contra él, es difícil predecir lo que hará o no.

Pensé en cómo el shansen había dudado antes de atacar a Sarnai.

—¿Crees que él la amaba?

—¿Antes de que Gyiu'rak lo corrompiera? Quizás, a su manera. Pero el shansen siempre ha amado el poder por encima de todo. Vio el potencial de Sarnai y le prometió el mando de sus ejércitos cuando fuera mayor de edad.

—También prometió que ella no tendría que casarse —Dije, recordando lo que la misma Lady Sarnai me había dicho hace mucho tiempo.

—Él compró su lealtad. Ella lo sirvió y realmente creía que él podría mejorar a A'landi deponiendo al emperador Khanujin. Pero cuando comenzó a tratar con Gyiu'rak, su relación se envenenó. Y cuando se selló la tregua y él la envió a casarse con el emperador, su fe en él quedó completamente destruida.

—Y su fe en A'landi también —Murmuré con el ceño fruncido— ¿Cómo puedo ayudarla? Necesitamos más hombres y tenemos muy poco tiempo.

Hice una pausa. El estandarte del emperador yacía ante mí. Tenía la intención de coserlo en una túnica de entierro, pero otra idea me estaba pinchando.

—El pájaro que hice para encontrarte a ti y a Lady Sarnai. Puedo hacer más. Cientos más —Tragué, tocando mi amuleto. Las mitades de nuez se sentían huecas bajo mi palma— Solo espero recordar cómo coser —Miré mis garras y me estremecí.

Edan tomó un borde del estandarte, así que lo sostuvimos juntos.

—Yo te ayudaré —Dijo.

Nos pusimos manos a la obra, cortando el pendón en cien cuadrados. Edan dobló y yo cosí. Solo podía manejar los puntos más básicos, los que mamá me había enseñado cuando era niña. Eso era suficiente.

En cada pájaro, cosí un hilo de los restos de mi alfombra encantada para darles el don del vuelo. Los hilos se retorcieron mientras trabajaba, despertados por la magia que vibraba en mi sangre.

"¿Por qué tan egoísta, Maia? No necesitas pájaros para ganar la guerra. Tienes suficiente poder para derrocar al shansen. Si te sacrificas, salvarías a miles de la muerte… ¿No es eso honorable?"

Me mordí el labio con tanta fuerza que empezó a sangrar.

—¿Estás bien? —Preguntó Edan, luciendo preocupado.

—Si pudiera salvar a A'landi rindiéndome… —Vacilé, mirándome las manos; lo que solían ser mis manos— Convirtiéndome completamente en un demonio, ¿no debería hacerlo? Nadie tendría que luchar. Podría salvar la vida de innumerables hombres y mujeres.

—Si te rindes, Maia, ya no serás tú misma —Sacó la aguja de mis dedos temblorosos— Espera un poco más. Por A'landi. Por mí.

—Temo volverme loca —Confesé— Hay tanta ira en mí. No puedo controlarla —Cerré los ojos con fuerza, deseando poder ahuyentar todos los horribles recuerdos de lo que había hecho desde que Bandur me había maldecido.

Esos recuerdos eran mucho más nítidos que cualquier cosa de mi vida anterior.

—¿Y si te olvido de nuevo? —Susurré— Qué pasa si yo…

—¿Me atacas? —Edan respiró hondo— Podrías ocurrir. Los hechiceros y los demonios son enemigos naturales.

Al ver mi reacción de horror, me besó suavemente.

—Si me olvidas, encontraré una manera de hacer que me recuerdes de nuevo. Y si me atacas —Aplastó mi mano contra la suya pecho— Te sostendré hasta que te detengas.

No estaba convencida, pero Edan no había terminado.

—Creo lo que le dije a la Maestra Tsring, acerca de que eres buena — Sus dedos rozaron mi cabello, apartándolo de mis ojos y hacia un lado de mi cara— Todos los días estás cambiando. Te pareces cada vez más a un demonio, y sé que la voz dentro de ti se hace más fuerte. Pero tu corazón es tuyo, Maia. Eso no cambiará mientras te aferres a ello.

—Espero que estes en lo correcto.

—Sé lo que digo —Su mirada se posó en mi creciente montón de pájaros de tela— ¿Me creerías si te dijera que la conozco? ¿La princesa de Kiatan que dobló mil grullas?

—¡No eres tan viejo!

Me hizo una mueca.

—La historia no es tan antigua como eso. Conocí a Shiori solo una vez, y brevemente, pero ella no era tan diferente a ti. Incluso cuando una terrible maldición cayó sobre ella, se mantuvo fuerte. Sus pájaros de papel le trajeron esperanza.

Apretó mi mano contra su corazón.

—No estás sola, Maia. Ni ahora, ni nunca.

Su pulso latía constantemente contra mi palma. Asentí y junté el primer lote de mis pájaros de tela en mi túnica. Los hilos rojos cosidos en sus alas brillaban a la luz de la luna.

Me apoyé en Edan mientras subía al alféizar de la ventana, agachándome ante la vasta vista de los bosques y el océano debajo del Palacio de Invierno. Todavía sosteniendo su brazo, me giré para mirarlo.

—Para la suerte —Dijo, su aliento haciéndome cosquillas en la nariz antes de besarme.

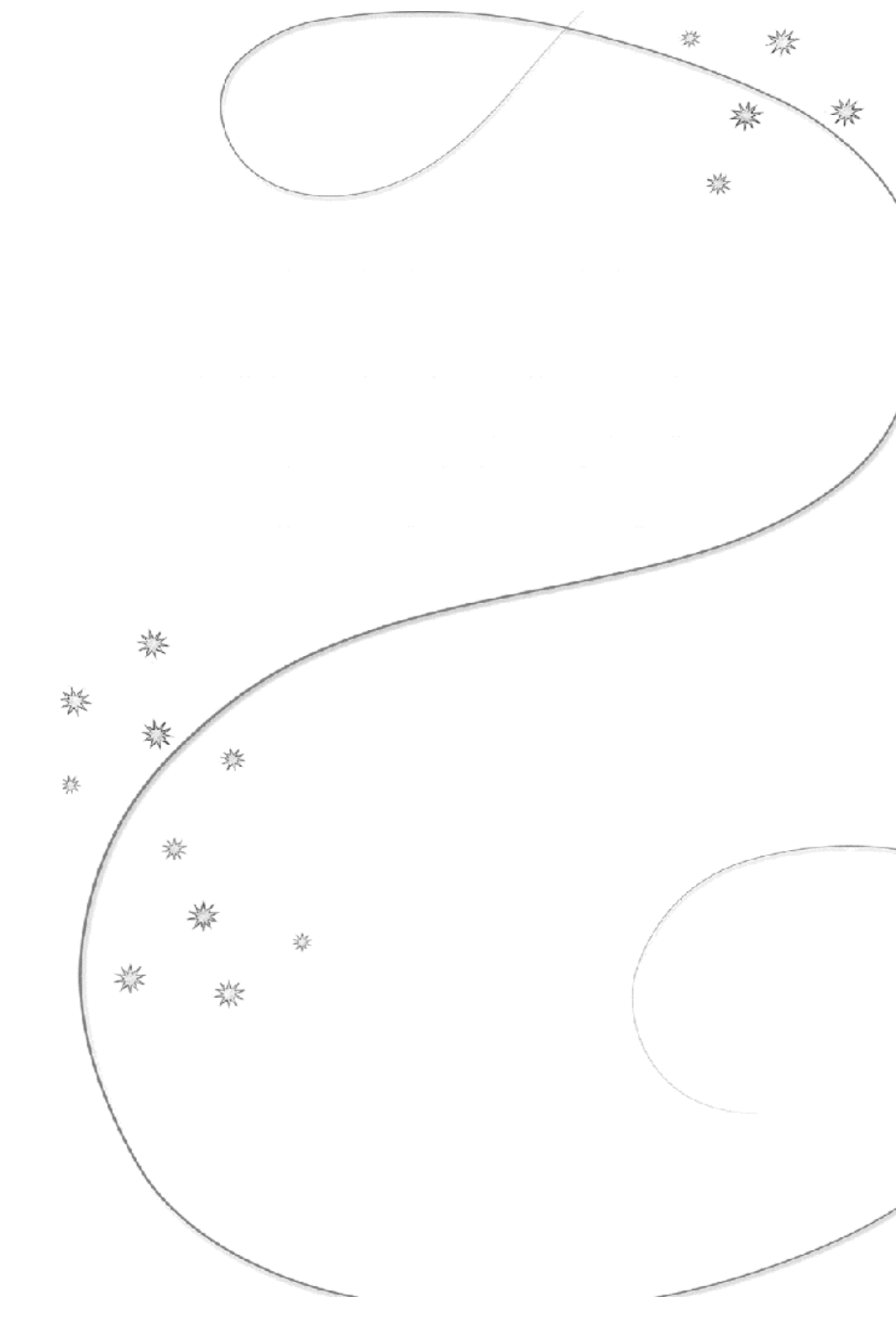
Salté hacia el cielo, una ráfaga de aire me impulsó más y más alto. Allí, entre las nubes, me suspendí todo el tiempo que pude, como si estuviera flotando en el agua.

—No estoy sola —Repetí— Y no todo está perdido.

Abrazando a los pájaros cerca, forcé una pequeña sonrisa. Apenas un consuelo, sin la risa del sol, mi cuerpo no podía sentir el frío de la noche escarchando sobre mi piel, y sin las lágrimas de la luna, mi corazón no se acobardaba ante nada. Especialmente no en el futuro inevitable, a costa de salvar a A'landi, que moriría.

Sintiendo que estaba a punto de caer, levanté mi amuleto y presioné mis labios contra la grieta del vidrio, liberando la gota más pequeña de la sangre de las estrellas, lo suficiente para bañar a mis pájaros en su luz.

Entonces, contra el haz blanco de la luna, levanté los brazos y envié a los pájaros a buscar a alguien que pudiera luchar por el futuro de A'landi.



P A R T E T R E S:
La sangre de las estrellas

Capítulo 28

En medio de las ruinas del santuario del Palacio de Invierno, el emperador Khanujin fue enviado a los cielos. No había sacerdotes ni monjes presentes para presidir la ceremonia, solo los soldados de Lady Sarnai y los pocos ministros que habían sobrevivido al ataque del shansen. Construyeron una modesta pira de ladrillos de color óxido y se arrodillaron ante el emperador una vez que lo colocaron sobre ella.

Edan no asistiría al funeral. Cuando le pregunté por qué, respondió:

"Estos ritos son algunas de las tradiciones más antiguas de A'landi, destinados a honrar a Khanujin y desearle un viaje seguro a su lugar entre los dioses. Los hechiceros y la religión nunca han estado en armonía unos con otros. Sería un insulto para él y para tu gente si asistiera.

Me incliné con Keton y Baba para presentarles mis respetos, luego me quedé unos momentos, observando cómo el viento levantaba las cenizas del emperador de la pira. Me dolían los dedos de coser toda la noche.

Después de hacer cientos de pájaros con Edan, me ocupé de la tarea de confeccionar las túnicas funerarias del emperador Khanujin. Usé su estandarte, junto con cualquier resto que pude encontrar en el palacio (cortinas y manteles viejos, incluso los sacos de arroz que se usaron para cubrir las caras de Baba y Keton) para coser mis pájaros, y sin mis tijeras, no podía convertir mantas de lino tosco en seda.

Solo lo que sobró fue a parar a la túnica de Khanujin. Entonces, el emperador fue enterrado como un aldeano. Sin bordados, sin joyas incrustadas en la humilde tela, sin incrustaciones de oro o brocado. Ni siquiera un parche de seda.

Nadie dijo una palabra al respecto.

—¿A dónde vas? —Keton me preguntó. Cuando me giré, se estremeció — Tus ojos, Maia. Están rojos desde ayer. Tú…

—Sólo están inyectados en sangre —Mentí rápidamente, haciendo a un lado su preocupación con una mano enguantada. Un velo de inquietud cayó sobre mí. Mi hermano solía decirme que era una mentirosa terrible, y lo había sido. Pero las cosas habían cambiado.

Yo había cambiado.

Me apresuré para evitar sus preguntas. Pero mientras mi hermano me

seguía, no pude evitar escuchar los suaves aterrizajes de sus pisadas, el elegante patinar de su bastón de un paso al siguiente. La última vez que lo había visto, acababa de empezar a intentar caminar de nuevo.

Mi pecho se apretó. No hace mucho tiempo, todo lo que había deseado era ver a Baba y Keton para poder abrazarlos. Pero ahora que estábamos juntos, todo lo que hice fue mantener la distancia. No sabía qué decirles que no fuera mentira.

Y cómo me dolía eso.

Reduje mis pasos y caminé al lado de mi hermano. Mis manos se hundieron en mis bolsillos, los guantes que había hecho poco a poco apenas ocultaban mis garras.

—No he estado durmiendo bien —Dije por fin, un pobre intento de explicación.

—Tampoco yo —Keton inclinó la cabeza, escuchando las llamas que todavía crepitaban en la pira funeraria— Escuché que Lady Sarnai celebró un consejo de guerra ayer. ¿Crees que los rumores de una marcha a Jappor son ciertos?

Esa era la razón por la que quería verla.

—No sé.

—Hay hombres dispuestos a luchar —Dijo Keton— Lucharé.

Mordí mi labio, tratando de ignorar la oleada de alarma que subía a mi garganta.

—No, deberías quedarte aquí. Con los heridos.

Keton frunció el ceño y deseé poder retractarme de mis palabras.

—Mis piernas se están volviendo más fuertes, Maia. Puede que no sea tan rápido como los demás, pero puedo pelear...

—Ya has luchado. Ya has visto demasiadas guerras.

—Dice mi hermana menor —Me reprendió— No sabía por qué estaba luchando en ese entonces. Ahora lo hago. Los otros soldados sienten lo mismo.

—¿Por qué estás luchando?

—El emperador está muerto y el shansen está a medio camino de la capital. Has visto a su demonio —Keton tragó saliva— Si no

defendemos a A'landi contra él ahora, que el cielo nos ayude. Estaremos condenados.

¿Cómo podría disuadirlo sin privarlo de la misma oportunidad que quería para mí: ayudar a salvar nuestro país?

Quería que Lady Sarnai marchara a la batalla. Quería que derrotara a su padre, que matara a Gyiu'rak y la enviara tambaleándose al inframundo. ¡Diez mil vidas! ¿Cómo podría un hombre anhelar tanto el poder que negociaría las vidas de su gente en tal convenio?

Aflojé la mandíbula, controlando mi ira. Cuando miré a mi hermano y vi el fuego en sus ojos, reconocí la misma determinación que ardía dentro de mí.

—Voy a encontrar a Lady Sarnai —Fue todo lo que pude decir, poniendo una mano en su hombro— Cuida de Baba.

Ni Lady Sarnai ni Lord Xina habían asistido al funeral, pero sabía dónde encontrarla. Había dormido fuera, junto a las cocinas, renunciando por los heridos a su derecho a una de las limitadas habitaciones del palacio.

La escuché antes de verla, entrenando con Lord Xina. Estaban tan absortos en su práctica que apenas me notaron, y me deslicé detrás de un pilar para mirar.

Sarnai aún no se había quitado la armadura. Debía de ser un tercio de su peso, pero la llevaba con orgullo, con los hombros rectos y el sudor reluciendo en la frente. Lord Xina tenía al menos el doble de su tamaño, pero se movía con una gracia mortal, su bastón de combate bailaba al ritmo de la batalla de la misma forma en que mis dedos solían bailar con una aguja. Al ver una abertura en el costado de Lord Xina, lo golpeó en la rodilla y utilizó su palo para enganchar sus tobillos, haciéndolo caer de espaldas.

—Te has vuelto lento, Xina —Dijo antes de ayudarlo a levantarse— Vas a conseguir te maten si sigues dando tumbos como un oso.

—Y te has vuelto débil, Sarnai. Así que, si camino como un oso, al menos no blandiré mi espada como un hacha. ¿Qué pasó con tu entrenamiento?

En lugar de tomar su mano para levantarse, Lord Xina tiró de ella hacia abajo y, por primera vez, escuché reír a Lady Sarnai. Él nunca había sido guapo, pero después de su tiempo en la mazmorra de Khanujin, su rostro se había convertido en un mosaico de pesadillas:

sus dientes delanteros estaban rotos, su nariz aplastada y su labio superior desgarrado. Sin embargo, la forma en que se miraron hizo que mi corazón se entristeciera, y me alejé de la escena, dándoles un momento de privacidad.

Cuando finalmente volví a mirar, estaban sentados juntos junto a un fuego que ardía en un hoyo de ladrillos, una vez usado para asar carne. No estaban solos.

Edan me había ganado allí.

—Si has venido a suplicar por la vida del sastre, llegas demasiado tarde —Dijo Sarnai, apenas reconociéndolo mientras se secaba el sudor de las sienes— Mi decisión está tomada. No se le puede permitir vivir.

—Entonces no eres la guerrera que conocí durante la Guerra de los Cinco Inviernos, Su Alteza.

—Y tú no eres el hechicero que yo conocí —Replicó Sarnai— Tal vez debería hacer que te ejecutaran a ti también. Después de todo, ¿qué puedes ofrecer ahora?

Edan levantó su bastón de nogal y la fogata se disparó, tomando la forma de un halcón. Solo si miraba de cerca podía ver el sudor brillando en la nuca de Edan. Tal exhibición hubiera sido tan fácil como respirar para él antes, pero ahora requería mucho esfuerzo.

—No derrotarás a tu padre sin Maia Tamarin...

—Ella se quedará en el Palacio de Invierno —Dijo Lady Sarnai sobre él, sorprendiéndome incluso a mí con el cambio repentino— Eso es más misericordia de la que ella merece.

Edan comenzó a hablar, pero di un paso adelante y lo interrumpí:

—Llévame contigo a Jappor. Daría mi vida por salvar a A'landi. Para salvar a mi familia.

Los tres miraron hacia arriba, sorprendidos de que hubiera logrado acercarme sigilosamente a ellos. ¿Había sido mucho más torpe antes, como Maia, o convertirme en un demonio me dio el don de tomar a todos por sorpresa?

La mirada de Lady Sarnai atravesó la mía.

—Tu hechicero ya abogó por ti. He llegado a creer que junto con la pérdida de sus poderes viene la pérdida de su razón. La única razón

por la que sigues libre, sastre, es por lo que hiciste por mí y por Xina en el Palacio de Otoño —Hizo una pausa deliberadamente, así que entendería incluso que la generosidad era más de lo que merecía— Pero no dejarás el Palacio de Invierno.

—No puedes mantenerme aquí —Dije, un matiz tan afilado como un cuchillo colándose en mi tono.

Ante eso, Lady Sarnai se puso rígida. Lord Xina alcanzó su espada, pero ella lo detuvo.

—¿No puedo? —Dijo, levantándose. Su larga cabellera negra, liberada de sus trenzas guerreras, volaba detrás de su espalda— Edan dice que tu corazón sigue siendo bueno, pero he conocido demonios toda mi vida. La semilla de toda magia tiene sus raíces en la codicia.

—No creo eso.

Ella se burló de mí.

—Eso es lo que mi padre solía decir. Sabes, todavía era un hombre joven cuando el viejo emperador, Tainujin, unió a A'landi. Cada shansen debe dejar una marca por sí mismo a través de la guerra, y a mi padre le preocupaba que, con un país unido, hubiera pocas posibilidades de que honrara su nombre… Mi padre anhelaba la guerra. No era su intención dividir a A'landi en dos. Nada de eso. Pero estaba enojado porque tantas de las victorias de mi abuelo por Tainujin se atribuyeron al Lord Hechicero, y juró que no le sucedería lo mismo. Gyiu'rak se acercó a él y se ofreció a ayudarlo a derrotar al hechicero de Tainujin y usurpar el trono, por un precio.

—Diez mil vidas.

—Sí —Dijo Lady Sarnai con gravedad— Estuve allí esa noche, fue la primera vez que vi un demonio —Miró fijamente al fuego— Mi padre se negó a pagar, pero ella había plantado un terrible deseo en él, uno que no pudo ser apagado incluso después de haber asesinado a Tainujin y a su heredero. Se volvió codicioso; quería el amuleto de Edan para poder controlar él mismo al hechicero. Pero Khanujin descubrió sus planes y los tomó primero, y mi padre se vio obligado a retirarse al norte. Gyiu'rak acechaba en los bosques de allí y se aprovechó de él cuando regresó. Obtuvo un juramento de sangre a cambio de su magia oscura para derrotar a Khanujin, su hechicero y tomar el trono.

Sarnai levantó la mirada del fuego y sus duros ojos se encontraron con los míos.

—Mi padre nunca fue el mismo después de ese día. Durante la Guerra de los Cinco Inviernos, apenas noté el cambio, pero lentamente... fue superado por la sed de sangre —Su voz se volvió espesa, sus facciones se torcieron por el recuerdo de algo terrible— Traté de mostrarle lo que le estaba pasando; Le rogué que se detuviera. Pero él no quiso escuchar.

Tragué saliva, entendiendo a mi manera lo bien que se sentía la ira. Todavía podía saborear su dulzura.

—No tienes más remedio que llevarme —Dije tranquilamente— Ninguno de ustedes es rival para Gyiu'rak.

Las fosas nasales de Lady Sarnai se ensancharon.

—¿No escuchaste nada de lo que dije? No confío en ti.

Ella era sabia en no hacerlo. Ella no lo sabía, pero podría haberme deslizado fácilmente en su mente, de la misma manera que Bandur lo había hecho con Ammi, y obligarla a hacer lo que yo deseaba. La posibilidad flotaba en mí ahora, enturbiando mi propia moderación con su atractivo. Pero me contuve.

—Si te preocupa que te traicione —Dije— Edan tiene una daga que se puede usar contra los demonios.

—Maia —Susurró Edan— Maia, eso es suficiente —Fingí no escucharlo.

—Él la tiene ahora.

Lord Xina levantó el brazo, indicándole a Edan que le entregara el arma. De mala gana, se lo pasó al señor de la guerra, quien, a su vez, se lo dio a Lady Sarnai.

—Una cosa de aspecto normal —Comentó.

Mientras examinaba la daga, fijándose en las intrincadas líneas grabadas en la vaina, continué:

—Si empiezo a volverme en contra de la causa de A'landi, sostenga la empuñadura y pronuncie la palabra 'Jinn'. Eso desenvainará la hoja. Y luego debes perforar mi corazón... —Levanté mi amuleto, porque ahora era mi verdadero corazón, más y más cada día.

Se me quebró la voz, pero no había terminado.

—Usaré el último vestido de Amana cuando luche por ti. El vestido de

la sangre de las estrellas —Mi garganta se cerró— Es la fuente de mi fuerza. Si deseas matarme, debes destruirlo, así como mi amuleto, y moriré.

Era obvio por la mueca en el rostro de Edan que estaba diciendo la verdad.

—No debes culpar a Edan por ocultarte esto. Él cree que todavía hay algo bueno en mí. Pero yo lo sé mejor —Por primera vez, me arrodillé ante Lady Sarnai— Ahora sabes cómo me pueden matar —Pensé en mi último vestido, el que protegía mi alma de las garras del demonio— Déjame ayudarte con Gyiu'rak.

Para mi sorpresa, se levantó junto a la chimenea y le devolvió la daga a Edan. Sin explicación, dijo:

—Marcharemos hacia Jappor y tú te unirás a nosotros —Se demoró en las palabras y agregó— No me decepciones, Maia Tamarin. Si lo haces, juro por los Nueve Cielos que no vivirás para arrepentirte.

Capítulo 29

Seguimos la línea costera del océano Cuiyan hacia arriba y, gradualmente, el terreno se fue convirtiendo en estepas y praderas, ligeramente cubiertas de nieve. Vientos violentos azotaron la hierba, el frío amargo silbaba en mis pulmones. A lo lejos, pude distinguir los famosos bosques del norte, donde se decía que acechaban los demonios.

Durante nuestra marcha a Jappor, escaneé el cielo en busca de mis pájaros. Solo uno regresó, solo, lo que hizo que mi corazón se hundiera. Pero luego vi más, volando por encima de un convoy de barcos a lo largo de la costa norte del océano Cuiyan. Barcos de pescadores con velas rotas, barcos mercantes y, alabanza a los dioses, una flota de acorazados dragón que enarbolan el estandarte del emperador Khanujin.

Los soldados llegaron a pie, a caballo, en carretas y en carruajes. Algunos trajeron a sus esposas y hermanas, quienes a su vez trajeron comida, mantas, herramientas para hacer arcos y lanzas, para afilar puñales y espadas. La mayoría nos encontró gracias a mis pájaros, pero otros eran hombres que Lord Xina había convocado. Los refuerzos llegaban por horas. Al final del día, cientos se habían unido a las fuerzas de Lady Sarnai.

Había visto lo que le había hecho a Keton luchar en la Guerra de los Cinco Inviernos, cómo había atenuado la luz de sus ojos. Los rostros de estos soldados eran los mismos que los de mi hermano, endurecidos por la guerra. Ahora los veía con respeto en lugar de lástima.

Pero, aun así, qué cruel me sentí al pedirles que pelearan de nuevo.

—Su venida aquí no es mágica, ¿verdad? —Le pregunté a Edan con preocupación— ¿No los obligué a venir, o los convoqué de la forma en que el shansen trató de convocarme a mí?

—No —Me aseguró— La gente sabe que un país unido es algo por lo que esperar y por lo que luchar, con o sin emperador.

Entre la multitud de recién llegados, vi un par familiar de coletas. Apareció el rostro de una chica: mejillas llenas, ojos redondos y brillantes y una boca pequeña y redonda.

—¡Maia! —Con las mejillas sonrojadas por la emoción, la chica corrió hacia mí, colgando uno de mis pájaros de tela del hilo rojo fuego que le había cosido en las alas para hacerlo volar.

Cuando dejó caer el pájaro en mi mano, lo sostuve cerca. El hilo, todavía tibio por la magia, me hizo cosquillas en la base del pulgar.

—Te ves mejor —Me saludó cálidamente. Ladeó la cabeza hacia Edan — ¿El Lord Hechicero pudo ayudarte?

Por mi vida, no podía recordar su nombre. Oscilaba en la punta de mi lengua, como si la seda se me escapara de las manos. Fruncí el ceño.

—Pudimos ganar algo de tiempo.

La comprensión inundó sus amables ojos y me agarró las manos, ignorando la sensación de las uñas afiladas y los dedos torcidos bajo mis guantes.

—Soy yo, Maia. Ammi. Soy tu amiga.

—Ammi —Repetí, abrazándola. El nombre me sonaba familiar. Hilos de una fuga del Palacio de Otoño y un viaje a través de A'landi se desarrollaron en mi memoria. Esta chica era importante para mí, pero no podía entender por qué.

Sus hombros se relajaron, una sonrisa se amplió en su rostro completo. Ella balanceó un gran bulto sobre su hombro; parecía abrigada, con un chaleco acolchado y un par de gruesos pantalones de lana.

—Traje ropa y suministros adicionales, cortesía del Maestro Longhai. Dejé su tienda unos días después que tú. Una vez que escuché que te ibas a pelear contra el shansen, supe que tenía que ayudarte. Puede que no sea muy buena con una espada, pero soy hábil con un cuchillo y un buen fuego. Los soldados tienen que comer.

—Así que lo hacen —Miré a los cientos de hombres recién llegados— Me temo que tendrás que dividir tu trabajo —Agarré uno de sus bultos y le hice señas para que me siguiera— Ven, te presentaré a mi familia.

Ammi rápidamente se estableció como nuestra cocinera principal. Tener mujeres en el campamento hizo milagros para la moral de los soldados. Incluso Keton sonrió más.

“Un estomago contento hace feliz a un hombre” Decía Ammi. Esperaba que la moral alta durara.

Nos estábamos acercando al Palacio de Primavera.

Habíamos marchado tanto tiempo que las suelas de los zapatos de Keton se habían gastado, noté. Nunca se quejó, y no lo mencioné mientras caminaba a su lado, haciéndole compañía mientras empujaba

a Baba en un carro de suministros.

—Deberías quedarte en el Palacio de Invierno —Traté de convencer a mi padre— Será más seguro.

—Donde van mis hijos, voy yo.

—Pero…

—No me quedaré atrás —Insistió Baba.

Así que lo trajimos. La mayor parte del tiempo dormía, aun recuperándose de su tiempo en el cautiverio del shansen.

—¿Qué crees que pasará con las concubinas del emperador ahora que está muerto? —Keton preguntó, tratando de entablar una conversación alegre conmigo.

—El emperador Khanujin no tenía concubinas.

Mi hermano resopló.

—Por supuesto que las tenía. Todos los emperadores las tienen. Apuesto a que mantuvo las más bonitas en el Palacio de Primavera. Las mujeres de Jappor son famosas por su belleza. Por eso dicen que la capital nunca ha sido conquistada, porque las damas hechizarán a los enemigos de A'landi hasta derrotarlos.

—Incluso si esa historia fuera cierta, no creo que sus encantos funcionen en el shansen —Dije secamente.

El tono de Keton cambió, volviéndose más oscuro.

—Tal vez no —Se quedó en silencio por un momento, antes de sacudirse lo que sea que lo estaba molestando— Sabes, desearía que las batallas se pudieran pelear con ollas de arroz en lugar de espadas. Ciertamente ganaríamos si ese fuera el caso.

Mi hermano nunca antes había mostrado mucho interés por la comida.

—¿Por qué piensas eso?

—Ammi dijo que Jappor es la capital de la mejor comida de A'landi. No hay nada parecido en el norte, dijo. Es toda una cocinera, tu amiga.

Incliné la cabeza con sorpresa.

—¿Hablaste con Ammi?

—Un poquito. Para agradecerle su buen trabajo —Keton miró de reojo a Ammi, que se abría paso entre el ejército, repartiendo tazas de té y albóndigas de arroz envueltas en hojas de bambú.

Entonces mi hermano se aclaró la garganta y un rubor inesperado tiñó sus mejillas.

Inmediatamente trató de cambiar de tema.

—¿Por qué el encantador no camina con nosotros?

Miré a Edan, que se había mantenido media docena de pasos por delante durante toda nuestra marcha. Mis labios se fruncieron y no respondí. Keton sabía tan bien como yo la respuesta a eso.

Baba todavía desconfiaba de Edan; le agradecía cortésmente cuando Edan venía a ayudarnos a armar nuestras tiendas o a traernos comida, pero Baba nunca lo invitaba a quedarse a comer con nosotros.

Cada vez que trataba de defenderlo, una mirada oscura pasaba por el rostro de Baba. Terminé cerrando la boca, siguiendo el consejo de Edan de no decir nada, para darle a Baba más tiempo. Pero en el fondo, tenía miedo de las preguntas que haría Baba si abordábamos el tema de la magia; Tenía miedo de que él ya supiera en lo que me había convertido.

Mi hermano tenía una mirada astuta, una que nunca había aprendido a leer.

—¡Hechicero! —Llamó Keton, haciendo señas a Edan para que se acercara— ¿Por qué no caminas con nosotros? —Mi hermano captó mi expresión de sorpresa— No te preocupes, Maia. ¡Seré amable Edan! Únete a nosotros.

Edan parpadeó, momentáneamente impresionado por la invitación. Pero él obedeció.

—Estábamos hablando del Palacio de Primavera —Dijo mi hermano— Cuéntanos sobre eso. ¿Son las mujeres tan hermosas como dicen? ¿O prefieres a las mujeres del sur?

—¡Ketón! —Le di un codazo a mi hermano, horrorizada— ¿Has estado bebiendo?

Se rió y escondí una sonrisa cuando vi la expresión de Edan. Nunca lo había visto lucir tan cohibido.

—Está bien, está bien, solo cuéntanos sobre el Palacio de Primavera.

¿Por qué está tan al norte?

—A'landi no siempre fue tan grande como ahora —Respondió Edan— Cuando gobernó el primer emperador, el Palacio de la Primavera era su única residencia, y lo construyó en el norte para que los ejércitos del shansen pudieran defender a A'landi de una invasión. A medida que el imperio se expandía hacia el este y el sur, sus descendientes construyeron tres palacios más como una forma de dividir su tiempo entre el reino —Hubo una breve pausa y luego añadió— No fue hasta la época del emperador Tainujin que la gente empezó a preocuparse de que la capital estuviera demasiado al norte. Demasiado cerca del territorio del shansen, donde los norteños le tenían más lealtad a él que al emperador. Esas preocupaciones resultaron ser proféticas.

Keton no dijo nada, lo que Edan debe haber confundido con desinterés, porque lo siguiente que dijo fue:

—Maia me dijo que peleaste en la Guerra de los Cinco Inviernos.

De repente, una sombra cayó sobre los ojos de Keton.

—Luché en el mismo regimiento que mis dos hermanos. Eran mucho mejores soldados que yo. Finlei me dijo que peleó contigo una vez. Dijo que derribaste a cien hombres con un golpe de tus brazos.

El rostro de Edan era ilegible.

—Eso fue hace mucho tiempo. Hace toda una vida.

Los dos hombres se quedaron en silencio. Caminé entre ellos, hasta que Keton murmuró una excusa para ver a Baba.

—No debería haber mencionado la guerra —Dijo Edan en voz baja, después de que Keton se marchara— Eso fue un error.

—Estabas nervioso. No deberías estarlo, le gustas.

—Él quiere gustarme, querida.

—Habla con él de nuevo —Le dije— Significaría mucho para mí si ustedes dos se hicieran amigos. Es el único hermano que me queda. Ambos son mi familia.

—Maia... —La voz de Edan tembló— Hablas como si fueras a...

—Yo me haré cargo de tirar del carro —Lo interrumpí, no queriendo escuchar el final de lo que iba a decir. Mi corazón podría estar entumecido, pero aún no estaba muerto, y le evitaría cualquier dolor que pudiera— Inténtalo de nuevo —Le pedí— Keton apreciará tu

compañía.

Asintiendo, Edan se alejó y fue a hablar con mi hermano. Continué empujando a Baba, sola, escuchando el crujido de mis zapatos contra la hierba. Un sonido tan humano, a pesar de que mis garras se encrespaban con cada paso. Mis pies deseaban volar, pero reprimí el impulso y seguí caminando.

Unos minutos más tarde, escuché a mi hermano reírse.

—¿Ella hizo qué? —Exclamó Ketón— Le dije que se mantuviera sola. No es de extrañar que hayas visto a través de su disfraz.

Aunque mis oídos anhelaban escuchar lo que decían sobre mí, me concentré en el camino por delante. Mi amuleto golpeó contra mi pecho, y pensé en los tres vestidos que había sacrificado tanto para hacer.

Lo poco que me quedaba de mi don de sastrería no era para coser con aguja e hilo, era para labrar un futuro, puntada a puntada, para las personas que amaba. Ese futuro se mantendría firme, incluso mientras me desmoronaba. Tendría que hacerlo, o de lo contrario la elección que había hecho, la elección que la Maestra Tsring me había dicho que era inevitable, sería en vano.

Dos días después, cruzamos hacia las Llanuras del Norte. Al este estaba Jappor, y al norte estaban los bosques y arboledas donde se había criado Lady Sarnai.

Lord Xina entrenó a los soldados, enseñándoles a luchar como una unidad mientras también ponía a prueba su fuerza física y resistencia. Edan les enseñó lo que sabía sobre demonios y fantasmas.

—Los fantasmas no pueden empuñar armas físicas; no son rápidos como Gyiu'rak, y no son inteligentes. Su único medio de ataque es atraerlos hacia ellos. Hablarán con voces que son queridas para ustedes. Tomarán los rostros de sus seres queridos y sabrán cosas que están enterradas en lo profundo de sus corazones. No caigan en estas trampas. No toquen a los fantasmas. Si lo hacen, se convertirán en uno de ellos, y su espíritu vagará para siempre entre los cielos y el inframundo, hasta que el demonio a quien sirven sea vencido.

Mientras tanto, me senté con las mujeres, pelando una modesta recompensa de rábanos y papas que había traído uno de los granjeros.

Las mujeres me miraban a los ojos y a mis manos enguantadas y susurraban a mis espaldas cuando pensaban que no podía oír. Era fácil ignorarlo hasta que Baba vino a ayudar; entonces rápidamente inventé una excusa para irme. No quería que viera las miradas que me daban, y no quería finalmente tener que enfrentarme a sus preguntas. No quería lastimarlo con la verdad, todavía no.

Mi presencia provocó chismes en el campamento, así que me mantuve mayormente sola, excepto cuando me uní al consejo de guerra nocturno de Lady Sarnai.

—Cuatrocientos hombres —Dijo Lord Xina con gravedad— No son suficientes.

Quería gritar que era más de lo que podíamos haber esperado, pero Lady Sarnai se me adelantó.

—Hemos sobrevivido a peores probabilidades. Las mujeres pueden luchar. Varias de ellas han expresado su deseo de hacerlo.

—No agregarían mucho —Dijo Lord Xina— Sólo estarías enviándolas a la muerte. Tu padre tendrá miles de hombres entrenados.

—Esta no es una guerra entre ejércitos. Es una guerra contra mi padre. Dirige a sus soldados a través del miedo, a través de su alianza con Gyiu'rak. Una vez que él y el demonio sean derrotados, el ejército se rendirá. El desafío será matar a Gyiu'rak. Por retorcido que pueda haberse vuelto mi padre, sigue siendo humano, con las debilidades de un humano. Podría haberme matado en el Palacio de Invierno, pero no lo hizo —Su voz cayó suave, pero su tono era duro— Él se acuerda de mí.

Respiré trabajosamente. Si no fuera por ver a Baba y a Keton a diario en el campamento, tampoco los recordaría. Sus rostros se perderían para mí, el sonido de sus voces era una canción familiar que había escuchado antes pero que no podía cantar.

Había perdido las historias de Sendo y el sonido de la risa de mamá. Y las palabras que Finlei solía decir cuando me faltaba coraje o fe en mí misma.

Traté de no entrar en pánico, pero el dolor hueco dentro de mí se hizo más agudo con cada nuevo día. Esa noche, lo decidí. Le contaría a Edan lo que me rondaba la cabeza desde hacía días.

Recé para que no me odiara por ello.

Cuando cayó la noche, construimos un pueblo de tiendas de campaña en medio de las llanuras. Todavía no había nevado, aunque la hierba bajo nuestras botas se arrugaba por la escarcha, y con cada hora que pasaba, el frío del viento se hacía más fuerte. No había muchas mujeres en el campamento; dormimos dentro de un puñado de tiendas cerca de Lady Sarnai. Pocos se dieron cuenta cuando me escapé para visitar a Edan.

Mantuve una mano en su pecho, observando la lenta estabilidad de su corazón. No hace mucho, solía preocuparme que se convirtiera en un halcón todas las noches, pero ahora eso se sentía como un recuerdo lejano. Ya no gritaba desde sus sueños. Ahora esa era yo.

A veces, en medio de la noche, me tomaba la mano. Cómo desearía que siempre fuera así.

Pero quedarme como Maia era una lucha. Cada segundo, cada minuto, cada hora, luchaba contra mí misma para distinguir mis pensamientos de los de mi demonio. La sangre de las estrellas mantuvo suficiente corazón en mí para mantener algún indicio de quién era yo. Pero si perdiera ese vestido...

—¿Fue así para ti? —Pregunté cuándo Edan me despertó de una pesadilla— ¿Estar lejos de tu juramento? ¿Cuándo viajábamos y sentías el tirón del amanecer y el tirón del anochecer?

—Fue diferente —Respondió Edan— La batalla no era contra mí. Podía sentir que mi magia me dejaba, pero sabía que reunirme con mi maestro la traería de vuelta. Para ti, tu magia se está volviendo en tu contra... y...

—Y no hay nada que pueda hacer —Terminé por él, sombríamente— Es solo cuestión de tiempo.

Apreté los labios y miré mis uñas. Gruesas, duras y afiladas. Incluso mis nudillos se habían vuelto nudosos, mi piel cada vez más escamosa y reseca.

—¿Cómo terminaste siendo un halcón? —Pregunté de repente.

—Tal vez no deberíamos hablar más de esto, Maia. Tú…

—Quiero saber —Dije— He estado pensando en qué forma tomaré. Me ayudará a saberlo.

Él inhaló profundamente.

—Los demonios toman la forma que tenían cuando eran hechiceros, pero no todos los demonios comenzaron como hechiceros. Algunos demonios no tienen forma de espíritu, y otros son lo suficientemente poderosos como para adoptar cualquier forma que elijan… Oré por una criatura con una vista aguda —Confesó Edan— La mía se estaba arruinando de tanto leer a la luz de la luna. Los soldados no tenían mucho uso para las velas.

—Entonces, ¿un halcón?

—Desde el principio, cuando descubrí mi talento para la magia, uno se posó en mi cabeza.

—¿En tu cabeza? —Por un precioso segundo, olvidé mis problemas y me reí.

Edan sonrió.

—Traté de espantarlo, pero me siguió el resto de la semana, chillando tan fuerte que los otros niños de mi tropa le tiraron piedras. No podía entender lo que me estaba diciendo entonces, pero siempre pensé que podía entenderme. Nunca lo volví a ver, pero nunca lo olvidé. No me sorprendió cuando un halcón me eligió.

No tenía ni idea de lo que sería elegido para mí. Ninguna de esas criaturas había venido a mí; de hecho, todos me temían en este punto. Pero no le dije esto a Edan.

Tracé las líneas en sus palmas.

—Estas últimas semanas han sido duras para mí. Sin saber si estabas a salvo, sin saber si mi país iría a la guerra, sin saber si me despertaría a la mañana siguiente como Maia o como otra persona —Tragué saliva, envolviendo los brazos de Edan más fuerte alrededor de mis hombros — Pero ahora sé que soy fuerte. Porque tengo alguien por quien ser fuerte: Baba, Keton.

—¿Y yo?

—Especialmente tu.

Mis dedos subieron por su pecho hasta su cuello, girando un rizo suelto. Pero tan pronto como lo enrollé alrededor de mi uña, lo solté y miré nuestras manos, la suya sobre la mía, la curva de su palma encajaba perfectamente sobre el dorso de mi mano. Sus largos dedos cubriendo mis afiladas garras negras.

—Quiero que me prometas algo —Dije, tratando de mantener mi voz

lo más tranquila que pude— He mejorado desde que te encontré de nuevo y vi a mi familia. Pero no durará. Puedo sentir que me deslizo un poco más cada día. Si debo... Si me vuelvo peligrosa, debes detenerme.

—Maia...

—Cuando finalmente me convierta en un demonio, Edan —Un nudo se endureció en mi garganta, haciendo que hablar fuera doloroso— Quiero que tomes el amuleto. Llévalo al rincón más lejano de la tierra y atrápalo con toda la magia que puedas. Haz lo que tengas que hacer: entiérralo, tíralo al fondo del océano, solo asegúrate de que nunca lo vuelva a encontrar.

—¿Qué bien haría eso? —Edan dijo suavemente— Pasarías todas tus horas buscándolo. Estás atada a los vestidos en el interior...

—Un vestido. Solo me queda un vestido —Sentía la garganta en carne viva, pero seguí adelante— Por favor, Edan. No quiero que mi yo demonio lo tenga... No quiero que ella abuse de su poder.

Que ella lastime a alguien más de lo que ya lo ha hecho.

—La magia demoníaca no puede ser contenida de esa manera, Maia — La voz de Edan era grave— Ni siquiera por ti.

En el fondo, ya lo sabía. Pero esperaba lo mismo.

—Entonces acaba conmigo. Prométeme que lo harás —Negué con la cabeza, anticipándome a cualquier protesta.

Él asintió entumecido.

—Si se trata de eso, lo haré.

Sin otra palabra, salió de la tienda. Necesité toda mi moderación para no seguirlo. Esperé, segura de que volvería pronto.

Él no regresó.

Capítulo 30

Lady Sarnai vio mi sombra fuera de su tienda antes de que tuviera la oportunidad de anunciarme.

—No te entretengas, Tamarin. Adelante.

Estaba envuelta en gruesas capas de piel de zorro, y entrecerró los ojos ante la poca ropa que llevaba. El viento se filtraba a través de mis finas mangas de muselina, pero no tenía frío.

Su tienda era espartana, amueblada con una vela de color crema, una manta gastada de color burdeos y dos ollas de bronce, una para el agua y otra para el fuego. Su arco yacía sobre su cama, al lado de un carcaj de flechas recién cinceladas.

—¿Qué es? —Su tono fue cortante.

—He venido a pedirte un favor —Las palabras salieron roncas.

Lady Sarnai dejó su espada, que acababa de empezar a afilar.

—No estás en posición de pedir favores.

—Me disculpo, Su Alteza. Yo…

Ella gruñó.

—Pasiva como siempre. No sé cómo te tomé por un hombre. ¿Qué es lo que quieres?

Mis hombros se enderezaron ante su insulto.

—Le pedí a Edan que me matara si alguna vez perdía el control. Pero no creo que lo haga.

Ahora se inclinó hacia delante, interesada.

Tomé una respiración profunda.

—Quiero que completes la tarea si él falla.

Arqueó una elegante ceja y se sentó en uno de sus baúles, con la espalda rígida.

—Supe lo que eras en el momento en que te vi. Lo sé desde que me obligaste a ponerme ese maldito vestido y casi me matas —Incliné la cabeza— Pero ningún demonio real revelaría el secreto de cómo matarla. Por eso le devolví a Edan su daga. Por eso te dejo vivir. Pero

tus días están contados, Tamarin.

—No soy…

—No me interrumpas. No tienes derecho, y no he terminado de hablar —Flexionó la mano de la espada y su ceño se profundizó— Te he contado lo que la magia le hizo a mi padre —Dijo— Lo vi transformarse del general más leal del emperador a un traidor deseoso de poder por encima de todo. Cree que tiene el control del demonio a su lado, pero Gyiu'rak lo engaña. Ella lo desangrará; es su naturaleza, la naturaleza de un demonio. Y lo veo en tus ojos —Su voz se volvió fría— No puedes controlarlo si eres débil.

"¿Débil?" mi voz demoníaca farfulló con incredulidad. ***"Sí, eres débil. Pero solo por resistir. Imagina, Sentur'na, lo que podrías hacer por A'landi si cedieras. Realmente serías el rival de Gyiu'rak. Lo harías…"***

"Vete" Apagué la voz con mi mente. *"No te escucharé"*.

—¿Por qué volviste? —Le pregunté a Sarnai— Dijiste que no había posibilidad de vencer a tu padre.

—No la hay —Afirmó ella— Pero dirijo mejor a A'landi contra él que tú.

Se suponía que era un insulto, pero no me inmuté.

—Entonces me has dado una razón para estar contenta de lo que me estoy convirtiendo —No le di la oportunidad de responder. Espiando el arco de ceniza detrás de ella, lo señalé— Cuando me estaba haciendo pasar por ti, tu padre dijo que era un testimonio de tu fuerza.

Lady Sarnai ignoró la reverencia y olfateó.

—Mis hermanos fueron entrenados desde que nacieron para ser guerreros, algo que yo quería por encima de todo. Mi padre dijo que podría entrenar con ellos si lograba sacar su arco. Sabía que era una hazaña imposible, incluso para mis hermanos. Podría lanzar un cuchillo y golpear a una libélula desde cien metros de distancia y soportar los venenos que mis hermanos hacían el uno para el otro y me deslizaban en su lugar, pero no tenía la fuerza suficiente para sacar el arco ni siquiera a la mitad. Mi padre solo pensaba en mí como un peón para casarme… Yo no iba a hacerlo. Así que me uní a mi madre para las lecciones de bordado y baile, pero por la noche, iba al bosque y cargaba troncos en mi espalda desde el bosque hasta el castillo para

fortalecerme.

No me miró mientras hablaba, su expresión tampoco cambió demasiado. No obstante, su mirada parecía estar enfocada en el arco y, aun así, muy distante de ese lugar mientras recordaba.

—Hice esto durante medio año, hasta que mis suaves manos se volvieron ásperas, mi espalda dejó de dolerme por el peso y mis huesos se fortalecieron. Cuando mi padre se enteró de que su única hija, la joya del Norte, estaba haciendo trabajos forzados en medio de la noche, ordenó ahorcar al leñador. ¿De qué le serviría si mi belleza se viera comprometida? Difícilmente podría convertirme en emperatriz si mi rostro tuviera cicatrices y astillas marcaran mi piel.

Ella se tocó la mejilla. Los moretones violetas se habían desvanecido, casi como fantasmas contra el rubor del invierno en sus mejillas. Las cicatrices de color blanco plateado en su piel estaban allí para quedarse, recordatorios prominentes de su encuentro con mis vestidos, pero no eran lo que debió haber ahuyentado la suave elegancia que alguna vez tuvo cuando era niña. La guerra y la pérdida tenían la culpa de eso.

Ella respiró hondo.

—Pero robé el arco de mi padre y lo desenvainé con facilidad, como si me hubiera puesto una faja alrededor de la túnica, y mi flecha liberó al leñador. Me permitieron unirme a mis hermanos a partir de entonces. Cuando los superé a todos, mi padre me entregó a Lord Xina para que me entrenara —Ella se apagó, frunciendo los labios— Luego a Khanujin para casarme.

Un largo silencio cayó entre nosotros. Finalmente, lo rompí preguntando:

—¿Estás aliviada de que esté muerto?

—Khanujin no fue un buen emperador. Ni siquiera un buen hombre —Se demoró, como si lo que quería decir a continuación la molestara— Pero pensé en lo que dijiste, sastre, y había verdad en tus palabras. Por mucho que lo odiara, puso a A'landi por encima de todo. Ahora que lo veo, no tengo más remedio que respetarlo —Su expresión se volvió sombría— Entonces, sí, me alivia que esté muerto, pero desearía que no lo estuviera. Ahora sus cargas recaen sobre nosotros.

Sobre todos nosotros.

—Tal vez incluso él, el emperador que ambas llegamos a odiar, tenía

algo bueno en él después de todo.

—Yo no iría tan lejos —Se burló Lady Sarnai. Pero, por una vez, no tenía palabras duras que decir sobre Khanujin— Eres raro, Tamarin — Dijo después de una pausa— Tal vez en una vida diferente podríamos haber sido amigas. Pero no en esta.

¿Qué podría decir a eso? Incliné la cabeza.

—Gracias, Su Alteza.

—Basta de títulos. Todos somos soldados ahora —Agarró la empuñadura de su espada, pasando un paño sobre la hoja para limpiarla. El arco detrás de ella permaneció intacto— Si tienes la magia y la voluntad de llamar a tantos en nuestra ayuda, puedes encontrar la fuerza interior para luchar contra lo que sea que te aflija.

Parpadeé con sorpresa.

—Sí, Lady Sarnai.

—Bueno. Ve ahora y trabaja en ello —Su voz se endureció, recuperando el tono áspero que estaba acostumbrado a escuchar de ella— No debes fallar.

Todas las mañanas, Keton se levantaba antes que los demás soldados para ejercitar las piernas, y al día siguiente yo lo seguía. Ahora podía caminar sin su bastón, pero no por mucho tiempo, y empuñar una espada era difícil para él. Sin embargo, cuando me vio, un atisbo de su antigua sonrisa volvió y, por un momento, volvió a ser mi travieso hermano menor, con un brillo en los ojos que significaba que no tramaba nada bueno.

—Sabes, nunca pensé que disfrutaría el día en que la mano derecha del shansen me diera una espada —Dijo mi hermano— Nunca pensé que estaría peleando por su hija, tampoco.

—¿Cómo se sienten los demás al respecto?

—Todos tenemos sentimientos encontrados. Al principio no confiábamos en Lord Xina, pero él no pasaría tanto tiempo entrenándonos solo para matarnos a todos en la batalla.

—¿Qué pasa con Lady Sarnai?

—Muchos desconfían de ella, y algunos incluso la odian. No puedes

culparlos. Fue tan despiadada como su padre durante la guerra, incluso más brutal en el campo de batalla que Lord Xina. Pero todos odiamos más al shansen, y sabemos que la mejor persona para derrotarlo es su hija —Keton ladeó la cabeza— ¿Me preguntarás a continuación qué pensamos sobre el hechicero?

Contuve la respiración.

—No estaba planeando hacerlo.

Keton me sonrió.

—El hechicero está ganándonos. Me está empezando a gustar —Su sonrisa se ensanchó— Tu amiga Ammi también me está gustando. ¿Supongo que habrá más sopa de rábano hoy?

—Cebolla —Respondí.

—Ah, cebollas —Keton se rió entre dientes y probó el equilibrio de su espada, pasándosela de una mano a la otra. Él había estado practicando; Me di cuenta de que el simple acto no fue fácil para él, a pesar de que lo hizo parecer— ¿Recuerda en cuántos problemas solía meterme con ellas?

Forcé una risa para que mi hermano no viera que no recordaba.

—Cortaba una cebolla para ayudarme a llorar, luego tomaba un poco del tinte rojo de Baba y lo vertía sobre mi manga para fingir que me cortaba. Qué ataque tuvo Mamá, pensando que estaba herido.

—Y cuando se enteró de que no lo estabas —Dije, lentamente juntando las piezas— Te hizo cortar cebollas todo el día. Hasta que tus ojos estaban tan rojos que no podías ver bien. Y Finlei y Sendo te llamaronn cara de pepinillo.

Ketón se rió.

—Nos divertíamos los cuatro. ¿No es así?

Mi garganta se secó. Los recuerdos que me quedaban eran como pájaros salvajes atrapados en una jaula.

Uno por uno, volaban para no volver jamás.

—¿Recuerdas cómo Sendo y yo solíamos pretender ser piratas Balardianos? —Keton envainó la espada y balanceó la vaina hacia mi trasero. Para su incredulidad, lo evadí limpiamente— ¿Dónde aprendiste eso? —Preguntó.

—En mis viajes.

Su ceja se elevó.

—¿Del hechicero? Baba le preguntó si te ha dado a conocer sus intenciones.

Escuchar eso trajo una ola de calor sobre mi rostro nuevamente. Pero se enfrió tan rápido como llegó. Todo lo que pude decir, con cautela, fue:

—¿Y?

—Él dijo que sí —La boca de Keton se torció irónicamente— ¿Qué, ninguna sonrisa? Tal vez mi consejo para ti fue demasiado bueno. Creo que pasaste demasiado tiempo fingiendo ser un hombre en el palacio. Ya nada parece molestarte.

—Tal vez —Permití. O tal vez sé que ese futuro nunca sucederá— ¿Que importa? Baba no confía en él.

—Baba no confiaría en un monje. No tiene nada que ver con que sea extranjero; su a'landiano es incluso mejor que el mío. Incluso si él mismo fuera el emperador, Baba todavía tendría reservas. No cree que nadie sea lo suficientemente bueno para ti.

—¿Para mí? —Retorcí mis manos, enguantadas para ocultar su fealdad— Siempre has sido el favorito de Baba.

—Soy el favorito, pero tú eres en quien él se ve más a sí mismo — Keton dejó su espada y se apoyó en ella; parecía cansado del entrenamiento— Él quiere que seas feliz. Como si estuviera con mamá.

Pensé en el hilo rojo que había atado a la muñeca de Edan y alcancé el hilo alrededor de la mía. Aún estaba allí.

—Edan me hace feliz.

—Cualquiera puede ver eso —Dijo Keton en voz baja— Baba también lo hará. Es sólo la magia lo que le preocupa. La hechicería es engaño, y el hechicero engañó a todos sobre el emperador.

—Eso fue obra de Khanujin —Dije— Además, Edan ya no es un hechicero. La mayor parte de su magia lo ha dejado.

—Entonces, ¿quién es este otro... hechicero del que habló el shansen?

—Hechicera —Me mordí el labio, presionando más fuerte, pero no

sentí dolor— Soy yo.

Esperaba que mi hermano retrocediera en estado de shock, pero simplemente asintió.

—Tenía la sensación de que estabas escondiendo algo. Baba también.

—Yo…

—No te estoy presionando para que nos lo digas. Pero hay rumores en el campamento... Baba querría escuchar la verdad de ti.

—Lo sé —Bajé la cabeza— Lo sé.

Keton me tocó el hombro.

—¿Cuál era el dicho que Finlei solía decirte?

Vacilé. Mi estómago se retorció y revolvió, casi podía sentir las palabras derramándose de mi lengua, pero Keton las pronunció antes de que las recordara.

—Aprovecha el viento —Mi hermano sonrió con tristeza.

—No te conviertas en la cometa que nunca vuela —Repetí las palabras, sabiendo que las decía como aliento. Pero no fue tan simple.

Algunas cosas era mejor que Baba no las supiera.

Lady Sarnai apareció de repente, subiendo la pequeña colina cubierta de hierba detrás de mi hermano. Como de costumbre, me frunció el ceño.

—Intercambiar historias con tu hermano no es lo que quise decir con encontrar tu fuerza, sastre.

Al verla, Keton cayó de rodillas.

—S-Su Alteza —Tartamudeó.

Mi hermano no podía apartar los ojos de la hija del shansen. Cicatrices blancas plateadas besaban su piel que alguna vez fue perfecta, y venas gris oscuro se habían ramificado a lo largo de sus mejillas y cuello. Su belleza había cambiado, se había endurecido, pero tal vez nunca había sido la belleza de Lady Sarnai lo que cautivaba a la gente. Incluso más que antes, exudaba el espíritu de una guerrera, sus ojos acerados mostraban suficiente temple para hacer que incluso la voluntad más fuerte se estremeciera.

—Levántate —Le dijo Sarnai a Keton. Mientras él forcejeaba, ella

reconoció su pasada herida con un leve movimiento de la barbilla.

Levantó el brazo para evitar que lo ayudara.

—Nunca se volverá fuerte si lo ayudas —Cuando Keton volvió a ponerse de pie, apenas capaz de pasar la espada por encima del hombro, ella frunció el ceño.

Sabía lo que ella debía estar pensando: él no sobreviviría contra los hombres del shansen, no mientras el simple hecho de sostener su espada desequilibrara su equilibrio y empeorara su cojera.

Y, sin embargo, lo aplastaría si lo despidieran. Abrí la boca para decir una palabra en su defensa, pero ella habló antes de que pudiera:

—Una aguja es para un sastre lo que una espada para un guerrero. No es tan diferente —Sarnai alcanzó el arco que colgaba de su hombro— Pero la aguja no es la única herramienta que maneja un sastre, y una espada no hace al guerrero —Le pasó su arco a Keton— Dame tu espada.

Keton obedeció y Lady Sarnai lo vio cambiar el equilibrio, ajustándose al arma más ligera.

—No dije que trataras de arrastrarlo —Dijo con severidad— Ese arco no es para ti. Mantenlo quieto. Así.

Era imposible leer lo que ella estaba pensando mientras se lo mostraba, pero después de lo que se sintió como un largo tiempo, murmuró:

—No sé qué tonto te dio una espada —Ella chasqueó la lengua— Necesitamos más arqueros que espadachines, y tus brazos y tu espalda son más fuertes que la mayoría. Preséntate ante Lord Xina y él te equipará con un arco.

Ante eso, mi hermano se animó y yo me puse rígida por la sorpresa.

—Gracias, Su Alteza.

—No me des las gracias todavía —Dijo. Y luego a Keton— Nunca has manejado un arco antes, puedo verlo. Tendrás que entrenar duro, desde ahora hasta que comience la batalla.

Miró mi cabeza baja, el único gesto de agradecimiento que pude reunir.

—Y tú, sastre. También te vendría bien una lección: te he visto con esa daga tuya. Una técnica lamentable.

—Soy la menor de tus preocupaciones —Dije. No tenía sentido decirle que ya no necesitaba un arma. Si realmente deseaba causar daño, tenía otros medios para hacerlo— Las mujeres necesitan entrenamiento en cómo pelear. Las que lo deseen.

Una luz brilló en los ojos de Lady Sarnai. Ella me miró, y por un instante pensé que me veía más como un igual que como un sirviente.

—Aquellas que deseen unirse al ejército serán entrenadas. Comenzaremos después del almuerzo.

Por la noche, casi todas las mujeres capaces del campamento se habían ofrecido como voluntarias para el entrenamiento de Lady Sarnai, incluida Ammi, añadiendo docenas de soldados más a su ejército.

Todos sabíamos que nuestras posibilidades contra los guerreros del shansen eran escasas, que tomaría meses, no días, hacer a un soldado. Pero la esperanza era un arma valiosa y estábamos afilando todos sus filos.

Capítulo 31

La última mañana de nuestra marcha a Jappor, empezó a nevar.

Los copos cayeron suavemente al principio, congelando la hierba amarilla. En una hora, todas las ramas de los árboles brillaban con un brillo blanco, como si hubiera perlas colgando de las ramas. El cambio en el paisaje fue tan fascinante que nadie vio cómo el humo de la fogata moribunda tomaba la forma de un tigre.

Nadie, excepto yo.

Los pelos de la nuca se me erizaron.

—Gyiu'rak —Maldije, girando para advertir a los demás. No tuve la oportunidad. Envió una ráfaga invisible de viento demoníaco que se disparó hasta mis pulmones.

Mi garganta se agarrotó, perforada por miles de agujas, y me tambaleé hacia adelante tratando de recuperar el aliento.

—¿Maia? —Dijo Ammi, corriendo a mi lado— Maia, ¿qué pasa? —Me agarré el pecho, ahogándome y señalando el fuego.

Extremidades poderosas emergieron de las sombras, condensándose del humo a la carne. Pero cuando Ammi y los demás se dieron cuenta de lo que estaba pasando, ya era demasiado tarde.

Con un rugido que hizo temblar la tierra, Gyiu'rak salió de las llamas. El terror descendió sobre el campamento, todos peleando por armas y para cubrirse.

Empujé a Ammi detrás de un carro y agarré la lanza más cercana, aunque sabía que no serviría de nada contra un demonio.

Gyiu'rak rondaba por el campamento, gruñendo a los soldados acobardados. Su pelaje brillaba, blanco como la nieve, con rayas bruñidas como trazos de tinta cuidadosamente considerados.

Ella estaba buscando a alguien. Me abrí paso hacia ella, pero no era a mí a quien quería; era a Lady Sarnai. La hija del shansen apareció con el arco de fresno levantado y una flecha escarlata colocada en su lugar, apuntando al área entre los ojos de Gyiu'rak.

Una risa salió disparada de la garganta de la demonio.

—Tus armas lamentables no pueden dañarme, pequeña joya —Se burló— Pero mantenlas elevadas si eso te hace sentir más segura —Se

volvió para dirigirse al resto del campamento, cortando la tensión en el aire con cada respiración— A pedido de Su Excelencia, el Emperador Makangis, les traigo buenas noticias. Como todos sois ciudadanos de A'landi, os ofrece esta única oportunidad: rendiros.

Lady Sarnai tiró de la cuerda de su arco hacia atrás. Traté de llamar su atención, advertirle que no atacara.

Ella me ignoró.

Su flecha cantó, recta y verdadera, atravesando al demonio limpiamente en la frente. El humo chisporroteó del pelaje de Gyiu'rak, pero ella arrancó la flecha como si fuera una rebaba en su abrigo y la apartó.

En cuestión de segundos, la herida del demonio se cerró sin sangre.

La conmoción se extendió por todo el campamento. Los soldados se encogieron detrás de sus escudos, las rodillas temblando violentamente. Incluso Lady Sarnai se tambaleó hacia atrás.

Me acerqué a Gyiu'rak. Una flecha no podría lastimarla, pero yo sí.

—Tenemos diez mil contra tu patético ejército —Anunció el demonio — Lord Makangis da la bienvenida a tu rendición ahora. Si no, la batalla comenzará mañana y no mostraremos piedad.

Algunos de los hombres vacilaron, dando pasos tentativos hacia adelante. Entonces escuché a alguien gritar:

—¡No nos rendiremos!

Era Ammi. Ella y las otras mujeres bloquearon a los soldados. Repitieron:

—¡No nos rendiremos!

—Tu precio de sangre no será pagado —Las palabras resonaron en el lugar cuando se deslizaron fuera de mis labios— No mientras luche al lado de Lady Sarnai.

—Y yo —Declaró Edan, uniéndose a mí.

—Luchamos por Lady Sarnai. Luchamos por A'landi.

Pronto, todos los hombres y mujeres corearon las palabras, su fuerza ganó impulso en todo el campamento.

Gyiu'rak me lanzó una mirada siniestra.

—Es curioso que te escuchen, Maia Tamarin —Dijo con voz áspera en voz baja. Su cabeza se inclinó— Todavía no lo saben, ¿verdad? ¿Se los digo?

Me quedé muy quieta. Mis uñas se habían vuelto tan afiladas que simplemente apretar los puños hacía que mis palmas sangraran.

"¿A qué le temes?" Gyiu'rak habló sin hacer ruido, deslizándose en las grietas internas de mi mente ***"¿Tienes miedo de que intenten matarte? ¿Qué te temerán? Déjalos. Pronto estarán todos muertos…"***

—¡Márchate! —Le ladré al demonio— Vete ahora.

Mis palabras flotaron en el aire, el sonido de mi voz tan atronador que la nieve se estremeció en los árboles.

Una sonrisa se curvó en los labios de tigre de Gyiu'rak.

—Muy bien.

Sin previo aviso, se abalanzó y atacó a los soldados que tenía más cerca. Cuando sus gritos atravesaron el aire, una columna de humo envolvió al tigre y desapareció.

El griterío había cesado y el aire estaba cargado de miedo e incertidumbre.

Nadie se había rendido al demonio, pero ella había triunfado. Antes, los soldados solo habían escuchado historias sobre su poder e invencibilidad. No lo habían presenciado hasta ahora.

"Pero Lady Sarnai también tiene un demonio" pensé. "Yo".

—¿Cómo podemos luchar contra eso?

—Ella no puede morir. ¿Qué posibilidades tenemos?

—Estamos condenados.

—¡Todavía tenemos al Lord Hechicero! —Oí gritar a Keton— Y… — Los ojos de mi hermano se encontraron con los míos, y negué con la cabeza.

—El hechicero no hizo nada mientras luchábamos por nuestras vidas en el Palacio de Otoño. Ya no tiene poder.

A mi lado, Edan apretó los puños.

—Muéstrales —Le insté— Demuéstrales que están equivocados.

—No es mi magia la que nos salvará —Respondió— Es la tuya.

Por mucho que quisiera negarlo, sabía que tenía razón. No podía esconderme para siempre. No si quería salvar a A'landi.

Quitándome los guantes, entré en medio del campamento y levanté las garras. El viento se tragó los jadeos que siguieron.

—Muchos de ustedes se han preguntado acerca de mis ojos, por qué brillan rojos como los de un demonio. Y mis manos —Las levanté, extendiendo mis garras— Son parte del precio que pagué por hacer los vestidos de Amana.

Keton estaba al frente de los soldados, una masa de cientos, todos esperando escuchar lo que iba a decir a continuación. Inhalé, evitando la mirada de mi hermano.

—Soy un demonio —Dejé que las palabras quedaran suspendidas en el aire, teniendo cuidado de mirar a los ojos a tantos hombres y mujeres como pudiera. Demostrarles, de cualquier manera, que pudiera, que todavía era Maia. Que no les haría daño.

Tragué saliva, observando el miedo en los ojos de todos, los labios curvados y las mandíbulas tensas.

Edan me tocó el codo, empujándome hacia adelante.

—En nuestras leyendas —Continué— Los primeros demonios fueron creados por los propios dioses, dioses que crecían inquietos en el cielo y querían una raza inmortal para cumplir sus órdenes. Así que soldaron partes de hombres y animales para crear un nuevo tipo de criatura. Cuando la diosa madre se enteró de ellos, envió a sus hijos, las estrellas, a perseguir a los demonios del cielo a la tierra. Desde entonces, las estrellas han hecho guardia sobre los demonios para asegurarse de que nunca regresen al cielo.

Saqué mi amuleto.

—Los demonios y los fantasmas son vulnerables al poder de las estrellas, que aprovecharé para mantener a salvo a A'landi. Para mantenernos a todos a salvo.

Abriendo mi amuleto, liberé un rayo de luz estelar, plateada y dorada, y deslumbrante con todos los colores del cielo. No fue una verdadera demostración de mi poder, simplemente un gesto para aliviar su miedo, pero funcionó. Las cabezas se levantaron, los ojos brillaron. Hilos de esperanza se entretejían entre la multitud.

—¡No es mi magia la que nos salvará de Gyiu'rak! —Edan gritó a la multitud— ¡Es la de Maia Tamarin!

—Lucharé contra Gyiu'rak —Prometí— Y Lady Sarnai derrotaré a su padre. Pero el ejército de Shansen es fuerte. Necesitamos que todos ustedes nos ayuden, para que podamos recuperar el futuro de A'landi.

Ante eso, los murmullos de acuerdo se extendieron por todo el campamento, y me hice a un lado cuando Lady Sarnai se adelantó para reunir a los soldados.

Yo haría mi parte. Solo recé para no decepcionarlos.

Baba se sentó en un tronco, acurrucado junto a un pequeño fuego sobre el que colgaba una tetera de latón, frotándose las manos para calentarse. A pesar de su reciente cautiverio con el shansen, parecía más fuerte de lo que había sido en años. En los últimos días, lo había escuchado reír con Ammi y algunos de los hombres y mujeres mayores del campamento. Incluso lo había visto intentar ayudar con la reparación.

Sin embargo, cada vez que me veía, su buen humor se desvanecía.

Levanté la tetera y vertí agua caliente en la taza de madera al lado de Baba. Si había oído mi confesión, no dijo nada al respecto.

—No pensé que volvería a ver nieve —Murmuró, tamizándola entre sus dedos— ¿Sabías que crecí cerca de Jappor? Yo era un chico holgazán, no quería aprender el oficio de mi padre, ni ningún otro, para el caso. Un año, hubo una terrible tormenta de nieve en pleno otoño. Nadie lo esperaba, así que no estábamos preparados. Duró días, y como no había negocios durante una tormenta, nos quedamos sin comida y sin dinero.

Me miró.

—Como yo era el hijo mayor, mi padre me envió al pueblo a mendigar. Caminé de casa en casa a través de la nieve, que me llegaba a la cintura, ofreciéndome remendar mangas rotas y remendar pantalones a cambio de arroz. Tal como lo hiciste en Puerto Kamalan cuando los tiempos eran difíciles para nosotros. Fue entonces cuando descubrí que amaba mi aguja y mi hilo, como lo hizo mi padre y su padre antes que él —Tocó mis manos enguantadas— Como tú lo haces.

—¿Sabías que las tijeras tenían magia? —Pregunté, después de una pausa.

Baba inhaló el vapor de su taza antes de tomar un sorbo.

—Lo sospechaba. Mi madre nunca hablaba de ellas. Ella también era una sastre talentosa, como tu abuelo. Pero dejó de coser cuando yo era muy joven. Me dio las tijeras cuando me mudé a Gangsun con tu madre y me indicó que las cuidara. Creo que ella sabía que no me hablarían. Supongo que hablaron contigo.

—Lo hicieron —Respondí— Pero las he perdido. Tuve que renunciar a ellas.

Baba se dio cuenta de que había más en la historia de lo que yo le estaba contando.

—Te has puesto tan pálida, Maia. Me preocupo por ti.

—Estuve enferma por un tiempo —Dije. No era mentira, no del todo.

—El hechicero... ¿cuidó de ti?

—Hizo lo mejor que pudo. Me gustaría que le dieras una oportunidad.

Baba suspiró.

—Quiero hacerlo, pero luego me pregunto: ¿dónde estaba él cuando los hombres del shansen atacaron el Palacio de Otoño? ¿Cómo puede decir que te ama cuando te abandonó a merced de los demonios y los soldados del enemigo?

—¿Es eso lo que te molesta, Baba? ¿Qué crees que me dejó morir?

Por su silencio, supe que lo era.

—Maia, quiero lo mejor para ti. Un hombre de magia no es...

—Edan se fue porque le mentí —Interrumpí— No le dije en qué me había convertido. Justo como he estado evitando decírtelo. Si hay alguien en quien deberías desconfiar, debería ser de mí.

Baba me miró fijamente, afligido. El color desapareció de su rostro.

—Ahora no es el momento para historias, Maia. Esta no eres tú.

—Sabes que es la verdad. Baba, has notado los cambios...

—Me di cuenta cuando llegaste a casa —Dijo en voz baja— Como si toda la luz de tus ojos se hubiera desvanecido para siempre —Él se

detuvo— Culpé al hechicero por tu infelicidad.

¿Qué podría decirle para consolarlo?

—No son rumores —Susurré— Fue mi elección.

—¿Tu elección? Primero tu madre, luego dos hijos —Se atragantó Baba— Un padre no debería tener que enterrar a sus hijos, Maia.

Mi garganta ardía de pena. Deseaba poder llorar con él, pero no salían lágrimas. El aire fresco se empañaba en mis labios, un zarcillo de vapor saliendo de mi aliento.

—Lo siento, Baba —Le dije— Si no regreso, sé bueno con Edan. A Keton le vendría bien otro hermano, y Edan... No tiene a nadie en este mundo.

Los ojos de Baba se nublaron con las lágrimas que había estado tratando de contener.

—Lo amas —Dijo— Él es de quien habló tu madre, entonces. Al que estás atada, de esta vida a la siguiente.

—Sí.

La nieve comenzó a caer, y extendí mi mano, mirando los copos derretirse tan pronto como tocaban mi palma. Abajo, el fuego ardía lentamente, su chisporroteo era el único sonido aparte de los pájaros. Las brasas a mis pies parpadearon como estrellas moribundas.

—Entonces deja que tu corazón esté en paz —Dijo Baba al fin— No importa en qué te conviertas, siempre serás mi Maia. Siempre serás mi niña fuerte.

Algo en mí se levantó, sabiendo que mi padre lo entendía.

—Gracias, Baba. Gracias.

Capítulo 32

El cuerno del shansen sonó desde el otro lado del río Jingan. Tres llamadas, cada una lo suficientemente ensordecedora como para remover la nieve de nuestros cascos.

Una invitación a la batalla.

Miré fijamente al frente, ignorando mi reflejo en el escudo de un soldado mientras cabalgaba junto a Edan, detrás de Lady Sarnai y Lord Xina. Habíamos dejado a Baba en el campamento esta mañana, pero había elegido no despedirme.

Era lo mejor. Me desperté diferente hoy. De la noche a la mañana, mi cabello negro se había profundizado en el tono más oscuro del oro, mis ojos ardían rojos como el fuego fundido y mi nariz se había vuelto tan fina como la punta de una flecha.

No había saludado a Edan cuando vino a mí. Había reconocido su cuerpo alto, los bordes cuadrados de su mandíbula, la inclinación de sus hombros. Pero no sabía por qué lo reconocí, por qué lo amaba.

Un puente dividía nuestro ejército del de el Shansen, diez soldados de ancho. Grabado en un pilar de piedra en su base había un saludo del primer emperador de A'landi, dando la bienvenida a todos a la capital, Jappor, donde comenzaba y terminaba la Gran Ruta de las Especias, donde se hacían y revertían fortunas y desgracias. Me pregunté si el primer emperador alguna vez imaginó que este puente, la única forma de entrar a Jappor, también se convertiría en la puerta de entrada a la guerra.

Los ciruelos bordeaban los muros de la capital, capullos de color rosa pálido que caían de las ramas cubiertas de nieve. Al margen de la guerra durante siglos, Jappor fue considerada una de las ciudades más bellas del mundo. Pero ahora que el shansen la había conquistado, dudaba que siguiera siendo tan hermosa.

Más allá de Jappor se alzaba el Palacio de la Primavera, sus tejados verde mar tan altos que atravesaban las nubes. No había señales de luto por el emperador Khanujin, solo los estandartes del shansen colgaban de todos los techos, ráfagas de un verde violento que se deslizaban por las paredes.

Su ejército nos esperaba al otro lado del río.

—Esto es por lo que estamos luchando —Estaba diciendo Lady Sarnai. Me había perdido la mayor parte de su discurso para despertar a los

soldados, pero cuando pronunció mi nombre, me presté atención— Tamarin usará una leyenda que todos conocemos, el vestido pintado con la sangre de las estrellas.

Toqué mi amuleto, invocando el último vestido de Amana. Giró sobre mis hombros hasta mis tobillos con el esplendor de una tempestad a medianoche. El brillo de las estrellas pesaba poco, los interminables pliegues de la noche se arremolinaban como nubes a mi alrededor.

Jadeos de asombro resonaron detrás de mí, pero mantuve mis ojos en Edan. De toda la multitud, él era el único que me miraba a mí, no a mi vestido.

A la señal de Lady Sarnai, galopamos hacia el puente. Una tormenta de pasos pasó atronando a mi lado, espadachines corriendo hacia los hombres del shansen, y miré hacia atrás, solo una vez, para ver a Keton entre los arqueros. Con el arco colgado del hombro, estaba ayudando a un compañero soldado a levantar un cañón de mano, tratando de encontrar un lugar ideal para disparar contra el ejército del shansen.

No tuvieron la oportunidad.

Veinte pasos más adelante, una niebla fría se estremeció desde el río embravecido debajo, y de repente se espesó hasta convertirse en una niebla impenetrable.

A través de la neblina, lo vi.

El shansen estaba solo, sin ejército detrás de él. Llevaba solo una espada ancha, envainada a su costado. Se inclinó lentamente, su capa forrada de piel ondeando detrás de él. Sobre su uniforme, vestía una armadura dorada, la cabeza de un tigre ardiendo en el centro de su torso.

Algo no estaba bien. ¿Por qué no estaban los soldados del shansen en el puente con él?

—Edan —Murmuré, señalando al señor de la guerra.

—¡Retírense! —Le gritó a Lady Sarnai— Es…

Demasiado tarde.

El shansen no había venido solo. Cientos de fantasmas lo acompañaban. Emergieron de la niebla, carne muerta colgando de sus huesos expuestos, y la poca piel que tenían era blanco-leche como la nieve, sus ojos negros como el ónice.

—¡Seguimos adelante! —Gritó Lady Sarnai, cargando hacia su padre.

Los fantasmas la rodearon a ella y a Lord Xina, aislándola del shansen. Nuestros soldados entraron en pánico, olvidando el entrenamiento de Edan cuando los fantasmas bloquearon el escape en todas direcciones.

"Senturna. Sabes que no puedes ganar. Únete a nosotros".

Ignoré a los fantasmas y me volví hacia nuestros soldados.

—¡Recuerden lo que Edan les dijo! —Grité— ¡No les hagan caso! Preparad vuestras mentes contra lo que sea que digan, ¡No es real!

Edan envió una llamarada de fuego a través de la niebla, levantándola momentáneamente y enviando a los fantasmas tambaleándose hacia atrás. Pero uno por uno, los soldados se congelaron, los brazos flotando en el aire con las armas levantadas.

"Están escuchando a los fantasmas" me di cuenta con el corazón hundido. El ejército de Lady Sarnai sería diezmado sin una sola baja del lado del shansen.

Agarré los pliegues de mis faldas, deseando que el poder de mi vestido alejara a los fantasmas, pero no pasó nada. ¿Por qué no podía invocar su magia?

"Porque Amana rechaza la oscuridad en ti" respondió mi voz demoníaca. ***"Te has ido demasiado lejos, Sentur'na. Pero no todo está perdido. Tienes otra magia en ti lo suficientemente poderosa como para empuñar el vestido. Sí, usa la sed dentro de ti, la ira y el odio por el shansen, para invocar la sangre de las estrellas. La magia de Amana y la nuestra no deberían estar reñidas entre sí. Únelas y serás un demonio mucho más poderoso que Gyiu'rak…"***

"¡Suficiente!" Aparté la voz y me deslicé hacia la pelea.

Los fantasmas se volvieron hacia mí, sus delgados dedos se aferraron a mis extremidades y mi vestido.

Lo arranqué de ellos, mi ira despertó la sangre de las estrellas vivas. Venas de un carmesí cálido y brillante serpenteaban a través de las faldas, un patrón que nunca había visto antes.

Recordando las palabras de mi demonio, apagué mi ira inmediatamente. Tenía que haber otra manera. Si este vestido fuera mi corazón, seguramente podría sentir mi necesidad. Pero no. Cuando la chispa de mi ira murió, el vestido no cobró vida. La tela permaneció

opaca como la tinta. Tan oscura como la muerte.

Vi a Edan atacando a los fantasmas con su daga. Lady Sarnai y Lord Xina se concentraron en el shansen. Pero cada flecha disparada contra él rebotaba, cada lanza lanzada apenas hacía mella en su armadura.

—¡Renuncia a esto! —Gritó el shansen— No puedes ganar, Sarnai. Ríndanse, y perdonaré a su lamentable ejército.

No pude escuchar la respuesta de Lady Sarnai.

¿Qué podía hacer? Yo no era la guardiana de Lapzur. No podía llamar a sus fantasmas para que me ayudaran.

Y, sin embargo, los fantasmas de Gyiu'rak tenían que haber venido de alguna parte, de los soldados caídos del shansen. Tal vez podría llamar a los fantasmas de las personas que había conocido y amado. Sus espíritus.

Mi corazón se hinchó en mi garganta.

—Ayúdennos —Susurré, deseando en silencio que alguien escuchara.

Extendí la mano una y otra vez, hasta que el dolor me agujereó los ojos y las lágrimas calientes rodaron por mis mejillas.

Entonces, dos figuras familiares surgieron de la oscuridad.

Mis hermanos. Finlei y Sendo. Parecían más viejos que cuando los había visto por última vez. Había una cicatriz torcida en el ojo izquierdo y la mejilla de Finlei que nunca había visto antes, y las pecas de Sendo se destacaban con un marcado relieve, las curvas de su rostro que alguna vez fueron infantiles, endurecidas por el hambre y la guerra.

Mis labios se separaron, pero mi hermano mayor se había anticipado a mi pregunta.

—Esto no es un truco —Dijo Finlei— Estamos aquí. Nos llamaste.

Me volví hacia Sendo. Mi segundo hermano, mi mejor amigo.

—Hemos traído ayuda —Dijo— Soldados que cayeron con nosotros durante la Guerra de los Cinco Inviernos. No podremos quedarnos mucho tiempo, pero podemos defenderlos del ejército de Gyiu'rak.

—¿Cómo? —Respiré— ¿Cómo estás aquí?

Antes de que pudieran responder, un grito atravesó mis oídos, tan

denso y lleno de dolor que me tambaleé al ver de dónde había venido.

¿Lady Sarnai?

Nunca había visto tanto terror en su rostro. Tanta angustia. Se abrió paso entre la aglomeración de soldados y fantasmas con amplios y salvajes golpes de su espada, como un cepillo empuñado por una tormenta. Pero era demasiado tarde.

Lord Xina había caído.

El shansen clavó su espada más profundamente en las costillas del guerrero, sujetándolo por el hombro. Cuando vio a su hija irrumpir hacia él, el pánico y la ira en su rostro, sonrió. Luego sacó la espada, limpió la hoja en la capa de Lord Xina y lo pateó a un lado.

Las flechas partieron del arco de Lady Sarnai. No le hicieron nada al shansen, lo que solo alimentó su ira. Corrió hacia su padre, desenvainando su espada y levantándola por encima de su cabeza.

—¡Sarnai, detente! —Lloré.

Si ella me escuchó, decidió no hacerme caso. No era rival para su padre, no mientras ejerciera el poder de Gyiu'rak. Sólo que ella estaba demasiado ciega de rabia para verlo, para preocuparse.

Me lancé tras ella, sacándola de su curso.

Enojado, el shansen se abalanzó sobre mí. Tomé la espada de Sarnai de sus manos y lo bloqueé, pero él era fuerte. Me apartó de un empujón y luego hizo una señal a una legión de fantasmas para que rodearan a su hija.

Los fantasmas también me asediaban. Cientos de ellos, escarbando en mi carne y tratando de bloquearme de Lady Sarnai. Mi amuleto se estaba calentando en mi pecho, balanceé su espada hacia ellos, tratando de abrirme camino de regreso al shansen.

Sarnai ya se había levantado, pero sus armas eran inútiles contra los fantasmas. Por orden del shansen, avanzaron hacia ella lentamente, un tortuoso paso a la vez, hasta que la tuvieron acorralada.

—Siempre fuiste mi hija favorita, Sarnai —Escuché que le decía el shansen— Lástima que hayas elegido el lado equivocado.

Ella lo miró, retrocediendo hacia el borde del puente.

—Los fantasmas te devorarán pronto. No dolerá. Entonces volverás a mi lado, donde perteneces. Hija.

—Dejaste de ser mi padre el día que vendiste tu voluntad a Gyiu'rak —Dijo furiosa.

Luego, antes de que los fantasmas pudieran tocarla, se tiró del puente.

Me tambaleé hacia los rieles, pero no tenía por qué preocuparme. Ni siquiera el poderoso río Jingan pudo tragarse la joya del Norte, y Sarnai brotó de sus aguas, atravesando las mareas.

El shansen rugió para que sus fantasmas la siguieran, pero ya había tenido suficiente. Dejé caer la espada de Lady Sarnai y me arremangué la falda, ignorando el latigazo de los fantasmas que golpeaban mis brazos y mi espalda.

Dejé que los fantasmas me abrumaran, dejé que sus susurros y burlas crecieran y aumentaran en mi cabeza, amenazando con deshacerme en la desesperanza. Reuní mi miedo y mi ira, dejándolos crecer dentro de mí en una tormenta…

—¡Maia! —Llamó Sendo. El espíritu de mi hermano apareció detrás de mí, sus manos ingrávidas agarraron mis hombros para relajarlos— Déjalo ir. Ese no es el camino.

Me giré, sorprendida de escucharlo.

—¿Cuál es entonces?

—Inténtalo de nuevo, con el vestido.

Lo había intentado, quería decírselo, pero Sendo bajó las manos para tomar las mías. Encontré su mirada, fijándome en sus pecas que solo nosotros dos en la familia compartíamos, fijándome en los ojos que una vez habían sido espejos marrones terrosos de los míos.

Este último vestido era mi corazón. ¿Era por eso que no pude hacer surgir su magia, porque tenía miedo de perder lo único que me mantenía Maia Tamarin?

—Tu corazón es fuerte, hermana —Dijo mi hermano, al escuchar mis pensamientos— Siempre lo ha sido.

Déjalo ir, había dicho. Lentamente, lo hice. Liberé el miedo que había encerrado en mi corazón, y en su lugar brotó el amor: amor por mi familia, amor por mi país, amor por Edan.

Con un estallido, mi vestido cobró vida, la sangre de las estrellas ondeando en oleadas a través de la seda brillante. Rayos de luz parpadearon a través de mis mangas largas, saliendo como agujas de

plata. El poder me envolvió, su brillo atravesó mis mangas para que se abanicaran como alas. Ya no era una humilde costurera de Puerto Kamalan: era la sastre de los dioses.

Los fantasmas chillaron, vencidos por ondas de luz. Ataqué sin piedad, ayudada por el ejército de espíritus de Sendo y Finlei. Hasta que los soldados de Lady Sarnai finalmente superaron en número a los fantasmas.

Vi a Keton, apuntando su arco y disparando flechas implacablemente junto a Edan. El sudor perlaba su frente, su rostro enrojecido por el cansancio de luchar contra un enemigo al que no podía vencer. Los fantasmas clamaban a su alrededor, gritando. No podía verlos, pero podía sentirlos; podía oírlos.

Los espíritus de Sendo y Finlei se lanzaron más allá de mi hermano y mi hechicero, sus espadas atravesaron a los fantasmas que los rodeaban. Cómo deseaba que Keton pudiera verlos.

Cómo deseaba que pudiéramos estar todos juntos.

Mi vestido era una furiosa tormenta de seda y luz. Levanté los brazos, las mangas se arremolinaron a mi alrededor en interminables cintas, desgarrando a los fantasmas y despejando el camino hacia mi verdadero objetivo: el shansen.

Se movía con la velocidad de un demonio y el poder de un tigre. Cada movimiento de su espada acababa con una vida, y cada vez que alguien se atrevía a correr, cambiaba a la forma de tigre que compartía con Gyiu'rak y los perseguía.

Volé a través del puente y aterricé ante el shansen. Mis mangas se dispararon, envolviéndose alrededor de su garganta musculosa, para ahogarlo.

Su pelaje se chamuscó bajo el brillo de mi vestido, sus ojos negros se volvieron vidriosos. Con un gruñido, rasgó una de mis mangas con sus garras, pero la tela se recompuso y se aferró a él con más fuerza que nunca.

—Ríndete —Le ordené.

—Si crees que esta guerra está ganada, estás tristemente equivocada —Dijo el shansen con voz áspera— La mitad de tus hombres están muertos, mientras que no he enviado a un solo soldado a la batalla.

Darme cuenta de eso fue como un puñetazo en mis entrañas. El shansen tenía razón; sólo habíamos luchado contra un ejército de

fantasmas. Miles de sus hombres esperaban en el lado de Jappor del puente.

—No importa —Dije entre dientes— Sin ti para liderarlos, la batalla está ganada.

—Entonces deberías haberme matado.

Antes de que pudiera detenerlo, el señor de la guerra alcanzó su amuleto. En una ráfaga de humo nacarado, se disipó en la niebla.

—¡No! —Golpeé con los puños la barandilla de piedra del puente.

Los fantasmas se habían ido. El ejército de espíritus de mis hermanos también se había ido. Nuestros soldados sobrevivientes estaban despertando del embrujo que los fantasmas habían lanzado sobre ellos.

Lady Sarnai había vuelto a subir al puente y estaba inclinada junto al cuerpo caído de Lord Xina. Todos esperaban que ella decidiera si nos retiraríamos al campamento o avanzaríamos hacia Jappor.

—Maia —Me llamó una voz ronca.

—Tus hermanos —Dijo Edan, señalando a los dos espíritus que flotaban sobre nosotros.

Esperándome.

Salté en el aire— No se vayan. La lucha no ha terminado.

—La nuestra sí —Dijo Finlei gentilmente— Amana, nos dejó atender tu llamada esta vez, pero no podemos ayudarte de nuevo, hermana.

—Por favor. Una vez que se vayan, yo...

—¿Nos olvidarás? —Sendo negó con la cabeza— No lo harás.

—¿Cómo podrías olvidar a dos hermanos tan memorables como nosotros? —Bromeó Finlei. Entonces su rostro se volvió sombrío— Golpea a Keton, muy fuerte, por seguirnos a la guerra a pesar de que le dijimos que no lo hiciera... Y dile a Baba que lo extrañamos mucho.

Cuando escuché el crujido en su voz, mi corazón quería estallar. Quédense, quería suplicarles una vez más, pero sabía que no podían. Mi garganta se hinchó. Dolía hablar.

—Lo haré.

—Siempre aprovecha el viento, hermana.

—Lo haré —Susurré.

Finlei se dio la vuelta para irse, pero Sendo vaciló, con la frente arrugada por la preocupación. Puso una mano en mi brazo. No podía sentir su toque, pero el gesto me calentó, como una suave caricia de la luz del sol sobre mi piel.

—Te he echado de menos, Maia —Me ofreció una sonrisa triste— ¿Recuerdas el último día que Finlei y yo estuvimos en casa?

—Estaba pintando —Dije suavemente— Derramé el añil más caro de Baba en mi falda. Era tan tonta entonces... tan, tan tonta.

—No, no eras tonta —Me tocó la nariz y parpadeé, aunque no podía sentirlo— Qué lejos has llegado de ser esa niña con la pintura en la nariz y los dedos. La que se aferraba a mis historias cuando nos sentábamos en el muelle, te has vuelto tan fuerte —Él tragó— Lamento que nunca hayamos llegado a casa.

Parpadeé para contener mis lágrimas. Había tantas cosas que quería contarle: tenía cinco años de noticias y preocupaciones, de alegrías y realizaciones, e historias que soñaba con compartir con él, pero ahora que estaba aquí, no me salían las palabras.

—Me tengo que ir —Dijo, presionando un beso fantasma en mi mejilla.

—Espera… —Comencé.

—Esto no es una despedida, hermana. Nuestros caminos se volverán a cruzar. Quizás no en esta vida, pero mamá, Finlei y yo estaremos observándote. Hasta entonces, cuídate.

Sendo asintió a Edan, reconociéndolo antes de regresar al lado de Finlei. Entonces mis hermanos se fueron.

Mis labios se abrieron y respiré de forma irregular e irregular.

—¡Nos retiramos al campamento! —Escuché gritar a Lady Sarnai. El cuerpo de Lord Xina estaba doblado sobre su caballo, y ella abrió el camino a través del puente— Lleven a todos los que puedan. Los enterraremos esta noche.

Con la falda abanicada detrás de mí, bajé de nuevo al puente. Edan pasó su brazo por debajo del mío y encontró mi mano.

En el instante en que mis pies tocaron la fría cubierta de piedra, todo explotó.

El mundo se inclinó y mi estómago se hundió cuando el puente se plegó sobre sí mismo. No podía ver, el polvo nublaba mi visión. Todo era un borrón de gris punteado, gritos humanos y rugidos catastróficos del río.

Los cuerpos caían al agua como canicas, y me lancé tras ellos, salvando a tantos como podía de las garras heladas de Jingan.

Busqué frenéticamente a Edan, a mi hermano y a Ammi. Keton nadaba río abajo hacia Jappor, Ammi ya trepaba a la orilla no muy lejos de él. Edan también estaba a salvo, de pie en el lado de Jappor del puente —la única pieza que no se había derrumbado— usando su magia para retrasar su destrucción.

El alivio se apoderó de mí. Entonces vislumbré a Lady Sarnai en el río. Su caballo no podía navegar entre los escombros y las rocas que caían, no mientras cargaba el cuerpo de Lord Xina.

Salté tras ella, luchando contra el río hambriento.

El cuerpo de Lord Xina se deslizó del caballo de Lady Sarnai al río, y ella comenzó a zambullirse tras él, pero las aguas eran turbulentas. Se tragaron a Lord Xina, y Lady Sarnai se revolvió contra mí cuando la agarré por los brazos, saltando en el aire para llegar a tierra.

Allí, a orillas del Jappor, la esperaba su padre y su demonio. Cientos de sus soldados nos rodearon, y miles más esperaban más allá de las murallas de la ciudad.

Estábamos atrapados. El puente se había ido; no podíamos retirarnos a nuestro campamento. Estábamos a merced del shansen.

—Bienvenida a Jappor, Sarnai —Saludó el shansen— La mitad de tu ejército está perdido. No tienes comida ni refugio. ¿No crees que es hora de rendirse?

Lady Sarnai se puso de pie, la ira y el odio torciendo su rostro. Se abalanzó sobre su padre con una daga, pero en su dolor, estaba desenfocada, imprudente. El shansen la esquivó fácilmente y la arrojó al suelo.

Él le escupió con disgusto.

—Patética —Gruñó. Me sobresalté, segura de que estaba a punto de matarla, pero el shansen se retiró.

Sin Gyiu'rak a su lado, sus ojos aún brillaban negros y crueles, pero había algo en ellos... un brillo muy leve, el más ínfimo atisbo de humanidad.

—Te doy esta noche para llorar tus pérdidas. Tienes hasta el amanecer para rendirte.

El shansen y sus hombres retrocedieron a través de las puertas de Jappor, dejándonos junto al río en un frío amargo y sombrío.

Al caer la noche, el río se había quedado quieto, una fina capa de hielo dominaba sus corrientes. Cayó la nieve, cubriendo todo de blanco. Mientras hacíamos un pequeño campamento a lo largo de las orillas de Jappor, las antorchas bailaban sobre las murallas de la ciudad, un recordatorio brutal de que el calor y la comodidad estaban tan cerca y, sin embargo, eran tan inaccesibles. Los soldados se apiñaron para evitar el frío, pero había poco que hacer para comer; algunos tuvieron tanta hambre que comenzaron a comerse la nieve.

La mera idea de tener que luchar de nuevo por la mañana quebró a algunos de nuestros soldados. No ayudó que Lady Sarnai, su comandante, no se viera por ninguna parte.

Después del anochecer, la busqué y la encontré arrodillada junto al río, sosteniendo el casco de Lord Xina.

—Vete, sastre.

Me agaché a su lado. Lo que había venido a decirle era que los hombres la necesitaban. Necesitaba despertarlos. Pero al verla tan triste, dije en cambio:

—Vuelve al campamento. Te congelarás aquí sola.

Tenía los dientes apretados y me empujó.

—¿Que importa? —Ella gruñó, esforzándose entre las palabras— No me rendiré. Todos moriremos por la mañana —Escupió— Y sin honor.

Entendí su dolor. El shansen había arrojado el cadáver de Lord Xina al río. Lady Sarnai no podía enterrarlo, no podía llorarlo adecuadamente.

—Lord Xina no querría que creyeras eso.

—En el Norte, hay demonios... —Su voz se quebró amargamente— Si los muertos no son honrados, sus espíritus se convertirán en

fantasmas.

La miré. Durante el juicio, parecía mayor que yo. Ahora me sentía mayor. Como si hubiera vivido ochenta años en lugar de dieciocho.

—No permitiremos que eso le suceda a Lord Xina —Respondí— Si derrotamos a Gyiu'rak, su espíritu se liberará de ella —Dudé— Era un gran guerrero. Uno de los más grandes de su generación. Que su muerte no sea en vano, Su Alteza.

Durante mucho tiempo, ella no dio indicios de haberme escuchado. Luego metió la mano en su carcaj en busca de una flecha y prendió fuego a su pluma. Lo colocó sobre el casco de Lord Xina y lo vio arder. Juntas vimos cómo se elevaban las cenizas y se enroscaban en las nubes.

Cuando no quedó nada más que brasas, finalmente se puso de pie. Sus ojos estaban oscuros, como si el humo se hubiera adherido a ellos.

—Mañana —Dijo entre dientes— Mataré a mi padre.

Capítulo 33

El shansen no llegó al amanecer.

Tuvo la crueldad de hacernos esperar hasta el anochecer, cuando se nos congelaron los dedos de los pies en las botas y la escarcha oxidó nuestras armas y nuestro espíritu.

El aire olía a pólvora y nieve. A desesperación

Finalmente, cuando el sol desaparecía en el río, una perla que se hundía de nuevo en las profundidades acuosas de su hogar, escuchamos el estruendo de un trueno: el ejército del shansen se acercaba. Sus pasos hicieron temblar las murallas de la ciudad, y pronto nos rodearon como una serpiente que se ha enroscado alrededor de su presa.

El shansen llegó al último, con Gyiu'rak a su lado. Una capa esmeralda familiar ondeó de sus hombros.

La de Lord Xina, reconocí después de un latido tenso. Qué mal se veía en el ancho cuerpo de tigre de Gyiu'rak, la lana teñida como un trofeo sobre su pelaje blanco. El demonio también había reclamado sus guanteletes y su escudo, con el escudo de armas de su familia blasonado con laca escarlata. Ella los alardeó para que todos los vieran.

Lancé una rápida mirada a Lady Sarnai. Su mandíbula estaba apretada, los nudillos se le pusieron blancos cuando agarraron sus riendas. ¿Qué podría estar pasando por su mente al ver la armadura de su amante en el demonio que provocó su muerte?

Dejó escapar un grito y su caballo cargó contra el shansen. Mientras sus soldados la seguían, me quedé.

Yo tenía mi propio plan.

El brazo de Edan rozó el mío, el hilo rojo que había atado alrededor de su muñeca sobresaliendo de su manga.

—Cuida a mi hermano —Dije— Y a Lady Sarnai. Ella no puede derrotar al shansen sola.

—Maia... —Edan tomó mi mano. El hilo rojo en su muñeca brillaba, al igual que el mío. Con cuidado de no lastimarlo, curvé mis dedos con garras contra los suyos, deslizando cada uno en su lugar entre los suyos. Deseando que este momento durara para siempre.

Envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura, lo besé para silenciar sus protestas. En medio de la batalla, era una tontería, pero no me importaba.

—Te amo —Dije, acercando mi cabeza a la suya.

Entonces lo dejé ir e irrumpí en el cielo, el vestido de la sangre de las estrellas se dobló sobre mí en capas de crepúsculo y polvo de estrellas.

Mi amuleto retumbó en mis oídos, una canción silenciosa que solo yo podía escuchar. Mis tijeras solían tararearme de esta manera, haciéndome señas para que las usara. No se me había ocurrido hasta ahora que tal vez las tijeras habían sido enviadas para prepararme para este mismo momento. Para mostrarme cómo confiar en la magia que canta dentro de mí, para convertir mi floreciente oscuridad en luz.

Con una chispa, mi amuleto cobró vida.

Los dos poderes dentro de mí, mi oscuridad demoníaca y la luz de Amana, chocaron, su batalla visible en los estallidos de luz deslumbrantes de mi vestido mientras se aferraba a mi piel, la seda se cosía en mi carne para protegerme de la oscuridad. Para salvarme

Mis faldas se hincharon tan llenas como la luna sobre nosotros, elevándome muy por encima del suelo y deslizándome hacia las nubes.

Lo que vi desde arriba confirmó mi peor temor. Estábamos perdiendo mucho. Nuestros muertos ya estaban apilados. Nunca tomaríamos el Palacio de Primavera.

En el centro de la batalla, Lady Sarnai luchaba contra su padre. Ella no era rival para la fuerza de su demonio.

“Toma su amuleto” la insté, enviando el mensaje en una columna de humo que tomó la forma de un pájaro y revoloteó hacia la hija del shansen.

Mientras tanto, Gyiu'rak merodeaba por el campo de batalla.

Si lograba interrumpir el vínculo que canalizaba su poder hacia el shansen, Lady Sarnai podría tener una oportunidad.

Tomando una fuerte bocanada de aire, me lancé sobre Gyiu'rak y la derribé. Mis faldas rozaron sus poderosas piernas, quemándola con su toque. El humo brotaba de sus heridas, formando ampollas contra el telón de fondo de la nieve que caía.

—No tengo tiempo para ti —Gruñó, pero me lancé hacia ella de nuevo. Gyiu'rak me esquivó fácilmente, agarrando mis muñecas. Pensé que podría partirme los huesos, pero lo que hizo fue mucho peor.

Ella hundió sus uñas en mi amuleto.

El dolor más agudo atravesó mi pecho. Mi corazón estaba siendo estrujado, aplastado. No podía respirar. Mi mente se puso gris, y me atraganté, mis pulmones cortaban. Golpeé a Gyiu'rak, tratando de luchar contra ella.

Ella solo sonrió y clavó sus uñas más profundamente en mi amuleto. Sangre espesa y negra brotó de mis labios, llenando mi boca con el sabor del carbón.

Mientras gritaba, ella tiró de la cadena del amuleto. Había aprendido de Bandur a no dejar que ella lo tuviera. Si ella poseyera mi amuleto, podría controlarme.

"¡Déjame salir!" ordenó el demonio que crecía dentro de mí.

No le entendí. Mi vestido parpadeaba y volaba en un pánico tempestuoso. No podía controlarlo. El dolor era demasiado. Todo de mí estaba en llamas.

Lo que sucedió a continuación fue un borrón de calor cegador y oscuridad arremolinada. El demonio Maia me abrumó, cerrando brutalmente mis sentidos. Por un momento aterradoramente largo, no fui nada. No vi, no oí, no sentí... nada.

Cuando el mundo se abalanzó sobre mí, Gyiu'rak ya no tenía mi amuleto. Su pelaje blanco estaba chamuscado, y gruñó, me levantó y me arrojó al río.

El mundo brilló delirantemente detrás de mí mientras volaba hacia atrás. Mi cuerpo era demasiado ligero, como una hoja atrapada en el viento. Sin embargo, mi cabeza estaba pesada. Latía; Podía sentir a mi demonio luchando por controlar mi mente. Sabía que estaba debilitada, que no sería capaz de resistirme a ella por mucho más tiempo.

"No necesito mucho tiempo" le dije. *"Sólo dame unos minutos más, entonces podrás tenerme"*.

Navegué por el campo de batalla, golpeando contra el viento hasta que mi vestido venció al demonio en mí. Sus faldas se ensancharon y me encontré en el aire. Una vez que recuperé el equilibrio, busqué a Gyiu'rak.

Allí estaba ella: un borrón de pelaje blanco, atravesando el campo de batalla helado hacia una figura alta a caballo.

El terror me devolvió a la vida y corrí tras Gyiu'rak.

—¡Edan! —Grité, con humo saliendo de mis labios mientras intentaba comunicarme con él.

Él no me escuchó. Su bastón de nogal se levantó, invocando una tormenta de pájaros que voló sobre él antes de sumergirse en la batalla para atacar a los soldados del shansen.

—¡A los muros! —Edan gritó a nuestros hombres, indicándoles que avanzaran hacia la ciudad mientras caían más hombres del shansen. Luego se abrió camino hacia el señor de la guerra.

"¡Cuidado!" Envié una advertencia desesperada a toda velocidad hacia Edan. *"¡Gyiu'rak va por ti!"*.

Edan se volvió como si me hubiera oído. La alarma se registró en su rostro cuando vio que el demonio se acercaba a él, pero no cambió de rumbo. Instó a su caballo a avanzar, corriendo contra el tigre y cargando contra el shansen.

Gyiu'rak saltó hacia Edan, pero éste giró bruscamente a la izquierda y embistió a su caballo contra el shansen. El señor de la guerra cayó de su montura y Edan avanzó, blandiendo su bastón. El shansen hizo una finta con facilidad, golpeó a Edan en el costado y lo derribó de su caballo.

Antes de que el shansen pudiera acabar con él, Lady Sarnai golpeó furiosamente el cuello, el torso y las rodillas de su padre. Pero no importaba cómo atacara, su espada no podía romper su armadura.

El pelaje de Gyiu'rak comenzó a desdibujarse y, en medio de una neblina blanca, se abalanzó hacia el amuleto del shansen. Si regresaba adentro, lo dotaría con toda su fuerza demoníaca, incluida la capacidad de cambiar de forma.

—¡La daga! —Sarnai le gritó al hechicero— ¡Dame la daga!

Edan le lanzó el arma, la hoja de meteorito y hierro bailaba en un arco que se curvaba azul en el aire. La empuñadura aterrizó limpiamente en las manos de Lady Sarnai, y ella giró la hoja para cortar el amuleto de su padre del cuello. Enfurecido, él la atacó.

Ella se agachó, y su espada cortó el cuello de su caballo en su lugar.

Su corcel chilló y se encabritó, luego se derrumbó sobre sus rodillas, dejando escapar un último y terrible gemido. Lady Sarnai saltó de la silla y echó a correr.

Gyiu'rak se lanzó tras ella, pero Edan derribó al demonio. Podría salvarlo o tomar el amuleto de Lady Sarnai. La nieve me picó en los ojos y me mordí el labio hasta que sangró. Solo una opción terminaría la guerra.

Haciendo un giro brusco para interceptar a la hija del shansen, salté para que me viera.

—¡Dame el amuleto! —Grité— ¡Lo destruiré!

Ella no dudó. El caballo de la shansen le pisaba los talones y ella me arrojó el amuleto. Me lancé hacia él, mis uñas perforaron su brillante superficie negra mientras lo apretaba con fuerza en mi puño.

El amuleto chisporroteó en mi palma, el humo hirviendo a fuego lento del tigre tallado en su superficie. Pude sentir la ira de Gyiu'rak cuando arrojó a Edan a un lado y se abalanzó sobre mí. Todo el ejército del shansen se volvió contra mí.

El choque de espadas, el golpe de flechas. A la orden del señor de la guerra, cientos de flechas me asaltaron. Los bordes afilados perforaron mi piel, rozando mis pantorrillas y codos, perforando mi espalda. No sentí nada de eso.

Mi tiempo como Maia había terminado.

Este era el momento que temía, el momento en que me convertiría en un demonio. Pero ahora que estaba aquí, no tenía miedo. Podía escuchar mi voz de demonio tratando de calmarme.

"No dolerá" Me tranquilizó. ***"¿Ves lo poderosa que serás? Incluso más poderoso que Gyiu'rak".***

Pero sus palabras no tenían nada que ver con mi estado de calma. Ella no tenía idea de lo que venía. Mi pecho se agitó. No sentí dolor, solo una ráfaga de calor que derritió el frío que había soportado estos últimos meses.

Me entregué al fuego. El amuleto de Gyiu'rak aún ardía en mi mano, la cabeza de tigre en su cara de obsidiana se derritió hasta que no fue más que un montón de arena, tamizándose entre mis dedos.

Dos gritos atravesaron el aire. Primero el de Gyiu'rak, luego el del shansen, cuando su espada se le escapó de las manos y cayó al suelo.

Atrapada en medio de un salto, Gyiu'rak comenzó a arder, hilos de humo brotaron de su carne hasta que solo quedaron sus ojos rubí. Luego ellos también se apagaron, hasta que finalmente el viento los barrió en cenizas.

La poderosa fuerza del shansen desapareció en un instante, dejándolo como un anciano arrugado mucho más viejo que sus años. Cayó en una posición de derrota: sus rodillas se hundieron en el suelo, su espalda doblada hacia adelante en cuclillas, sus puños cerrados a los costados. Durante lo que pareció una eternidad, no se movió. Entonces el shansen levantó su casco. Su cabello se había vuelto blanco.

—Hija —Dijo con voz áspera.

Una tormenta rugía en los ojos oscuros de Lady Sarnai mientras sostenía la mirada de su padre. Me di cuenta de que estaba tratando de decidir si acabar con él o mostrar misericordia. Ella levantó su espada para que besara el costado de su cuello, el peso de su hoja era demasiado pesado para que sus frágiles hombros lo soportaran.

—Ríndete.

El shansen levantó la barbilla y arrastró un pie hacia adelante para arrodillarse sobre una sola rodilla.

Lo tomé como una señal de beneplácito, hasta que una daga brilló en su pantorrilla.

Apuñaló las costillas de su hija.

La espada de Lady Sarnai cayó de su mano mientras bailaba hacia atrás, rodando hacia un lado.

El shansen arremetió de nuevo, pero Sarnai estaba lista esta vez. Metió la mano en el carcaj de su espalda y clavó una flecha escarlata en su pecho. Cumpliendo la promesa que había hecho anoche.

No vi caer al shansen. Mi cuerpo no esperaría más.

El cambio comenzó. Alas de fuego brotaron de mi columna vertebral. Mi piel ya no era piel, sino plumas del más pálido fuego azul-oro. Mis ojos se redondearon y afilaron como los de un pájaro. Crucé los brazos sobre mi pecho. Ni siquiera los mejores tejedores podrían haber imaginado el brillo de mis alas, capas sobre capas de llamas individuales entrelazadas con hilos de ondulantes zafiros y violetas.

El aire salió de mis pulmones. Mi corazón se desaceleró casi hasta

detenerse.

Tenía que actuar ahora, antes de que el demonio dentro de mí ganara, antes de que se convirtiera en la leyenda que Baba escucharía algún día. Eso no podía suceder, no cuando había dado tanto para tejer un nuevo amanecer, para traer el sol y la luna y las estrellas a A'landi. No mientras mi corazón aún latiera, no mientras aún respirara.

Me volví hacia Edan. Estaba gritando mi nombre, pero ya no podía escucharlo. Levanté mi muñeca, tocando el hilo rojo.

El final del hilo eres tú, Edan, quería decirle. *Siempre has sido tú*.

Sus ojos, azules y suplicantes, fueron lo último que vi antes de soltar la sangre de las estrellas.

El vestido me envolvió, centelleando ondas de luz de las estrellas sofocando al demonio que llevaba dentro. Pronto nos iríamos todos.

Me disparé hacia el cielo, alto en las estrellas. Hasta que A'landi se cubrió de nubes, y Edan y yo fuimos separados por el firmamento de los cielos.

Y allí, por fin, con la sangre de las estrellas rezumando de mis alas, estallé en llamas.

Capítulo 34

Mi vestido se desplegó en la noche, un manto de estrellas desplegándose en el cielo hasta donde alcanzaba la vista. Las nubes rozaron mis tobillos, suaves como flores de nieve.

Cuando miré hacia abajo, no pude ver la tierra. No podía ver a Edan ni a Lady Sarnai ni a Keton, ni las secuelas de la batalla, ni si A'landi se había salvado.

Pero de alguna manera, supe que habíamos ganado. De alguna manera, a través de un cosquilleo en mi corazón que era poco más que un aleteo de alegría, supe que el demonio dentro de mí y las sombras que habían oscurecido mi alma no me habían seguido hasta aquí. Finalmente fui libre.

Todo estaba quieto. Tranquilo excepto por el latido inestable de mi corazón, el calor de mi sangre corriendo hacia mi cabeza mientras volaba, perdiéndome en este interminable tejido de luz estelar.

Entonces, escuché una risa suave. Tintineaba como los suaves golpes de un dulcémele. Un sonido que nunca pensé que volvería a escuchar.

Me esforcé por ver la silueta familiar contra la brillante luna llena.

—Mamá —Susurré.

Mis alas se fundieron en manos y brazos, mis plumas se suavizaron en piel con el brillo bruñido del fuego en mí. Volé para abrazar a mi madre.

—Te he esperado mucho tiempo, Maia —Dijo, acariciando mi mejilla — Es como lo predije: eres la mejor sastre de A'landi. Una sastre digna de los dioses.

—Eso es más de lo que siempre quise —Respondí. Ella me atrajo hacia sí, su mano acariciando mi frente, acariciando las líneas de pliegue.

Cerré los ojos, sintiéndome como una niña pequeña otra vez. La chica que pasaba todos los días en la esquina de la tienda de Baba, haciendo dobladillos en pantalones y bordando bufandas. La chica que soñaba con convertirse en sastre del emperador.

—Qué tonta solía ser —Susurré, levantándome del abrazo de mamá— Si pudiera hacerlo todo de nuevo, nunca desearía irme de casa.

—No digas eso —Respondió mi madre— Si no te hubieras ido de casa, no habrías encontrado el otro extremo de tu hilo —Hizo un gesto

hacia el hilo rojo en mi muñeca. Me hizo cosquillas en la piel, tan ligero que casi lo había olvidado.

Lamí mis labios. Sabían dulces, no como la ceniza que había probado en mis pesadillas, sino como las galletas que Ammi me había dado para comer antes de ir a la batalla. Antes de que yo hubiera muerto.

Las esquinas de mi visión se nublaron, y aparté la mirada para que mamá no viera las lágrimas empañando mis ojos.

Me sentí diferente. Sin peso y libre, lo cual tenía sentido, ya que probablemente yo era un espíritu como mamá. Debajo de mis pies había cielo en lugar de tierra, pero mi cuerpo no entró en pánico. En cambio, me maravilló. Me maravilló la uniformidad de los latidos de mi corazón y mi respiración, y la serenidad de este lugar.

Me maravillé de poder sentir. El frío que se había filtrado en mi alma durante los últimos meses se había ido, al igual que el calor abrasador, reemplazado por un calor suave que cantaba conmigo. Había pasado tanto tiempo desde que había estado caliente. Y cuando me detuve a escuchar mis pensamientos, no había más voces que las mías.

A su alrededor, las estrellas brillaban, cada una tan vibrante como las joyas más preciosas de la tierra. El cielo era una deslumbrante mezcla de colores, una mezcla de amanecer y atardecer, no muy diferente del vestido de la sangre de las estrellas.

Mamá me tendió la mano y algo brilló en la cara de su palma.

—¡Mis tijeras!

—Amana me pidió que te las devolviera —Respondió ella— Han estado en nuestra familia por mucho, mucho tiempo.

—Así que es verdad —Murmuré, tomando mis tijeras de la mano de mamá. Eran más brillantes que antes, y el sol y la luna grabados en las cañas brillaban desde todos los ángulos— ¿Soy descendiente del sastre de Amana?

Mamá asintió.

—Gran parte de la historia se ha perdido durante generaciones, pero sí, el primero en hacer los vestidos fue tu antepasado.

Le devolví las tijeras.

—Entonces le pertenecen a él, no a mí.

Mamá me tocó el brazo vacilante. Sentí que lo que fuera que iba a

decir a continuación no era fácil para ella.

—No sé si me duele verte aquí, Maia, o si me llena el corazón de alegría. Te he extrañado... —Ella hizo una pausa— Es el deseo de Amana que te unas a ella en el cielo, pero... Pero sé que aún no es tu momento, hija mía.

—¿Qué estás diciendo?

—Tus hermanos y yo defendimos tu caso, y Amana escuchó. Ella te ofrece una oportunidad —Mamá respiró hondo y mi corazón latía a través del silencio.

Una oportunidad.

—Para quedarte aquí con nosotros, como sastre de los dioses —La voz de mamá era ronca— O regresar, para estar con Baba, Keton… Y con tu hechicero.

El calor quemaba en mi nariz, disparándose hasta mis ojos. No pude evitar que las lágrimas cayeran.

—Lo que desearía es que tú, Finlei y Sendo volvieran a estar en casa.

—Maia, sabes que eso no puede ser.

A pesar de que había anticipado su respuesta, escucharla todavía me provocó un sollozo ahogado.

—Baba te necesita —Dijo mamá— También Keton. Y tú hechicero —Con su pulgar, secó las lágrimas que brillaban en mis mejillas— Ya me siento afortunada de ver a la mujer en la que te has convertido: hermosa, fuerte y valiente.

Alcanzó mi muñeca, tocando el hilo rojo que había atado allí.

—¿Ves? Incluso la vida y la muerte no pueden romper los lazos del destino. Edan te está esperando.

Asentí, pero antes de darme la vuelta para irme, mamá me puso las tijeras en las manos. Sostenerlas de nuevo me hizo vacilar. Pasé mis dedos sobre el sol y la luna en los mangos, y las hojas vibraron bajo mi toque. Incluso aquí, podía escucharlas tarareando con poder.

Mis dedos agarraron los arcos, ansiosos por volver a tener las tijeras, antes de negar con la cabeza.

—No he cambiado de opinión sobre ellas.

—Son la fuente de tu magia.

—Antes era feliz sin magia y volveré a ser feliz sin ella. Las tijeras me sirvieron bien, pero ya no las necesito. Guárdamelas, mamá.

Mi respuesta pareció complacer a mi madre, porque me abrazó. Pero ella no tomó las tijeras.

—Antes de irte, debes usarlas una última vez —Hizo un gesto hacia el manto de estrellas debajo de nosotros. Había un desgarro en el medio, un rastro de luz solar brillante que se filtraba a través de las costuras.

La rasgadura en los cielos.

Debía repararlo, como lo había hecho el primer Tejedor en lo que ahora era una leyenda.

—Juntas, mamá —Le dije.

Puso su mano sobre mi brazo, guiándome mientras colocaba mis tijeras contra el cielo, dejando escapar su magia para unir los cielos. Luego, cuando por fin terminó, mi madre me quitó las tijeras de las manos y tomó mi mano, atrayéndome hacia ella.

Ella besó mi frente.

—Adiós por ahora, mi Maia.

Cuando me soltó, el mundo entero ardió, el cielo madurando en un mar de llamas. Vi a mamá desvanecerse entre las estrellas, las siluetas de mis hermanos apareciendo para escoltarla de regreso al cielo. Entonces el mar me envolvió y estallé en llamas.

Y de repente me di cuenta de qué forma había tomado: un fénix, destinado a levantarse de nuevo.

El sonido del agua ondeaba en mis oídos, un rocío brumoso me hacía cosquillas en la cara. Mi primer aliento fue lleno del océano, y bebí de su frescura. Entonces comencé a despertar.

La sangre se apresuró a mis brazos y piernas... Y los dedos de mis pies se hundieron en la arena cálida y húmeda. Alguien me abrazó, un latido del corazón que no era el mío latiendo suavemente en sincronía con el mío.

Abrí los ojos, las pestañas se aferraban obstinadamente a mi piel.

Un rostro nebuloso se cernía sobre mí, rasgos que se afilaban contra el brillo del sol. Una nariz, ligeramente torcida en el puente, una barbilla

cuadrada, finamente cincelada a lo largo de sus bordes, más erizada de lo que recordaba. Cabello, negro como la ceniza, con rizos despeinados que necesitaban un recorte desesperadamente, y labios delgados y desiguales, separados ahora en un silencioso jadeo.

—Edán —El alivio se extendió por su rostro y se arrodilló a mi lado.

—Pensé que querrías ver el océano por última vez —Comenzó— Pensamos que estabas muerta.

—Estoy aquí —Presioné mi dedo en sus labios, haciéndolo callar. Tenía los ojos húmedos e hinchados, las mejillas manchadas de lágrimas. Los sequé con la manga y luego tomé su rostro entre mis manos.

Besé sus mejillas, su nariz, sus ojos. Sus labios. Me quedé allí, inhalando el familiar calor de su aliento. Dejando que se filtrara en el mío y se quedara allí, como lo había hecho cuando lo amé por primera vez.

El calor del sol naciente me tocó la cara.

—Es de mañana —Dije— ¿Dónde está Baba? Y Keton...

—Están a salvo. Están camino a la capital —Ahora me levanté.

—¿La capital? Eso significa…

—La guerra se acabó —Edan asintió— Gyiu'rak ya no existe. El shansen ya no existe. Y Lady Sarnai es emperatriz.

—¿Emperatriz? —Repetí.

—Sí, la gente la quiere. Los ministros tuvieron un ataque al principio, porque una mujer gobernaría A'landi, pero ella es la gobernante legítima.

—Emperatriz Sarnai —Murmuré de nuevo, dejando que las palabras resonaran— A'landi está unido de nuevo.

—Ella estará aquí pronto —Dijo Edan— Íbamos a... A enterrarte aquí, junto al agua. Era lo que tu hermano dijo que hubieras querido.

Tan pronto como habló, Sarnai se acercó a nosotros, acompañada por un séquito de hombres y mujeres, con los rostros desgastados por la tensión de la batalla. Ahora era fácil verla como emperatriz, aunque todavía vestía su armadura de batalla. Sin embargo, a pesar de las pérdidas que aún atormentaban sus ojos, había algo en ella, la gracia con la que dominaba a los que la rodeaban, que me hizo pensar que

siempre había estado destinada a liderar a A'landi.

La sorpresa cruzó por su rostro cuando me vio.

—Ella está viva —Sarnai me señaló— ¿Por qué nadie me dijo que estaba viva?

—Acabo de regresar —Respondí, poniéndome de pie e inclinándome — Por la gracia de la diosa Amana.

Lady Sarnai resopló, recuperando rápidamente su equilibrio.

—Mantente erguida, Tamarin. Basta de reverencias —Me miró de arriba abajo.

Cuando me levanté, ella bajó un poco la cabeza y se llevó las manos al pecho. No era una reverencia, pero de ella, lo tomé como una señal de gran respeto. Supuse que era una señal de respeto aún mayor que ella hubiera venido desde el campo de batalla hasta la playa para asegurarse de que el cuerpo de una simple sastre fuera enviado correctamente al cielo.

Sería una buena gobernante, estaba segura. Quizás no una que fuera amada por todos, pero inspiraba lealtad y respeto. Eso ya era más de lo que la mayoría podía hacer.

Con un movimiento de su muñeca, despidió a los sacerdotes.

—Ya no tenemos necesidad de su servicio.

Luego se volvió hacia Edan y hacia mí, luciendo tan severa que pensé que estaba a punto de dar una reprimenda.

—El sastre del difunto emperador y el antiguo Lord Hechicero están invitados a asistir a la coronación —Dijo en su lugar. Luego hizo una pausa, como si hubiera pensado mucho en sus próximas palabras, pero todavía necesitara considerarlas— Siempre que Maia Tamarin ya no esté maldita, está invitada a permanecer en mi corte como consejera y principal sastre imperial. Y... —Buscó el título apropiado de Edan.

—Edan —Respondió— Solo Edan. Ya no soy un Lord Hechicero.

—Edan es bienvenido a quedarse en mi corte como hechicero y consejero.

—Gracias por esta oportunidad de servirle, Su Majestad —Comencé— Es un gran honor, y Edan y yo siempre vendremos cuando nos necesites. Pero creo que hablo por los dos cuando digo que deseamos volver a casa.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Volver a casa?

—Sí, a Puerto Kamalan. Mi familia necesita mi ayuda con nuestra tienda, Su Majestad —Le expliqué.

Lady Sarnai se cruzó de brazos. Parecía cansada.

—No volverás a casa con las manos vacías. ¿Qué deseas a cambio de tu servicio hacia mí?

—Nad… —Edan me dio un codazo y me lanzó una mirada de soslayo que decía: La emperatriz te ofrece cualquier cosa. No lo rechaces.

¿Qué podía pedir? No necesitaba joyas ni vestidos finos, ni una gran mansión con cien sirvientes.

—Me gustaría una tienda —Le dije— Una en Puerto Kamalan, no muy lejos del mar. Me gustaría una lo suficientemente grande para que mi padre y mi hermano vivan conmigo, pero no tan grande como para que me vuelva indulgente con el éxito —Hice una pausa— Y me gustaría uno de los mejores corceles de A'landi para Edan.

Sarnai frunció el ceño.

—¿Deseas una vida simple, cuando te ofrezco un asiento en mi consejo?

—Si su Majestad.

Me miró, como para determinar si estaba bromeando. Luego suspiró.

—Supongo que no esperaría menos de ti, sastre —Agitó los dedos hacia los asesores que la flanqueaban— Ocúpense de que sus deseos se cumplan —Sarnai empezó a girar sobre sus talones, pero se demoró un último momento— Le deseo lo mejor, maestro sastre —Inclinó la barbilla hacia Edan— Hechicero.

Edan y yo hicimos una reverencia, sin mirar hacia arriba hasta que el viento borró sus pasos en la arena y ya no pude ver su sombra extendiéndose por la orilla.

Y luego me apresuré a sus brazos abiertos, apenas capaz de creer que por fin éramos libres.

Capítulo 35

Llegó el solsticio de verano y yo estaba recogiendo capullos de gusanos de seda en el jardín, tantos que mi cesta se desbordó. Baba y yo ya no teníamos necesidad de hacer nuestra propia seda; cada semana llegaba un flujo constante de materiales de nuestros proveedores en la capital, y nuestro taller empleaba a media docena de trabajadores. Pero me dejé llevar por este proyecto, me dio placer recoger los capullos.

Desde que regresé a Puerto Kamalan, disfruté ejerciendo mi oficio de principio a fin, recogiendo la seda cruda e hilando con ella, como mamá me había enseñado. Me gustaba tejerlo en tela y sentirlo cambiar en mis manos en algo hermoso. Algo completo. Algo mío.

Los comerciantes pasaban por la tienda todos los días, tratando de vendernos a Baba y a mí sus mercancías.

“Sedas hiladas por los maestros de la provincia de Yunia", me seducirían.

"Mira este satén maravilloso, traído aquí desde el corazón de Frevera".

"¡Tengo perlas del mar de Taijin, desde el Reino de Kiata!" Baba y yo siempre negábamos con la cabeza. No estábamos interesados en sus productos.

Los comerciantes aprendieron a esperar hasta que Keton estuviera solo en la tienda, porque, aunque mi hermano había desarrollado un buen ojo para seleccionar telas y reponer materiales, su corazón era el más fácil de tirar. Cualquier historia de un ex soldado le sacaría unos cuantos jens del bolsillo.

Nunca lo reprendí por eso. Por lo general, una sonrisa tocaba la boca de mi hermano en estos días, y se había vuelto más amplia desde que tomamos la decisión de visitar Jappor en otoño.

Ammi vivía allí ahora y había abierto una panadería cerca de la carretera principal que se especializaba en galletas de panal y bollos de pasta de loto. Bajo el gobierno de Khanujin, a las mujeres no se les permitía poseer propiedades, pero las cosas eran diferentes desde que la emperatriz Sarnai había llegado al poder. Escuché que a la panadería de Ammi le estaba yendo bastante bien. Bastante bien, esperaba, para que su familia algún día se enterara.

—Deberíamos visitarlo —Sugirió Keton al menos una vez a la semana — Te encantan las galletas de panal, ¿verdad, Maia?

—¡Sí, pero nunca he visto que seas goloso, hermano!

Ante eso, cerraría la boca con fuerza. Aunque no lo admitiría, Keton estaba contando los días hasta que volviéramos a ver a mi amiga. Los fantasmas en sus ojos casi habían desaparecido. Nada los desterraría para siempre, pero la luz bailaba en ellos más a menudo ahora que antes.

Así que hoy, cuando me encontró en el jardín, luciendo demasiado solemne, me preocupé de que algo hubiera pasado.

—Keton, ¿qué es…?

—Tienes una visita —Dijo.

Oh. Volví mi atención a mis gusanos de seda.

—Si es el señor Chiran, dile que su chaqueta estará lista para la tarde...

—No es un cliente.

Ahora miré hacia arriba.

—Entonces, ¿quién es?

—Tendrás que venir a ver.

Mi hermano desapareció en la tienda y, cuando lo seguí, no había ni rastro de él. Pasé junto a Baba, que estaba dando instrucciones a las costureras para que se tomaran un descanso.

—Es casi la hora del almuerzo —Murmuré— ¿Quién podría estar de visita a esta hora? —Esperaba que no fuera Calu, el hijo del panadero.

Mientras yo estaba fuera, se había casado con la hija de un granjero y, aunque, por suerte, ya no me dedicaba más atención, nos molestaba a Baba y a mí para que hacerle arreglos gratis.

No era un cliente. Y ciertamente no era Calu.

Casi dejé caer mi canasta cuando lo vi. Reconocería su silueta en cualquier lugar, alto y delgado, con una ligera curva en la espalda cuando se agachó para evitar golpearse la cabeza contra el marco de la puerta baja. Cabello negro más largo de lo que recordaba, más de unos cuantos rizos perdidos sobre el rostro infantil que tanto había extrañado.

Me esperaba para saludarlo, para correr a sus brazos y plantarle un

beso en la boca. Necesité toda mi moderación para contenerme y decir, en cambio:

—Necesitas un corte de pelo.

Ahí estaba. Su sonrisa expectante se curvó en la mueca torcida que tanto amaba, y la diversión salpicaba sus ojos.

—Quería hacer una entrada dramática —Respondió Edan— Tal vez volar a través de tu ventana como solía hacerlo, o enviar mil pájaros para escribir tu nombre en el cielo.

—¿Pero?

—Pero entonces no sería capaz de hacer esto —Se inclinó y me besó. La canasta en mi mano cayó al suelo con un ruido sordo.

Después de que terminó la Guerra de los Seis Inviernos, insistí en que Edan regresara al Templo de Nandun para terminar sus estudios con la Maestra Tsring. Había sido difícil para nosotros separarnos de nuevo, pero sabía que él amaba la magia de la misma manera que yo amaba la costura. No podía negarle la oportunidad de recuperarla.

Además, necesitaba un poco de tiempo a solas. Mis clientes sabían hablar mejor de mi pasado como un demonio, pero incluso cuando el mundo lo olvidó, yo no pude. Los demonios y las sombras con forma de lobo todavía acechaban mis sueños cada pocas noches. Eran menos regulares ahora, pero no pensaba que alguna vez desaparecieran por completo.

Le conté a Edan mis sueños en las cartas que nos escribimos cada semana. Intercambiamos un montón de pájaros de papel, cada uno con una carta. Muchos días me despertaba al amanecer para leer una nueva carta en el alféizar de mi ventana, y eso me ayudaba a aliviar mis pesadillas. En cada carta, Edan firmaba con uno de sus "mil nombres".

—No esperaba que regresaras hasta el otoño.

—Terminé mis estudios temprano —Dijo, no sin una pizca de orgullo — Parece que después de todos estos años, sigo siendo un buen alumno. Y quería sorprenderte.

Rodé los ojos hacia él.

—¿Así que has terminado?

—He terminado. Estoy aquí para quedarme. Mientras me quieras —

Abrió la mano. Una semilla descansaba en su palma, y cuando la toqué, se convirtió en una flor de ciruelo. Sus pétalos, suaves y fragantes, me hicieron cosquillas en los dedos.

Mi mano saltó a mi boca.

—Practiqué durante un mes para hacer eso —Admitió Edan— Solo para obtener esa reacción de ti.

—¿Valió la pena?

—Definitivamente —Dijo, alzándome antes de que pudiera protestar. Grité, riéndome mientras me hacía girar alrededor de la tienda. Luego me bajó apresuradamente, y una mirada tímida pasó por su rostro cuando vio a Baba parado en la puerta con expresión severa.

Mi padre saludó a Edan con un cálido apretón en el brazo.

—Bienvenido de nuevo. Ahora que has regresado, mi hija puede pasar más tiempo en el telar y menos tiempo componiendo cartas de amor.

—Sí, señor.

—¿Estás listo para asumir tu papel en la tienda? —Le preguntó a Edan.

—He estado practicando cambiar mis rojos a azules, y yo…

—¿Rojos a azules? Tengo tintes para eso —Arrugué la nariz juguetonamente— Mejor no desperdiciar tu magia. Puedes cuidar de los caballos o ayudar con las finanzas. ¿No mencionaste algo sobre un árbol de dinero una vez?

—Dijiste que no te importaba el dinero.

—Mentí.

Edán se rió— Qué terrible mentirosa eres, Maia Tamarin —Se inclinó para besarme de nuevo, pero Baba se aclaró la garganta y me miró de soslayo.

—Ambos podrían comenzar corriendo al mercado —Dijo— He hecho un pedido al señor Geh, cuyo barco debería haber llegado esta mañana. Ve a recogerlo, ¿quieres?

Recoger pedidos era normalmente el trabajo de Keton, pero Edan inclinó la cabeza y murmuró:

—Sí, señor —Mientras me acompañaba a la puerta trasera.

—Espera, vamos por el camino equivocado. La tienda del señor Geh está al final de la calle. No hay nada en la parte de atrás excepto...

Mis palabras murieron en mis labios tan pronto como vi el bote. Atado a un poste de madera que estaba segura no había estado allí ayer, flotando suavemente sobre las olas.

—¿El océano? —Edan terminó por mí. Asentí en silencio.

Sí, todo lo que había detrás de la tienda de Baba era el océano. Sendo y yo solíamos sentarnos en la parte de atrás, mirando los barcos navegar hacia el puerto y soñando que algún día nosotros también navegaríamos en uno. Pero éramos demasiado pobres para comprar un bote, y los pescadores siempre rechazaban nuestras solicitudes, diciendo que estaban demasiado ocupados para complacer nuestras fantasías infantiles.

Tomé una respiración profunda.

—¿Qué es esto?

—Dijiste que nunca antes habías montado en un barco —Mencionó Edan— Pensé en alquilar uno, pero ¿cuál es la diversión de navegar durante una hora o dos solo para tener que traer el barco de vuelta? —Se apoyó en el dosel del barco, que era mi tono de azul favorito— Así que te construí uno, con la ayuda de los discípulos en el templo... y algunos aportes de tu hermano. No es mucho para mirar, pero está encantado para no hundirse y encajará tu familia cómodamente, y...

Presioné mis dedos en sus labios, haciéndolo callar. Entonces presioné mi nariz contra la suya.

—¿Te he dicho alguna vez que hablas demasiado?

Atrapó mis dedos, besándolos uno por uno mientras continuaba hablando.

—Y queda una hora hasta la puesta del sol, así que, si las corrientes son amables, deberíamos poder sacarlo para ver el Palacio de Verano desde aquí.

—No me importa el palacio —Dije, tomando la mano de Edan mientras me ayudaba a subir al bote. Se meció suavemente bajo mis talones, y vi un cofre lleno con los mapas de Edan de A'landi, Samaran, Balar y una docena de otros lugares en los que nunca había estado.

—Sin brújula, sin mapas, sin navegar hacia el norte, sur, este u oeste.

Tendremos otros mil días para eso —Agarré la cuerda que nos anclaba a la orilla y la usé para mantener el equilibrio mientras subía a la pequeña cubierta0— Aprovechemos el viento y dejemos que nos lleve a donde debemos ir.

—Podemos hacerlo. Sin embargo, podría llevar más de una hora.

—Tenemos tiempo —Dije, soltando la cuerda y tropezando hacia él. Edan me atrapó, arrastrándome con él detrás del timón. Me mantuvo cerca, su brazo alrededor de mi cintura.

El mar brillaba ante nosotros, lleno de posibilidades. No hace mucho, pensaba que mi historia era como un cuento de hadas. Después de todo, había demonios y fantasmas, un emperador hechizado y una princesa que se convertiría en la mejor guerrera de su generación. A veces no acababa de creer que alguna vez había dejado mi rincón en la tienda de Baba, que había cosido el sol, la luna y las estrellas en los legendarios vestidos de Amana.

Mi cuento había terminado. Tal vez el destino tenía más magia reservada para mí en el futuro. Pero por ahora, estaba contenta con solo ir a la deriva en el mar resplandeciente con el chico que amaba.

Me apoyé en Edan, deslizando una de mis manos en el bolsillo de su capa. Mis dedos rozaron un pequeño diario encuadernado en cuero y lo saqué.

—¿Qué es esto?

—Notas —Edan parecía avergonzado— Algunos poetas famosos han comenzado a escribir sobre nosotros y se han tomado una cantidad alarmante de libertades creativas.

—¿Cómo por ejemplo?...

—Llamándome pastor de vacas.

Parpadeé, confundida, hasta que recordé:

—Pero tú eras el hijo de un pastor.

—Eso fue hace mucho tiempo —Edan hizo una mueca, pero sus ojos estaban sonriendo— Después de tantos años de servicio, ¿ni siquiera llego a ser recordado como el hechicero más ilustre, esclarecedor y formidable de todo A'landi? Afortunadamente, tu nombre es mucho más apropiado.

Me reí.

—¿Cómo me llama el poema?

Un latido, y luego Edan tomó mi mano, estrechándola.

—El tejedor.

El tejedor. Ese nombre significaba mucho.

Miré a las estrellas, preguntándome si mi antepasado, el Tejedor, estaría allí, cuidándome con mamá y mis hermanos. Luego miré el hilo rojo en mi muñeca y el de Edan.

Asombroso, que el hijo de un pastor y una simple tejedora, separados por siglos de lluvia de estrellas, se encuentren. Si Edan no hubiera hecho su juramento como hechicero, y si yo no me hubiera atrevido a dar un paso más allá del camino que estaba trazado para mí y haber ido al palacio, era posible que nunca nos hubiéramos conocido.

Independientemente de lo que la historia recordara de nosotros, ya sea que nos comparara con el sol y la luna, que solo se les permitía encontrarse una vez al año, o simplemente con un chico y una chica tocados por las estrellas, el destino había bailado para unirnos.

Toqué mi hilo rojo, contenta de que finalmente había encontrado su otro extremo.

—Maia —Estaba diciendo Edan—, ¿debería leerte uno de los poemas?

—Luego.

Una sonrisa tocó mis labios, y cuando Edan levantó una ceja, preguntándose en qué estaba pensando, lo besé y luego abrí mis brazos a las aguas brillantes.

—He tenido suficiente de las estrellas por ahora. Llévame al mar.

Agradecimientos

Gracias, querido lector, por llegar hasta el final. Ha sido una experiencia agridulce escribir la conclusión de la historia que siempre quise leer y contar. Las secuelas son infinitamente más difíciles de escribir (al menos para mí), y aunque extrañaré profundamente a Maia y su viaje, también estoy agradecido y aliviado de haber terminado su historia y haberla enviado al mundo. Sobre todo, estoy agradecido con las muchas personas maravillosas que hicieron realidad Tejer el alba y Desentrañar el anochecer.

Mi agradecimiento perpetuo a Gina Maccoby, mi agente, por estar conmigo desde el principio y guiarme a través de la espesura de la publicación con su sabiduría y siempre buen sentido.

A Katherine Harrison, por darle forma a mi libro una vez más con sus nítidas ediciones, y por siempre sorprenderme con su paciencia, entusiasmo y profesionalismo. Tengo mucha suerte de tenerla como mi editora. Muchas gracias a todos en Knopf BFYR, incluidos Alex Hess, Alison Impey, Melanie Nolan, Gianna Lakenauth, Janet Wygal, Artie Bennett, Jake Eldred, Alison Kolani, Lisa Leventer, Judy Kiviat, Julie Wilson y Barbara Perris. Gracias por ser el equipo con más apoyo del que podría pedir y por llevar la historia de Maia a más lectores. Todos ustedes me hacen sentir increíblemente afortunada de trabajar con ustedes.

A Tran Nguyen, por otra portada impresionante. Alguien en Instagram la llamó Maia 2.0, subió de nivel y estoy completamente de acuerdo. Me encanta más de lo que tengo palabras para expresar. Y a Kim Mai Guest, gracias por prestar tu hermosa voz y narrar la historia de Maia en los audiolibros.

A mis compañeros de crítica Doug Tyskiewicz y Leslie Zampetti, por prestarme sus agudos ojos y oídos y por entretener a Charlotte cuando necesitaba llevarla a nuestras reuniones. Un agradecimiento a mis compañeros escritores Liz Braswell, Bess Cozby, Lauren Spieller, June Tan, Swati Teerdhala y Electric Eighteens, por ser queridos amigos y conmiseración en tiempos difíciles (especialmente por los problemas del Libro II). A mis lectores beta, Amaris White, Eva Liu, Joyce Lin y Diana Inadomi, por ser mis amigas más queridas y, a menudo, mis lectoras más críticas.

Y, por supuesto, gracias a todos los compañeros escritores, lectores, booksellers, bibliotecarios de Goodreads, bookstragramers y blogueros que han apoyado tanto a Tejer el alba y Desentrañar el anochecer. Un

agradecimiento especial a Catarina Book Designs, Rachele Raka y Yoshi Yoshitani, por el hermoso arte que fue parte de la campaña de pedidos anticipados de Desentrañar el anochecer.

Por último, gracias a mi familia. A mis padres y a mi hermana, por ayudarme a organizar y moderar los lanzamientos de mis libros, por darme sus honestas opiniones, sobre todo, desde el diálogo hasta la comida que deben comer mis personajes, y por nutrir mi imaginación cuando era niña para poder tener el coraje y la determinación para convertirme en escritora.

¡Gracias a Charlotte, por ser la alegría que me hace reír todos los días y por recordarme que los niños son el futuro de los libros!

Sobre todo, gracias a mi esposo, Adrian. Gracias por escucharme preocuparme constantemente por mis libros, por leer rigurosamente mis borradores mientras la bebé duerme, y por ser mi fe en que el amor es real.

Sobre la autora

Elizabeth Lim creció en el Área de la Bahía de San Francisco, donde se crió con una abundante dieta de cuentos de hadas, mitos y canciones. Antes de convertirse en autora, Elizabeth era una compositora profesional de películas y videojuegos, y todavía tiende a generar sus mejores ideas para libros cuando escribe cerca de un piano. Ex alumna de la Universidad de Harvard y la Escuela Juilliard, ahora vive en la ciudad de Nueva York con su esposo y su hija. Tejer el alba (libro 1 de la duología La Sangre de las Estrellas) fue su primera novela original, y Desentrañar el anochecer es la segunda.

elizabethlim.com